Historia de los partidos políticos en América Latina, siglo XX

Torcuato S. Di Tella

BREVIARIOS
Fondo de Cultura Económica

BREVIARIOS

del

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

522

HISTORIA DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN AMÉRICA LATINA, SIGLO XX

Historia de los partidos políticos en América Latina, siglo XX

por

TORCUATO S. DI TELLA

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE -
ESPAÑA - ESTADOS UNIDOS - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición (FCE, Argentina), 1993
Primera reimpresión en Chile, 1997

© 1993, Fondo de Cultura Económica, S.A. de C.V.
Carretera Picacho Ajusco 227; 14200 México, D.F.

© 1993, Fondo de Cultura Económica de Argentina S.A.
Suipacha 617; 1008 Buenos Aires
I.S.B.N.: 950-557-186-0

© 1997, Fondo de Cultura Económica Chile S.A.
Paseo Bulnes 152, Santiago, Chile

I.S.B.N.: 956-7083-87-8

Impreso en Chile

PREFACIO

La culpa la tiene Alicia Hernández. Ella es la que me pidió, a inicios de este año, en el Colegio de México, que escribiera un Breviario para el Fondo de Cultura Económica, sobre algún tema como éste. Yo no pude negarme, siendo que mi juventud fue acunada en buena parte por libros —no todos tan breves— de esa venerable institución editorial. Pensé que bien podría yo tratar de actuar de *baby sitter* para una nueva generación, y contarle este cuento, que quizás es un poco largo, y por cierto sobrecogedor en algunos de sus tramos.

La culpa, claro está, también la tienen los políticos, que han armado tantos partidos, y se han jugado tantas malas pasadas los unos a los otros, lo que hace el cuento interminable, útil inclusive para alguna doncella en apuros que quiera imitar a la de *Las mil y una noches*.

Es que los partidos políticos atraen a lo peor y a lo mejor de nosotros. Lo peor ya lo sabemos, lo leemos todos los días. Lo mejor también existe, no vaya a creer. Personalmente lo he experimentado, en mis recorridas por toda América Latina, en alguno de cuyos países he vivido por varios años, y en todos con la imaginación. He conocido muchos cultores de las ciencias sociales, que eran —o son— básicamente políticos que han canalizado o "sublimado" su vocación hacia el estudio de lo que hubieran deseado realizar con más suerte. Otros también —de más difícil trato— he conocido, que

se dedican, o dedicaban antes de morir de buena o mala muerte, a la política verdadera. Como yo también estoy un poco, no diré sublimado, sino reprimido, no puedo menos que admirar a los que se han jugado por sus ideas, aunque después tengan que combatir con las armas que se estilan en esos lugares.

En este libro hay mucho de descripción, y un poco de interpretación. Lo malo es que ambas cosas están mezcladas, lo cual en el fondo no es pura inocencia mía. Lo he hecho porque no hay alternativa, pero además creo que la interpretación sólo puede ser útil si sigue de cerca a la descripción factual, como una especie de bajo continuo.

Además, lector, hay otra cosa. Todo estudio del pasado es en el fondo un intento de dar unos pasos hacia atrás para tomar envión y saltar mejor para adelante. En otras palabras, es lo que decía Tucídides. ¿Está claro?

TORCUATO S. DI TELLA

Buenos Aires, marzo de 1993

I. LA SITUACIÓN INICIAL

AL INICIARSE el siglo XX América Latina se estaba consolidando —con algunas pocas excepciones— como una exitosa extensión de Occidente, finalmente administrada de manera eficaz, dejando atrás un pasado de guerras civiles, caudillismo e inestabilidad crónica. Si se la mira desde la perspectiva teórica del positivismo evolucionista, basada en las difundidas obras de Herbert Spencer, el continente estaba muy avanzado en la transición del militarismo a la sociedad industrial y civil. Con un enfoque marxista se podía pensar que el imperialismo estaba cumpliendo su papel de implantar estructuras económicas capitalistas, y que ellas traían aparejadas las instituciones liberales. Parte esencial de esas instituciones debía ser un sistema de partidos políticos donde estaría representada la burguesía, pero dejando margen para organizaciones de las clases medias y del proletariado, que debían prepararse para cuando sonara su hora histórica. Los liberales más avanzados, o radicales, en general compartían estas perspectivas, aunque de manera más ecléctica, convencidos de que la construcción de instituciones libres era el resultado de una compleja elaboración colectiva, basada en la educación popular y en la acumulación de experiencias asociativas en estratos cada vez más amplios de la sociedad.

Menos optimistas, claro está, eran los enfoques de cuño conservador clásico, o católico, para los que la modernización tecnológica no era un bien evidente, ni tenía por qué generar entre sus efectos un conjunto de transformaciones sociales beneficiosas para todos. Lejos de ello, el deterioro que esa modernidad podía implicar para las costumbres tradicionales y los valores de una sociedad jerárquicamente ordenada, amenazaba traer el caos y no una convivencia más civilizada.

Pero veamos con más detalle cuál era la situación en los diversos países del área en los años inaugurales del siglo.

México o las razones del liberalismo autoritario

En México, después de las terribles convulsiones de la Insurgencia y las guerras de Reforma (1857-1860) e Intervención (1861-1867), había tenido lugar un reordenamiento autoritario pero constitucional, que dejaba atrás el golpismo y los motines populares que habían marcado la historia del país. El régimen de Porfirio Díaz era el heredero del liberalismo, incluso del liberalismo radical de la primera parte del siglo XIX, que había conducido con éxito la lucha contra el tradicionalismo religioso y contra la reconquista extranjera. Su gran creación, la Constitución de 1857, paradigma de posibles evoluciones futuras, debía ser aplicada por el momento con mesura, dejando el poder en manos de un gobierno sólido y paternalista que velara sobre una población en

su mayoría apática, pero duro con las minorías activistas.

El único problema residía en que para evitar la tendencia a la guerra civil, se había caído en un poder excesivamente personalista, con la reelección indefinida de don Porfirio. En la práctica, el sistema era de partido único, pero ni siquiera se podía hablar muy seriamente de un partido de gobierno: sólo existía el *entourage* del presidente, formado por círculos de funcionarios y algunos intelectuales, además de los caudillos regionales en proceso de transformarse en administradores civiles de una economía en expansión. Los sectores clericales, que habían quedado aislados desde las guerras de mediados de siglo, recobraban lentamente una posición de cierta expectación, manteniendo siempre sus excelentes lazos con las clases altas y una correcta relación con el gobierno. En ocasión de las elecciones presidenciales de 1902 fue Díaz, por cuarta vez, el candidato a la suprema magistratura, lo que no era excesivo para un país en reconstrucción. Si bien formalmente el partido gobernante se autodenominaba Liberal, era un animal político algo distinto de los partidos liberales europeos, o aun de los conservadores de ese continente. Pero podría pensarse que justamente en esa diferencia estribaba su adecuación al medio.

En torno del presidente se había reunido un brillante grupo de intelectuales imbuidos de las más modernas teorías, y por ello tildado con el mote algo burlón —finalmente aceptado por ellos mismos— de "los Científicos". Entre sus miembros se contaban el ministro de Hacienda Yves Limantour, Justo Sierra y el controvertido publicista Francisco Bulnes, que no tenía pruritos cuando de derribar viejas nociones sobre la historia patria se trataba.

Organizados en una Convención Nacional Liberal participaron en la primera línea de la campaña para llevar nuevamente al general a la presidencia, pues aunque en principio eran contrarios al gobierno unipersonal y centralista, aceptaban que por el momento ésta era la única posibilidad.[1]

Había grupos opositores de tinte liberal más principista que sin demasiada confianza pretendían competir, si no por la primera magistratura, al menos por posiciones de influencia y control en el Congreso. En los niveles más populares se estaba gestando un frente de tormenta más serio, tanto en el campo como en la industria y en la minería. Obviamente, no era aconsejable seguir perdiendo tiempo en introducir algunas reformas, y por ello la clase política intensificó la búsqueda de nuevas fórmulas políticas. Lo que hizo a la larga imposible la reforma del sistema fue el temor cerval, totalmente justificado por la historia, a las degeneraciones violentas de cualquier disidencia, de cualquier competencia genuina por el poder, aunque comenzara como un enfrentamiento entre caballeros.

CUBA, UNA CALDERA SEVERAMENTE CUSTODIADA

En Cuba, el largo dominio español había promovido un gran crecimiento económico, aunque marcadamente monoproductor, lo que generaba una fuerte inestabilidad ocupacional. La modernización y el desarrollo urbano y educacional de la isla estaban mucho más avanzados que en México, y por otro lado la Iglesia no había sufrido ninguna derrota histórica como en aquel país, aunque su

implantación en el corazón de los cubanos no era demasiado fuerte. En concordancia quizá con este más alto estadio evolutivo, y con la presencia legitimizada aunque algo superficial de la Iglesia, en vez de plantearse un sistema de partido único liberal desarrollista, lo que arraigó fue un sistema de dos partidos, uno conservador y otro liberal, que se turnarían en el gobierno. La guerra de independencia, conocida como de Diez Años (1868-1878), había afectado gravemente las actividades empresarias, que también sufrieron la competencia de la remolacha azucarera cultivada en Europa. Hacia fines del siglo, en 1895, estalló otra guerra separatista, promovida por el Partido Revolucionario Cubano fundado por José Martí, quien murió en las primeras acciones.

La insurgencia desarrolló fuertes raíces en sectores campesinos y de clase media modesta, que organizaron una guerrilla difícilmente controlable por las autoridades españolas. El potencial revolucionario era muy alto en la isla. Las concentraciones de una mano de obra recién liberada de la esclavitud (1880) hacían temer una rebelión quizá del carácter de la que había destruido a Haití un siglo antes. Sólo un estricto control de seguridad, y un pacto no escrito entre elites tendiente a suavizar los conflictos, podrían evitar o minimizar este peligro. Pero ese entendimiento entre las elites no era fácil de establecer, debido a que el nivel educacional relativamente alto y las terribles oscilaciones en la oferta de trabajo también afectaban a amplias capas de la clase media, que se convertían en campo de reclutamiento de activistas ideológicos y políticos, situación complicada por la gran inmigración proveniente de España, que había generado una burguesía comercial e industrial que

competía exitosamente con la nativa. El sector extranjero, poco ligado a la política, estaba sin embargo necesitado de protección por parte de las autoridades coloniales.[2]

Cuando el movimiento iniciado en 1895 estaba a punto de imponerse militarmente para evitar una degeneración en "guerra de castas", que tanto había preocupado desde los tiempos de los libertadores hispanoamericanos, Estados Unidos decidió intervenir; declaró la guerra a España, y rápidamente ocupó la isla. A pesar de las tendencias anexionistas vigentes en el país del norte, la opinión pública, sensibilizada a la necesidad de mantener buenas relaciones con los vecinos, impuso una cláusula en la declaración de guerra del Congreso que negaba todo intento de incorporar a Cuba a la Unión. Sin embargo, pronto se llegó a un tratado con las fuerzas independentistas de la isla: se agregó a la ley del Congreso una "Enmienda Platt", que autorizaba *sine die* a Estados Unidos a intervenir militarmente en la isla para garantizar las libertades públicas y el derecho de propiedad. Esta cláusula fue la base de una constante interferencia en la política local durante las primeras tres décadas del siglo.

Entre los partidarios de la insurgencia antiespañola existía un sector radical, en general vinculado a quienes habían formado las fuerzas militares, y otro más moderado, con base en los sectores civiles y administrativos. De todos modos, ambos tenían fuertes vinculaciones con los sectores populares dada su tradición de enfrentamiento con el gobierno español y su rechazo a aceptar la política legalmente sancionada por la madre patria, que incluía un Partido Autonomista que desapareció sin dejar rastros. La ocupación norteamericana duró hasta 1902, año en que asumió el

presidente Tomás Estrada Palma, apartidario de impecable conducta independentista aunque muy moderado. De esta manera, al parecer Cuba se plegaba, con un pequeño retardo, y bajo protección del tío mayor, al panorama de progreso en orden que se imponía en el continente.

El Caribe y América Central

En los demás países del Caribe la inestabilidad era endémica. En la República Dominicana un período de continuos golpes y sucesiones violentas fue temporariamente suspendido por el gobierno fuerte del general Ulises Heureaux, hombre de color, popular en las Fuerzas Armadas, que logró pacificar el país y mantener tranquilas a las elites durante un tiempo. Tras su asesinato en 1899, retornó la agitación, por lo que Estados Unidos intervino, ocupando las aduanas para asegurar el cobro de sus créditos.[3]

Las condiciones políticas de Haití, que no eran mucho mejores que las de su vecina, estaban aún más condicionadas por la acción de facciones personalistas. Un período que parecía augurar una mayor estabilidad, bajo Florvil Hyppolite (1889-1896) y su sucesor legal Simón Sam (1896-1902), finalizó al declararse una guerra civil por la sucesión de este último. La anarquía fue en ascenso, hasta degenerar en escenas de violencia que determinaron a Estados Unidos a ocupar el país en 1915, con anuencia francesa.[4]

América Central era una región predominantemente subdesarrollada, con elementos apenas discernibles de la modernización que se estaba dando en el resto del continente, con la excepción de Costa Rica, donde, justamente como consecuencia de haber sido durante la época colonial la Cenicienta de la región —debido a la escasez de mano de obra india—, se había formado un campesinado de autosubsistencia, luego volcado al café. Un sistema político muy anárquico comenzó a ser sustituido por el predominio de un Estado más fuerte bajo el gobierno del liberal Tomás Guardia (1870-1882). Durante el gobierno de sus sucesores el país prosperó, y comenzaron a sentarse las bases de una alternancia de facciones en el poder. Los liberales se habían asegurado una cierta influencia cultural cerrando la Universidad, controlada por el clero. Llevó varias décadas sustituir este establecimiento educativo por otro equivalente, de manera que hasta 1940 un par de generaciones de profesionales se vieron obligadas a realizar su formación en el exterior.[5]

En el resto de América Central los dos países de mayor población y desarrollo económico eran Guatemala y El Salvador, en contraste con la deshabitada Honduras y la más balanceada Nicaragua. Guatemala tenía otra particularidad: su muy alta proporción indígena, casi la mitad de su población, de origen maya, muy distante socialmente del resto del país, y poco activa políticamente. Los sectores blancos y ladinos (mestizos o indios aculturados) que se asentaban en valles fértiles, dedicados al café y otros cultivos, tenían a su disposición la mano de obra migrante de los indios concentrados en las zonas más inhóspitas de las montañas y del Altiplano. Al sur, en la costa del

Pacífico, había condiciones para el cultivo del azúcar y el algodón, lo que con el tiempo fue absorbiendo y movilizando a una mano de obra desarraigada de sus lugares originales. Del otro lado de las montañas, en la estrecha franja que llegaba al Atlántico, tierras bajas anegadizas sólo servían para las plantaciones de banano. Allí instalaron sus reales diversas empresas extranjeras, que concentraron gran cantidad de mano de obra. Aunque ésta no tenía el carácter de la que se requiere para una explotación industrial como la del azúcar, sus grandes números creaban un frente de confrontación clasista potencialmente muy importante. El Petén, en el extremo norte del país, de tierras bajas, limítrofe con el Yucatán mexicano, casi despoblado, sólo servía para que se establecieran algunos aventureros, incluyendo colonos indios, pues la falta de transporte hacía imposible la agricultura de exportación. Con el tiempo, la creación de nuevas redes carreteras generaría también allí, y en el Altiplano, fuerzas proletarizadoras y la expulsión de antiguos ocupantes.

La modernización de Guatemala había tenido lugar bajo la férrea dictadura desarrollista del liberal Justo Rufino Barrios (1873-1885), enfrentado a los conservadores católicos y decidido a destruir las bases de las comunidades indígenas propietarias de tierras, que dificultaban los avances del capitalismo cafetalero. Muerto en una guerra dirigida a reconstruir la unidad de Centroamérica, Barrios fue sucedido por la más tradicional alternancia Conservadora-Liberal, con constantes interferencias militares, que finalmente dio lugar a la larga dictadura, también formalmente liberal y desarrollista, de Manuel Estrada Cabrera (1898-1920).[6]

Con una población aún más densa que la que existía en la parte habitada de Guatemala, El Salvador mostraba una composición étnica mezclada, razón por la cual aunque el sector aborigen era poco numeroso, toda la población tenía un alto grado de mestizaje. También allí predominaba el café, que desde mediados del siglo XIX había desplazado a las tradicionales comunidades indias dedicadas a cultivos de subsistencia. Hacia el Pacífico se abrían posibilidades de nuevas explotaciones tropicales, como en el sur de Guatemala. Durante toda la segunda mitad del siglo XIX la competencia política en El Salvador fue causa de una situación de gran inestabilidad, caracterizada por una constante rotación de facciones militares y civiles y la ausencia tanto de partidos hegemónicos liberales o conservadores, como de largas dictaduras de signo desarrollista de las Fuerzas Armadas.[7]

En vivido contraste con Guatemala y El Salvador, Honduras era un país con abundancia de tierras cultivables y escasa población indígena. La mayor parte de su área de antiguo asentamiento estaba dedicada a cultivos de subsistencia, con un amplio campesinado que conservaba sus propiedades. En las zonas bajas del Atlántico, en cambio, las compañías bananeras tenían sus feudos, con miles de empleados, muchos traídos de las islas del Caribe, lo que las convirtió en verdaderas áreas autonomizadas del poder nacional. El esquema político giraba alrededor de dos partidos muy tradicionales, uno Liberal (fuerte entre los sectores comerciales urbanos) y otro Nacional (con predicamento en los sectores terratenientes y dominante en zonas alejadas del centro).[8]

Nicaragua —semejante en esto a Honduras— tenía relativa abundancia de tierras, con una eco-

nomía más diversificada, que incluía el café, el algodón y el azúcar. Su región oriental, amplia y escasamente desarrollada estaba habitada por los miskitos, que habían pasado por una experiencia de dominio colonial inglés y por lo tanto hablaban ese idioma y eran protestantes, lo que dificultaba su integración al resto del país. Esas tierras no eran muy aptas para el cultivo de la banana, pero en cambio habían ofrecido desde mediados del siglo anterior una posibilidad de trazar, aprovechando sus ríos y los lagos del Occidente, un canal interoceánico, lo que atrajo a aventureros norteamericanos y suscitó la vigilancia de Estados Unidos. Hacia el cambio de siglo el esquema político giraba en torno de la clásica dualidad, alternancia que hacia fines de siglo llevó al gobierno al liberal José Santos Zelaya, quien, tras derrocar a su antecesor conservador, inauguró un período bastante prolongado de paz (1893-1909).

En Panamá la independencia se logró en 1903, como resultado de un movimiento separatista apoyado por la intervención norteamericana. Luego de la cesión del Canal, el país se constituyó con una clase alta de orígenes más recientes que en otras zonas del continente, y más abierta a ambiciosos recién venidos de todas partes del mundo. Su estratégica posición económica y geográfica permitía augurar un destino de prosperidad, que de hecho no se alcanzó, aunque los índices de desarrollo educacional y de modernización fueran bastante altos dentro del contexto del área, salvo si se los compara con Costa Rica. El tratado con Estados Unidos, que establecía el derecho de la gran potencia a intervenir para asegurar el orden, tuvo como resultado que no se organizara un ejército, sino simplemente una policía, con título de Guardia

Nacional y poco prestigio social. El sistema político estableció una tradición civilista, con escasos golpes militares, como en Colombia, de la que había formado parte. El Partido Liberal, ya dominante en la provincia, siguió siendo hegemónico en las primeras décadas, incluso asimilando en 1912 al escasamente eficaz Partido Conservador; y desde entonces tuvo que enfrentar a sectores disidentes, o a agrupaciones personalistas constituidas antes de cada elección, en general con un aceptable índice de convivencia. La situación era semejante a la de Honduras, excepto por el hecho de que en Panamá en vez del bipartidismo se asistía a una coexistencia alternada de facciones alrededor de un tronco ideológico común de orígenes localistas provincianos.[9]

LOS RESTOS DE LA GRAN COLOMBIA

Colombia

Con el advenimiento del nuevo siglo Colombia representaba un lamentable ejemplo de retroceso hacia la barbarie, con un conflicto civil de insospechada crueldad: la Guerra de los Mil Días (1899-1902). De todos modos, el sistema político seguía los lineamientos clásicos, que enfrentaban a un Partido Conservador católico, muy fuerte en las tierras altas y entre el campesinado, con otro Liberal, de marcado tinte anticlerical, hegemónico en la costa caribeña y entre la población negra, y con amplias bases en sectores comerciales y profe-

sionales. El liberalismo, que siempre había tenido un ala más moderada y otra radical y populista, seguía conservando esa característica.[10]

El país mostraba un muy escaso desarrollo económico, urbano e industrial, y no poseía las grandes concentraciones mineras o azucareras de México o Cuba. Pero su medio rural, constituido desde la época colonial por una proliferación de propietarios, ocupantes y campesinos medios distribuidos a lo largo de una inaccesible geografía, creaba litigios por la posesión de las tierras y generaba clanes que se afiliaban, a escala nacional, a los dos partidos rivales. La virulencia de los conflictos políticos reflejaba entonces luchas agrarias, pero no necesariamente de los propietarios contra las comunidades indias (como en México), o contra los antiguos esclavos (como en Cuba), sino entre sectores de hacendados medianos y grandes. Cada facción reclutaba fácilmente seguidores entre sus peones o clientes, y de ahí la proliferación de guerras civiles, o de violencias aldeanas más reducidas pero persistentes, que alimentaban la lealtad partidaria. Por eso "se nacía liberal o conservador", pues pertenecer a esos bandos era el necesario aunque caro seguro de vida que cada colombiano debía tomar al venir al mundo.[11]

La dualidad conservadora-liberal no era nítida, claro está. Más allá de la diferencia entre los moderados y los exaltados en el bando liberal, había tenido lugar ya desde 1880 una mutación dentro de los sectores más pragmáticos del liberalismo, donde surgió un grupo dispuesto a seguir a Rafael Núñez. Superado su radicalismo juvenil, éste decidió buscar la convergencia con el bando opuesto, en un nuevo movimiento denomi-

nado Regeneración, que gobernó, con interrupciones, entre 1880 y 1894. Al aglutinar a los elementos de gobierno en un frente único, o al menos dominante, su intención fue la de asegurar la gobernabilidad del país, un poco en la línea de Porfirio Díaz. Pero la situación social era distinta a la de México. A pesar de las constantes luchas civiles, de aldea o de mayor magnitud, nunca había existido en Colombia una amenaza de subversión popular masiva como en México, o como era posible vislumbrar en Cuba. Por lo tanto, los apetitos de las facciones dentro de la clase política no estaban tan reprimidos, y la lucha por la preeminencia se daba constantemente, de manera que el bipartidismo se mantuvo y finalmente llevó a la Guerra de los Mil Días, de la que salió victorioso el conservadorismo.[12]

Venezuela

En la época que estamos considerando Venezuela era una región muy periférica dentro del continente, arrasada por constantes violencias y guerras civiles con un componente social mucho mayor que las de Colombia. La necesidad de establecer un poder dictatorial que acallara las pasiones era por lo tanto más sentida en Venezuela. En los últimos años del siglo XIX esta tesitura había desembocado en el régimen liberal autoritario y desarrollista de Antonio Guzmán Blanco, iniciado al terminar la Guerra Federal (1859-1863), en la que se habían enfrentado los conservadores (azules) a los liberales, movilizadores de sectores populares (amarillos). Una vez en el poder, Antonio Guzmán Blanco, jefe de la guerri-

lla liberal que había accedido al gobierno, evolucionó de manera autoritaria aunque constitucional, en un proceso no del todo disímil al de Porfirio Díaz. Sin embargo, el régimen nunca alcanzó la solidez del mexicano, y es así como en 1892, retirado ya el hombre fuerte, una revolución inauguró un período de "anarquía civil" hasta casi finalizar el siglo.[13]

Esta etapa de inestabilidad política concluyó con el acceso de la "dinastía andina", personificada por Cipriano Castro, caudillo del occidental estado de Táchira. Su gobierno autoritario (1899-1908) debió enfrentar en 1902 una intervención armada de las principales potencias europeas, empeñadas en cobrar una deuda. La reacción nacionalista, y la solidaridad latinoamericana, cristalizada en la llamada "Doctrina Drago" —por el jurisconsulto argentino que planteó el principio de que no se pueden cobrar las deudas enviando una escuadra— consolidaron su régimen.

Ecuador

También en Ecuador, como en muchas otras regiones del continente, el siglo XIX presenció la lucha entre conservadores y liberales, entremezclada con caudillismos e intervenciones extranjeras. En la segunda mitad del siglo se conformó un fuerte régimen de desarrollo y concentración de autoridad que, a diferencia de lo ocurrido en Venezuela y en México, estuvo encabezado por un católico conservador, austero y fanático —Gabriel García Moreno— hasta su asesinato en 1875, luego del cual se reinstaló la lucha partidaria. La región de la sierra, con gran población indígena que trabaja en

tierras propias o extrañas, era la base del conservadorismo católico, con cabeza visible en Quito. La de la costa, caracterizada por las grandes plantaciones de cacao orientadas hacia la exportación, con una gran movilidad social y una población más mezclada, tendía al liberalismo en economía, en política y en religión. El bipartidismo, casi tan fuertemente anclado como en Colombia, se apoyaba en un más nítido contraste geográfico y social. A la vuelta del siglo eran los liberales quienes, dirigidos por un caudillo con aspiraciones populares, Eloy Alfaro, administraban el país, impulsando su laicización.[14]

PERÚ TRAS UNA DERECHA CIVILISTA

La convulsionada historia de Perú se había tornado aún más trágica debido a la derrota en la Guerra del Pacífico (1879-1883), librada contra Chile. La oligarquía siempre había estado muy escindida, en parte como resultado de la profunda división del país: la costa, muy mestizada y urbana y con amplios desarrollos azucareros y algodoneros (a los que luego se agregaría el petróleo), y la sierra, predominantemente india, con haciendas precapitalistas y algunos importantes enclaves mineros. El potencial conflicto social y étnico, cuyas proporciones eran semejantes a las de México, había ocasionado una gran explosión en tiempos de Túpac Amaru, a fines del siglo XVIII. Pero luego no hubo ya enfrentamientos del grado de intensidad de los de México, y quizá como conse-

cuencia de ello no se conformó un régimen de orden y progreso equivalente al Porfiriato.

Lo más cercano a una unificación de las clases altas, con enfoque liberal-conservador, fue la creación en 1872 del Partido Civilista decidido a evitar el militarismo por su tendencia a degenerar en guerras civiles destructoras de haciendas y de vidas o, peor aún, a convertirse en populismo amenazante. El civilismo, que se vio en dificultades para generar gobiernos constitucionales, debió enfrentar, con motivo de la Guerra del Pacífico (1879-1883), al militarismo y a un nuevo movimiento popular, dirigido por Nicolás de Piérola, caudillo que se había distinguido en la resistencia contra el invasor chileno.

En este juego a tres puntas, donde se advierte la ausencia de la más ordenadora bipolaridad conservadora-liberal, se impuso finalmente, tras una sangrienta rebelión (1895), el Partido Democrático de Piérola, quien a pesar de su capacidad de movilización y aun de fanatización de las masas, llegó de hecho a un acuerdo de gobernabilidad y alternancia con sus rivales civilistas. Éstos, en consecuencia, accedieron sin problemas a la presidencia a partir de 1899, manteniéndola hasta 1912, en que una división en su seno facilitó el recambio. Fue así como llegó al poder Guillermo Billinghurst, representante, pese a ser un acaudalado salitrero de Tarapacá, del sector más radicalizado y anticivilista del Partido Demócrata. El fuerte apoyo popular con que contaba incluía un movimiento obrero ya bastante influyente, aunque ideológicamente moderado.[15]

BOLIVIA Y PARAGUAY, UN CONTRASTE DE ESTRUCTURAS

Bolivia

También en Bolivia, país donde las estratégicas concentraciones mineras y el abismo étnico entre las clases dominantes y la población india generaban un fuerte potencial de violencia, el nuevo siglo traía la consolidación liberal-conservadora. Las agitadas décadas anteriores a la Guerra del Pacífico habían contemplado un sucederse de facciones cívicas y militares, con el frecuente surgimiento de caudillos movilizadores de las masas, sobre todo jefes emergidos de las filas del Ejército. Aunque con cierta dosis de exageración, Alcides Arguedas señalaría luego este hecho en su *Historia de Bolivia*, uno de cuyos tomos se titula, significativamente, "La plebe en acción", refiriéndose sobre todo al período de Manuel Belzu (1848-1855).[16]

Poco después de la guerra del Pacífico, el resurgimiento de la economía de la plata permitió inaugurar un período de civilismo conservador, que construyó una infraestructura de ferrocarriles, caminos y escuelas. Hacia fines de siglo esta prosperidad estaba decayendo, junto al precio de la plata. Surgió entonces una oposición liberal, que enarboló banderas federalistas y de regionalismo paceño, y condujo a la revolución para acceder al poder en 1899. Se abría, por un período de veinte años, una era de predominio del Partido Liberal, que rápidamente abandonó sus esquemas fede-

ralistas, sostenido por el crecimiento de una nueva rama minera, la del estaño. Durante ese largo período liberal el conservadorismo prácticamente desapareció como partido, mientras se formaba, a partir de la Primera Guerra Mundial, un núcleo liberal disidente, que asumió el nombre de Partido Republicano.[17]

Paraguay

Dentro de un cuadro de pobreza y de aislamiento geográfico, Paraguay mostraba un fuerte contraste con Bolivia: una composición étnica mucho más homogénea, una clase alta casi exenta de pretensiones aristocráticas, mayores posibilidades de emigración a Argentina y sectores populares poco concentrados, salvo en pequeña medida en yerbatales y empresas madereras.[18] La Guerra de la Triple Alianza contra Argentina, Brasil y Uruguay (1865-1871) había traído una sucesión de regímenes poco legitimizados, en un país arrasado y dominado por influencias extranjeras. Pronto se produjo la polarización entre un Partido Liberal, antagónico a la tradición lopizta, y el Colorado, identificado con ella.

El "lopizmo" fue una ideología de rehabilitación del presidente Francisco Solano López, quien dirigió la lucha de su país contra los tres vecinos coaligados. Su régimen, fuertemente autoritario y desarrollista al mismo tiempo, ha sido mitificado por amigos y enemigos, y por supuesto vilipendiado al terminar la guerra por las nuevas autoridades paraguayas, ligadas a quienes luego formarían el Partido Liberal. En 1904 un movimiento armado inauguró un largo período de hegemonía liberal,

con lo cual el país parecía converger hacia modelos más típicos de la época, con predominio oligárquico ejercido dentro de normas de democracia limitada y libertades cívicas para quienes no ejercieran una oposición frontal.[19]

BRASIL EN LOS TIEMPOS DEL "CAFÉ CON LECHE"

Durante el siglo XIX, Brasil se caracteriza, como Cuba, por la presencia de una amenazante masa esclava.[20] El resultado fue una fuerte disminución de las tendencias conflictivas dentro de la elite, lo que se vio favorecido por la exitosa implantación del sistema monárquico. El hecho de que ya desde comienzos del siglo XVIII la economía brasileña estuviera muy ligada a la británica, por el tratado de Methuen, firmado entre Inglaterra y Portugal, facilitó la adaptación al mercado mundial, que en otros países del área fue más traumática. En Brasil, por lo tanto, la guerra de independencia casi no existió, y la apelación a las masas por parte de *aspirantes* y sectores postergados de las clases dominantes fue muy moderada, y fuertemente reprimida apenas asomaba.[21]

Bajo el control monárquico hubo una cierta rotación de equipos políticos con las etiquetas de los partidos Conservador y Liberal, que actuaban en un ambiente muy restringido. La participación en la guerra contra el Paraguay (1865-1871) activó a las Fuerzas Armadas, hasta ese entonces muy controladas por el gobierno y las clases altas. Finalmente, la proclamación de la república en 1889 fue resultado de una intervención militar,

apoyada por sectores de la intelectualidad volcados a las nuevas ideas desarrollistas de cuño comtiano. La tendencia fue adoptar el sistema de monopolio partidario vigente en México, implantándose la hegemonía del Partido Republicano, que retuvo el poder a partir de 1894 luego de dos cortas presidencias militares.

Sin embargo, la gran diferencia con México, residía en que en Brasil el federalismo era más fuerte debido a la existencia de cuatro o cinco grandes centros rivales de poder: el antiguo Nordeste azucarero, Minas Gerais, con su economía agraria diversificada, Río de Janeiro, San Pablo, cada vez más cafetalero, y Río Grande do Sul, militarista y con una sociedad de frontera. En cada estado se formó un Partido Republicano local, sólo teóricamente afiliado al republicanismo nacional. Se trataba de una constelación de sistemas locales muy autónomos, basados en partidos que en la práctica eran únicos en cada estado.

Aun así, era necesario evitar luchas por el poder que llevaran a una guerra civil —y su consecuencia de posibles insurgencias populares—, por lo que se llegó a una especie de pacto no escrito de alternancia en la presidencia entre los dos estados más fuertes, San Pablo y Minas, en la llamada "política del café con leche". No había en el país importantes enclaves mineros, y los agroindustriales, basados en el azúcar —diluidos dentro de la gran extensión y población del país— constituían una fuente de confrontación clasista mucho menor que en Cuba o en Perú. Si el Nordeste hubiera sido un país independiente, por cierto que las tensiones asociadas a la realidad azucarera habrían generado allí una política más semejante a la de la isla del Caribe que la que se dio en los hechos.[22]

Por otra parte, la fuerza del anarquismo en Brasil fue mucho menor que en México o en la vecina Argentina, y cuando existió fue sobre la base de sectores inmigrantes europeos. La política de cooptación ejercida por las elites dirigentes, sumada a la canalización de conflictos por vía de la tensión interestadual, dificultó también la formación de algún partido de expresión liberal progresista, o radical. En ese sentido, el sistema político brasileño era muy resistente a las innovaciones ideológicas y partidistas que se iban imponiendo en otras regiones del mundo.[23]

El contraste entre Chile y el Río de la Plata en el Cono Sur

Chile

En la zona más austral del continente Chile reproducía, en marcado contraste con Brasil, el esquema político europeo. Había logrado, en términos relativos, un alto desarrollo urbano, económico y educacional, y una consolidación institucional dentro de cánones liberales. Tempranamente en el siglo XIX se dio una bipolaridad liberal-conservadora, pero con predominio conservador, o "pelucón", desde la derrota —en Lircay (1829)— de la facción liberal exaltada o "pipiola". A partir de los años sesenta un liberalismo moderado cobró hegemonía, y a su derecha se creó un nuevo conservadorismo muy católico y localista. El liberalismo que llegó a ser hegemónico en el último tercio del siglo XIX, tuvo una variante centralista con particular énfa-

sis desarrollista bajo la presidencia de José Manuel Balmaceda (1886-1891), que debió enfrentar la resistencia de un importante sector de la clase política, en una breve guerra civil que terminó con su suicidio.

La vigencia de libertades públicas, y la madurez relativa de esta sociedad, facilitaron la formación de partidos políticos sobre la base de una participación más amplia de sectores populares, especialmente el Partido Radical, fundado en Copiapó, centro de una zona minera, en 1863, donde consagró cinco diputados. En 1875 obtenía su primera participación en un ministerio, de hegemonía liberal, y desde entonces sería habitual encontrar a sus dirigentes en diversos gabinetes, lo que se intensificó durante la República Parlamentaria iniciada en 1891. Su primer Convención Nacional tuvo lugar en 1888, con representación de 43 "asambleas" locales, estatuto y programa, todo lo cual lo diferenciaba del resto de los partidos. A su izquierda se formó el Partido Demócrata, inspirado en la socialdemocracia belga, con apoyo sindical, como el del tipógrafo Luis Emilio Recabarren y un amplio espectro de mutualistas.

Los centros mineros del norte constituían un importante potencial para una política confrontacionista, que se manifestó en un incipiente anarquismo y en organizaciones de tipo sindicalista revolucionario hacia la vuelta del siglo. Por entonces, de todos modos, el Partido Radical era la principal expresión contraria al *statu quo*, aunque bastante heterogénea, pues incluía desde sectores con orientación socialista, dirigidos por Valentín Letelier, hasta otros muy apegados a la ortodoxia del *laissez faire*, encarnados en Enrique Macíver.[24]

Argentina

En Argentina era dable esperar un sistema político no muy distinto del chileno: como éste, estrechamente ligado a los modelos europeos. Los motivos de esta expectativa teórica pueden hallarse en su estructura social, muy poco afectada por la experiencia de la esclavitud, y sin la presencia indígena de Perú o México. En ambos países del Cono Sur, el predominio de una economía agrícola de clima templado facilitaba la formación de una clase media rural, evitando las concentraciones de mano de obra y los antagonismos sociales y étnicos típicos de los enclaves plantacionistas. De ahí a la generación de una secuencia política conservadora-liberal-radical-socialista había sólo un paso. Ese paso se dio en Chile, pero no en Argentina, donde el panorama fue algo diferente ya en esa época, y muy diferente más tarde.[25]

Básicamente, esa diferencia radica en el predominio populista, típico de Argentina, y notoriamente ausente o débil, en cambio, en Chile. Volveremos a este tema en los próximos capítulos; por el momento baste señalar que la consolidación institucional en Argentina fue un poco más tardía que en Chile (1852 en vez de 1829), y nunca produjo un sistema tan claro de partidos políticos "a la europea" como el trasandino.

Argentina, con una disponibilidad mucho mayor de tierras en zonas de frontera abierta que Chile, y relativamente más ganadera que agrícola, contó con una base campesina menor, típico sostén en aquella época de los partidos conservadores. En lugar de campesinos, prevaleció en el campo

rioplatense desde el siglo XIX un proletariado rural, unido a una masa de ocupantes semilegales de tierras, arrendatarios y agregados, con alta movilidad geográfica y también social. En la primera mitad del siglo esta masa movilizada había sido la base social del autoritarismo populista de los caudillos federales, especialmente el caso de Juan Manuel de Rosas en Buenos Aires. A su caída esa tradición persistió en facciones como la dirigida por Adolfo Alsina, en el Partido Autonomista porteño, que luego se unió a sectores políticos del interior para formar el gran tronco conservador desarrollista del país, el Partido Autonomista Nacional (PAN), que tuvo en el general Julio A. Roca a su principal jefe.

Este cuadro político dominante dificultó la organización de un partido de oposición moderada, arraigado en la burguesía o en la pequeña burguesía urbanas, porque —nuevamente, a diferencia de Chile— en Argentina esas clases eran abrumadoramente extranjeras. Dentro de la población total, a comienzos del siglo XX los extranjeros sumaban 30%, mientras que en Chile no alcanzaban a 5%. En los grandes centros urbanos, y entre varones de edad activa, los porcentajes de Argentina eran altísimos, especialmente en lo que respecta a la burguesía urbana y a la clase obrera.

Se daba entonces en la Argentina finisecular (y en la de las primeras décadas del nuevo siglo) la extraña situación de que las dos clases más estratégicas para la creación de un sistema partidario moderno —la burguesía y el proletariado urbanos— eran masivamente extranjeras, a lo que se sumaba que no adoptaban la ciudadanía, y por lo tanto no votaban. Esto creó un vacío político de gran magnitud, y es posible que sea ésta la causa

de la inexistencia de un equivalente del liberalismo chileno.

El general Bartolomé Mitre intentó crear un partido liberal, opositor al régimen conservador desarrollista del PAN, pero sin mucha repercusión en las urnas. Cuando consiguió armar una coalición de núcleos opositores, apelando a la insurrección popular, en la Revolución del 90, obtuvo un éxito parcial al obligar al presidente a renunciar. Pero no logró consolidar un partido fuerte bajo su liderazgo, pues la mayor parte de sus huestes se separaron, formando la Unión Cívica Radical, más orientado hacia la izquierda o hacia el área populista de la política. Este partido mostró siempre más elementos caudillistas y carismáticos en su liderazgo que su homónimo chileno.[26]

En Chile tenía lugar un proceso de interacción entre un conservadorismo católico y un liberalismo anticlerical, a lo que se sumó un tercero en discordia, el radicalismo, dispuesto a entrar en el juego algo corrupto de las elecciones, las influencias y la participación en los ministerios. En Argentina, en cambio, el espacio ocupado por el conservadorismo y el liberalismo chilenos en ese país, era monopolizado por el desarrollismo liberal-conservador del PAN, mientras que la principal oposición estaba formada por la Unión Cívica Radical, partido mucho más populista que el trasandino, y nada anticlerical. Pequeñas fracciones católicas y liberales independientes completaban el panorama, al que luego se agregarían las fuerzas de la izquierda. En lugar de la dialéctica entre conservadores y liberales presente en Chile, en Argentina predominaba un contrapunto entre oligarquía modernizante y radicalismo populista.

Uruguay

En Uruguay el impacto inmigratorio era semejante al argentino, y quizá debido a ello tampoco en ese país se reprodujo el esquema europeo o chileno. Pero la sociedad uruguaya estaba más modernizada que la argentina (aunque algo menos que la de la provincia de Buenos Aires), y por ello no existían —proporcionalmente— las bases arcaicas que sustentaban al PAN en el interior de Argentina. Emergió entonces una dualidad entre dos facciones históricas: una, la Nacional o Blanca, conservadora y católica, aunque con ribetes de populismo rural, y la otra, la Colorada, liberal-radical, urbana, vinculada a los grupos inmigratorios tanto de burgueses como de obreros.

Estas dos familias políticas provenían de comienzos del siglo XIX, y ambas tenían fuertes elementos caudillistas tradicionales. Las guerras civiles en que se vieron envueltas, de gran violencia, crearon en el campo uruguayo una situación de inseguridad tal que atrasó el desarrollo económico del país por muchas décadas. El predominio colorado fue total desde que tuvo lugar el movimiento armado del general Venancio Flores, en 1865. Después de un intento revolucionario blanco (1870-1872), se llegó a una pacificación basada en la concesión a ese sector político de cuatro jefaturas (gobernaciones) en sendos departamentos.

Fue ésta una manera de asegurar a la oposición algunas palancas institucionales con las que defender sus derechos, debido al control sobre las policías locales que esa repartición de cargos implicaba. En el Partido Nacional siempre hubo un

sector más acuerdista, a menudo ligado a los "doctores" de la ciudad, y otro más luchador, capaz de movilizar a las masas rurales, dirigido a fines de siglo por Aparicio Saravia, mediano estanciero del nordeste del país. Saravia encabezó una guerra civil de 1896 a 1897, finalizada con una pacificación que lo reconocía como un gran poder con el cual el gobierno colorado debía pactar, y con seis —en vez de cuatro— departamentos bajo su control.

En 1903-1904 volvió a realizar otro intento, que esta vez terminó con su derrota y muerte. El país ya estaba cambiando, y dentro del Partido Colorado se había producido una mutación, que llevó al poder a su sector renovador, dirigido por José Batlle y Ordóñez, acerca del cual volveremos.[27]

NOTAS

[1] Daniel Cosío Villegas (comp.), *Historia moderna de México*, 10 vols., México, Hermes, 1984, Francisco Bulnes, *La guerra de Independencia: Hidalgo, Iturbide*, México, El Caballito, 1982, y *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el imperio*, París, Viuda de Bouret, 1904.

[2] Rolando Mellafe, *La esclavitud en Hispanoamérica*, Buenos Aires, Eudeba, 1984; Nicolás Sánchez Albornoz, *La población de América Latina desde los tiempos precolombinos al año 2000*, Madrid, Alianza Editorial, 1973; Ramiro Guerra y Sánchez, *Azúcar y población en las Antillas*, 2ª ed., La Habana, Cultural S.A., 1935; Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, 2ª ed., La Habana, Consejo Nacional de Cultura, 1963; Franklin W. Knight, *Slave Society in Cuba during the XIXth Century*, Madison: University of Wisconsin Press, 1970; Herbert Klein, *Slavery in the Americas: A Comparative Study of Virginia and Cuba*, Chicago, Chicago University

Press, 1967; Manuel Moreno Fraginals, *El ingenio: el complejo económico social cubano del azúcar*, 2ª ed., La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978.

[3] Frank Moya Pons, *Manual de historia dominicana*, 6ª ed., Santo Domingo, Universidad Católica Madre y Maestra, 1981, y *La sociedad dominicana contemporánea*, Santo Domingo, 1985; H. Hoetink, *The Dominican People, 1850-1900: Notes for a Historical Sociology*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1982.

[4] James Leyburn, *The Haitian People*, New Haven, Yale University Press, 1941; David Nicholls, *From Dessalines to Duvalier: Race, Colour and National Independence in Haiti*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979.

[5] James Dunkerley, *Power in the Isthmus: A Political History of Modern Central America*, Londres, Verso, 1988; Carolyn Hall, *El café y el desarrollo histórico-geográfico de Costa Rica*, San José, Editorial Costa Rica, 1976; Ciro F. S. Cardoso, "La formación de la hacienda cafetalera en Costa Rica", en: *Estudios Sociales Centroamericanos* núm. 6, setiembre-diciembre de 1973; Lowell Gudmunson, "Peasant, Farmer, Proletarian: Class Formation in a Small Holder Coffee Economy, 1850-1950", en: *Hispanic American Historial Review*, año 69, núm. 2, mayo de 1989, pp. 221-257; Mitchell Seligson, *El campesino y el capitalismo agrario en Costa Rica*, San José, Editorial Costa Rica, 1980.

[6] Thomas Kaimes, *The Failure of Union: Central America 1824-1975*, Tempe, University of Arizona Press, 1976; para el contexto colonial de Guatemala véase Severo Martínez Peláez, *La patria del criollo*, 10ª ed., Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, Costa Rica, Editorial Universitaria Centroamericana, 1985.

[7] Michael McClintock, *State Terror and Popular Resistance in El Salvador*, vol. 2 de *The American Connection*, 2 vols., Londres, Zed Books, 1985.

[8] La United Fruit llegó a tener en 1954 26.000 empleados, los que fueron reducidos a la mitad al poco tiempo, en un intento de cortar costos y modernizarse. Alison Acker, *Honduras: The Making of a Banana Republic*, Boston, South End Press, 1988, p. 85.

[9] Sharon Phillips Collazos, *Labor and Politics in Panama: The Torrijos Years*, Boulder, Westview, 1991.

[10] Gerardo Molina, *Las ideas liberales en Colombia*, 3 vols., Bogotá, Tercer Mundo, 1970-1977; Luis Eduardo Nieto Arteta, *Economía y cultura en la historia de Colombia*, 2ª ed., Bogotá, Tercer Mundo, 1962; Jaime Jaramillo Uribe, *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, 2ª ed., Bogotá, Temis, 1974.

[11] Orlando Fals Borda, *Campesinos de los Andes: estudio sociológico de Saucío*, Bogotá, Iqueima, 1961 y *El hombre y la tierra en Boyacá: desarrollo histórico de una sociedad latifundista*, 2ª ed., Bogotá, Punta de Lanza, 1973; Marco Palacios, *El café en Colombia, 1850-1970*, Bogotá, Presencia, 1979.

[12] Indalecio Liévano Aguirre, *Rafael Núñez*, Bogotá, Cromos, 1946 y *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*, 2ª ed., Bogotá, Tercer Mundo, 1966. Fals Borda, en su obra *La subversión en Colombia*, Bogotá, Depto. de Sociología, Universidad Nacional, 1967, señala la potencialidad revolucionaria del país, aunque a mi juicio exagerando un poco y sin un enfoque comparativo con el resto del continente.

[13] Mariano Picón Salas *et al.*, *Venezuela independiente, 1810-1960*, Caracas, Fundación Eugenio Mendoza, 1962; Germán Carrera Damas, *Formulación definitiva del proyecto nacional: 1870-1900*, Caracas, Cuadernos Lagoven, 1988.

[14] José Gálvez, *Vida de Don Gabriel García Moreno*, Buenos Aires, Difusión, 1942.

[15] Jorge Basadre, *Historia de la República, 1822-1899*, Lima, Librería e Imprenta Gil, 1939 y *La multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú*, 2ª ed., Lima, Huascarán, 1947; Luis G. Lumbreras y otros, *Nueva historia general del Perú*, 4ª ed., Lima, Mosca Azul, 1985; Peter Blanchard, *The Origins of the Peruvian Labor Movement, 1883-1919*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1982.

[16] Alcides Arguedas, *Obras completas*, 2 vols., México, Aguilar, 1959.

[17] Enrique Finot, *Nueva Historia de Bolivia*, y Mariano Baptista Gumucio, *Historia contemporánea de Bolivia, 1930-1978*, La Paz, Gisbert y Cía, 1980.

[18] Carlos Pastore, *La lucha por la tierra en el Paraguay*, 2ª ed., Montevideo, Antequera, 1972; Rafael Barrett, *Lo que son los yerbales paraguayos*, Montevideo, Claudio García Editor, 1926.

[19] Juan E. O'Leary, *El Mariscal Solano López*, 3ª ed., Asunción, Casa América/Moreno Hnos., 1970; John Hoyt Williams, *The Rise and Fall of the Paraguayan Republic, 1810-1870*, Austin, University of Texas Press, 1979; Roberto Ares Pons, *El Paraguay del siglo XIX*, Montevideo, Nuevo Mundo, 1987.

[20] Paula Beiguelman, *Formação política do Brasil*, 2 vols., San Pablo, Pioneira, 1967, especialmente su vol. 1, *Teoria e ação no pensamento abolicionista*; Carl Degler, *Neither Black nor White: Slavery and Race Relations in Brazil and the United States*, Nueva York, Macmillan, 1971; Florestan Fernandes, *A integração do negro na sociedade de classes*, 3ª ed., San Pablo, Atica, 1978; Richard Graham, "Causes for the Abolition of Negro Slavery in Brazil: An Interpretive Essay", en: *Hispanic American Historical Review*, año 46, núm. 2, mayo de 1966, pp. 123-137.

[21] Raymundo Faoro, *Os donos do poder: formação do patronato político brasileiro*, 8ª ed., Río de Janeiro, Globo, 1989; José Murilo de Carvalho, *A construção da ordem: a elite política imperial*, Brasília, Universidade de Brasília, 1980; Brasil Gerson, *O sistema político do Império*, Bahía, Progresso Editora, 1970; Paulo Mercadante, *A consciência conservadora no Brasil*, 3ª ed., Río de Janeiro, Nova Fronteira, 1980. Para casos de represión violenta de rebeliones regionales con alto contenido social, véase Luiz Vianna Filho, *A Sabinada: A República Bahiana de 1837*, Río de Janeiro, José Olimpio, 1938; Rodrigo Otávio, *A Balaiada, 1839*, Río de Janeiro, 1942.

[22] Gilberto Freyre, *Casa grande y senzala*, 2 vols., Buenos Aires, Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, 1942; Edgard Carone, *A Primeira República*, San Pablo, Difel, 1969 y *A República Velha*, 2 vols., vol. 1, 4ª

ed., San Pablo, Difel, 1978; José Enio Casalecchi, *O Partido Republicano Paulista, 1889-1926*, San Pablo, Brasiliense, 1987; Alberto Sales, *A pátria paulista*, 2ª ed., Brasilia, Universidade de Brasília, 1983. Rio Grande do Sul era la principal excepción al monopolio republicano. Allí era fuerte, en la oposición, el Partido Libertador, de tradición autonomista y raíces en la república "farroupilha" de 1835-1845, capaz de movilizar cuando la ocasión lo imponía montoneras *gaúchas* para defender sus intereses, como en el vecino Uruguay. Véase Alfredo Varela, *Revoluções cisplatinas: a República Riograndense*, 2 vols., Porto, Chardron, 1915.

[23] Edgar Rodrigues, *Os libertários*, Petrópolis, Vozes, 1988; Vamireh Chacon, *História das idéias socialistas no Brasil*, Fortaleza-Río de Janeiro, UF do Ceará/Civilização Brasileira, 1981.

[24] Ricardo Donoso, *Las ideas políticas en Chile*, México, FCE, 1946; René León Echaiz, *Evolución histórica de los partidos políticos chilenos*, 2ª ed., Buenos Aires, Francisco de Aguirre, 1971; Alberto Edwards Vives, *La Fronda aristocrática en Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1984; Peter Snow, *El radicalismo chileno: historia y doctrina del Partido Radical*, Buenos Aires, Francisco de Aguirre, 1972; Luis Palma Zúñiga, *Historia del Partido Radical*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1967.

[25] Jean Borde y Mario Góngora, *Evolución de la propiedad rural en el valle del Puangue*, 2 vols., Santiago, Editorial Universitaria, 1956; Rafael Baraona, Ximena Aranda y Roberto Santana, *Valle de Putaendo: estudio de estructura agraria*, Santiago, Instituto de Geografía, Universidad de Chile, 1961.

[26] La Unión Cívica formada bajo la dirección de Mitre, y con la principal colaboración organizativa de Leandro Alem, se dividió en 1891. De un lado quedó la Unión Cívica Nacional, como partido liberal, dirigido por Mitre. Del otro, la Unión Cívica Radical, opuesta a cualquier acuerdo con el régimen, bajo la dirección de Alem y su sobrino Hipólito Yrigoyen. Véase José S. Campobassi, *Mitre y su época*, Buenos Aires, Eudeba, 1980; José Landerberger y Francisco Conte (comps.), *La Unión Cívi-*

ca: origen, organización y tendencia, Buenos Aires, 1890; Juan Balestra, *El 90: una evolución política argentina*, Buenos Aires, Fariña, 1959.

[27] Alberto Zum Felde, *Proceso histórico del Uruguay: esquema de una sociología nacional*, Montevideo, Maximino García, 1919; Héctor Gros Espiell, *Esquema de la evolución constitucional del Uruguay*, Montevideo, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad de la República, 1966; Juan E. Pivel Devoto, *Historia de los partidos políticos en el Uruguay*, 2 vols., Montevideo, Atlántida, 1942-1943; Washington Reyes Abadie (comp.), *Crónica de Aparicio Saravia*, 2 vols., Montevideo, El Nacional, 1989; Juan A. Oddone, *La formación del Uruguay moderno: la inmigración y el desarrollo económico-social*, Buenos Aires, Eudeba, 1966.

II. ANARQUISMO, SOCIALISMO, NACIONALISMO REVOLUCIONARIO: EL IMPACTO DE LAS REVOLUCIONES MEXICANA Y RUSA

La Revolución en México

En México, en 1906, Díaz se postuló nuevamente ante el veredicto de sus conciudadanos. Era demasiado, pero lo haría por última vez. Cuando en 1910 se volvió a plantear el problema, ya la protesta entre las clases medias llevó a muchos a buscar una alternativa en el general Bernardo Reyes, de Nuevo León. Algunos sectores progresistas formaron el Partido Democrático, fundado en 1908, pronto enrolado en el reyismo, mientras que otros se mantuvieron fieles a sus banderas más principistas en el Partido Nacionalista Democrático, que luego se plegó al maderismo.

A la izquierda, los anarquistas, junto a individuos de variada extracción ideológica, básicamente continuadores de la tradición liberal populista de raigambre yorkina, formaron un Partido Liberal Mexicano (1906). Tal comportamiento era extraño en esa familia política, cuyo miembro más destacado era Ricardo Flores Magón. Se trataba de una segunda generación de libertarios. La primera había asentado sus reales, tempranamente, hacia los años setenta, entre artesanos de la ciudad de

México, bajo la prédica de un sastre griego, Plotino Rhodakanaty, de mentalidad proudhoniana, cooperativista y mutualista. Ese primer anarquismo había estado dispuesto a entrar en el juego político de la época, buscando apoyo en las facciones del régimen juarista y en su sucesor, Lerdo de Tejada, o aun del temprano Díaz, cuando éste se levantó en 1876 con las banderas de *sufragio libre y no reelección*. Ya para fines de siglo los anarquistas eran más violentos, nutridos por el flujo internacional de las ideas.[1]

A diferencia de otros países, como Argentina y Brasil, en México el anarquismo no se reducía a núcleos inmigratorios europeos, sino que tuvo una fuerte inserción nacional, quizá debido a la fuerza de las tradiciones liberales revolucionarias. Ya en 1906 los anarquistas habían participado en la huelga de la mina de cobre de Cananea, una gran concentración obrera en el extremo noroeste del país donde los sentimientos anticapitalistas se fusionaban con los antinorteamericanos, pues tanto los propietarios como un sector privilegiado de capataces y obreros calificados eran de ese origen. Luego, en 1907 y 1908, se sumó la agitación laboral de los centros textiles del estado de Veracruz, enclavados en la pequeña localidad de Orizaba, dando lugar a una famosa huelga en la fábrica de Río Blanco, severamente reprimida.[2]

Ante esta desestabilización, y los problemas económicos ocasionados por la baja del precio de la plata, se hizo necesario en 1910 apelar al sacrificio de don Porfirio y pedirle que una vez más asumiera sus responsabilidades cívicas al frente del barco que amenazaba zozobrar. A las disidencias más radicalizadas se había agregado una de carácter regional, proveniente del riñón del régimen, dirigi-

da por el gobernador del norteño estado de Nuevo León, el general Bernardo Reyes; y otra, también en algún sentido de carácter regional, pero más ideológica, encabezada por Francisco Madero, miembro de una acaudalada familia coahuilense. El régimen pudo imponer prudencia al general Reyes, enviándolo a un exilio dorado como embajador, pero no le fue posible contener a Madero. Cuando éste proclamó su grito antirreeleccionista, por supuesto impotente en las urnas controladas, la pradera se incendió.

Cosa sorprendente, y digna de ser tenida en cuenta para otros casos, fue que los anarquistas pronto se plegaron a este liberal progresista, tímido radical, formando una peligrosa amalgama. Es cierto que hubo un sector principista que despreciando a Madero aprovechó el momento para iniciar una revolución por su cuenta, en la Baja California, con escaso éxito. Pero el grueso se plegó a las huestes "pequeño burguesas", con bastante tino, pues era obvio que una vez que comenzara el tiroteo no sería posible evaluar el punto exacto hasta el que podría llegar. Claro que la contracara de este argumento consistía en que si los anarquistas se enredaban demasiado con la revolución, podrían terminar transformados en parte de un proceso muy alejado de sus objetivos iniciales. Esto fue lo que efectivamente ocurrió con aquellos que formaron la Casa del Obrero Mundial, y que en la lucha de facciones optaron por Venustiano Carranza contra los agraristas de Emiliano Zapata, que llevaban escapularios e imágenes de la Virgen de Guadalupe en sus sombreros.[3]

Las muchas tensiones sociales predominantes en la sociedad mexicana, especialmente en el agro y en los enclaves mineros, azucareros, y en los

textiles ubicados en pequeñas o medianas ciudades, facilitaron el propagarse de la revolución, volteando al régimen de Díaz, y fueron luego la base de luchas internas de enorme violencia y duración. Bajo esas circunstancias, el liderazgo fue en gran medida militar, no porque se tratara de oficiales de carrera, sino de hombres que desde las más diversas profesiones convergieron en un papel de dirección de las Fuerzas Armadas, como Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, miembros de la llamada "dinastía de Sonora", presidentes entre 1920-1924 y 1924-1928. En aquellos tiempos el esquema de partidos resultante fue muy caótico, y diferenciado regionalmente, ya que la vigencia, y el tipo de fuerzas revolucionarias, eran muy diversos en cada región.[4]

Durante su gobierno (1920-1924), la expresión política del obregonismo fue en un comienzo el Partido Liberal Constitucionalista, que pretendía canalizar los sentimientos originales que habían motivado la revolución, ahora expresados en las huestes del carranzismo. Excesivamente independiente, propuso en 1921 marchar hacia un régimen parlamentario, lo que lo indispuso con el Ejecutivo. Obregón volcó entonces su apoyo al Partido Cooperativista, que ya desde 1917 buscaba canalizar a sectores más progresistas, orientados hacia una política de nacionalización de tierras y otras reformas radicales. Con el control del Congreso desde 1922, en ocasión de la renovación presidencial se equivocó y restó su apoyo al vencedor Plutarco Elías Calles, lo que lo llevó a una pronta disolución.

Calles, entonces, dando un nuevo giro a la tuerca del progresivismo, se rodeó de la gente del Partido Laborista, donde militaban Luis Morones y otros

dirigentes sindicales ex anarquistas convertidos al pragmatismo revolucionario. Antes habían intentado acercarse a Obregón, pero sin mucho éxito. Ahora se convirtieron en el partido oficial, bajo el cuatrienio de Calles (1924-1928). En 1928 se opusieron a la reelección de Obregón, y aunque éste fue asesinado antes de asumir el mando, los laboristas quedaron fuera del oficialismo y pronto declinaron, faltos de apoyo desde las esferas del poder.

Otro partido importante a comienzos de los años veinte fue el Nacional Agrarista, que, aliado con el Cooperativista y el Laborista, arrebató la mayoría parlamentaria al Liberal Constitucionalista en 1922. Contribuyó a que Obregón realizara avances en su política agraria, pero luego se enfrentó a Calles y no pudo retornar al poder debido a la muerte del reelecto Obregón. Había, por otra parte, una gran proliferación de partidos estaduales, muchos de ellos con una ideología de tipo socialista.[5]

En 1926 se produjo el rompimiento entre el gobierno de Calles y la Iglesia. Ante una serie de medidas anticlericales, la jerarquía decidió la suspensión de los servicios religiosos en todo el país, una especie de huelga del clero que no podía menos que impactar fuertemente a la población. La resistencia fue particularmente significativa entre la clase media pueblerina y rural de Jalisco y Michoacán, regiones donde esa clase "ranchera" era muy fuerte. La presión agrarista se hacía sentir también allí, no sólo contra los grandes terratenientes, sino también contra esos pequeños o medianos propietarios. En algunos casos, para evitar indisponerse con los aún poderosos grandes hacendados, las autoridades canalizaban los sentimientos igualitarios de la masa rural hacia los "cabezas de ratón" de los pueblos antes

que contra los leones bien vinculados con las esferas de poder.

La rebelión cundió y generó una prolongada guerra civil con numerosísimos muertos, sólo terminada en 1929, mediante una intervención del Papa y de los católicos norteamericanos. Los guerrilleros, apodados "cristeros", reprodujeron escenas de la *Vendée* francesa del siglo XVIII, clásica por su violencia y por el enraizamiento popular de ideas conservadoras y antirrevolucionarias.

En la defensa de su modo tradicional de vida y de sus intereses agrarios, los campesinos medios estaban dispuestos a establecer todo tipo de alianzas con tal de recibir apoyo en su enfrentamiento con el gobierno. Éstas fueron las fuentes de un conservadorismo con raíces populares, y al mismo tiempo de cuño ideológico de extrema derecha, que volvió a manifestarse en los años de la guerra en el Sinarquismo —partido ya más urbano— y en el Partido de Acción Nacional, fundado en 1944 con la participación de aquellos que deseaban volver a la línea maderista, moderada, de los primeros años de la Revolución.[6]

Una de las más prestigiosas figuras intelectuales que adhirió a esta nueva derecha fue José Vasconcelos, que había jugado un destacado papel a cargo de la política educacional de Álvaro Obregón, y que fue evolucionando desde un liberalismo moderado, dispuesto a colaborar con la Revolución, hacia una aceptación de los modelos fascistas.

Como ya se ha mencionado, en 1928, cuando Obregón había intentado hacerse reelegir, ya transcurrido el período intermedio desempeñado por

Calles, una bala le cortó el camino, que de todos modos era de dudosa constitucionalidad. Calles, entonces, pasó de comodín a jefe máximo de la Revolución. Como no podía asumir la presidencia —lo que hubiera sido demasiado inconstitucional— permaneció tras el trono, manejando a tres presidentes títeres que completaron el sexenio sin poder hacerle sombra.

Para controlar mejor la situación, Calles consiguió en 1929 unificar al conjunto de grupos políticos y asociaciones de clase que apoyaban el proceso, formando un partido unificado, el Partido Nacional Revolucionario, que luego cambiaría de nombre aunque no de costumbres, cuando se rebautizó Partido de la Revolución Mexicana, y en 1946 Partido Revolucionario Institucional (PRI). En él quedaron incorporados la central sindical y la campesina, así como los militares, en su gran mayoría de buenos antecedentes revolucionarios. De ahí las tres "ramas" iniciales del partido: la obrera, la campesina, y la militar. Pronto se agregó una cuarta, la "popular", cuyo nombre ocultaba el hecho de que en ella se congregaba el sector menos popular de las fuerzas revolucionarias, o sea los nuevos empresarios, grandes y pequeños, y los funcionarios.

El PRI consiguió mantenerse prácticamente hasta la actualidad como partido hegemónico, aglutinando a una alianza policlasista muy peculiar, que incluía a las fuerzas más dinámicas de la sociedad mexicana. Es cierto que en las urnas la libertad de voto no siempre era respetada, y en esas ocasiones muertos y ausentes revivían o retornaban a sus pagos. Como gran parte del electorado era aún muy pasivo, pese a los bene-

ficios que fueron recibiendo de la revolución en términos de tierras y otras garantías laborales, en vez de tomarse el trabajo de llevarlos en camiones a las urnas, era preciso hacerlos aparecer como habiendo votado.

Sin embargo, no fue esto lo grave, sino la política de mano fuerte aplicada a los opositores, especialmente a los más decididos de entre ellos. Cuando en 1929 José Vasconcelos pretendió disputar la primera magistratura, se vio acorralado, y para evitar ulterioridades debió emigrar al finalizar el recuento de votos.[7]

De todos modos, y a pesar de esas y otras manchas, el PRI (para seguir dándole ese nombre aunque nos referimos a sus anteriores reencarnaciones) se convirtió en modelo de partido de integración multiclasista, con objetivos de tipo nacional revolucionario. Típico de países que han experimentado una revolución social, o una lucha nacional anticolonialista, es generar este tipo de partidos únicos o casi únicos, portadores de los valores de cambio pero al mismo tiempo conservadores de las nuevas estructuras e intereses que se van creando. Juzgado bajo ese cartabón, que incluye desde los partidos Comunistas soviético, ruso o cubano, hasta el Partido del Congreso en la India, o los menos orgánicos que apoyan a los regímenes nasseristas, socialistas árabes u otros del Tercer Mundo, el PRI no hace tan mala figura. En cuanto a institucionalización y respeto de libertades públicas, sólo cede primacía al Partido del Congreso de la India, que en su larga historia ha sido capaz hasta de perder alguna elección para después retornar al poder.[8]

El impacto en el Perú: el aprismo y el pensamiento de Mariátegui

El impacto de la Revolución Mexicana fue particularmente intenso en el joven líder estudiantil Víctor Raúl Haya de la Torre, quien, expulsado de Perú, llegó al país azteca de paso para completar sus estudios en Europa, en el año 1924. Era la etapa final del gobierno de Obregón, con José Vasconcelos actuando de evangelizador de la cultura desde el ministerio, y con un sinnúmero de iniciativas de orden económico, social y cultural. Aparentemente se había dado con una fórmula autóctona, basada en la lucha de las masas, a diferencia de la tendencia de las elites intelectuales a imitar los modelos europeos, de tipo liberal o socialista. Ahora, en el resto del continente, se podía emular un modelo generado en la propia región. Además, la estructura social de Perú era bastante semejante a la de México, aunque con menor desarrollo económico y una historia algo menos violenta.

Haya formó en México la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), núcleo ideológico y base para el lanzamiento de una nueva Internacional que compitiera con las más rígidas Segunda (socialdemócrata) y Tercera (comunista). A diferencia de ellas, el nuevo movimiento se basaría en una alianza multiclasista con apoyo obrero y campesino, aunque, dada la debilidad de esas clases en nuestros países, bajo la dirección de un tercer componente, la clase media. En América

Latina, a diferencia de Europa, ésta era parte de los sectores desposeídos y no furgón de cola de los dominantes. Así, al menos, lo percibía Haya, y lo explicitó en escritos que fue elaborando a partir de los años treinta, cuando pudo volver a su patria durante un breve período de democracia para organizar la sección peruana del aprismo, o Partido del Pueblo.[9]

En el pensamiento de Haya se advierte una fuerte influencia del marxismo, alternada con elementos fabianos socialdemócratas absorbidos durante su larga estadía en Gran Bretaña como estudiante en Oxford. Según relataba a sus amigos y discípulos, no perdía ocasión de ir a Londres para instalarse en la barra de la Cámara de los Comunes a observar la increíble esgrima de los líderes partidistas del único Parlamento que funcionaba en el mundo. Influido por el ambiente intelectual ecléctico de la isla, argumentaba, en polémica con el leninismo, que aunque en los países de alto desarrollo se podía pensar en un partido revolucionario de la clase obrera, ello era imposible en regiones apenas tocadas por el industrialismo.

Lo que estaba sobre el tapete, se podría argumentar: ¿era entonces una "revolución burguesa"? No exactamente, porque tampoco la burguesía, excesivamente enfeudada al imperialismo, tenía en estos parajes la suficiente fuerza como para intentar su acceso al poder. Era necesario inventar un instrumento político nuevo, equivalente al que en Rusia había forjado Lenin, pero bajo otras condiciones. Una alianza de las masas desposeídas, dirigidas por la clase media, tenía posibilidades de acceder al Estado, y desde ahí, con fuerte gestión planificadora e intervencionista, dirigir el crecimiento económico y las reformas sociales, que

incluirían, como en México, reforma agraria, industrialización y seguridad social.

Pero el programa económico debería tener en cuenta algunos de los enfoques clásicos de Marx, o aun del Lenin autor del *Desarrollo del capitalismo en Rusia*, más que la práctica del líder soviético. Esos planteos teóricos hacían prever la imposibilidad de construir el socialismo en ausencia de un intenso desarrollo capitalista. Si ese desarrollo capitalista no existía, sólo podía efectuarse una revolución burguesa, nunca una socialista. Sin embargo, como en los países periféricos la burguesía no tenía suficiente capacidad de acceso al poder, evitaba agitar a las masas para no verse superada por ellas. Por eso Lenin argumentaba que sería preciso reemplazarla en su papel histórico, cobrándole, claro está, un precio bastante alto, que en la experiencia soviética terminó resultando confiscatorio.

La elite revolucionaria, que para Lenin debía asumir la dirigencia del partido, reclutada en no importaba qué ambientes sociales, ejercería el poder de manera provisoria, sin constituirse en clase, dando tiempo a los sectores obreros a madurar, y haciendo trabajar a la burguesía en lo suyo, que era la producción de bienes y servicios. Ésta seguiría siendo propietaria, y controlaría por lo tanto una gran porción del poder social, pero no el político. Este difícil equilibrio resultó imposible en la Unión Soviética, y finalmente la burguesía resultó desposeída, mientras que el partido se transformó, de manera no prevista por la teoría pero sí por sus críticos, en núcleo de una nueva clase dirigente, la burocracia estatal.

Para Haya, en cambio, era necesario actuar de manera más explícita como alianza de tres clases,

incluyendo a la clase media más que a la burguesía —aunque los límites no sean claros entre ambas— y robusteciendo al conjunto con el poder estatal. Para acelerar el desarrollo económico era preciso aceptar la participación del capital extranjero, al que no se podría obligar a trabajar bajo amenaza, como si pensaba hacerlo en Rusia Lenin con los burgueses locales. Cierto es que Haya afirmaba que tanta necesidad tienen los plutócratas internacionales de invertir sus capitales en las zonas de la periferia como éstas de recibirlo. Pero llegar a un acuerdo de convivencia con tamañas fuerzas no sería empresa fácil.[10]

Haya planteaba lo que él llamaba el "Estado de los Cuatro Poderes", como forma de aunar esfuerzos para estimular el desarrollo económico. El Cuarto Poder sería el económico, y se expresaría en una cámara corporativa, con representación "cualitativa" del capital y el trabajo, aparte de otros sectores de la cultura, o instituciones como las Fuerzas Armadas, sin dejar de incluir al capital extranjero. Era mejor tenerlos adentro que afuera, o sea, legitimar en un órgano constitucional la influencia que de todos modos se las arreglaban para ejercer. Así estarían más controlados, y se crearía un ambiente propicio para el diálogo y los pactos. En cierto sentido, de esta manera se sustituía la ausencia de un partido conservador con suficiente fuerza electoral; también se le aseguraba a los sindicatos una bancada propia, independientemente de la que le pudieran otorgar los partidos populares.

En relación primero de colaboración y luego de antagonismo con Haya de la Torre, se desarrolló el pensamiento de José Carlos Mariátegui, que ponía mucho más énfasis en el problema del indio, al que

otorgaban tanta importancia como al de la tierra.[11] En sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928) fundamentaba su actitud, que divergía de la de otros marxistas que no consideraban que esa población, por explotada que estuviera, pudiera transformarse en fautora de su propio destino sin que antes se diera un vigoroso desarrollo capitalista. Apartándose bastante de la doctrina oficial, Mariátegui sostenía que con la dirección de una elite fuertemente convencida de ciertos valores, llevados quizás hasta el fanatismo, era posible generar cambios revolucionarios. Agregaba que los hábitos de cooperación social adquiridos desde el Incanato podían ser utilizados para la construcción de la nueva sociedad.[12]

Bajo su influjo, el Partido Socialista que contribuyó a crear hacia el final de la década de los veinte adhirió a la Tercera Internacional, y años después de su muerte (1930) se transformó en Comunista. Pero en ese ambiente por mucho tiempo se lo etiquetó de "populista", y fue radiado del panteón reconocido por la ortodoxia. Contribuyó a ello el hecho de que tomara libremente las ideas de Sorel como base para una interpretación más voluntarista del cambio social.[13]

Extrañamente, tanto Haya como Mariátegui fundaron religiones políticas en Perú, creando movimientos sociales cuya fuerza radicaba precisamente en su capacidad de generar esos sentimientos de mesianismo colectivo, lo cual poco tenía que ver con las doctrinas, marxistas o evolucionistas socialdemócratas, que predicaban. Cuando Haya criticaba a los marxistas latinoamericanos por proponer una revolución basada en la clase obrera —que no tenía según él la necesaria capacidad para ello— estaba errando el objetivo.

En rigor, sus observaciones se aplicaban más a los socialdemócratas que a los comunistas, pues éstos, a pesar de sus declaraciones, centraban de hecho su práctica en la formación de una elite férreamente disciplinada, mediante métodos y experiencias que trascendían completamente el arsenal teórico de Marx. Haya, por su parte, se concentró en generar esa mística a través del culto a la personalidad, mediante una mutación en el tradicional caudillismo de la región.

La situación política en la que el naciente aprismo debió actuar era de corte autoritario. El gobierno populista de Billinghurst, heredero de Piérola en la simpatía popular, se había iniciado en 1912 en medio de una intensa agitación obrera que le ayudó a imponerse ante los intentos continuistas del civilismo. La agitación sindical que acompañó su gestión, y la alarma de las clases altas ante sus medidas de reforma social, generaron una intervención militar (1914-1915), fenómeno que parecía casi olvidado en Perú desde la revolución pierolista de 1895. Pronto se volvió al régimen constitucional, con el retorno del civilismo al poder en la persona de José Pardo (1915-1919), hijo del fundador del partido.

Entre fines de 1918 y comienzos de 1919 hubo una gran ola de huelgas, que coincidió con el advenimiento de una camada de dirigentes anarquistas, que sustituyeron al antiguo grupo de mutualistas. El impacto del fin de la guerra mundial, sumado a las noticias acerca de la Revolución Rusa, y de la Semana Trágica en Buenos Aires, contribuyeron a estimular la actividad obrera, y al mismo tiempo a generar alarma en la derecha. En enero de 1919 una gran huelga general, decretada por un improvisado Comité pro Paro General, con-

trolado por los anarquistas, obtuvo un gran éxito, y forzó al gobierno a conceder la Ley de las ocho horas. En mayo de ese mismo año otro movimiento, capitaneado por el igualmente anarquista Comité pro Abaratamiento de las Subsistencias, degeneró en una huelga general muy violenta, en contraste con la anterior. La represión cobró más de cien muertos, y la violencia popular ocasionó, por otra parte, una división en las filas del movimiento.

Paralelamente a la reciente agitación laboral, tenían lugar las elecciones presidenciales. Además de un poco probable candidato de izquierda, se enfrentaron dos ramas del antiguo civilismo: la ortodoxa y conservadora con el apoyo oficial; la renovadora, cuyo jefe, Augusto Leguía, buscaba volver a ejercer el Ejecutivo, esta vez con mayor apoyo popular y de los estudiantes, que recientemente lo habían ungido "Maestro de la Juventud". Los guarismos resultaron muy parejos, y todo indicaba que el sistema se iba a encargar de colocar al civilismo ortodoxo en el poder. Ante esta perspectiva, Leguía movilizó a sus seguidores, percibidos como una reedición del fenómeno plebeyo que había acompañado a Piérola y a Billinghurst. Aprovechando la indecisión de las Fuerzas Armadas, que veían con ansiedad la continuación de agitaciones obreras violentas, ocasionadas quizá por el endurecimiento de la derecha económica y política, al frente de una pueblada Leguía logró ocupar pacíficamente el Palacio de Gobierno e inaugurar la llamada "Patria Nueva", gobierno dictatorial también conocido como Oncenio (1919-1930). Su primavera de popularidad duró muy poco, y pronto se orientó a un modelo de autoritarismo con ribetes reformistas pero con fuerte represión contra el movimiento obrero y sectores intelectuales.

En Bolivia y Paraguay se acumulan los materiales combustibles

En Bolivia la alternancia conservadora-liberal que había signado el renacido ciclo de la plata y el comienzo del ciclo del estaño (1880-1920), con una sola interrupción violenta —la Revolución Federal de 1899— llegó a su fin en 1920. Durante ese año la protesta de los sectores disidentes liberales, nucleados desde unos años antes en el Partido Republicano, se expresó a través de los cuarteles, aunque los militares aún se mostraban reticentes a asumir ellos mismos el gobierno, y rápidamente lo traspasaron a los republicanos. De la puja interna entre éstos emergió victorioso Bautista Saavedra (1921-1925), apoyado por un sector del partido que sus adversarios denominaron "personalista". Su principal adversario, Daniel Salamanca, formó el sector "genuino" del partido, más orientado hacia un legalismo tradicional y librecambista.

Saavedra inició un programa de reformas sociales. Contando con apoyo popular, sobre todo de los "cholos" artesanales, lanzados contra los "cuellos blancos", organizó a sus partidarios en una milicia denominada Guardia Republicana. Entretanto comenzó en las minas la actividad sindical, facilitada por la gran concentración de mano de obra que allí se daba. En ese sector, la izquierda, que ejercía cierta influencia, organizó diversos partidos socialistas de corta vida. En las cercanías de Oruro se formó una central minera local, que

decretó una importante huelga en 1923, severamente reprimida en un proceso que terminó en matanza. Saavedra compensó esta medida con otras de corte progresista, sobre todo aplicadas en el sector urbano, donde se concentraban sus partidarios.

La renovación presidencial se complicó por un intento de Saavedra de continuar en el poder. Su maniobra no tuvo éxito, y después de un interinato legal de un año fue ungido el delfín del régimen, Hernán Siles Reyes (1926-1930), que aunque había estado alejado del presidente ahora se había reconciliado con él. Sin embargo, Siles demostró pronto capacidad de ejercer el poder por cuenta propia, exiliando a su predecesor, y formando un nuevo partido, el Nacionalista, con jóvenes reformistas, muchos de ellos de ideas socialistas. Integrantes de ese grupo formarían, veinte años más tarde, parte del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR). Figuraban el líder de la Federación Universitaria, Enrique Baldivieso, Augusto Céspedes, Carlos Montenegro y Víctor Paz Estenssoro, e incluso se contó en el gobierno con la colaboración del marxista José Antonio Arze, que luego fundaría el Partido de Izquierda Revolucionaria (PIR), leal a Moscú. El nacionalismo, sin embargo, fue dominado por su sector más moderado.

A la izquierda, enrolados en un marxismo muy radical, estaban los antiguos exiliados que en la ciudad de Córdoba, Argentina, habían formado el Partido Obrero Revolucionario (POR) en 1923, y ahora de vuelta al país fundaron en 1927 un partido denominado alternativamente Obrero, Laborista o Socialista. Ese mismo año tuvo lugar en Oruro un Tercer Congreso Nacional de Trabajado-

res, con fuertes tensiones internas entre anarquistas y partidarios de la Unión Soviética. También se registra hacia esa época la influencia del aprismo, y una gran difusión de las obras de Mariátegui y de Ingenieros. En general, la vigencia del sindicalismo y de las ideas socialistas en Bolivia, bajo diversas formas, era mucho mayor de lo que era dable esperar atendiendo a su escaso grado de desarrollo económico.[14]

No era ése el caso de Paraguay, donde las tensiones sociales eran mucho menores y el sindicalismo muy débil. Con algunas irregularidades, la hegemonía liberal instalada en 1904 se mantuvo hasta terminada la guerra del Chaco (1932-1935). El Partido Liberal estaba dividido en dos facciones, una "de gobierno" y otra "de oposición", más principista esta última, como es lógico. Por otra parte, los colorados, cuya denominación oficial era la de Asociación Nacional Republicana, se dividían en una mayoría abstencionista (y por lo tanto orientada a la revuelta armada) y una minoría "infiltracionista" o colaboradora. Más allá, otro sector colorado independiente, nacionalista y de raigambre intelectual, buscaba innovaciones ideológicas, sin conseguir movilizar ni la sombra de las fuerzas que constantemente chocaban en el Altiplano. Fue así como se desembocó en la guerra bajo la presidencia constitucional de Eusebio Ayala (1932-1936) que ante la amenaza externa reunificó a las facciones liberales e intentó establecer un diálogo con sectores colorados más amplios que los que habían participado hasta el momento como minoría tolerada en el Congreso. Esta paz interna no sobreviviría a los trágicos años de la guerra.[15]

El difícil aprendizaje cubano

En Cuba el gobierno de orden y progreso de Estrada Palma (1902-1906), primer mandatario independiente, entró en crisis al acercarse el fin de su periodo, cuando descubrió la necesidad de mantenerse en el poder, para lo cual formó un Partido Moderado que comenzó a hostilizar a los liberales. Los abusos que acompañaron su reelección provocaron una revuelta armada del Partido Liberal, con mayor apoyo que su oponente en sectores con experiencia en la lucha antiespañola. La situación era delicada, pues, como decía el secretario de Guerra William Taft, especialmente enviado a la isla, en menos de diez días 200 millones de dólares de propiedades norteamericanas podían convertirse en humo.[16]

Para evitar la casi segura victoria de los rebeldes, que podrían encender la chispa de una revolución, independientemente de sus intenciones, Estados Unidos decidió intervenir, ocupando la isla por otros tres años (1906-1909). Las elecciones presidenciales de 1908 dieron la victoria al héroe de la guerra independentista José Miguel Gómez (1909-1913), jefe del Partido Liberal, o más específicamente de su ala "miguelista", con mucho arraigo entre la población de color; a pesar de lo cual durante su gobierno debió enfrentar una rebelión del Partido Independiente de Color, fundado en 1907, prohibido por una legislación del año 1910 que ilegalizaba la existencia de agrupaciones políticas de tipo étnico, por el peligro

de "guerra de colores" que ellas implicaban. Ese partido, por otra parte, amenazaba especialmente las bases de los liberales entre la población humilde, en su mayoría negra o mulata. La violencia de la represión cobró unas 3 mil vidas.

Al finalizar el período de Gómez la influencia norteamericana lo disuadió de reelegirse, y fue así como el nuevo Partido Conservador (de orígenes moderados) impuso a su candidato, Mario Menocal, quien buscó monopolizar los cargos públicos para sus secuaces y obtuvo su reelección en 1916. Para asumir su segundo período (1917-1921) debió vencer una revolución liberal que por momentos casi domina la isla, provocando parciales intervenciones norteamericanas.[17]

Durante los años veinte, tanto el aprismo como el comunismo se difundieron mucho en los ambientes intelectuales cubanos, y el sindicalismo tuvo oportunidad de desarrollarse, con la formación de entidades nacionales de trabajadores ferroviarios, azucareros y cigarreros, y la organización de la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOC), muy influida por el Partido Comunista. La política nacional era particularmente corrupta, y la potencial alternancia entre conservadores y liberales no entusiasmaba a la nueva generación que emergía de las universidades, proveniente en gran medida de las antiguas clases altas en descenso social, desplazadas por los inversores norteamericanos, y por las continuas crisis de la economía azucarera, que había tenido un momento de gloria durante la guerra, con precios de hasta 22 centavos de dólar por libra en 1922, para bajar catastróficamente ese mismo año a 4 centavos.[18]

En 1920 Menocal buscaba una segunda reelección, lo cual era demasiado para sus tutores

norteamericanos, que forzaron a una alternancia debido a que la opinión pública daba al liberalismo como seguro ganador. Menocal buscó entonces la división de sus opositores. Se constituyó un sector liberal disidente bajo la jefatura de Alfredo Zayas, con el nombre de Partido Popular Cubano (PPC). Ni lerdo ni perezoso, Menocal decidió apoyarlo, con la consabida garantía de "devolución" de la silla a los cuatro años. Zayas se comprometió, lo que nada le costaba pues cuatro años en la Cuba de aquellos días era equivalente al infinito. Ello le permitió arribar al poder, con lo cual el conservadorismo se perpetuó bajo un cariz liberal (1921-1925).

Revestía gravedad el hecho de que Estados Unidos pretendiera moralizar a Cuba, lo que resultaba un poco extraño ya que no hacía lo mismo en sus estados del sur. Es que, como decía el secretario de Estado Bainbridge Colby, "elecciones libres y honestas son esenciales para el mantenimiento de un gobierno adecuado para la protección de la vida, propiedad y libertad individual".[19] En otras palabras, las elecciones y la libre competencia electoral constituían una garantía contra la insurrección, al menos tal como se veían las cosas en aquella época. No siempre sería ésta la percepción de las autoridades norteamericanas acerca de la mejor forma de asegurar los intereses de sus connacionales al sur del río Bravo.

La influencia norteamericana forzó a Zayas a instalar un "gabinete honesto", pero al poco tiempo los hábitos de la isla se impusieron sobre las intenciones puritanas, y la corrupción dominó el panorama político. Sin embargo, la persistente presión obligó a realizar elecciones relativamente libres en 1924, que dieron la victoria al liberal

Gerardo Machado, empresario que había amasado una fortuna y con buenos antecedentes en la guerra de Independencia, lo que no le impedía una estrecha cooperación económica e ideológica con el país del norte. Sus primeros años fueron de reformas sociales, pero pronto la crisis de la economía azucarera lo presionaría hacia nuevas soluciones políticas.

América Central: la lucha de Sandino

Otro país en que se advierte una importante influencia de la Revolución Mexicana, combinada con ideas apristas y algo de marxismo, fue Nicaragua. Durante los años veinte una guerra civil de características decimonónicas, que parece extraída de las páginas de *Cien años de soledad*, enfrentaba a liberales y conservadores. En las fuerzas liberales militaba, al frente de formaciones irregulares, Augusto César Sandino, de origen campesino acomodado pero de descendencia extramatrimonial. De joven se había visto obligado a migrar, trabajando como obrero en varios lugares de América Central y finalmente en la zona petrolera de México. De allí regresó muy impactado por el fenómeno revolucionario azteca, aunque con un bagaje intelectual distinto al de Haya. Cuando el líder de las fuerzas liberales llegó a un pacto con su antagonista conservador, en 1927, Sandino no quiso deponer las armas, y siguió en la lucha, solo, y con programas más radicalizados, aunque nunca suficientemente estructurados como para formar un partido político.

La guerra civil había provocado la intervención de los marines norteamericanos, que luego tuvieron que enfrentar a Sandino en una guerra de proporciones nacionales. Cuando, en 1933, después de un nuevo acuerdo nacional basado en elecciones que dieron el poder a los liberales, las tropas de ocupación se retiraron, Sandino se dio por satisfecho y depuso las armas, decidido a colaborar en la reconstrucción democrática del país con el jefe de la Guardia Civil, Anastasio Somoza. La colaboración no duró mucho, y en 1934 Sandino fue asesinado, tras lo cual el régimen adoptó una política cada vez más represiva, aunque dirigiendo un dinámico proceso de desarrollo económico. Más tarde, nuevos movimientos de protesta radical usarían el nombre y algunas de las ideas de Sandino, aunque en un contexto ya bastante distinto al original.[20]

En el resto de América Central los años veinte no trajeron demasiadas innovaciones. En Guatemala la dictadura desarrollista de Estrada Cabrera terminó debido a un golpe en 1920, iniciándose un período de alternancias entre liberales y conservadores por poco tiempo, pues en 1931 el general Jorge Ubico asumió de manera aún más autoritaria el rol de continuador de la tradición de Barrios y de Estrada. En Honduras la alternancia entre nacionales (conservadores) y liberales daba lugar a la larga tiranía de Tiburcio Carías Andino, hombre de orígenes modestos que, ligado al Partido Nacional y fuertemente apoyado por la United Fruit Company, trató de imitar los ejemplos de autoritarismo desarrollista de la zona, para terminar en una dictadura desde 1932 a 1948. En El Salvador el continuado desarrollo cafetalero con-

dujo a un período de prosperidad para las clases medias y altas, unido al desplazamiento de ocupantes tradicionales de tierras, fenómeno cuyos efectos se incrementaron por la altísima presión demográfica en el país. La crisis del treinta añadiría otro elemento de desarticulación, generando en 1932 una amplia rebelión campesina con participación del Partido Comunista, tema al que volveremos.

LOS DIVERGENTES CAMINOS DE VENEZUELA Y COLOMBIA

En Venezuela, la "dinastía andina" había traspasado la corona de Cipriano Castro a Vicente Gómez (1908), quien inauguró un período de cerrada represión, centralización y desarrollo económico, facilitado por la valorización de los yacimientos de petróleo que tuvo lugar durante los años veinte. Hacia el final de esa década la agitación estudiantil cobró importantes proporciones, bajo el liderazgo de la llamada Generación de 1928, de ideología marxista, grupo que incluía a Rómulo Betancourt y al dirigente comunista Gustavo Machado. Afiliado en esa época al Partido Comunista, Betancourt pronto tuvo que emigrar, como los demás miembros de su generación. Más tarde se convertiría en jefe y principal inspirador del partido Acción Democrática (fundado con el nombre de Partido Democrático Nacional, en 1937), con ideas y estructuras semejantes a las del aprismo, aunque adaptadas a un país con mayor homogeneidad social, y un mucho

más importante desarrollo económico y educacional.[21]

En Colombia la polaridad conservadora-liberal, ejercida de manera relativamente no violenta, volvió a imponerse luego de la Guerra de los Mil Días, pero con predominio conservador. En busca de nuevas estrategias, hacia los años veinte el liberalismo comenzó a considerar la necesidad de "socializarse", o por lo menos de adoptar francas políticas de reforma social y de derecho al trabajo. Por su lado, el conservadorismo consolidaba sus componentes ideológicas católicas, en la línea de la enciclica *Quadragessimo anno* (1931), mientras en círculos independientes juveniles se difundían las ideas socialistas, como se refleja en la tesis de doctorado de Jorge Ellécer Gaitán, *Las ideas socialistas en Colombia*, de 1924.

Gaitán osciló durante mucho tiempo, al igual que gran parte de sus coetáneos, entre la acción socialista independiente y la posibilidad de ejercer presión dentro del liberalismo. También existía como alternativa el modelo aprista, que fue uno de los elementos inspiradores cuando, mucho más tarde, en 1946, dividiera al Partido Liberal para formar una organización propia, bajo liderazgo fuertemente personalista y carismático. De todos modos, Colombia no ofrecía condiciones favorables para una experiencia aprista, quizá por su estructura social, en la que no abundaban las concentraciones mineras o agroindustriales, e incluso porque las ciudades importantes eran varias y de tamaño medio, de manera que ni en la capital ni en otros centros se acumulaba en aquella época un proletariado numeroso.[22]

MUTACIONES IDEOLÓGICAS EN BRASIL: NACIONALISMO Y TENENTISMO

En Brasil las influencias ideológicas provenientes de otras partes del continente no eran muy fuertes. El esquema monopartidista en cada estado seguía vigente durante los años veinte. Sólo en San Pablo y en Rio Grande del Sur, dos de los estados de mayor desarrollo relativo, existía alguna bipolaridad. En San Pablo, contra el predominio del Partido Republicano Paulista, se erguía el Partido Democrático, una suerte de liberalismo progresista o radicalismo. En Rio Grande del Sur, estado con una estructura social más semejante a la uruguaya, y por lo tanto más pasible de que se instalara el bipartidismo que en el resto de Brasil (a excepción de San Pablo), existía una larga experiencia de luchas civiles y de enfrentamientos republicanos contra las autoridades del imperio, que había comenzado por los años treinta del siglo XIX. Ahora, el Partido Republicano Riograndense, de tradición positivista, centralista y autoritaria, se enfrentaba al Libertador, federal y más propenso a la agitación popular y a la descentralización tanto en el nivel nacional como estadual.[23]

En el resto del país era notable la ausencia de un equivalente de los partidos radicales chileno o argentino, o de un fenómeno como el aprismo, lo que estaba asociado a la debilidad política de las clases medias y a la canalización de muchas pasiones políticas en el regionalismo. El aparente unipartidismo de casi todos los sistemas estaduales

escondía un bipolarismo en el nivel nacional, que enfrentaba a una coalición dirigida por San Pablo con otra con base en Minas Geráis. En sectores jóvenes, sobre todo de las clases profesionales y de las Fuerzas Armadas, este sistema aparecía cada vez más desacreditado.

Sintomáticamente, la agitación por una renovación se hizo sentir en las filas del ejército, sobre todo en sus camadas de menor graduación, por lo que se la denominó *tenentismo*. Una intentona en 1922, por parte de oficiales jóvenes, fue inmediatamente reprimida. Más complejo fue el proceso en 1924, en que un grupo importante, que se rebeló en San Pablo, controló la ciudad durante varios días y luego, ante la superioridad de las fuerzas gobernistas, se retiró hacia el interior del país, por donde deambuló de región en región durante tres años, convertida en la "columna Prestes", por el nombre del Mayor que era su jefe, en ese entonces de ideología nacionalista. Aunque inefectiva en lo militar, esa columna actuó como factor de conmoción en la vida intelectual y emotiva de toda una generación de jóvenes, civiles y militares, interesados en protagonizar alguna transformación radical de las condiciones sociales de su país.[24]

Las ideas que los guiaban eran el producto de una combinación aparentemente incongruente si se la juzgaba con los cánones típicos de los países en que esas ideologías habían sido generadas, pero más comprensible si se la percibía desde el país receptor. Era una mezcla de concepciones democráticas liberales con otras de tipo autoritario de cuño ibérico o mussoliniano, interpretadas éstas como "autoritarismo desarrollista", tal como una generación posterior vio al nasserismo. Ante la dificultad de formar, en un país periférico, partidos

políticos competitivos y al mismo tiempo eficaces, se favorecía algún elemento de autoritarismo, y una representación más genuina a través del corporativismo. Se pensaba que bajo las condiciones brasileñas, la vigencia de los partidos políticos sólo podía generar el predominio de las oligarquías locales, que a través de sus vastas redes de influencia y patronazgo estarían en condiciones aún por largos años para asegurarse mayorías adictas en el Congreso. Como esto constituía una burla a las instituciones liberales, que en otras regiones del mundo habían respondido a una situación social distinta, era preferible utilizar las asociaciones empresarias u obreras como vehículos para la representación de intereses. De esta manera se eliminaba no sólo el conservadorismo inmovilista rural, sino la previsible demagogia no bien las masas rurales comenzaran a despertarse, sea en sus lugares de origen o como consecuencia del impacto de la migración urbana.

Ideas de este tipo habían sido elaboradas ya por Alberto Torres, un pensador y militante político de fuerte raigambre liberal, que fue "presidente" (gobernador) del estado de Río de Janeiro (1898-1900) y muy activo en las dos primeras décadas del siglo. En su caso no puede hablarse de influencia fascista, además de que su posición general era de un liberalismo constitucional, y claramente antirracista en su enfoque de uno de los problemas que más preocupaban a la *intelligentsia* brasileña.[25]

Su discípulo Francisco José Oliveira Vianna reelaboraría esas ideas, ahora sí bajo el impacto del autoritarismo europeo, y con planteos racistas, supuestamente científicos. Desde su temprano *Populações meridionais do Brasil* (1920), que a pesar del enfoque aparentemente regional conteni-

do en su título refleja casi todos los puntos de vista que desarrollaría en su vasta obra, Oliveira Vianna se plantea la lucha contra el predominio de las oligarquías locales, falsamente liberales. Al mismo tiempo señala que el sector rural agrícola de los estados centrales (a los que se refiere en su libro), mayoritario, provee una masa básicamente dócil, que en principio asegura la estabilidad social, lo que puede ser muy positivo si se evita su instrumentación inmovilista por parte de las oligarquías locales. Algo distinta es la situación en los extremos sur y norte, más ganaderos que agrícolas, donde los *gaúchos* de Río Grande y los sertanejos del Nordeste proveen una base más agresiva de potenciales reclutas para luchas civiles.[26]

Las ideas de Torres y Oliveira Vianna ya estaban surtiendo efectos entre los sectores políticamente preocupados de la *intelligentsia* y las clases profesionales, incluso dentro de las Fuerzas Armadas, durante los años veinte. Luego, durante los treinta, su prestigio se incrementó, sus obras se reimprimieron, y otros escritores siguieron sus pasos, proveyendo las bases de legitimación teórica para el "Estado Novo" de Vargas.

CHILE ENTRE ALESSANDRI E IBÁÑEZ: PRIMER *ROUND*

En Chile el espinel político estaba más completo, "a la europea", y por lo tanto el espacio político, ocupado ya por el socialismo y el radicalismo, no dejaba lugar —ni hacía necesario— un aprismo, ni una estructura integradora multiclasista del tipo

de la mexicana. Los partidos políticos estaban más claramente ligados a las clases sociales, sobre todo en sus sectores dirigentes y activistas, pues en el nivel del electorado la derecha y el centro incorporaban a algunos sectores bajos de la pirámide social. De lo contrario, nunca podrían haber ganado una elección.

En su zona central —predominante— Chile era una pequeña Europa mediterránea, y en el sur una Australia lanera y también algo minera, mientras que en el norte tenía elementos de minería de enclave. El temprano anarquismo, el socialismo y sus formas intermedias (principalmente el sindicalismo revolucionario de inspiración francesa, soreliana) tomaban, bajo las condiciones chilenas, especialmente en los extremos norte y sur del país, formas muy confrontacionistas. Una serie de huelgas violentamente reprimidas marcan los primeros años del siglo, culminando en la célebre matanza de la escuela Santa María, en Iquique en 1907.

Sólo en 1912, el tipógrafo y periodista Luis Emilio Recabarren abandonó su larga militancia en el Partido Demócrata para formar un Partido Socialista, muy estrechamente ligado a la Federación Obrera. De todos modos, el partido tardó un buen tiempo en lograr una importante presencia electoral, si bien cuando la alcanzó, recién en los años treinta, luego de dos transformaciones, la socialista y la comunista, atrajo con facilidad a un tercio del electorado.[27]

Hasta entonces, durante los años veinte, la masa popular se había canalizado tras las banderas de Arturo Alessandri, un político liberal que dirigía a un sector de ese partido, y que aglutinó a radicales y a demócratas tras su candidatura presidencial, triunfante en 1920. El León de Tarapacá —así se lo

llamaba— manejaba con confianza a un amplio sector popular al que cariñosamente llamaba "mi querida chusma", apelativo que no parece haber ofendido a muchos. Entre sus proyectos políticos figuraba un Código del Trabajo y de seguridad social a la altura de los tiempos, y un ejecutivo fuerte, que terminara con el empantanamiento de la República Parlamentaria inaugurada con la caída de Balmaceda en 1891.

Esta experiencia chilena de parlamentarismo compite con la Tercera y la Cuarta República Francesa cuando se trata de ejemplificar las debilidades de un sistema muy desconfiado de las atribuciones presidenciales y excesivamente fragmentado.[28] Sin caer en el autoritarismo a la brasileña, ni en la copia de modelos europeos autoritarios, Alessandri ponía fuerte énfasis en la necesidad de robustecer la presidencia para poder gobernar y dar a la economía la necesaria dosis de dirigismo estatal, si es que ella iba a transitar de la etapa agraria y minera a la industrial. Su programa enfrentó una fuerte resistencia, tanto por parte de los sectores conservadores tradicionales, como entre la mayoría de su propio Partido Liberal, y también de la izquierda socialista, que temía un excesivo intervencionismo del gobierno en los sindicatos.[29]

En 1924 se produjo una interrupción del proceso constitucional chileno por obra de las Fuerzas Armadas, en un complejo proceso en el cual convergieron dos sectores de uniformados. Uno, principalmente de alta graduación, buscaba controlar lo que consideraba "excesos demagógicos" del presidente, y mejorar además los propios sueldos. El otro, que incluía a los coroneles Carlos Ibáñez y Marmaduke Grove y a sectores más jóvenes, quería por el contrario asegurar las reformas propues-

tas por Alessandri, obstaculizadas por un Congreso aún dominado por los partidos tradicionales. En alguna medida, este grupo era el equivalente de los *tenentes* brasileños, y sus concepciones ideológicas no le iban muy a la zaga en cuanto a eclecticismo.

Pronto Ibáñez, que se reveló como la principal fuerza durante el interregno militar, buscó reproducir de la manera más fiel posible el ejemplo mussoliniano, y desplazó a su rival, Grove. De este modo, reprimió fuertemente al movimiento obrero marxista, intentó crear nuevos sindicatos oficiales o cooptar a algunos de los existentes y organizó una fuerza política nueva, la Unión Social Republicana de Asalariados de Chile (USRACH) para legitimarse a través del voto. En un país distinto podría haber protagonizado una versión temprana del varguismo, pero ello no pudo ser. El sistema reaccionó, tanto desde la derecha, como desde la izquierda y el centro, y —combinándose con la crisis económica del treinta— derribó al dictador.[30]

Nada quedó del intento del nuevo partido autoritario-popular ideado por Ibáñez. Después de un breve episodio de república socialista, protagonizado por un sector militar que incluía a Grove, retornó la normalidad, con un Alessandri ahora más moderado accediendo a la presidencia (1932-1938), apoyado por una parte de la derecha y por el radicalismo. La principal fuerza de izquierda era ahora un socialismo renacido, dirigido de manera bastante personal y con tintes populistas por Marmaduke Grove, configurando un caso no único pero sí extraño, de una izquierda dirigida por un militar. Paralelamente, se reorganizaba a pasos acelerados el Partido Comunista, que pronto se convertiría en el principal representante del sector sindicalizado del país.[31]

EVOLUCIÓN POLÍTICA EN ARGENTINA: EL RADICALISMO

Si el sur de Chile mostraba elementos característicos de Australia, Argentina era, directamente, una Australia italiana; o podría haberlo sido con un poco más de suerte. La diferencia residía, entre otras cosas, en que los inmigrantes arribados a Australia provenían todos del país industrialmente más desarrollado de la época, y no perdían su nacionalidad al desembarcar. La transición a la independencia fue allí muy gradual, y se dio bajo el control de las instituciones británicas. Pese a ser transoceánico, el trasplante era prácticamente como una migración interna, con lo que se daba una mutación de sectores del propio país en tierras nuevas.

En Argentina, en cambio, grandes masas de gente, proporcionalmente equivalentes a las que inundaban Australia, llegaban sin más protección que la escasa que les brindaban sus consulados, pero que de todos modos no estaban dispuestas a perder a cambio de la muy teórica que les otorgarían las leyes argentinas. Por otra parte, los inmigrantes europeos traían la aristocracia de la piel, o sea, eran blancos en un país aún muy mestizo, lo que los colocaba en un estatus superior al de la mayoría de la población, compuesta de gauchos, orilleros y otros trabajadores manuales del campo y la ciudad. El inmigrante podía, incluso con facilidad, igualarse o superar a la clase media del interior.

No era ése el caso de Estados Unidos, donde más allá de que el porcentaje de extranjeros nunca

alcanzó ni a la mitad del de Argentina, los italianos, europeos del sur y del este se ubicaban en los escalones más bajos de la pirámide social, sólo por encima de los negros. No sólo la clase media de *old yankees*, sino la misma clase obrera nativa, en buena medida ya sindicalizada, ocupaban posiciones de superioridad con respecto al recién llegado.

Por otra parte, las instituciones norteamericanas ofrecían muchas más garantías que las argentinas, y eran capaces de imponer sus reglas a los nuevos pobladores. El resultado fue que éstos, estimulados por los partidos políticos, adoptaron en su gran mayoría la ciudadanía de Estados Unidos, necesaria para acceder a ciertos privilegios. Si no ocurría algo semejante en Argentina no era porque los partidos políticos locales fueran menos imaginativos en la búsqueda de adherentes, sino básicamente porque los extranjeros preferían no perder su propia nacionalidad.

Cierto es también que dentro de la elite política argentina había sectores que temían una excesiva afluencia de nuevos ciudadanos, que podrían trastocar el sistema existente, o introducir ideologías revolucionarias. Pero una recorrida por la literatura de la época demuestra que además, las colectividades recién llegadas mostraban mucha resistencia a la incorporación política. Por otra parte, la no nacionalización no era sólo característica de los sectores más pobres de la inmigración, sino también de aquellos, muy numerosos, que accedían a posiciones burguesas, y contra ellos las resistencias del régimen no podrían haber tenido éxito, si realmente hubieran deseado adoptar la ciudadanía.

Una nota adicional de la situación del extranjero en Argentina era un cierto desprecio manifestado

por éste al país de recepción, desprecio que se transmitió durante una generación o dos a sus descendientes, generando a veces como reacción una excesiva autovaloración. De aquí a toda una literatura sobre desarraigo y falta de identidad nacional hay sólo un paso. El problema de la integración del extranjero en el país, que se presenta en la mayor parte de los países de inmigración, se daba en Argentina de modo invertido. Los que lo padecían eran los nativos de raíz criolla, cuya integración al nuevo país creado por los recién venidos era más que problemática. Claro que por encima de todos estaba la clase alta nativa, y algunos de sus representantes cultos, que miraban a los extranjeros con un cierto desprecio, ante lo cual la mayoría inmigrante se vengaba mirando desde igual posición a la masa de "criollos", por la que no podía sentir esa mezcla de envidia y respeto que los que arribaban a las costas del país del norte sentían por los *old yankees*.

En suma, puede decirse que la amalgama social de los extranjeros en el país fue exitosa, pues ellos no sufrieron prácticamente ninguna discriminación social por parte de grupos significativos, sino que en todo caso más bien la ejercieron. En cambio, la amalgama política sí dejó que desear, pues el hecho de que no asumieran la ciudadanía tuvo como consecuencia una debilitada representación de las dos clases más estratégicas para un desarrollo institucional en un país capitalista, a saber, la burguesía y la clase obrera urbanas.[32]

En el nivel de la clase obrera, las características "australianas" de Argentina podían generar la expectativa del desarrollo de un partido laborista o socialista de orientación reformista y fuertes vínculos sindicales, o sea, una versión más sólida y

moderada de lo que ocurría en Chile. En cambio, lo que se dio fue un temprano predominio anarquista, y la formación de un Partido Socialista sin vínculos orgánicos suficientes con la masa de sus simpatizantes, que no tenía voto.

Se producía así una situación paradójica, en lo relativo al esquema ideológico partidario. Por un lado, la enorme preponderancia de extranjeros o sus hijos en la zona próspera del país hacía que las actitudes políticas fueran una reproducción muy estrechamente calcada de las que imperaban en Europa. Pero por otro lado, el país político era mucho más arcaico que el país productivo, y en el aún bastante vasto interior, las cosas eran muy distintas. Cuando ese interior se volcara sobre la Pampa húmeda y sus ciudades, la transformación del electorado incorporaría elementos más nacionales, o nacionalistas, a sus posibles prácticas políticas.[33]

También el radicalismo argentino se enfrentaba con un electorado más arcaico que lo que el desarrollo económico del país permitiría suponer. Es así como mantuvo componentes carismáticos, caudillistas y tradicionales en mayor medida que sus pares chilenos. Por otra parte, su incorporación al sistema político fue más traumática, acompañada de intentos revolucionarios. La transformación del régimen político argentino en sentido democrático fue obra del último presidente del *Ancien Régime*, Roque Sáenz Peña, quien, pese a haber accedido al poder por vía del fraude, impuso el sufragio secreto, la representación de las minorías y un recuento honesto de las voluntades populares, en la creencia de que a pesar de eso ganaría, al precio de conceder a los opositores —radicales o socialistas— una buena bancada parlamentaria.

Roque Sáenz Peña pensaba que la oposición se basaba en minorías activistas, pero que la masa de la población, sobre todo la masa humilde del interior, seguiría votando, aun en libertad, por sus superiores jerárquicos. Eso sí, era necesario forzarla a concurrir a las urnas, y de ahí la decisión de incluir en la ley la obligación de votar. Resulta significativo que en la campaña electoral de Sáenz Peña, realizada en la segunda mitad de 1910, se enfatizaran tres obligatoriedades. La primera era la ya tradicional de la educación, que siempre había tenido la función latente de incorporar a los grupos extranjeros a los valores nacionales, para evitar la conversión del país en un conjunto de factorías extranjeras que el día menos pensado podrían solicitar protección armada a sus países de origen, como ocurrió con los texanos. La segunda obligación, recientemente establecida, era la del servicio militar, también pensado no sólo para contar con una fuerza armada considerable, sino con el fin de nacionalizar y homogeneizar mentalmente a los reclutas, sacándolos del exclusivo ambiente de sus familias y comunidades étnicas. La tercera obligación, que era la novedad introducida por Sáenz Peña y sus asesores, residía en el voto, para incorporar también a los estratos más bajos y a los sectores rurales de la población a la problemática nacional, superando el regionalismo y la apatía.[34]

En los primeros años del siglo, por otra parte, la amenaza revolucionaria en Argentina era bastante más seria de lo que una mirada retrospectiva excesivamente impactada por la saga de los ganados y las mieses puede concebir. De hecho, la prosperidad alcanzada por el país y por gran parte de su población fue tan espectacular, que

ya algo avanzado el siglo lo colocó en la lista de los ocho o diez países con más alto ingreso *per capita* del mundo. Pero en ese momento las tensiones y los costos de la saga eran muy altos. El trauma del traslado que sufrían los inmigrantes es difícil de imaginar: los momentos de baja de la coyuntura económica generaban masas de desocupados, muchos de ellos hombres solos, sin sus familias, fácilmente conquistables por los anarquistas, sobre todo cuando les hablaban en su propio idioma.

Había entonces una importante masa urbana sin nacionalidad ni voto, pero dispuesta a la protesta, eventualmente violenta, y quizás a converger con las minorías de activistas de izquierda, o bien con los radicales, que continuamente ensayaban alguna insurrección armada. Para dar salida a estas presiones, nada mejor, pensaban los reformistas conservadores, que establecer el voto genuino, separando así a los sectores moderados de la amenaza representada por los más extremistas. En esta perspectiva, también convendría facilitar la adopción de la ciudadanía por parte de los inmigrantes más asentados y económicamente prósperos, lo que no pudo llevarse a cabo, en parte por las resistencias de ciertos sectores de las elites, pero sobre todo por la renuencia de los propios interesados, como ya hemos señalado.[35]

No es imposible que el ejemplo mexicano haya ejercido influencia para acelerar la conversión al aperturismo de un buen sector de la dirigencia conservadora argentina. El porfiriato era una versión algo más rígida del unicato argentino, igualmente basado en una concepción liberal conservadora de inspiración positivista, decidida a modernizar al país bajo el rígido control de la elite.

A diferencia de México, en Argentina se había establecido la no reelección, lo que confería mayor elasticidad al sistema, aunque podía desestabilizarlo por las constantes crisis de sucesión. También es cierto que el nivel de vida en Argentina era notablemente más elevado que en México, si bien no era tan obvio que esta característica constituyera una garantía contra la revolución.

Ya en sus últimos años el general Roca, *elder statesman* del país, se mostró preocupado por el ejemplo mexicano, donde una especie de radical, Francisco Madero, había encendido la mecha y enseguida los anarquistas y las masas campesinas e indígenas habían aportado el material combustible en cantidad que superó las previsiones de los iniciadores de la protesta civil. En Argentina no faltaban anarquistas, y en lugar de indígenas había inmigrantes europeos, lo que desde la perspectiva conservadora podía ser aún peor.[36]

El hecho es que el conservadorismo argentino echó mano desde entonces a dos variantes: la aperturista, representada en 1916, en ocasión de las primeras elecciones presidenciales genuinas, por el Partido Demócrata Progresista, liderado por Lisandro de la Torre; y la tradicionalista, fuerte en la provincia de Buenos Aires con el Partido Conservador de Marcelino Ugarte. Sus disensiones facilitaron la victoria de Hipólito Yrigoyen, al frente de una Unión Cívica Radical (UCR) hegemonizada por su sector "intransigente", y de la cual habían sido radiados los elementos más moderados, seguidores de Bernardo de Irigoyen (no emparentado con Hipólito).

Aunque no pueda afirmarse que haya sido en manera alguna revolucionario, el radicalismo, una vez en el poder, fue lo suficientemente

movilizacionista y agitador de masas como para que los conservadores no durmieran tranquilos. Cierto es que éstos tenían un sueño liviano, pero ubicándose en la perspectiva de la época es posible comprender su alarma ante la súbita invasión de las ciudadelas de poder por parte de gente nueva con capacidad de movilizar a las masas. El radicalismo argentino habría sido por cierto mucho más moderado, y más fuerte, si hubiera englobado a importantes segmentos de la burguesía urbana. Pero, extranjeros en su enorme mayoría, éstos estaban lejos del sistema partidario, y observaban desde afuera lo que ocurría en el extraño "país político".[37]

El modelo uruguayo

En Uruguay, ya desde fines del siglo XIX se constituyó, dentro del Partido Colorado, un grupo más avanzado, dirigido por José Batlle y Ordóñez, hijo de un militar, también colorado, que había sido presidente de la República. A menudo se considera el sector que él dirigió, conocido como "batllismo", como el equivalente uruguayo del yrigoyenismo. En realidad existen bastantes diferencias, y si se quiere establecer una comparación regional, hay más cercanía con el radicalismo chileno, aunque tampoco ese fenómeno se reproduce con demasiadas semejanzas.

En alguna medida el coloradismo, como partido, se asemeja más al liberalismo, o al mitrismo argentino, pero con mayor capacidad de incluir en su propio seno a sectores "radicales". También es

preciso señalar que fue el Partido Colorado el que ejerció el poder desde 1865, incluyendo el período militarista de Lorenzo Latorre y Máximo Santos (1876-1886). O sea que sería al mismo tiempo "régimen" y "causa" (como los radicales argentinos denominaban al gobierno oligárquico y a su movimiento, respectivamente). Batlle comenzó su *cursus honorum* dentro del "régimen", llegando a desempeñar cargos de jefe político de un departamento en 1887, para ser luego senador y presidente del Senado, muy bien vinculado con el presidente colorado Lindolfo Cuestas (1897-1903).

En 1903, ante la usual crisis de sucesión, las fuerzas renovadoras se impusieron en el partido, y Batlle fue elegido presidente por un congreso emergido del voto no secreto, que según la Constitución era el encargado de designar al Ejecutivo. Las negociaciones que desembocaron en la constitución de una mayoría favorable a Batlle son dignas de figurar en una antología mundial de las transacciones políticas.[38]

De hecho, en el Uruguay posterior al eclipse del militarismo la bipolaridad entre colorados y blancos escondía una proliferación de cinco o seis facciones, de manera no muy distinta ni más personalizada que la que enfrentaba en la Inglaterra del siglo XVIII a *tories* y *whigs*. El Ejecutivo era impotente ante un Congreso en que esas facciones estaban representadas, y donde el respeto al adversario se basaba en la capacidad de éste de movilizar fuerzas y organizar una rebelión armada en caso de verse excesivamente pisoteado en sus derechos.

La "coparticipación", por la que se entregaba el control de algunos departamentos a la oposición, tenía como resultado, si no como objetivo, precisa-

mente, facilitar a cada grupo el alzamiento, sobre la base de policías y guardiacárceles locales.

Una de las primeras tareas del nuevo gobierno fue vencer la rebelión de Aparicio Saravia, que duró varios meses (1903-1904) y terminó con la muerte en combate del caudillo y con varios miles de víctimas, entre muertos y heridos. Una vez consolidado militarmente, Batlle terminó con el sistema de coparticipación, eliminando las jefaturas políticas departamentales del Partido Nacional, salvo en el caso de dos de ellas, reservadas para una facción de ese partido, con la que sostenía una alianza.

Desde entonces pudo dedicarse a instrumentar ciertas mejoras sociales, si bien en su primer período no avanzó demasiado en ese frente. De todos modos, comenzó a conquistar simpatías entre sectores sindicales y aun entre anarquistas y socialistas. En este sentido, el batllismo tuvo, como el radicalismo chileno, un componente de izquierda bastante marcado, y quizá por esa razón se demoró por mucho tiempo la formación de un movimiento explícitamente socialista con alguna fuerza en las urnas.

La elección de 1907, canónicamente, correspondió a un reemplazante provisorio, Claudio Williman, quien disciplinadamente devolvió el puesto a Batlle a los cuatro años. El segundo período de gobierno de éste (1911-1915) fue el más clásico, y permitió avanzar en reformas sociales, en el campo de la educación, la laicización y la seguridad social. Se plantearon proyectos de afianzar el papel del Estado en el manejo de ciertos sectores productivos o de servicios, lo que hizo recaer sobre Batlle la acusación de "socialista" que desde entonces fue usual entre las fuerzas conservadoras y los observadores extranjeros.[39]

Al terminar su segundo mandato ya no era tan fácil mantener el sistema de las rotaciones,por lo que Batlle ideó un Colegiado que ejercería el Poder Ejecutivo, rotando entre sus miembros el primer puesto, como en Suiza. Esta medida podía ser interpretada como un avance democrático, pero también como un intento de "romper" la silla presidencial, de modo tal que nadie la ocupara y pudiera hacerle sombra, permitiéndole de esta manera seguir controlando el poder desde su posición de jefe del partido.

La idea consistía en elegir un cuerpo de nueve miembros, todos pertenecientes al partido mayoritario, que luego se renovarían uno por año, lo cual garantizaría una larga hegemonía colorada, ya que se daba por descontado que al menos la primera elección sería ganada por ese partido.

De todos modos, el proyecto de cambio constitucional no tuvo éxito, pues en la elección de 1916 para designar a la Convención Constituyente, las fuerzas opuestas al Colegiado, que incluían al conjunto del Partido Nacional y a una buena parte del Colorado, obtuvieron un amplio triunfo. Sin embargo, como resultado de una transacción política, se aprobó una posición intermedia: se establecería un Consejo Nacional de Administración, con dos tercios de miembros por la mayoría, que controlaría varios ministerios técnicos, mientras el presidente designaría a los secretarios de Guerra, Relaciones Exteriores e Interior. Además, se sancionó el sufragio secreto y una representación de un tercio de legisladores para la minoría en cada departamento. El sucesor de Batlle, miembro de su propio partido pero más moderado, fue Feliciano Viera (1915-1919), que planteó la necesidad de frenar las reformas en lo que dio en llamarse el "alto

de Viera", que tranquilizó a la derecha y al empresariado.[40]

Los gobiernos de los años veinte fueron de predominio colorado, aunque con participación blanca en el Consejo de Administración. En 1927 asumió la presidencia Juan Campisteguy, de antigua militancia batllista pero reorientado ahora hacia posiciones moderadas, y bien vinculado con las Fuerzas Armadas. Comenzaban a circular rumores sobre posibles intervenciones militares. La derecha económica, y los correspondientes sectores de los partidos tradicionales, buscaron una reforma constitucional que eliminara el Colegiado, al que responsabilizaban de imposibilitar una conducción firme de la economía del país. El advenimiento de la crisis daría mayor vigencia a sus argumentos.

NOTAS

[1] Véase Juan Gómez Quiñones, *Porfirio Díaz, los intelectuales y la revolución*, México, El Caballito, 1981; James D. Cockcroft, *Intellectual Precursors of the Mexican Revolution, 1900-1913*, Austin, University of Texas Press, 1968. La tradición yorkina, de un liberalismo populista, semejante a la del federalismo argentino pero más anticlerical, o a la de los "pipiolos" chilenos, era particularmente fuerte en México y signó las primeras décadas de la República.

[2] John M. Hart, *El anarquismo y la clase obrera mexicana, 1860-1931*, México, Siglo XXI, 1980.

[3] François Xavier Guerra, *México, del Antiguo Régimen a la Revolución*, México, FCE, 1988; Alan Knight, *The Mexican Revolution*, 2 volúmenes, Cambridge, Cambridge University Press, 1986; Ramón Ruiz, *The Great Rebellion:*

México, 1905-1924, Nueva York, Norton, 1980; Stanley Ross, *Francisco Madero: Apostle of Mexican Democracy*, Nueva York, Columbia University Press, 1955; Fabio Barbosa Cano (comp.), *La CROM, de Luis Morones a A. J. Hernández*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1980; Rosendo Salazar, *La Casa del Obrero Mundial*, México, B. Costa-Amic, 1962.

[4] Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómade*, México, Siglo XXI, 1977; John Womack, *Zapata y la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI, 1969; Enrique Krauze, *Venustiano Carranza, puente entre siglos*, México, FCE, 1987.

[5] Enrique Semo *et al.* (comps.), *Historia de la cuestión agraria mexicana*, 4 vols., México, Siglo XXI y Centro de Estudios de Historia del Agrarismo en México, 1988; Barry Carr, *El movimiento obrero y la política en México, 1910-1929*, 2 vols., México, Sepsetentas, 1976.

[6] Jean Meyer, *La Cristiada*, 3 vols., México, Siglo XXI, 1973-1974; Enrique Krauze, *Plutarco Elías Calles*, México, FCE, 1987.

[7] Pablo González Casanova, *La democracia en México*, México, Era, 1965; José Luis Reyna y Richard S. Weinert (comps.), *El autoritarismo en México*, México, 1981; Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI, 1976; José Vasconcelos, *Memorias*, 2 vols., México, FCE, 1982; Roderick Camp, *Intellectuals and the State in Twentieth Century Mexico*, Austin, University of Texas Press, 1985.

[8] Véase Robert A. Dahl (comp.), *Regimes and Oppositions*, New Haven, Yale University Press, 1973.

[9] Luis A. Sánchez, *Haya de la Torre y el Apra*, Santiago de Chile, Pacífico, 1955; Felipe Cossío del Pomar, *Haya de la Torre, el indoamericano*, 2ª ed., Lima, Nuevo Día, 1946; Eugenio Chang Rodríguez, *La literatura política de González Prada, Mariátegui y Haya de la Torre*, México, Studium, 1957; Julio Cotler, *Clases, Estado y nación en el Perú*, 4ª ed., Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1987.

[10] Víctor Raúl Haya de la Torre, *Obras completas*, 7 vols., Lima, García Baca, 1976-1977. Una buena síntesis

se encuentra en su libro *Treinta años de aprismo*, México, FCE, 1956. Véase también Harry Kantor, *Ideología y programa del movimiento aprista*, México, Humanismo, 1955; Robert Alexander (comp.), *Aprismo: The Ideas and Doctrines of Víctor Raúl Haya de la Torre*, Kent (Ohio), Kent State University Press, 1973; Thomas M. Davies y Víctor Villanueva (comps.), *Trescientos documentos para la historia del APRA*, Lima, Horizonte, 1978.

[11] José Carlos Mariátegui, *Obras*, 2 vols., La Habana, Casa de las Américas, 1982; José Aricó (comp.), *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, México, Pasado y Presente, 1980; Sheldon B. Liss, *Marxist Thought in Latin America*, Berkeley, University of California Press, 1984.

[12] "Sentido heroico y creador del socialismo", en: *Defensa del marxismo*, 11ª ed., Lima, Amauta, 1981, pp. 71-74. Este libro, póstumo, junta artículos escritos durante la década de los veinte.

[13] "Henri de Man y la 'crisis' del marxismo", en: *Defensa del marxismo*, pp. 19-23; "El problema de las elites", en: *Variedades*, Lima, 7 de enero de 1928, reproducido en *El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy*, 7ª ed., Lima, Amauta, 1981, pp. 48-53.

[14] Enrique Finot, *Nueva historia de Bolivia*, 7ª ed., y Mariano Baptista Gumucio, *Historia contemporánea de Bolivia*, 3ª ed., La Paz, Gisbert y Cía., 1980; Herbert S. Klein, *Orígenes de la Revolución Nacional boliviana: la crisis de la generación del Chaco*, La Paz, Juventud, 1968; Andrés de Santa Cruz Schuhkraft, *Cuadros sinópticos de los gobernantes de la República de Bolivia y de la del Perú*, La Paz, Fundación Universitaria Simón Patiño, 1956.

[15] Policarpo Artaza, *Ayala, Estigarribia y el Partido Liberal*, Buenos Aires, Ayacucho, 1946.

[16] Citado en Louis A. Pérez Jr., *Cuba under the Platt Amendment, 1902-1934*, Pittsburgh, Pittsburgh University Press, 1986, p. 104; véase también Allan Reed Millett, *The Politics of Intervention: The Military Occupation of Cuba, 1906-1909*, Columbus, Ohio State University Press, 1968.

[17] John Dumoulin, *Azúcar y lucha de clases: 1917*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1980.

[18] Julio Antonio Mella, *Qué es el ARPA* [sic], Lima, Editorial Educación, 1975; (1ª ed., México, 1928); Erasmo Dumpierre, *Mella, esbozo biográfico*, La Habana, Academia de Ciencias de Cuba, 1965; Sheldon Liss, *Roots of Revolution: Radical Thought in Cuba*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1987.

[19] Citado por Pérez, *Cuba under the Platt Amendment*, p. 181. Véase también del mismo autor *Army Politics in Cuba, 1898-1958*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1976; Jorge Domínguez, *Cuba: Order and Revolution*, Cambridge, Mass., Belknap Press, 1978.

[20] William Kamman, *A Search for Stability: United States Diplomacy toward Nicaragua, 1925-1933*, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1968; Sergio Ramírez, *El pensamiento vivo de Sandino*, 2ª ed., Caracas, Centauro, 1981; Gregorio Selser, *Sandino, general de hombres libres*, 2ª ed., Buenos Aires, Abril, 1984.

[21] Arturo Sosa Abascal *et al.*, *Gómez, gomecismo y antigomecismo*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1987; Luis Salamanca (comp.), *Los pensadores positivistas y el gomecismo*, 3 vols., Caracas, Congreso de la República, 1983; Arturo Sosa Abascal y Eloi Lengrand, *Del garibaldismo estudiantil a la izquierda criolla: los orígenes marxistas del proyecto AD, 1928-1935*, Caracas, Centauro, 1981; Robert Alexander, *Rómulo Betancourt and the Transformation of Venezuela*, New Brunswick, Transaction Books, 1982; Rómulo Betancourt, *Venezuela: política y petróleo*, México, FCE, 1956.

[22] Gerardo Molina, *Las ideas liberales en Colombia*, 3 vols., Bogotá, Tercer Mundo, 1970-1977; Roberto Herrera Soto (comp.), *Antología del pensamiento conservador en Colombia*, 2 vols., Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1982.

[23] José Enio Casalecchi, *O Partido Republicano Paulista, 1889-1926*, San Pablo, Brasiliense, 1987; Alfredo Varela, *Revoluções cisplatinas: a República Riograndense*, 2 vols., Porto, Chardron, 1915.

[24] Maria Cecília Spina Forjaz, *Tenentismo e Aliança Liberal, 1927-1930*, San Pablo, Livraria Editorial Polis, 1978; Paulo Sérgio Pinheiro, *Estratégias da ilusão: a revolução mundial e o Brasil, 1922-1935*, San Pablo, Companhia das Letras, 1991.

[25] Alberto Torres, *A organização nacional*, 2ª ed., San Pablo, Editora Nacional, 1938, y *O problema nacional brasileiro*, San Pablo, Editora Nacional, 1938; Barbosa Lima Sobrinho, *Presença de Alberto Torres*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1968.

[26] Francisco José Oliveira Vianna, *Evolução do povo brasileiro*, San Pablo, Monteiro Lobato, 1923; *O idealismo da Constituição*, 2ª ed., San Pablo, Editora Nacional, 1939, e *Instituções políticas brasileiras*, 2ª ed., 2 vols., Rio de Janeiro, José Olympio, 1955.

[27] Hernán Ramírez Necochea, *Historia del movimiento obrero en Chile: antecedentes, siglo XX*, Santiago, Austral, 1956; Alejandro Witker, *Los trabajos y los días de Recabarren*, México, Nuestro Tiempo, 1977.

[28] Jaime Eyzaguirre, *Chile durante el gobierno de Errázuriz Echaurren, 1896-1901*, 2ª ed., Santiago, Zig Zag, 1957; Julio Heise González, *Chile: el período parlamentario*, 2ª ed., Santiago, Andrés Bello, 1987.

[29] Arturo Alessandri, *Recuerdos de gobierno*, 3 vols., Santiago, Nascimiento, 1967; Ricardo Donoso, *Alessandri, agitador y demoledor*, 2 vols., México, FCE, 1952; Claudio Orrego *et al.*, *Siete ensayos sobre Arturo Alessandri Palma*, Santiago, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, 1979; René Millar Carvallo, *La elección presidencial de 1920*, Santiago, Editorial Universitaria, 1981.

[30] Ernesto Wurth Rojas, *Ibáñez, caudillo enigmático*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1958; René Montero Moreno, *La verdad sobre Ibáñez*, Buenos Aires, Freeland, 1953; George Strawbridge, *Ibáñez and Alessandri: The Authoritarian Right and the Democratic Left in XXth Century Chile*, Buffalo, SUNY at Buffalo, 1971.

[31] Frederick Nunn, *Chilean Politics, 1920-1931: The Honorable Mission of the Armed Forces*, Albuquerque, University of New México Press, 1970; Ignacio Sosa,

Conciencia y proyecto nacional en Chile, 1891-1973, México, UNAM, 1981; Carlos Charlín, *Del avión rojo a la República Socialista*, Santiago, Quimantú, 1972.

[32] Hilda Sabato y Ema Cibotti, "Inmigrantes y política, un problema pendiente", en: *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 2, núm. 4, diciembre de 1986, pp. 475-482, y *Hacer política en Buenos Aires: Los italianos en la escena pública porteña, 1860-1880*, Buenos Aires, Cisea-Pehesa, 1988; Hebe Clementi, *El miedo a la inmigración*, Buenos Aires, Leviatán, 1984; Fernando Devoto y Gianfausto Rosoli (comps.), *La inmigración italiana en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 1985 y de los mismos autores, *L'Italia nella società argentina*, Roma, Centro Studi Emigrazione, 1988; Carl Solberg, *Immigration and Nationalism: Argentina and Chile, 1890-1914*, Austin, University of Texas Press, 1970.

[33] Karen L. Remmer, *Party Competition in Argentina and Chile: Political Recruitment and Public Policy, 1890-1930*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1984.

[34] Alfredo Díaz de Molina, *José Figueroa Alcorta: de la oligarquía a la democracia, 1898-1928*, Buenos Aires, Panedille, 1979; Alfredo Etkin, *Bosquejo de una historia y doctrina de la Unión Cívica Radical*, Buenos Aires, Ateneo, 1928; Manuel Gálvez, *Vida de Hipólito Yrigoyen*, Buenos Aires, Club de Lectores, 1976.

[35] Iaacov Oved, *El anarquismo y el movimiento obrero en la Argentina*, México, Siglo XXI, 1978.

[36] Plácido Grela, *El grito de Alcorta: historia de la rebelión campesina de 1912*, Rosario, Editorial Tierra Nuestra, 1958; Miguel Ángel De Marco y Oscar Luis Ensinck, *Historia de Rosario*, Rosario, Museo Histórico Provincial de Rosario, 1978.

[37] Ricardo Caballero, *Hipólito Yrigoyen y la revolución radical de 1905*, Buenos Aires, Libros de Hispanoamérica, 1975; Roberto Etchepareborda, *Tres revoluciones: 1890, 1893, 1905*, Buenos Aires, Pleamar, 1968; David Rock, *El radicalismo argentino: 1890-1930*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977; Hebe Clementi, *El radicalismo: nudos gordianos de su economía*, Siglo Veinte, Buenos Aires, 1982 y *El radicalismo: trayectoria política*, Siglo

Veinte, Buenos Aires, 1982; Leonardo Paso, *Historia del origen de los partidos políticos en la Argentina, 1810-1918*, Buenos Aires, Ediciones Centro de Estudios, 1972.

[38] Véase Milton I. Vanger, *José Batlle y Ordóñez, el creador de su época, 1902-1907*, Buenos Aires, Eudeba, 1968, caps. 2-4.

[39] Véase por ejemplo las opiniones de los representantes británicos al finalizar la década del veinte, en Gerardo Caetano y Raúl Jacob, *El nacimiento del terrismo, 1930-1933*, 2 vols., Montevideo, Banda Oriental, 1989, vol. I, cap. 14; Jorge Balbis *et al.*, *El primer batllismo: cinco enfoques teóricos*, Montevideo, Banda Oriental, 1985.

[40] Milton I. Vanger, *El país modelo*, Montevideo, Banda Oriental, 1982; José Pedro Barrán y Benjamín Nahum, *Historia rural del Uruguay moderno*, 7 vols., Montevideo, Banda Oriental, 1967-1978 y *Batlle, los estancieros y el imperio británico*, 7 vols., Montevideo, Banda Oriental, 1985-1986.

III. LA EMBESTIDA MILITAR Y CORPORATIVISTA DESDE LOS AÑOS TREINTA HASTA LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

ARGENTINA EN LA "DÉCADA INFAME"

EL AÑO 1930 es cardinal en la historia latinoamericana, debido a la cantidad de cambios de gobierno producidos en ese momento, o en su cercanía, como resultado de la crisis económica. Si bien la característica de los cambios, de todos modos, fue muy disímil en los diversos países, el caso de Argentina es arquetípico de la imagen que se tiene de lo ocurrido durante ese año: un gobierno popular fue derribado por una intervención militar apoyada por las clases conservadoras, que intentaron crear un sistema de gobierno que no dependiera de las elecciones, adoptando el modelo corporativista impuesto en Italia. En el poder desde 1916, el radicalismo había erosionado muy fuertemente las bases del apoyo partidario conservador, ayudándose en varios casos con intervenciones federales a las provincias.

La derecha, que ya se había presentado dividida en 1916, como se vio en el capítulo anterior, siempre había tenido una estructura federativa, con partidos locales muy autónomos. Esta característica se vio

robustecida por la desbandada que se produjo como consecuencia de la pérdida del poder. Por su parte, el radicalismo /generó, para reemplazar al languideciente conservadorismo, un ala moderada llamada antipersonalista, es decir, antiyrigoyenista. Su inspirador fue el sucesor de Yrigoyen, Marcelo T. de Alvear, que a dos años de asumir la presidencia prohijó la escisión de quienes sintomáticamente fueron apodados "galeritas". Yrigoyen, al finalizar el mandato de su sucesor (1928), se hizo reelegir, y la principal oposición en las urnas fue la que sin éxito presentó el radicalismo antipersonalista.

Después de la derrota este sector llegó a una convergencia con lo que sobrevivía del conservadorismo y con grupos escindidos del socialismo, para formar la Concordancia, conjunto heterogéneo que se vio fortalecido por los errores del segundo gobierno de Yrigoyen, quien —ya bastante anciano— tenía dificultad para controlar la política nacional, y permitió un cierto caos y corrupción en su administración. Por otra parte, aunque su intento de nacionalizar el petróleo era apoyado por un sector de las Fuerzas Armadas, lo enfrentó con importantes sectores de la actividad económica. Finalmente, el golpe militar dirigido por el general José Félix Uriburu a fines de 1930 tuvo poca dificultad en voltear al gobierno —ya debilitado por las elecciones de diputados de comienzos de ese año— y consiguió en un comienzo un respaldo civil nada despreciable.

Dentro del régimen militar coexistían dos facciones. Una, comandada por el mismo Uriburu, pretendía establecer un régimen de representación corporativista, sin partidos políticos, o bien con un partido o movimiento único, oficialista. La otra, más ligada a la tradición política nacional, deseaba

retornar al predominio conservador clásico, ayudándose con algún elemento de fraude en las urnas, pero confiando en que a largo plazo podría convencer a una mayoría del electorado, con el apoyo de la Concordancia. Uriburu intentó cooptar al prestigiado dirigente del ala progresista conservadora, Lisandro de la Torre, que había sido el candidato de la derecha moderna en 1916, pero no consiguió atraerlo, a pesar de su amistad personal y de algunas vacilaciones por parte del dirigente político, que en los últimos años había evolucionado hacia posturas más avanzadas.

Las elecciones parciales, convocadas sólo para la provincia de Buenos Aires, como sondeo, a pocos meses del golpe de 1930, dieron la victoria a los radicales. El gobierno reaccionó invalidándolas, y el radicalismo respondió con la abstención revolucionaria, táctica que había practicado por largos años —desde su creación en 1891 hasta la aplicación de la ley Sáenz Peña en 1912—. Ante esta súbita simplificación del panorama electoral, el gobierno convocó a elecciones nacionales, a las que se presentó como opositora una alianza entre el Partido Demócrata Progresista de Lisandro de la Torre y el Socialista, dirigido por el sucesor de Juan B. Justo, Nicolás Repetto. El candidato oficialista, general Agustín P. Justo, de extracción radical antipersonalista, acompañado por el hijo de Julio A. Roca, se impuso con la ayuda de una cierta manipulación de las urnas, y por la ausencia de gran parte del electorado radical, que obedeció la orden de abstenerse o votar en blanco.

Se inició así un período conservador, con un número considerable de libertades públicas aunque con numerosos abusos y, sobre todo, la práctica inveterada del fraude electoral, especialmente

en la estratégica provincia de Buenos Aires. Las organizaciones obreras, que habían tenido expresión mayoritariamente anarquista a comienzos de siglo y luego se habían orientado por la vía de una versión moderada del "sindicalismo revolucionario", ahora pasaron a ser mayoritariamente socialistas, con una importante y creciente minoría comunista.

En ese entonces, el espinel de los partidos tenía ciertas semejanzas con el chileno y por lo tanto con el europeo: un partido conservador (Demócrata Nacional) a la derecha; una fracción radical (Unión Cívica Radical Antipersonalista) y una Democracia Progresista que en algún sentido desempeñaban el papel del partido liberal; un radicalismo centrista y mayoritario con orientación popular y una izquierda formada por socialistas y comunistas (la fracción Socialista Independiente, que había apoyado a la Concordancia, pronto se extinguió).

Sin embargo, había dos diferencias importantes con Chile. Ante todo, la derecha no reproducía la capacidad demostrada por las fuerzas de ese cuño en el país trasandino de ganar elecciones, aunque fuera comprando algunos votos, ya que en Argentina era necesario colocarlos directamente en las urnas. En segundo lugar, la izquierda estaba más confinada que en Chile a los grandes centros urbanos, y en especial a la ciudad de Buenos Aires. La composición social del país, a la que ya hemos aludido en el capítulo anterior, era causa de que la mentalidad prevaleciente en esa izquierda fuera excesivamente europeizante.

Aunque el impacto inmigratorio iba siendo absorbido a través de la nueva generación, quedaba aún un porcentaje muy alto de extranjeros, sin voto, en la burguesía y en la clase obrera. Pero el

interior del país, siempre muy periférico en términos de poder, iba adquiriendo mayor presencia política debido a la extensión del sistema de comunicaciones y a que una buena parte de sus habitantes se trasladaban a los grandes centros urbanos, donde su condición más "criolla", a menudo étnicamente mezclada, los hacía sentir discriminados. En Chile no se daba este fenómeno con igual intensidad, porque la clase trabajadora de ese país era más homogénea que la argentina y el porcentaje de extranjeros mucho menor.[1]

El gobierno conservador del general Justo (1932-1938) ha sido estigmatizado por la historiografía nacionalista y de izquierda como protagonista de la "década infame", tanto por sus prácticas fraudulentas como por su política de robustecer la integración a la economía mundial. Sin embargo, buena parte de esta estrategia estaba dictada por la situación mundialmente imperante. Es el caso del famoso Pacto Roca-Runciman (1933), que permitió el acceso preferencial a los productos industriales británicos a cambio de continuar la exportación de carne, que de lo contrario no hubiera podido superar las barreras proteccionistas imperiales. Esta apertura a la relación con Gran Bretaña implicaba dejar de lado los intereses de la industria local, y también los de los exportadores norteamericanos.

La crisis, de todos modos, forzó al gobierno a diseñar medidas de planificación económica, inspiradas por el antiguo socialista independiente Federico Pinedo, ahora conservador, considerado como el mago de las finanzas. Por otra parte, la escasez de divisas dificultaba y encarecía las importaciones, aunque estuvieran permitidas, lo que en los hechos generó un proteccionismo bastante marcado para la industria, en buena parte en

manos de firmas norteamericanas o europeas y de un importante sector nacional.

Esta burguesía industrial estaba cada vez más inquieta respecto de su futuro, pues le era difícil encontrar eco en los principales partidos políticos. Más allá de sus diferencias, los sectores empresariales o de clase media que simpatizaban con los conservadores o con los radicales confiaban en que el esquema agroexportador, que tan exitoso había sido en el pasado, podría revivir una vez pasada la crisis. Incluso la izquierda, debido especialmente a la tradición justista del socialismo, era reacia a apoyar esquemas proteccionistas que a su juicio sólo servirían para aumentar las ganancias de grupos capitalistas parasitarios, como los azucareros de Tucumán, que además pagaban los salarios más bajos del país.

Si en el esquema político-partidario principal la sensibilidad hacia el proteccionismo industrial era escasa, no podía decirse lo mismo respecto de ciertas minorías intelectuales y militares que, cada una por razones diversas, habían adoptado un nacionalismo muy intenso. En el campo militar el motivo era obvio, pues la industria es componente esencial de una política armamentista, considerada necesaria ante la posibilidad de que el país se involucrase en un conflicto mundial, y por razones de competencia con Brasil y Chile. Entre los intelectuales había un sector, de origen en general de clase alta decadente o periférica, cuyo conservadorismo básico los había llevado, ya desde la segunda o tercera década del siglo, a reaccionar contra el cosmopolitismo que traía aparejado la oleada inmigratoria.

Fue así como se formó un sector "nacionalista", motivado no sólo, como en otros países, por senti-

mientos antiimperialistas, sino también por actitudes antiinmigratorias, ante el temor a las posibilidades revolucionarias que sobrevendrían con ese aporte humano. De este modo, el nacionalismo, que en muchas otras zonas del mundo periférico toma colores de izquierda, en Argentina fue por mucho tiempo mayoritariamente de derecha, con simpatías por el autoritarismo fascista o el falangismo, buscando una revitalización de las tradiciones hispánicas y católicas. También hubo un nacionalismo de izquierda, encarnado en personajes como Manuel Ugarte, disidente y finalmente expulsado del Partido Socialista, pero las suyas eran voces minoritarias dentro de ese sector ideológico.

En cuanto a las masas populares, ellas tenían que soportar las peores consecuencias de la crisis, especialmente en sus sectores menos calificados, a menudo migrantes internos, que no tenían suficiente protección sindical ni estatal. En suma, se estaban preparando los elementos para una mutación histórica en el esquema partidario argentino, lo que ocurrió con el surgir del peronismo, tema al que volveremos.

El inicio del varguismo en Brasil

En Brasil también hubo un cambio violento de gobierno en 1930, pero sus características fueron casi opuestas a las del proceso argentino, pese a la semejanza de algunos de sus actores. El pacto implícito en la política del "café con leche" establecía que en 1930 debía asumir un presidente *mineiro*,

pero esta vez, ante una crisis de la magnitud de la que se perfilaba, la elite paulista no estaba dispuesta a abandonar el control de la economía nacional. No fue posible evitar entonces una competencia electoral, en la que se impuso, lógicamente, el candidato de San Pablo, que contaba con el apoyo de los oficialismos de casi todo el país, salvo los de Minas Gerais y otros dos estados. Getulio Vargas, presidente de Río Grande do Sul, miembro del Partido Republicano local, fue el candidato de la alianza.

La protesta cívica se hizo sentir en sectores muy amplios del país, incluyendo los partidos opositores paulista y riograndense, el Demócrata y el Libertador. Además de incorporar al tenentismo, contó con algunas simpatías en los altos mandos de las Fuerzas Armadas. La naturaleza muy federativa del país, que incluía la existencia de importantes Fuerzas Armadas estaduales con el nombre de Policías Militares, facilitó el complot, que aunque respondió a la iniciativa civil, incluyó desde el comienzo al elemento tenentista. Después de una corta guerra intestina las fuerzas revolucionarias se impusieron, debido a la escasa convicción con que el alto mando del Ejército instrumentaba la represión.

Fue así como se inauguró el gobierno provisional de Getulio Vargas, que no fue por tanto resultado de un golpe militar, como ocurriera en el proceso argentino del mismo año. Sin embargo, un sector de intelectuales nacionalistas, y los *tenentes*, todos ellos con una mezcla de ideas progresistas y dirigistas en lo económico, y con tintes algo autoritarios o corporativistas en lo institucional, estuvo presente tanto en Brasil como en Argentina. Pero el grupo brasileño, debido quizás a la diversa

estructura social y política del país, jugó un papel antioligárquico y no antipopular, lo que no obsta para que también él estuviera decidido a reprimir los "excesos" de las fuerzas populares.

Aunque en general la izquierda no apoyó la revolución, un buen número de sus componentes se plegó desde muy temprano ante las perspectivas de reforma social que se abrían. No fue éste el caso de Luis Carlos Prestes, jefe tenentista que durante su exilio porteño había evolucionado, hasta adherir al comunismo, del cual se transformaría en jefe luego de varios años de entrenamiento en Moscú. Pero siempre mantendría la marca de su origen nacionalista y militar, y por ello sería objeto de desconfianza en el partido, dada su tendencia a caer en el "populismo pequeño burgués".[2]

El nuevo gobierno provisorio, que duraría cuatro años, envió interventores a casi todos los estados, valiéndose para ello principalmente de los *tenentes*. En el norte fue designado Juárez Távora, prácticamente como "virrey" de esa zona. En Minas Gerais, cuyo gobierno había sido parte de la coalición revolucionaria, no fue necesario enviar interventor, pero Francisco Campos, ministro de Educación y originario de ese estado, organizó una legión semimilitarizada muy inspirada en modelos fascistas. Más pragmático fue el médico Pedro Ernesto Batista, al frente del Distrito Federal, Río de Janeiro, muy orientado hacia la política social. João Alberto Lins de Barros, del grupo tenentista, interventor en San Pablo, también organizó una legión local. En la capital se organizó el Club Tres de Octubre, como estado mayor de las fuerzas revolucionarias, sobre todo las ligadas al tenentismo, que buscaban mantener el espíritu de las reformas, y sentar las bases

para un movimiento político de escala nacional, lo cual, dado el federalismo brasileño, no era nada fácil. En el gabinete, Lindolfo Collor estaba a cargo de la política laboral.[3]

Pronto hubo conflictos con las fuerzas tradicionales del estado de San Pablo, donde João Alberto terminó por enfrentarse no sólo a los cafetaleros sino al mismo Partido Demócrata y a los industriales, así como a la opinión pública más liberal, orquestada por el diario *O Estado de São Paulo*. Finalmente la revuelta estalló, bajo banderas constitucionalistas, en julio de 1932, como protesta por la eternización del régimen provisorio. Esta rebelión contó con algunos elementos separatistas, nunca del todo acallados en la clase política paulista; pero de lo que se trataba sobre todo era de retornar al régimen constitucional anterior, retomando además el predominio paulista. En esta aventura se consiguió incluso apoyo de los partidos riograndenses, recelosos de perder la tradicional autonomía de su estado ante los avances del poder central.[4]

La guerra civil demandó ingentes esfuerzos de ambos bandos, pero pronto el gobierno central se impuso, aunque tuvo que acelerar los proyectos de la Constituyente. El problema era cómo elegir a este cuerpo. Al final se decidió hacerlo sobre la base del sufragio tradicional (sólo de los alfabetizados) con el agregado de aproximadamente 20% de sillas para representantes directos de entidades profesionales, tanto empresarias como obreras y culturales. Este componente corporativista proveería un elemento adicto al gobierno, debido en parte a la forma en que éste daría los reconocimientos a las entidades en cuestión, lo cual, sobre todo en el caso del sector obrero, iba a ser el resultado de una

fuerte manipulación para evitar influencias izquierdistas. En la Constituyente hubo mayoría gubernista, propiciada por los interventores a través de una panoplia de partidos y legiones locales del más diverso cuño. Sancionada en 1934, la Constitución, de todos modos, resultó una versión algo modernizada de las típicamente liberales, sin incluir representación corporativa en la legislatura. Las elecciones se realizaron por primera vez en el país con sufragio secreto y mayores garantías para la inscripción en los padrones.[5]

En la inmediata elección presidencial, en 1934, Getulio Vargas fue ungido para un período de cuatro años por una coalición de partidos locales, y sin posibilidad de ser reelecto. Bajo las garantías de la nueva Constitución la izquierda se reorganizó, con el nombre de Aliança Nacional Libertadora, (ANL), frente dominado por el aún ilegal Partido Comunista y por su jefe Prestes, que había retornado subrepticiamente al país después de un largo período de formación en Moscú. Este movimiento consiguió bastante apoyo, sobre todo en las ciudades, y contó con un nada despreciable componente de simpatías militares entre los antiguos *tenentes* amigos de Prestes, tanto entre los mandos medios como entre los conscriptos.

Contando con esa base, y como postrer grito de la política internacional comunista de enfrentamiento de "clase contra clase", se planificó un levantamiento armado, que estalló en noviembre de 1935 en Río de Janeiro, Recife y Natal, y gracias a sus contactos con los uniformados logró copar algunos cuarteles. Debido a que la movilización popular fue escasa y a que las tropas leales bombardearon sin piedad los focos insurgentes, la intentona fracasó, y Prestes pronto fue apresado y encarcelado durante diez

años, mientras su mujer, alemana, fue deportada y entregada a la Gestapo.[6]

Como reacción a esta amenaza que se temía podía seguir latente, la derecha se vio robustecida dentro del régimen. Por otra parte, en la sociedad, la agitación nacionalista católica de derecha era fuerte, y reconocía en Plinio Salgado a su jefe. Este organizó en 1932 la Asociación Integralista Brasileña (AIB), directamente calcada del modelo alemán, y con una letra *sigma* mayúscula como símbolo de unificación. El programa, que incluía medidas de legislación social y una organización corporativa del Parlamento, así como la existencia de un partido único con liderazgo vertical, consiguió apoyos muy estratégicos en las comunidades inmigratorias alemana e italiana, entre la burguesía, en los altos mandos del Ejército, en la *intelligentsia* nacionalista y en ciertos ambientes católicos, sobre todo en un comienzo en que aún no había decantado totalmente su carácter totalitario. Figuras que luego tuvieron un papel altamente progresista y de izquierda, como Helder Cámara y San Thiago Dantas, o que evolucionaron hacia una posición católica liberal, como Alceu Amoroso Lima, pasaron por etapas de simpatía integralista.[7]

En 1937 se avecinaban los comicios, que legalmente no permitían la reelección de Vargas, aunque sus opositores temían una maniobra de último momento. El principal candidato opositor, revolucionario de los días de octubre de 1930, pero identificado con la tendencia más liberal y democrática de ese conjunto, José Américo de Almeida, se perfilaba el posible ganador como heredero del régimen aunque crítico de algunas de sus orientaciones. Las fuerzas oficialistas aún no habían logrado organizar un partido único, y la usual proliferación de forma-

ciones locales seguía vigente. Ante el incrementado sentimiento de inseguridad por el futuro y la persistente amenaza comunista, así como la muy fuerte agitación popular del integralismo, surgió en el gobierno el proyecto de un autogolpe, que se concretó en noviembre de 1937.

Vargas disolvió el Congreso e instituyó el llamado Estado Novo, muy inspirado en las doctrinas de escritores nacionalistas, corporativistas o autoritarios como Alberto Torres y Oliveira Vianna, a los que se había sumado el influyente Antonio José Azevedo Amaral. El modelo existente, que se copiaría con bastante detalle, era el provisto por el régimen corporativo italiano. Es así como desde el Ejecutivo se dictó una constitución que establecía la representación corporativa combinada con la liberal clásica, matizada por elecciones indirectas, y sin partidos políticos. De hecho, sin embargo, la emergencia política impuso un régimen transitorio de dictadura unipersonal, con censura de prensa y persecución de la oposición, de manera que esta constitución nunca llegó a aplicarse.

Debido a que una de las organizaciones políticas que debía disolverse era la Asociación Integralista de Plinio Salgado, éste retiró el apoyo que había prestado mientras imaginaba convertirse en partido o movimiento oficial. El Estado Novo, sin embargo, a diferencia del fascismo italiano, no estableció un partido único sino que los eliminó a todos, y nunca pretendió organizar uno desde el poder. Eran las condiciones sociales, por cierto, y no sólo la constitución, lo que diferenciaba a ambos regímenes. En Brasil, aunque no podía ser ignorada, la amenaza subversiva nunca tuvo la inmediatez que adquirió en Italia, donde estaba apoyada por un fuerte partido marxista. Es así como durante la

vigencia del Estado Novo, Vargas no logró contar con un movimiento que le permitiera el dominio de las calles y una gestión movilizadora de la dictadura de derecha. Aunque no le respondía totalmente, el integralismo habría podido ser el más cercano equivalente de ese brazo político. Pero su extremismo, extraño a la realidad brasileña, no le permitió cumplir ese papel. Cuando finalmente, hacia el fin de la Segunda Guerra Mundial, Vargas consiguió un apoyo popular significativo, fue de otro tipo que el que sostenía al fascismo, e incluso enfrentó a los sectores que habían acompañado la experiencia inicial del Estado Novo.[8]

Despechado por su marginación del poder, e ilusionado con las numerosas simpatías de que gozaba en las Fuerzas Armadas, el integralismo protagonizó un golpe de mano en 1938. Casi tuvo éxito en su objetivo de copar la residencia presidencial y apresar a Vargas, pero el Ejército se mantuvo leal al régimen y, después de una brevísima indecisión, reprimió la intentona. Desde entonces el integralismo decayó visiblemente, y muchos de sus simpatizantes, impactados por los excesos del modelo alemán, emigraron hacia otras posiciones conservadoras más clásicas, o adoptaron actitudes inspiradas en la Doctrina Social de la Iglesia, hasta adherir algunos a la izquierda nacionalista.

Las nuevas actitudes que se estaban gestando en Argentina entre industriales, intelectuales nacionalistas, militares y la nueva masa obrera marginada o recientemente inmigrada, también se manifestaban en Brasil. Por aquella época el desarrollo industrial de este país era menor que el de Argentina, si se lo tomaba en su conjunto, y mucho menor medido en términos *per capita*, aunque las mayores dimensiones del mercado local permitían

augurarle un futuro más brillante. La enorme masa de población pobre del interior era una fuente inagotable de mano de obra barata y poco inclinada a un sindicalismo autónomo o de izquierda. Sin embargo, la otra cara de la moneda estaba representada por esa misma masa pauperizada, la cual, tanto en sus lugares de origen como en los nuevos centros urbanos donde se agolpaba, podía proveer la base para mortíferos estallidos de violencia social, al estilo de la mexicana. Para ello, claro está, tendría que ser dirigida por elites disconformes, que era muy previsible que surgieran debido a la endeblez de las clases medias (a excepción del sur) y al inevitable incremento de la educación secundaria y superior.

En Argentina, la próspera y amplia clase media se encargaba de absorber las tensiones en su seno, y la misma clase obrera tenía una experiencia sindical que aunque le daba capacidad reivindicativa le quitaba potencialidades revolucionarias. El sólido sistema de partidos políticos del país del Plata, por otra parte, canalizaba hacia la vía pacífica todas esas tensiones, lo cual hubiera sido más total y definitivo si los conservadores hubieran abierto algo más las compuertas electorales. La estructura social argentina hacía que las clases dominantes tuvieran rivales fuertes, tanto en los estratos medios como en los populares, capaces de luchar por porciones del ingreso nacional, pero sin que nadie pudiera conceder cierto viso de realidad a una salida revolucionaria.

En Brasil, en cambio, por entonces el predominio de las clases propietarias era quizá menos cuestionado que en Argentina, y tanto las organizaciones profesionales como las sindicales y políticas de las clases medias y populares eran débiles

o inexistentes. Pero el gigante dormido podría despertarse algún día, derribando de manera violenta e imprevista a los Lilliputs que proliferaban sobre su cuerpo. En otras palabras, la clase alta argentina enfrentaba a fuertes rivales, pero no, en realidad, a enemigos irreconciliables; en cambio, sus pares brasileños imperaban con menores resistencias por el momento, aunque en las sombras se ocultaba un enemigo mortal que el tiempo no podía menos que activar.[9]

El Chile del Frente Popular: contraste con Argentina

En Chile, el dominio de las clases capitalistas tenía un estatus intermedio entre los de Brasil y Argentina. Chile tenía una estructura social bastante semejante a la argentina, aunque con un nivel de vida más bajo y concentraciones mineras que alimentaban los enfrentamientos sociales. Por otra parte, el desarrollo institucional y la experiencia asociativa eran parejas si no mayores, y lo mismo podía decirse de la educación, con excepción de la primaria. Como consecuencia, la clase media chilena, que cumplía un papel moderador menos sólido que en Argentina, podía albergar elites disidentes de mayor belicosidad. Su arquetípico Partido Radical, de todos modos, era básicamente centrista. En cuanto a los sindicatos y la izquierda, eran más fuertes en Chile que en el Plata, y sobre todo más maximalistas en sus programas, lo que se evidenciaba en el papel predominante del Comunismo y en la existencia de actitudes antirreformistas en el Socialismo.

Sin embargo, la alta urbanización del país —y la implementación desde fechas tempranas de políticas sociales— resultaba en que no se pudiera hablar de un gigante dormido cuyo despertar fuera catastrófico. Lo único preocupante para la clase alta chilena era que las fuerzas contestatarias, aunque canalizadas por vías constitucionales y asociativas, mantenían actitudes muy confrontacionistas, al menos en sus proclamas y en la mentalidad de sus minorías activistas.

Normalizado a partir de 1932, el tablero político chileno volvió a agitarse hacia el final de la segunda presidencia de Arturo Alessandri (1932-1938), en parte ante las noticias que venían de Europa. Si en Francia y en España se formaban frentes populares para luchar contra el fascismo, ¿por qué no repetir esa experiencia para promover el cambio social? El hecho es que para las elecciones de 1938, ante la candidatura conservadora del delfín de Alessandri, Agustín Ross, se unieron radicales, socialistas y comunistas, e impusieron por escasa diferencia al radical Pedro Aguirre Cerda en la Moneda.

La campaña agitó las pasiones más que de ordinario, y estuvo acompañada por siniestros vaticinios. Algunos extremistas habían organizado un partido nazi, versión mucho más débil del integralismo brasileño. Rechazados por la derecha clásica, organizaron su propia campaña, y en un momento quisieron asestar un golpe de mano desde su sede en pleno centro. Alessandri ordenó una represión sin piedad, en la cual fueron muertos unas cuantas decenas de jóvenes en la flor de la edad y muy conectados a las mejores familias. Todavía hoy una placa recuerda a estos mártires, y son muchos los que condenan la bárbara violen-

cia de Alessandri, olvidando la que hubieran desatado estos jóvenes en caso de haber tenido éxito. Más grave aún es que el candidato presidencial de ese grupo era nada menos que el general Ibáñez, que había intentado infructuosamente volver al primer plano de la política desde su caída, y para ello estaba dispuesto a cualquier cosa. Ante el despecho producido por la represión gubernamental, Ibáñez y el partido que lo había adoptado decidieron dar sus pocos votos a los enemigos del oficialismo, o sea, al Frente Popular.

El Frente formó un gabinete con radicales y socialistas, dejando a los comunistas como apoyo parlamentario pero sin el ejercicio de cargos ejecutivos. Pese a que la alarma fue grande en la derecha, tanto la nativa como la de los países vecinos —por no hablar de los vigilantes ojos y oídos del imperio—, las medidas que encaró el gobierno, sin embargo, no fueron muy extremas. Lejos de eso, se tomaron todos los recaudos para disminuir la alarma, sobre todo la de las clases terratenientes. Así, no se habló de reforma agraria ni se estimuló la sindicalización en el campo, que podría haber generado una situación incontrolable "a la brasileña". Hubo una fuerte promoción estatal de la industrialización, mediante la Corporación de Fomento (CORFO), y se realizaron avances en el área de la seguridad social y de la sindicalización.[10]

El ejemplo chileno fue particularmente tenido en cuenta en Argentina, donde se descontaba la posibilidad de reproducirlo para luchar contra el continuismo de la Concordancia. El Partido Socialista se transformó en el partidario más entusiasta del modelo, a pesar de su tradicional desconfianza

hacia el radicalismo y de su fuerte oposición a los comunistas. De hecho, fue la Unión Cívica Radical la más renuente a entrar en estas tratativas, pues algunos grupos identificados con la línea "intransigente", que había sido la bandera inicial desde la Revolución del Parque (1890), se oponían a diluir sus doctrinas con cualquier tipo de alianza. Las tratativas se vieron totalmente obstaculizadas por el inicio de la guerra y el Pacto Germano-Soviético, pero hacia 1941 habían sido retomadas muy seriamente, y estaban a punto de fructificar cuando se dio el golpe militar de junio de 1943.

En su fase inicial, este golpe contó con el apoyo del mismo elenco que había promovido la intervención militar de 1930, o sea, una activa participación de nacionalistas y corporativistas, con la anuencia esta vez mucho más pasiva de la derecha económica. Las dudas de este sector se explicaban porque ahora el golpe no estaba dirigido contra un gobierno popular supuestamente descontrolado y corrupto, como en 1930, sino contra un *establishment* conservador, algo desprestigiado por el fraude y desorientado en cuanto a la política exterior a seguir, pero con sólida raigambre en la clase alta.

La sucesión del general Justo había sido canónica, con la instalación fraudulenta en el poder del radical concordancista Roberto Ortiz, enfrentado con el muy moderado Marcelo T. de Alvear. La no aceptación por parte de la derecha gobernante de un retorno de Alvear al poder ha sido considerada a menudo como un exceso de ceguera política. Efectivamente, negarse a competir lealmente con un personaje de esa trayectoria era un poco suicida, aunque siempre se podía argumentar que el moderadísimo Alvear iba a ser prisionero de los

resentidos activistas de su partido. De todos modos, en la selección de Roberto Ortiz como futuro presidente había un elemento de apertura, que evocaba al proceso que llevó a Sáenz Peña a la primera magistratura en 1910 y enseguida a sancionar la ley de sufragio universal.

No bien ocupó el sillón de Rivadavia, Ortiz emprendió una limpieza política. En 1940 intervino la provincia de Buenos Aires, ante el escándalo de las elecciones que con los métodos usuales acababa de ganar a Alberto Barceló, sucesor del incorregible Manuel Fresco. Igualmente importante, ese mismo año garantizó elecciones libres en todo el territorio nacional para la renovación de la Cámara de Diputados, con el resultado de que la oposición se apoderó de la mayoría de las bancas. Pero de nuevo volaron cornejas siniestras, y la enfermedad inhabilitó al reformista presidente, que sin duda se proponía abrir una competencia limpia para designar a su sucesor, en el aún lejano 1943.[11]

El poder recayó entonces en el vicepresidente, Ramón Castillo, un político de la provincia de Catamarca que había hecho carrera en el Poder Judicial, y que aunque era un tibio nacionalista, estaba muy poco convencido de la necesidad de recabar la opinión de la gente acerca de cómo debía gobernársela. Al finalizar la intervención, y bajo la nueva orientación, las elecciones en la provincia de Buenos Aires dieron nuevamente el triunfo fraudulento al conservadorismo, aunque fue uno de sus políticos renovadores, Rodolfo Moreno, el designado. Entonces, la renovación presidencial estaba decidida, y el gobernante Partido Demócrata Nacional seleccionó para ello a Robustiano Patrón Costas, barón del azúcar del norte, región donde poseía un moderno pero muy estrechamente controlado

enclave agrario e industrial. Patrón Costas era además bastante anglófilo, en contraposición a las posturas neutralistas de Castillo, lo cual no era bien visto por las nuevas fuerzas industriales y militares que se agitaban en el país, y menos aún por los intelectuales nacionalistas.

Bajo estas condiciones se generó el golpe de 1943, resultado de contrapuestas líneas de tensión. Durante un muy breve tiempo suscitó esperanzas entre sectores progresistas, ya que había derrocado al protofascista régimen de Castillo, que, distinguido ya por cerrar al Concejo Deliberante, amagaba con hacer lo mismo con el Congreso. Sin embargo, el predominio autoritario y corporativista del nuevo gobierno se tornó pronto bastante evidente, alejando de sí a la opinión liberal, radical y de izquierda, pero sin poder recuperar las simpatías de las fuerzas conservadoras tradicionales, que al fin y al cabo eran las que habían sido radiadas del poder por obra del golpe militar.[12]

El Uruguay posbatllista

En Uruguay el predominio colorado se mantuvo durante los años veinte, aunque jaqueado cada vez más por el Partido Nacional, que bajo la dirección de Luis Alberto de Herrera combinaba una clara apelación a la derecha ideológica y económica, con una suerte de movilización de sentimientos nacionalistas y populares. Batlle pudo seguir controlando el delicado equilibrio provocado por un presidente debilitado aunque no anulado y un Consejo

de Administración que compartía algunas de las responsabilidades del Ejecutivo y que a menudo mostraba el predominio de partidos o facciones distintas a las que habían elegido al presidente. Con su muerte en 1929 el sistema quedó librado a sus propias fuerzas.

Por aquella época, la división de los partidos tradicionales, que se mantenían unidos en parte debido a la Ley de Lemas, hacía que bajo el aparente bipartidismo se escondiera un verdadero multipartidismo, aunque con una estructura de alianzas bastante permanentes, sancionadas por una larga experiencia histórica. Dentro del coloradismo existía una división básica entre un sector más conservador, autodenominado riverista, por el caudillo iniciador del partido, y el batllismo. Éste, a su vez, reconocía gradaciones en el grado de convencimiento acerca de las bondades del Colegiado, o de la necesidad de seguir avanzando en reformas que parecían querer instaurar un modelo socialista. En 1930, en ocasión de la elección de presidente, y ante la desaparición de Batlle, hubo un vacío de poder que fue llenado con la candidatura —exitosa— de Gabriel Terra, un político con larga trayectoria en el partido, que había desempeñado cargos en el área económica y mantenía fuertes lazos con el ambiente empresario.[13]

En el Partido Nacional, la gran mayoría del electorado seguía a Herrera, e incluso en 1926 casi lo impone para ocupar la presidencia. Pero la oposición a su liderazgo dentro del partido fue cada vez mayor, sobre todo en sectores profesionales y de convicciones liberales, debido a sus tendencias autoritarias y a su intransigencia, que lo llevaron a expulsar a un sector renovador de izquierda, el Radicalismo Blanco, que le podría haber dado la

victoria si no hubiera abandonado el lema. Los opositores nacionalistas de Herrera, nucleados alrededor del diario *El País*, formaron el Nacionalismo Independiente. A la izquierda se movía, fiel aún al lema, Carlos Quijano, futuro creador del semanario *Marcha*, con una Agrupación Nacional Democrático-Social. En el coloradismo militaba también una fracción de extrema izquierda, muy interesada en la experiencia soviética, dirigida por Julio C. Grauert.

La crisis económica de 1930 removió el espectro político del país. En el coloradismo se reactivaron las tendencias hacia la reforma, congeladas desde el "alto de Viera". La derecha, muy ligada al sector riverista colorado, y al herrerista entre los blancos, organizó un Comité Nacional de Vigilancia Económica. Este grupo de presión, apoyado fuertemente por las entidades patronales, estaba claramente lanzado a la acción política, aunque evitando el partidismo, en parte por la conveniencia de distribuir sus opciones en ambos lemas. Por otro lado, en cambio, el ímpetu reformista se cristalizó en un pacto —que los opositores denominaron "pacto del chinchulín"— entre los batllistas (que aún incluían a Terra) y los nacionalistas independientes, a quienes se otorgaron cargos en la administración pública a cambio de su anuencia a reformas acerca de cuya necesidad estaban sólo parcialmente convencidos. Los proyectos incluían no sólo mayores avances en el área de la seguridad social, jubilaciones y salarios mínimos, sino también un fuerte proteccionismo industrial y la ampliación del área de propiedad pública, especialmente con la creación de ANCAP, el monopolio estatal de la refinación y expendio de petróleo y derivados.

En la confrontación subsiguiente la oposición planteó el rechazo del Colegiado, que no gozaba de simpatías populares, y consiguió aunar, además de riveristas y herreristas, al propio presidente Terra, que de esta manera abandonaba su militancia batllista. Al encontrarse sin mayoría legislativa, el presidente apeló al golpe de Estado, disolviendo el Parlamento en marzo de 1933 para convocar inmediatamente a una Convención Reformadora. Ésta fue electa con la abstención de batllistas y blancos independientes.

La nueva Constitución, sancionada en 1934 fortalecía al Ejecutivo, eliminando el Colegiado, y creaba un Senado con participación casi pareja de los partidos mayoritario y minoritario, o sea eternizando lo que en el lenguaje técnico de la política uruguaya se llamaba "coparticipación". Terra fue constitucionalmente electo para el período 1934-1938, y luego sucedido por el colorado Alfredo Baldomir (1938-1942), alrededor del cual se agruparon los abstencionistas de ayer, o sea la izquierda del panorama partidario tradicional (colorados batllistas y nacionalistas independientes). Esta vuelta de dados llevó al poder al sector reformista, que sin embargo se encontró sin un sólido apoyo en el Congreso. En 1942, una obstrucción legislativa de los opositores de derecha fue superada por un breve golpe de Estado del presidente, que convocó a una Convención Reformadora para sancionar otra Constitución. Ésta estableció nuevamente un Colegiado junto a la presidencia y eliminó la coparticipación en el Senado, logrando que éste fuera electo de manera proporcional, en distrito único nacional.

Los golpes de Estado de Terra y de Baldomir fueron interrupciones relativamente "blandas", si

se los juzga a la luz del escenario latinoamericano de la época. Evidenciaban un malestar en el sistema de partidos, pero no fueron acompañados de seria represión, y enseguida se recanalizaron de manera constitucional. De alguna manera se los puede parangonar con el proceso irregular a través del cual arribó Charles de Gaulle al poder en Francia en 1958, en medio de una grave crisis de legitimidad, pero con un rápido retorno al cauce legal. En el caso uruguayo, sin embargo, estos "correctivos" no consiguieron, como en Francia, introducir cambios permanentes y sustanciales en el sistema político o constitucional, quizá porque las condiciones no estaban maduras para una mutación del sistema de partidos políticos, lo que sí se verificó en Francia.[14]

Los efectos de la Guerra del Chaco en Bolivia y Paraguay

En Bolivia y Paraguay la Guerra del Chaco (1932-1935) produjo alteraciones permanentes de sus sistemas políticos. Hasta ese entonces ambos países se habían regido, durante varias décadas, por gobiernos de tipo liberal con escasa participación popular. En Bolivia, a la clásica dupla conservadora-liberal se había sumado, en 1920, un movimiento renovador, el Partido Republicano, dirigido por Bautista Saavedra y luego por Hernán Siles, una especie de equivalente de los partidos radicales de los países del Cono Sur. Como su predecesor, Siles intentó mantenerse en el poder más allá del límite constitucional, pero fracasó debido a la gran opo-

sición tanto civil como militar. Es así como se produjo en 1930 un golpe militar de tipo "correctivo", que enseguida entregó el mando a un grupo alternativo de civiles, esta vez al sector más conservador-liberal del Republicanismo Genuino, representado por el prestigiado y austero Daniel Salamanca (1931-1934).

Salamanca se vio envuelto en la Guerra del Chaco, con respecto a la cual adoptó en un inicio posiciones muy belicistas. Los fracasos militares llevaron a una rebelión, protagonizada por el dinámico héroe de guerra, el capitán Germán Busch. Aún se resistían los uniformados a asumir directamente el poder, de manera que forzaron la delegación del mando en el vicepresidente, quien vio prorrogadas sus funciones hasta poco después de que se firmara la paz (1934-1936).

Durante este interregno el retorno de los conscriptos agudizó el ya caldeado ambiente político. Se formó una Legión de Ex Combatientes (LEC), que tenía a Busch como su jefe supremo. Entre los intelectuales cundieron las ideologías de izquierda, y se formó la Confederación Socialista de Bolivia (CSB), con muchos de los antiguos militantes del Nacionalismo de la época de Siles, dirigidos por Enrique Baldivieso, que cultivaba amistades en las Fuerzas Armadas. Los sindicatos tuvieron más campo de acción, y se reactivaron las Federaciones Obreras del Trabajo en varios centros, especialmente mineros, aparte de los trabajadores calificados de La Paz. Estos últimos protagonizaron una huelga, dirigida por el gráfico Waldo Álvarez, que pronto se convirtió en paro general.

La esperada represión no llegó. Lejos de ello, las Fuerzas Armadas decidieron poner fin al caos asumiendo directamente el poder, bajo la dirección

de Germán Busch. Éste, de todos modos, convocó a su superior jerárquico coronel David Toro para que asumiera la presidencia de una Junta. Lo extraño fue que la proclama prometía aplicar un programa de "socialismo de Estado" con la ayuda de los "partidos de izquierda". Finalmente, se estaba corporizando —por obra de los uniformados— el temido fantasma comunista que tanto había desvelado a intérpretes conservadores de la escena boliviana, como Alcides Arguedas y Franz Tamayo. Así, al menos, lo consideraba gran parte de la opinión pública, ya sea que estuviera a favor o en contra de los cambios contemplados.[15]

El nuevo gobierno contó con el apoyo de una amplia gama de grupos de izquierda, que incluía a los socialistas de orientación populista de la CSB (pronto transformada en Partido Socialista) de Baldivieso, a los sectores jóvenes del antiguo sillismo, encabezados por Carlos Montenegro y su Célula Socialista Revolucionaria, y al sindicalista gráfico Waldo Álvarez, que había sido la causa inmediata de la caída del régimen anterior, y a quien le fue confiado el Ministerio de Trabajo. Dentro de esa pléyade se hallaba el saavedrismo, cuyo líder, que había iniciado la política popular en los años veinte, estaba aún activo y procuraba añadir elementos socialistas a su perfil, adoptando eventualmente el nombre de Partido Republicano Socialista, más adelante Partido de la Unión Republicana Socialista (PURS). Pero más a la derecha estaba el grueso de los militares, no muy claros acerca del significado del socialismo, o directamente de derecha, como los que formaron la logia Razón de Patria (RADEPA) o la Estrella de Hierro. En la gran minería, magnates como Mauricio Hochschild y Carlos Víctor Aramayo

intentaron influir sobre el gobierno, procurando reemplazar la hegemonía de Patiño como poder detrás del trono.

Como órgano de expresión para la elite socialista, decidida a actuar pragmáticamente, se fundó en ese mismo año de 1936 el diario *La Calle*, orientado por Armando Arce, Augusto Céspedes y Carlos Montenegro, y en el que también hizo su experiencia periodística Víctor Paz Estenssoro. El grupo estaba vinculado a la CSB de Baldivieso, y en política internacional apoyó decididamente a la República Española durante la guerra civil. Pero la política de alianzas locales lo llevó a privilegiar contactos con los cuarteles, y a acercarse a quienes sustentaban ideologías muy poco izquierdistas, aunque antioligárquicas, que cundían en las Fuerzas Armadas.

El gobierno de Toro dictó decretos de persecución a las actividades comunistas y anarquistas, y contrató una misión italiana para remozar la policía local. Se propusieron, sin éxito, proyectos para que el próximo Congreso tuviera una mitad de representantes corporativos. Más decisivo en cuanto a alianzas internacionales, sin embargo, fue el golpe dado a la Standard Oil con la nacionalización del petróleo, medida forzada por Busch ante la indecisión oficial.

En julio de 1937 Busch se desembarazó finalmente de sus escrúpulos, y depuso y envió al exilio a Toro, asumiendo la presidencia provisoria, mientras convocaba a una Convención reformadora, a cuyo llamado a elecciones sólo concurrió el oficialista Frente Único Socialista. Enseguida el capitán fue elegido presidente constitucional, acompañado en el segundo término por Baldivieso. En el ambiente de la derecha, muy golpeada por todos estos acon-

tecimientos, se constituyó un núcleo activista de clara inspiración nazi, dirigido por Oscar Unzaga de la Vega, quien creó la Falange Socialista Boliviana, fuerte sobre todo en su nativa Cochabamba. El apelativo de socialista, en este caso, provenía del nacionalsocialismo, de su inspirador el chileno Jorge González von Marées (jefe del Partido Nazi de ese país) y abrazaba las ideas de José Antonio Primo de Rivera. Con respecto a la extrema izquierda, el Partido Obrero Revolucionario (POR) celebró su Segundo Congreso, en 1938, y ahí se dividió, manteniéndose una facción leal al nombre y a la tradición trotskista, orientada por Aguirre Gainsborg, mientras la otra, con Tristán Maroff, se abrió hacia una política más nacionalista, con el nombre de Partido Socialista Obrero Boliviano (PSOB).

La derecha más moderada, inspirada en el ejemplo argentino, formó una "Concordancia", que nucleó a los liberales (cuya principal figura era el prestigiado escritor Alcides Arguedas), a los republicanos genuinos, del recientemente fallecido Salamanca y a los republicanos saavedristas (a pesar del apelativo socialista recientemente adquirido por su partido). El gobierno intentó formar un Partido Democrático Socialista, con Montenegro, Paz Estenssoro y Céspedes, pero la iniciativa no consiguió cuajar. La proliferación de partidos con adjetivación socialista, fuera ésta real o simulada, clara o confusa, era realmente impactante.

Ante la dificultad para unificar a la opinión pública alrededor del sistema democrático, Busch decidió en abril de 1939 dar un golpe de Estado, que proclamó la dictadura, contando sobre todo con el apoyo de los ex combatientes de la LEC, aunque sus amigos socialistas, comenzando por el vicepresidente Baldivieso, lo acompañaron en la

aventura. Al comparecer ante las masas convocadas en torno del balcón presidencial, Busch no tuvo mejor idea que saludarlas con el brazo en alto, traicionado quizá por su inestabilidad emocional —que lo llevaría a suicidarse sin motivo aparente a los pocos meses— no menos que por su escasa percepción de las sutilezas ideológicas que preocupaban a los intelectuales.[16]

La dictadura logró aprobar un Código de trabajo, obligó a los empresarios mineros a venderle al Estado sus dólares o libras al valor oficial, y planificaba instalar una refinería de estaño. Por otra parte, incurrió en excesos como el de condenar a muerte a Mauricio Hochschild por violar las regulaciones cambiarias, aunque lo perdonó después de una agonizante sesión de gabinete. Según el que luego sería ideólogo del MNR, Augusto Céspedes, con el golpe dado a la Rosca formada por las empresas mineras la dictadura se transformó de "fascista y minoritaria" en "nacionalista y popular". Sea ello como fuere, luego del intempestivo suicidio de Busch (agosto de 1939) el poder fue retomado por las Fuerzas Armadas, desplazando al vicepresidente socialista Baldivieso, y lanzando un proceso electoral del que salió ungido el general Enrique Peñaranda, ahora apoyado por la derecha, aunque no le faltó el voto de algún sector socialista. En esa elección la única oposición fue la del PIR de José Antonio Arze, ya decididamente enrolado en una corriente prosoviética.

En 1941 los "socialistas independientes" del grupo de *La Calle* decidieron formar un movimiento político de carácter patriótico, que inauguraron formalmente al año siguiente, con el nombre de Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR). Los ya mencionados Paz Estenssoro, Céspedes y

Montenegro aparecían como fundadores, junto a José Cuadros Quiroga, que redactó el "Manifiesto" inaugural. Este "Manifiesto" proponía una serie de medidas de progreso social, aunque como resultado de su moderación y pragmatismo nada incluía respecto de la reforma agraria, la expropiación de empresas extranjeras ni sobre la extensión del voto a los analfabetos. Contenía en cambio declaraciones genéricas sobre el antiimperialismo, y agregaba una condena a la falsa democracia, al socialismo internacionalista y al judaísmo. Esta última inclusión no ayudó a mejorar su imagen internacional, ya oscurecida por la colaboración estrecha con el régimen de Busch, y el sanbenito de "fascistas" pendió sobre él por bastante tiempo. Sus antecedentes, como hemos visto, no justificaban esta designación, puesto que aunque incurrieran en una política de alianzas que parecía insólita para cualquiera que no hubiera vivido en el Altiplano, ella no era mucho más extraña que la de sus antagonistas aparentemente más democráticos o liberales.

En Paraguay los efectos de la guerra también se hicieron sentir en la política. El gobierno liberal del presidente Eusebio Ayala (1932-1936) había tenido relativo éxito en la contienda, pero no en la medida de las esperanzas de los sectores más belicistas. Tanto Ayala como el jefe de las Fuerzas Armadas, José Félix Estigarribia, fueron acusados de poco firmes en el momento de asegurar ventajas territoriales después de la victoria. En febrero de 1936, a través de un golpe de Estado, el héroe de guerra mayor Rafael Franco asumió plenos poderes, reuniendo un heterogéneo grupo de colaboradores.

La típica mentalidad *tenentista* se expresaba en el sector militar, y en el gabinete convivían desde marxistas confesos como Anselmo Jóver Peralta (que luego evolucionaría hacia el aprismo), hasta fascistas y filonazis como los ministros del Interior, Gomes Freire Esteves, y de Agricultura, Bernardino Caballero, pasando por el colorado disidente Juan Stefanich. Stefanich elaboraría luego, sobre la base de su ideología "solidarista", los elementos ideológicos del febrerismo, que depuraría con el tiempo las influencias mixtas de su primera experiencia en el poder, para convertirse en una versión local del aprismo, más tarde afiliada a la Internacional Socialista. Una de las bases de este movimiento fue una Asociación de Ex Combatientes, como lo había sido en Bolivia el fenómeno del socialismo de Estado, o militar, de Germán Busch.

El régimen se declaró identificado con los procesos "totalitarios" en ese momento vigentes en Europa, y creó un Departamento del Trabajo y un Comité de Movilización Civil de la República. El grado de agitación social fue, de todos modos, mucho menor que en Bolivia, quizá debido al número más reducido de aspirantes intelectuales a acceder al presupuesto del Estado, y a la menor concentración obrera. Por otra parte, la estructura étnica del país era relativamente homogénea, y la facilidad de emigrar a Argentina quitaba virulencia a la formación de elites anti *statu quo*.

Es así que al año un golpe más decididamente militar terminó con este experimento, iniciando una etapa de regímenes militares con parcial participación liberal. En 1939 el general Estigarribia, que retornara al país de un exilio dorado como representante diplomático, dio un golpe que

le valió la presidencia por pocos meses, pues murió en un accidente de aviación en 1940. Después de un intermezzo caótico se impuso el general Higinio Morinigo, con un esquema dictatorial clásico, pero convocando a sectores del Partido Colorado para adornarse con una pátina de popularidad.

PERÚ: INICIOS DEL ANTAGONISMO ENTRE MILITARES Y APRISTAS

En Perú la crisis del treinta produjo un golpe que terminó con el Oncenio, período de gobierno autoritario aunque desarrollista y con algunos visos de legislación social, presidido por Augusto Leguía, disidente del más tradicional civilismo. Los militares golpistas de 1930, dirigidos por el coronel Luis Sánchez Cerro, intentaron perpetuarse en el poder mediante elecciones controladas. Sánchez Cerro, de origen modesto y marcadamente mestizo, tenía una buena imagen para acceder al liderazgo popular, y lo intentó basándose en la simpatía que generó al voltear a la dictadura. Formó una Unión Revolucionaria, claramente personalista, compitiendo con el otro partido más genuinamente populista, y de muy diferentes orígenes ideológicos, el aprismo.

Los apristas sostienen que fueron los vencedores en las elecciones de 1931 y que el fraude les birló la victoria. El hecho es que inmediatamente planificaron la insurrección, buscando algunos aliados militares. En 1932 consiguieron copar la ciudad de Trujillo, centro azucarero norteño donde

tenían un gran número de adherentes. Al ser rodeados por fuerzas militares superiores asesinaron a unos cuantos oficiales que mantenían presos. Cuando a los pocos días las Fuerzas Armadas se adueñaron de la ciudad, la represalia fue terrible, miles de militantes apristas fueron llevados en camiones al fusilamiento y enterrados en tumbas cavadas por ellos mismos. Desde entonces el odio cerval entre apristas y militares ha dominado la historia del país.

La venganza no se hizo esperar, y en 1933 una bala aprista abatía a Sánchez Cerro. Su partido se desintegró, y su sucesor fue otro militar que mantuvo un sistema muy cerrado. Los apristas seguían intentando golpes de mano, con Haya de la Torre casi invariablemente en el destierro, y muchos militantes presos. Luego otra bala aprista tronchó la vida del director del diario conservador *El Comercio*, que desde entonces juró no hacer ninguna referencia a ese partido, ni siquiera en la sección policial.[17]

En 1939, en ocasión de la renovación presidencial, se buscó una normalización constitucional, facilitándose la elección —con el aprismo fuera de la ley— de Manuel Prado (1939-1945) banquero y representante de la tradición civilista conservadora. La atmósfera de cooperación antifascista vigente durante la Segunda Guerra Mundial influyó para que este régimen introdujera un mayor respeto cívico, pero sin legalizar las actividades apristas, a pesar de que en esos mismos años Haya evolucionaba de manera asaz reformista y solidaria con el esfuerzo bélico aliado. El problema residía en saber qué iba a ocurrir al terminar el mandato de Prado.

El aprismo se había difundido fuertemente en el país, sobre todo en ciertos enclaves que concen-

traban a una mano de obra a menudo de reciente origen rural, pero que experimentaba serios enfrentamientos laborales. Era el caso sobre todo del norte azucarero, donde se formaría con el tiempo el famoso "bastión aprista" de los departamentos de La Libertad y Lambayeque, centrados en la ciudad de Trujillo. Allí un escaso número de grandes empresas, nacionales y extranjeras, había desplazado a un preexistente estrato de pequeños y medianos productores, afectando incluso a miembros algo periféricos de las clases altas en decadencia, uno de los cuales era precisamente Haya de la Torre. En Cerro de Pasco, localidad de los valles andinos centrales, en la llamada Sierra, existía otra importante concentración, esta vez minera, de cobre y otros metales, con una fuerte empresa extranjera que generaba como oposición un temprano sindicalismo. En el litoral norte también había concentraciones generadas por la explotación de petróleo, y en otras zonas de la costa el algodón producía núcleos numerosos de mano de obra (aunque no comparables con los azucareros) y una presión proletarizante sobre antiguos propietarios, ocupantes o arrendatarios consuetudinarios, que de esta manera pasaban, no sin un intenso resentimiento, a engrosar las filas proletarias.

El sindicalismo había tenido un temprano desarrollo en la ciudad de Lima, ya desde mediados del siglo XIX, aunque con orientaciones moderadamente mutualistas, y vinculado políticamente con el Partido Democrático de Nicolás de Piérola. El anarquismo comenzó a influir sobre el movimiento obrero en la primera década de este siglo, y en 1919 protagonizó dos huelgas generales, como se mencionó en el capítulo anterior. En cierto sentido, el

Oncenio legulista fue una respuesta a esa amenaza de rebelión popular. Ahora era el aprismo el heredero de esas tradiciones, y en buena medida pudo incorporar a la dirigencia anarquista que, muy enfrentada con el naciente comunismo, evolucionó en esa dirección. El aprismo expresaba entonces la síntesis de amplios sectores sindicales, más núcleos intelectuales universitarios y militantes de una clase media provinciana muy endeble, que resentía los efectos del capitalismo tanto local como internacional, con el cual no podía competir.[18]

El Partido Socialista, que Mariátegui había refundado en 1928 (después de un poco exitoso intento en 1918) y orientado hacia la Tercera Internacional, se convirtió después de su muerte en Partido Comunista, de fiel observancia a la ortodoxia pero con escaso respaldo popular. Durante mucho tiempo no respetó la figura teórica de Mariátegui, visto como excesivamente involucrado en una línea populista o soreliana. Recién hacia los años cincuenta su figura fue rescatada por el partido, aunque ya había comenzado a influir a amplios sectores de la intelectualidad de su país y de la región.

En la lucha contra el aprismo, el Partido Comunista utilizó las más diversas estrategias. Aprovechó las mayores garantías constitucionales existentes durante el gobierno de Prado, lo que le permitió formar núcleos sindicales protegidos de la competencia aprista. Su entusiasmo por el mandatario conservador que aparentemente conducía al país hacia la redemocratización lo llevó incluso a bautizarlo con el nombre algo exagerado y en el fondo inmerecido de "Stalin peruano".

ECUADOR, COLOMBIA Y VENEZUELA

Ecuador

En Ecuador la clásica bipolaridad conservadora-liberal, muy interrumpida por golpes militares, había comenzado a enfrentar problemas sociales serios, que hicieron eclosión con una huelga en Guayaquil, en 1924, reprimida al costo de mil muertos. La búsqueda de soluciones novedosas se canalizó a través de los militares jóvenes, con una mentalidad semejante a la de los *tenentes* brasileños, y su típica combinación de ideas fascistas y de izquierda. La "revolución juliana" (de julio de 1925) prolongó su influencia de diversas maneras hasta 1931, e introdujo una serie de medidas de progreso social. Sin embargo, no pudo resistir los efectos de la crisis del treinta, cuando militares más clásicamente ligados al Partido Liberal prohijaron el retorno de esta facción al poder, forzando el veredicto de las urnas.

Contra este liberalismo fraudulento se alzó una resistencia dirigida por un político de origen católico provinciano, con raíces electorales propias en Guayaquil, pero muy ligado al Partido Conservador, José María Velasco Ibarra. La agitación callejera obligó a convocar nuevos comicios, de los que salió ungido Velasco Ibarra, pero por poco tiempo (1933-1934). Se estaba iniciando la gestación de un fenómeno que daría pábulo para largas disquisiciones entre políticos y politólogos acerca de su naturaleza, en realidad no mucho más contra-

dictoria que la de otros populismos, pero aún menos organizado, si cabe, en cuanto a estructuras partidarias. Sus apoyos, inicialmente logrados en círculos conservadores y católicos, comenzaron a engrosarse por la adhesión de la plebe de la Costa. Su campaña, y aún más su primer gobierno, se opuso fuertemente a los intelectuales, la izquierda y los liberales. Cuando finalmente se declaró dictador, dio una perfecta excusa al Ejército, que aún conservaba fidelidad partidaria liberal en sus altos mandos, para derrocarlo, al año de haber asumido sus funciones.

Se sucedieron varios años de inestabilidad cívico-militar, hasta que en 1940 una nueva elección dio la oportunidad a Velasco de presentarse, esta vez con la adhesión de una izquierda "infiltracionista". Pero con los métodos de siempre ganó el liberalismo plutocrático, lo que ocasionó una explosión de furia popular y un intento del jefe derrotado de apelar al cuartel de aviación para desatar una insurrección, con poco éxito, ya que fue apresado y enviado al exilio.

Colombia

En Colombia, el régimen de hegemonía conservadora, instalado desde la Guerra de los Mil Días, se enfrentó con la clásica crisis que permite los cambios de gobierno allí donde la democracia aún no está muy consolidada: la división del oficialismo, demasiado confiado en su predominio y teatro de rivalidades de personas y de clanes. Fue así como un liberalismo muy moderado aprovechó la oportunidad para imponer al apartidario Enrique Olaya Herrera, embajador en Washington (1930-1934).

La crisis económica de 1930 no tuvo, por lo tanto, en este país un desenlace militar, aunque las tempestades que levantó posiblemente fueran la causa de la división conservadora.

Las huestes liberales, retornadas después de décadas al poder, generaron una elite innovadora, que buscaba incorporar decididamente los programas reformistas y avanzados que se aplicaban en otras partes del mundo. Fue Alfonso López Pumarejo el encargado de llevar a cabo la "revolución en marcha" (1934-1938 y 1942-1945). Aunque el sindicalismo no era muy fuerte, los núcleos liberales que en él habitaban se sumaron a los comunistas para apoyar una política de reforma agraria, industrialización y legislación social. Ante la imposibilidad de reelegirse, López llevó a la presidencia a una figura de menor relevancia y ambición de poder, Eduardo Santos (1938-1942). Como corespondía entre caballeros, en 1942 el sustituto le devolvió la presidencia —mediante consulta popular, cierto es— a López, quien proseguiría, aunque con menor dinamismo, sus reformas y su política de industrialización, en las críticas condiciones de la guerra mundial.[19]

Ahora eran los conservadores los que se desesperaban ante la prolongada hegemonía de los liberales, y éstos los que se sentían excesivamente seguros y corrían peligro de caer en la tentación divisionista. Esto es, efectivamente, lo que ocurrió con Jorge Eliécer Gaitán, político que según ya hemos visto oscilaba entre promover sus ideas socialistas dentro del cauce liberal o a través de algún partido propio. Finalmente, aunque optó por permanecer dentro del liberalismo, la lucha interna lo llevó en 1946 a dividir el partido, de manera que éste tuvo dos candidatos, el oficial —Gabriel Turbay— y Gaitán, rodeado de

sectores juveniles de izquierda y con una notable capacidad de movilización popular. Había en su panoplia ideológica elementos de aprismo, aunque su movimiento nunca tuvo el grado de organización, disciplina y elaboración ideológica que mostraron los peruanos, pero sí el verticalismo y la veneración por una figura carismática.

El conservador Mariano Ospina Pérez ganó las elecciones, pero sin legitimidad por representar a una minoría. La violencia política, bastante usual en la historia colombiana (aunque rara vez desembocó en golpes militares), se incrementó y estalló con el asesinato de Gaitán (1948), que mientras tanto había retornado al tronco liberal, reunificando el partido. La reacción popular quemó y arrasó gran parte de la ciudad de Bogotá, en el famoso "Bogotazo", y las *vendettas* se sucedieron hasta sumir al país en un baño de sangre —la llamada "Violencia"— que produjo 200 o 300 mil muertos en menos de una década, contraponiendo a clanes de propietarios u ocupantes rurales, cada uno con su clientela. No se trataba, por lo tanto, en un comienzo, de una lucha entre sectores poseedores y desposeídos, aunque con el tiempo fue adquiriendo algo de ese carácter.[20]

Así como en el liberalismo se había producido la radicalización gaitanista hacia la izquierda, en el conservadorismo hubo un simétrico movimiento hacia la derecha más extrema, de cuño franquista. El jefe de este sector fue Laureano Gómez, que comenzara su carrera como conservador progresista preocupado por aplicar la Doctrina Social de la Iglesia, para luego evolucionar hacia el autoritarismo corporativista. Es así que en la renovación de 1950, en la que como protesta contra la inseguridad existente no se presentaron los liberales, Gómez

resultó electo, y al poco tiempo disolvió el Congreso y asumió el gobierno unipersonal, lo que no hizo más que intensificar la Violencia y dividir al conservadorismo. Finalmente, en 1953 el general Gustavo Rojas Pinilla cortó de cuajo esta situación, asumiendo el poder para pacificar al país, con el beneplácito de gran parte de los sectores moderados de ambos partidos que esperaban supiera ejercer la dictadura dentro de los cánones de la tradición romana.

Venezuela

En Venezuela el sólido régimen de Juan Vicente Gómez, consolidado por la bonanza petrolera, no se inmutó ante la crisis de 1930. Pero la muerte deshizo lo que los políticos no lograron, y en 1935 se planteó el problema sucesorio, en medio de reacciones populares de violencia, como para festejar el suceso. El general Eleazar López Contreras, otro miembro de la "dinastía andina", oriundo de Táchira, asumió la presidencia (1935-1941). Introdujo reformas liberalizadoras y organizó un partido que era apenas una dependencia del Ministerio del Interior. Lo mismo ocurrió con su sucesor, Isaías Medina Angarita, más genuinamente encarrilado por las vías de la democratización, aunque su papel se limitaba a guardar el sillón para devolvérselo a López Contreras. El destino no lo quiso, y en 1945 el clima mundial de cambios llegó a Venezuela, convenciendo a un amplio grupo militar de efectuar un golpe, con apoyo del partido Acción Democrática, nuevo nombre del Partido Democrático Nacional fundado por Rómulo Betancourt, cuyos dirigentes habían vuelto del exilio luego de la muerte de Gómez.

México, del Maximato al Cardenismo

Tampoco en México la crisis de 1930 fue particularmente traumática en lo político. El trauma, en todo caso, había tenido lugar en 1928, cuando finalizado el cuatrienio de Calles le correspondía, según una tradición latinoamericana no muy bienvenida en México, "devolver" el mando a su antecesor y patrón, Álvaro Obregón. Éste fue efectivamente electo, pero una bala disparada por algún fanático católico le interrumpió la fiesta. Calles fue ungido entonces Jefe Máximo, en ausencia de alguien que le hiciera sombra, y organizó un partido oficial (el futuro PRI) para mejor consolidar su control. En lo que ahora había devenido sexenio promovió una seguidilla de tres personalidades opacas para ocupar provisionalmente el sillón, a la que se denominó Maximato, (1928-1934).

En 1934 la experiencia política mexicana desaconsejaba una reelección, y Calles optó por ungir a otra figura menor, el general Lázaro Cárdenas. Sin embargo, al poco tiempo éste mostró los dientes: expulsó del país a su antiguo jefe e inició una fase radicalizada de la Revolución, con un intenso programa de distribución de tierras, lucha contra la Iglesia y al final nacionalización del petróleo.

Con esta nueva política el régimen revolucionario reverdeció sus laureles y consiguió cooptar a gran cantidad de sectores de la izquierda, consolidando su vigencia entre los trabajadores manuales y las asociaciones campesinas. El sindicalismo, con figuras cumbres como Luis Morones y Fidel

Velázquez, se estableció como rama orgánica del partido oficial, aunque siempre hubo algunos sectores autónomos en el mundo obrero. De todos modos, el liderazgo sindical, que era muy caudillista, se basaba en un clientelismo del tipo de las *political machines* norteamericanas, cada vez más corrupto y violento en el tratamiento de las oposiciones, pero no por ello menos popular en cuanto a capacidad de movilizar a las masas detrás de sus jefes. Que esto fuera un sistema de representación de las bases "a la mexicana", o un método de represión contra ellas, es algo difícil de definir, porque posiblemente estaba en una posición intermedia entre ambos modelos.

Durante las transformaciones radicales de la estructura de la propiedad, entre otras protagonizadas por Cárdenas, los ruidos de protesta en las clases acomodadas y en las Fuerzas Armadas no dejaron de sentirse, si bien fueron manejados con habilidad por el presidente. Sin embargo, quizá debido a este malestar, Cárdenas decidió favorecer como sucesor a otro militar, Manuel Ávila Camacho, que gozaba de mejor predicamento en la derecha y que impuso un fuerte compás de espera a las reformas.

La Revolución del 33 en Cuba: entre Grau y Batista

En Cuba, el gobierno de Gerardo Machado (1925-1933) se había iniciado bajo los mejores auspicios reformistas, aunque con una fuerte coloratura anticomunista, que le había valido el apoyo de la

American Federation of Labor para crear un movimiento obrero amigo. Sin embargo, los abusos cada vez mayores en el campo de las libertades públicas le valieron la oposición de la dirigencia sindical interamericana y de las nuevas fuerzas políticas que se formaban en el país. Para contrarrestar este proceso, Machado ideó una convergencia de partidos tradicionales, o sea entre su propio Partido Liberal más la escisión de Zayas (Partido Popular) y el conservadorismo, lo que se conoce como Cooperativismo.

Mientras tanto se produjo en la oposición otra escisión liberal, dirigida por Carlos Mendieta —la Unión Nacionalista— y proliferaron nuevas formaciones, que cada vez más estaban determinadas a usar la violencia y aun el terrorismo contra una dictadura apenas recubierta de formas legales. Entre esas nuevas agrupaciones se destacaba el grupo denominado ABC, reclutado en ambientes universitarios, y el más izquierdista Directorio Estudiantil Universitario (DEU). También tomó cuerpo un Movimiento de Veteranos y Patriotas, cada vez más politizado, algunas de cuyas fracciones luego convergieron hacia la izquierda.[21]

La crisis de 1930, que golpeó a una economía ya muy dañada, generó fuerzas revolucionarias incontenibles, percibidas con claridad por los observadores norteamericanos como potencialmente comunistas, no necesariamente por su ideología sino por la inevitable evolución a que estarían expuestas en caso de que llegaran al poder. El peligro era suficientemente inminente como para inducir al representante del nuevo gobierno de Franklin D. Roosevelt, Sumner Welles, a desempeñar el papel de mediador para forzar a Machado a eclipsarse y permitir una transformación sin violencia.

Invocando los preceptos de la Enmienda Platt, Sumner Welles convocó a los tres partidos tradicionales del Cooperativismo, además de las nuevas formaciones, especialmente la Unión Nacionalista y el ABC, a buscar soluciones, sin descuidar los lazos con el general Alberto Herrera, jefe de las Fuerzas Armadas.

Finalmente, por intervención de éste, Machado se vio obligado a renunciar y traspasó en agosto de 1933 el poder al prestigiado pero poco efectivo Carlos Céspedes. A los pocos días, sin embargo, el diablo puso la cola: las nuevas condiciones de libertad estimularon a los suboficiales, bajo la dirección del sargento Fulgencio Batista, a amotinarse en demanda de mejores condiciones salariales. Sabiéndose superados por el momento, los oficiales de las Fuerzas Armadas optaron por una retirada estratégica y dejaron el control del cuartel en manos de los insurgentes, esperando capitalizar la inevitable reacción de la sociedad.

Pero ocurrió lo contrario. Inmediatamente los suboficiales rebeldes se vieron rodeados por activistas civiles, del Directorio Estudiantil, ubicados más a la izquierda (aunque no del Partido Comunista), y quedaron dueños del poder por omisión. Ante la incredulidad de la opinión pública y del aprendiz de mago Sumner Welles, los rebeldes nombraron un gobierno transitorio que enseguida se transformó en una presidencia para el profesor Ramón Grau San Martín, rodeado de un ministerio altamente progresista y que de inmediato dispuso una serie de medidas de transformación social incluyendo la reforma agraria.

Los sargentos y sus tropas rodearon al Hotel Nacional donde se habían reunido los oficiales en "huelga" y los forzaron a rendirse, mientras Grau

distribuía cuatrocientas promociones a la categoría de oficial entre quienes hasta el día anterior habían sido sargentos o cabos. Como inesperada consecuencia de las convulsiones entre fracciones civiles y militares, el temido "comunismo" asomaba la cabeza. Por poco tiempo, sin embargo. Tanto la derecha como los representantes norteamericanos pronto comprendieron que debían depositar sus esperanzas en Batista. Bastaron pocas entrevistas para que éste se decidiera a dar un golpe de Estado en enero de 1934, sustituyendo al radicalizado Grau San Martín por otros personeros más moderados.

Finalmente, en 1940 Batista decidió salir de detrás de las bambalinas, promoviendo una nueva Constitución, recibida en aquel entonces como una de las más progresistas del continente, y haciéndose elegir presidente por métodos democráticos. Este período de gobierno batistiano (1940-1944) fue muy significativo, porque contó con el apoyo de los comunistas, dos de los cuales ejercieron cargos ministeriales, lo que no dejó de producir fuertes escozores en Washington, que veía sumarse esta peligrosa innovación a la reciente del Frente Popular chileno, donde al menos no había miembros del partido en el gabinete. La oposición a Batista fue encabezada por Grau, que organizó un partido que adoptó el nombre del de Martí, pero añadiéndole un adjetivo identificador para demostrar su indiscutible raigambre: Partido Revolucionario Cubano Auténtico.

El sindicalismo mostraba ya una significativa presencia, basado numéricamente sobre todo en la inestable fuerza de trabajo azucarera, entre industrial y agraria, y con más solidez organizativa en sectores ferroviarios y en la muy antigua industria elaboradora de tabaco. La *intelligentsia*, sobre todo

el estudiantado, muy numeroso y muy bloqueado en sus aspiraciones ocupacionales, proveía una base de reclutamiento ideal para los más diversos movimientos contrarios al orden establecido.

AMÉRICA CENTRAL EN LLAMAS EXIGE UNA REVISIÓN TEÓRICA

En América Central se dieron durante los años treinta dos significativos fenómenos, en términos de experiencias políticas de lucha contra la dominación conservadora y extranjera. Uno fue el de Nicaragua, con Sandino, iniciado durante los años veinte y abortado con el asesinato del jefe rebelde ya pacificado, en 1934, hecho al que hicimos referencia en el capítulo anterior. El otro fue el intento de revolución apoyado por el Partido Comunista en El Salvador, en 1932.

En ese país era muy intensa la presión demográfica, sumada a la de los grandes sectores cafetaleros, sobre la pequeña propiedad. Una sucesión de presidentes civiles, emparentados entre sí y poco respetuosos de los derechos de la oposición, se alternó en el poder desde la Primera Guerra Mundial hasta fines de la década de los veinte.

Finalmente, el último de ellos, Pío Romero Bosque (1927-1931), optó por liberalizar el régimen, aprovechando la prosperidad cafetalera que aún duraba al iniciar su mandato, y que se desplomaría en sus dos últimos años. La crisis activó a los sectores populares, sindicales y campesinos, que contaron con mejores condiciones para organizarse, a la par que se creaba un significativo Partido Comu-

nista, que junto con esas organizaciones protagonizó una imponente marcha por las calles de la capital el 1° de mayo de 1930. Más importante, a nivel electoral, fue el recientemente formado Partido Laborista, dirigido por un político moderado pero populista, Arturo Araujo, que venció en las elecciones y asumió el gobierno a comienzos de 1931.

Bajo su mandato, la agitación social no desapareció, lo que generó gran alarma en la derecha. Los campesinos del oeste del país organizaron multitudinarias protestas, dentro de las pautas clásicas de las rebeliones de ese origen, con poca centralización, mientras el Partido Comunista, bajo la dirección de Farabundo Martí, buscaba orientar esa insurgencia. Ante la amenaza creciente, expresada en levantamientos y violencias parciales, las Fuerzas Armadas derrocaron al presidente, traspasando el poder al vice, el general Maximiliano Hernández Martínez, quien a pesar de haber compartido la fórmula con Araujo había rápidamente evolucionado hacia posiciones de derecha. A las pocas semanas estalló el complot dirigido por el Partido Comunista, aunque mal planificado, de manera que no hubo mucha coordinación entre sus diversos componentes, en parte por las demoras debidas a buscar, hasta último momento, apoyo de sectores jóvenes del ejército.

La rápida represión venció fácilmente los pocos focos donde los rebeldes llegaron a controlar pequeñas ciudades por espacio de uno o dos días. Pero después de vencida la resistencia comenzó una persecución paranoica de posibles simpatizantes de los rebeldes. Según estimaciones de la época, un mes después había 30 000 muertos,

constituyendo lo que se llamó La Matanza, fenómeno precursor de lo que luego sería mucho más común en los años setenta.[22]

Durante el largo régimen del general Hernández Martínez (1931-1944), las fuerzas de seguridad, divididas en Policía y Guardia Nacional (para el sector rural), se impusieron como principal brazo armado del régimen, desplazando al propio Ejército. Por otra parte, el presidente, contando con un partido oficial sin verdadero respaldo, y con una milicia armada de voluntarios, calcada de los modelos fascistas —la Guardia Cívica—, se hacía reelegir sistemáticamente. Sus excesos, finalmente lo indispusieron con los sectores más renovadores de las Fuerzas Armadas y con los representantes de Estados Unidos, alarmados por las simpatías con el Eje expresadas por el gobierno. Un golpe militar derribó a Hernández Martínez en 1944, iniciando un período de "anarquía militar".

En Nicaragua, Anastasio Somoza, jefe de la Guardia Civil, fortaleció su posición hasta hallarse en condiciones de desafiar al presidente liberal Juan Bautista Sacasa (1932-1936), apoyando una huelga general de comienzos de 1936, llamada por el Partido Trabajador de Nicaragua (PTN), organización de fuerte influencia comunista. En esta época, la Tercera Internacional, al igual que sus filiales locales, rechazaba toda relación con la línea de resistencia armada que había promovido Sandino. Si bien Somoza reprimió luego al partido, cuando éste se negó a aceptar los resultados de la intermediación que le ofrecía, la búsqueda de apoyos populares fue una característica importante de la primera parte de su carrera. [23]

En 1938 Somoza preparó su reelección a través de una reforma constitucional y para facilitarlo cultivó nuevamente el apoyo del PTN. Al año siguiente se reorganizó el movimiento comunista, cuando un sector del PTN, formó el Partido Socialista Nicaragüense (PSN), el cual, en 1944, retomó la estrategia de apoyo a Somoza, negándose a participar en una huelga general contra el régimen. Esta actitud, debida a la decidida solidaridad de Somoza con los aliados y a su enfrentamiento con los conservadores, era semejante a la que en Costa Rica llevaba a los comunistas a apoyar a Calderón Guardia.[24]

También en Panamá hubo un desafío al sistema de dominación tradicional, aunque de envergadura mucho menor que los intentados en Nicaragua y El Salvador. Ya desde los años veinte se había formado un grupo político en torno a los hermanos Arnulfo y Harmodio Arias denominado Acción Comunal, imbuido de ideas de reforma social combinadas con antiyanquismo y algo de racismo con respecto a los negros, inmigrantes provenientes en su mayoría del Caribe británico. Este grupo consiguió apoyo armado para deponer a las autoridades y organizó un nuevo partido, el Liberal Doctrinario, que por su nombre podría parecer una más de las trasmutaciones del viejo tronco vigente desde la independencia. En sus comienzos fue efectivamente así, bajo la presidencia de Harmodio (1932-1936), que tras un conflicto familiar pasó a Juan Demóstenes Arosemena (1936-1940), para caer luego en manos del hermano menor, Arnulfo, orientado hacia nuevos horizontes de tipo populista.

Arnulfo Arias cambió simbólicamente el nombre del partido, adoptando el de Partido Nacional

Revolucionario (PNR), adalid de una nueva ideología, el panameñismo, una mezcla de aprismo y peronismo que se constituyó en el principal partido de oposición a las clases altas por décadas, antes del acceso de Torrijos al poder a fines de los años sesenta.[25]

Consideradas las cosas en los términos de su teoría, los sucesos de El Salvador habrían hecho revolver a Marx en su tumba, suponiendo que estuviera tranquilo en ella luego de la toma del poder en Rusia. Para Rusia, sin embargo, Trostsky había ensayado la hipótesis de que ese país periférico, pero de tan grandes dimensiones, presentaba fenómenos de concentración industrial insospechados. Según sus estadísticas, el porcentaje del total de la mano de obra industrial que trabajaba en empresas de gran tamaño era allá más alto que en Alemania, lo que explicaría el desarrollo de una significativa conciencia de clase en ese sector obrero. Claro está que Trotsky no hablaba del enorme mar campesino en el que sobrenadaba ese sector industrial, muy concentrado, sin duda, pero que formaba un pequeño iceberg.

De todos modos, el hecho de que en países de la periferia pudieran darse esas grandes concentraciones era un factor a tener en cuenta en la táctica revolucionaria, así como en cualquier intento de interpretación teórica de los sistemas de partidos, y de los enfrentamientos sociales que ellos reflejaban. En América Latina el equivalente de las concentraciones industriales, formadas en Rusia en buena parte por el capital extranjero o por el Estado, eran los enclaves mineros o agroindustriales, principalmente el del azúcar, y en menor medida el del

banano y el del algodón. Pero el café —producción dominante en el agro salvadoreño— de ninguna manera creaba esas concentraciones, sino más bien un estrato medio de colonos y arrendatarios. Habia sin embargo dos factores presentes de manera superlativa en El Salvador: la avidez de tierras de los grandes productores capitalistas y la presión demográfica. Ambos proletarizaban a la familia rural y creaban minicampesinos hambreados, así como nuevos reclutas a engrosar la fuerza de trabajo asalariado rural o urbana. Pero para que la rebelión se diera era necesario que se constituyera un liderazgo desde otro sector de la sociedad.

En los países de América Latina existen ciertos factores que deben ser tenidos en cuenta cuando se analiza la formación de elites capaces de liderar a amplias masas de la población. Es cierto que con un enfoque marxista clásico se podría argumentar que la revolución salvadoreña de 1932, así como las guerras campesinas alemanas del siglo XVI, eran prematuras y por eso fracasaron. Es posible que la insurgencia de 1932 haya sido efectivamente prematura, pero de todos modos ya no puede argumentarse lo mismo acerca de los fenómenos que décadas más tarde afectarían a ese y otros países de la región, algunos de los cuales tuvieron éxito, como el nicaragüense.

La evidencia internacional torna ya muy obvio que las tensiones revolucionarias no emergen de una clase obrera generada por el alto capitalismo, sino que obedecen más bien a otras fuerzas, radicadas en muy diversos lugares de la pirámide social, y que no son sólo ni principalmente el campesinado. Para analizarlas es preciso tener en cuenta las siguientes características de sociedades como las centroamericanas:

1. Dualismo estructural, debido a la coexistencia de áreas particularmente subdesarrolladas con otras muy modernizadas y en general ligadas a la inversión extranjera y a la tecnología importada.[26]
2. Niveles de urbanización y de educación que producen una mayor oferta de aspirantes a empleos de status medio o alto que lo que la economía puede satisfacer. El resultado, unido al factor anterior, es una muy compleja estratificación social que genera grupos insatisfechos en los lugares menos esperados.
3. Migraciones internas muy intensas, y otras formas de movilización social que no van acompañadas de una paralela experiencia de organización clasista autónoma.
4. Concentración del poder económico en empresas extranjeras y en sectores nacionales muy minoritarios, a menudo aliados a aquéllas, y que por lo tanto pierden legitimidad, especialmente ante las clases medias, que son las que de otra manera podrían proveer un colchón conservador.

Estos factores, que se presentan de manera muy desigual en los diversos países, serán tenidos en cuenta en los análisis que siguen, para observar cómo su interacción genera modelos diversos de cambio social, cada uno con su propio sistema partidario.

NOTAS

[1] Horacio Sanguinetti, *Los socialistas independientes*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1981; Alberto Ciria, *Partidos y poder en la Argentina moderna, 1930-1946*, 2ª ed., Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

[2] Eurico de Lima Figueiredo (comp.), *Os militares e a revolução de 30*, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1979; Virgílio A. de Melo Franco, *Outubro 1930*, 5ª ed., Río de Janeiro, Nova Fronteira, 1980; Boris Fausto, *A revolução de trinta: historiografia e história*, San Pablo, Brasiliense, 1970; Edgard Carone, *O PCB*, 2 vols., San Pablo, Difel, 1982; Leoncio Martins Rodrigues, "O PCB: os dirigentes e a organização," en: Sérgio Buarque de Holanda y Boris Fausto (comps.), *História Geral da Civilização Brasileira*, 3 tomos en 11 volúmenes, Río de Janeiro, Difel, 1963-86, tomo 3, vol. 3, cap. 8.

[3] Octavio Malta, *Os tenentes na revolução brasileira*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 1969.

[4] Joao Alberto Lins de Barros, *Memórias de um revolucionário*, 2ª ed., Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 1954.

[5] Michael Conniff, *Urban Politics in Brazil: The Rise of Populism, 1925-1945*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1981; Angela Maria de Castro Gomes (comp.), *Regionalismo e centralização política: partidos e Constituinte nos anos 30*, Río de Janeiro, Nova Fronteira, 1980.

[6] Ricardo Antunes, *Classe operária, sindicatos e partido no Brasil: da revolução de 30 até a Aliança Nacional Libertadora*, 2ª ed., San Pablo, Cortez Editora, 1988; Stanley Hilton, *A rebelião vermelha*, Río de Janeiro, Record, 1986; Moacyr de Oliveira Filho, *Um operário no poder, a insurreição comunista de 1935 vista por dentro*, San Pablo, Alfa-Omega, 1985; Leoncio Martins Rodrigues, "O PCB: os dirigentes e a organização", en: Sérgio Buarque de Holanda y Boris Fausto (comps.), *História Geral da Civilização Brasileira*, 3 tomos en 11 volúmenes, Río de Janeiro, Difel, 1963-1986, tomo 3, vol. 3, cap. 8, pp. 363-443.

[7] Hélgio Trindade, *O Integralismo: o fascismo brasileiro na década de 30*, San Pablo, Difel, 1979.

[8] Aspásia Camargo *et al.*, *O golpe silencioso: as origens da república corporativa*, Río de Janeiro, Rio Fundo, 1989; Hélio Silva, *A ameaça vermelha: o plano Cohen*, Porto Alegre, L&PM, 1980; Robert M. Levine, *O regime de Vargas: os anos críticos, 1934-1938*, Río de Janeiro, Nova Fronteira, 1980; Kenneth Erikson, *The Brazilian*

Corporative State and Working Class Politics, Berkeley, University of California Press, 1977.

[9] Warren Dean, *A industrializacao de Sao Paulo*, San Pablo, Difel, 1971; Wilson Cano, *Raízes da concentração industrial em São Paulo*, 3ª ed., San Pablo, Hucitec, 1990.

[10] Federico Gil, *El sistema político de Chile*, Santiago, Andrés Bello, 1969; Weston Agor, *The Chilean Senate*, Austin, University of Texas Press, 1971; Benny Pollack, "The Chilean Socialist Party: Prolegomena to its Ideology and Organization", en: *Journal of Latin American Studies* 10, 1, 1978, pp. 117-152.

[11] Comisión de Homenaje (comp.), *El Presidente Ortiz y el Senado de la Nación*, Buenos Aires, Buenos Aires Herald, 1941.

[12] Raúl Larra, *Mosconi, general del petróleo*, Buenos Aires, Futuro, 1957, y *El General Baldrich y la defensa del petróleo argentino*, Buenos Aires, Editorial Mariano Moreno, 1981; Enrique Mosconi, *La batalla del petróleo*, Buenos Aires, Ediciones Problemas Nacionales, 1957.

[13] Por la Ley de Lemas, o de "doble voto acumulativo", el elector elige un partido, o "lema", y dentro de él una lista interna. Todos los votos del lema se suman, y dentro de él vence la lista con más votos, que de esta manera puede tener menos apoyo que la lista más votada del lema perdedor. Véase Germán Rama, *El club político*, Montevideo, Arca, 1971.

[14] Gerardo Caetano y Raúl Jacob, *El nacimiento del terrismo, 1930-1933*, 2 vols., Montevideo, Banda Oriental, 1989. Véase vol. I, pp. 223-234 para un estudio estadístico sobre la estrecha correlación entre la dirigencia empresarial y los sectores herrerista del Partido Nacional y riverista del Partido Colorado.

[15] Porfirio Díaz Machicao, *Historia de Bolivia: Toro, Busch, Quintanilla*, La Paz, Juventud, 1957.

[16] Acerca de esta tendencia fascista, en Busch y en otros militares, véase Baptista, *Historia contemporánea*, p. 484.

[17] Orazio Ciccarelli, *The Sánchez Cerro regime in Peru, 1930-1933*, Microfilm, tesis doctoral inédita, Universidad de Florida, Gainesville, 1969.

[18] Peter Klarén, *Las haciendas azucareras y los orígenes del APRA*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1970; Michael J. Gonzales, *Plantation Agriculture and Social Control on Northern Peru, 1875-1933*, Austin, University of Texas Press, 1985; Imelda Vega Centeno, *Aprismo popular: mito, cultura e historia*, Lima, Tarea, 1986, e *Ideología y cultura en el aprismo popular*, Lima, Tarea, 1986.

[19] Álvaro Tirado Mejía, *Aspectos políticos del primer gobierno de Alfonso López Pumarejo, 1934-1938*, Bogotá, Pro Cultura/Instituto Colombiano de Cultura, 1981.

[20] Mariano Arango, *Café e industria, 1850-1930*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1977; Luis Ospina Vásquez, *Industria y protección en Colombia*, Medellín, ESF, 1955; Arturo Alape, *El Bogotazo, memorias del olvido*, Bogotá, Fundación Universidad Central, 1983; Germán Guzmán Campos, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna, *La violencia en Colombia*, 2 vols., Bogotá, Iqueima, 1963-1964; John Booth, "Rural Violence in Colombia, 1948-1963", en: *Western Political Quarterly* 27, 4, diciembre de 1974, pp. 657-679.

[21] James O'Connor, *The Origins of Socialism in Cuba*, Ithaca, N.Y., Cornell University Press, 1970.

[22] Roque Dalton, *Miguel Mármol: los sucesos de 1932 en El Salvador*, San José, Editorial Universitaria Centroamericana, 1972; Joaquín Méndez, *Los sucesos comunistas en El Salvador*, San Salvador, Imprenta Funes Ungo, 1935; David Browning, *El Salvador: Landscape and Society*, Oxford, Clarenon Press, 1971; Thomas P. Anderson, *Matanza: El Salvador's Communist Revolt of 1932*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1971; Michael McClintock, *State Terror and Popular Resistance in El Salvador*, vol. 2 de *The American Connection*, 2 vols., Londres, Zed Book, 1985; Rollie Poppino, *International Communism in Latin America: A History of the Movement, 1917-1963*, Nueva York, Free Press, 1964.

[23] James Dunkerley, *Power in the Isthmus*, Londres, Verso, 1988, p. 81, n. 43, cita al respecto *La Correspondance Internationale* del 4/1/1930 y 22/3/1933.

[24] Véase Dunkerley, pp. 113, n.62, 123 y 156, n.26. También Roosevelt, que pensaba que Somoza era "un hijo

de..., pero ubicado del lado correcto", tenía atenciones hacia el dictador centroamericano, al que invitó a Washington.

[25] Stephen C. Ropp, *Panamanian Politics: From Guarded Nation to National Guard*, Nueva York, Praeger, 1982; Collazos, *Labor and Politics in Panama*.

[26] Durante los años sesenta fue usual condenar el "dualismo", como si éste sostuviera que no había ninguna relación entre el sector moderno de la economía y el arcaico. Así, por ejemplo, Rodolfo Stavenhagen, *Siete tesis equivocadas sobre América Latina*, Turrialba, Costa Rica, Instituto Interamericano de Ciencias Agrarias, 1972, argumenta que al darse una explotación de la fuerza de trabajo de un área por las empresas más modernas de la otra, y generarse una baja de niveles salariales por la provisión de mano de obra barata del interior rural, no puede hablarse de una "dualidad", sino que hay que tomar toda la economía como un conjunto. Por cierto que hay que hacerlo, y que ciertas versiones iniciales o muy extremas de la teoría dualista no son válidas, pero ello no impide aceptar la existencia de una fuerte discontinuidad en la estructura social de muchos países de América Latina, más marcada que la que se da en el Primer Mundo.

IV. LA AURORA DE LA POSGUERRA: EL POPULISMO Y SUS TRANSFORMACIONES

La Argentina peronista

Durante la Segunda Guerra Mundial, Argentina sufrió transformaciones cuantitativas y cualitativas de enorme envergadura. El primer impacto del conflicto internacional sobre su economía fue negativo, pues las dificultades de transporte redujeron las compras de alimentos por parte de los beligerantes y dificultaron la provisión de insumos esenciales para la industria. Pero después de un par de años, cuando se comprobó que la guerra prometía ser de larga duración, comenzó a producirse localmente de todo, en un ambiente recalentado en el que cualquier cosa podía venderse, independientemente de su precio. Esta protección inesperada y no planificada amplió sustancialmente la gama de productos fabricados y las ganancias de los industriales, entre los cuales se generó un amplio sector de nuevos empresarios, amenazados todos ellos por la espada de Damocles del fin de la guerra.

Desde estas condiciones de prospectiva económica se preparaba la sucesión presidencial de 1943, siempre dentro del grupo dominante, que, ya no cabían dudas, iba a tratar de perpetuarse. La

tendencia más tradicionalista se impuso dentro del Partido Demócrata Nacional, que llevó como candidato a Robustiano Patrón Costas, barón del azúcar en el norte del país, y, como tal, industrial necesitado de protección. Pero se trataba de una industria alimentaria poco representativa del nuevo crecimiento manufacturero que experimentaban las zonas más prósperas del país; y exigía protección contra el azúcar brasileño o caribeño, lo que era fácil de conseguir, y además ya llevaba décadas de haberse establecido.

Para los nuevos intereses, que debían enfrentar la competencia de los productos manufacturados europeos o norteamericanos, Patrón Costas no significaba ninguna garantía. Además, era demasiado pro británico, lo que desde esa perspectiva empeoraba las cosas. La realidad era que con el sistema de partidos políticos existente resultaba muy difícil que los intereses industriales —que estaban creciendo y expandiéndose cualitativamente en todas direcciones— gozaran, después de terminada la guerra, de la protección a ultranza que necesitaban para sobrevivir.

Como ya se vio en el anterior capítulo, la oposición estaba formando un frente que debía ser una versión moderada de los frentes populares vigentes en España, Francia y Chile, incorporando a radicales, demócrata progresistas, socialistas y comunistas. En la Unión Cívica Radical, que se sabía partido hegemónico sin necesidad de ayudas externas, había resistencias a este tipo de alianzas. La muerte de Alvear en 1942 generó la lucha interna en ese partido, dividido entre una fracción más moderada, la Unionista, dispuesta al diálogo, y otra más intransigente, dirigida por el cordobés Amadeo Sabattini, que se inspiraba en Yrigoyen y cultivaba

una imagen de inaccesibilidad y pureza doctrinaria. En los sectores jóvenes había muchas figuras, desde Moisés Lebensohn a Arturo Frondizi, que ya se inclinaban bastante francamente a soluciones de izquierda. Pero ninguno de los componentes del Frente en formación estaba demasiado sensibilizado a la temática del proteccionismo, poco atractiva para su electorado de clase media agropecuaria o comercial, o para la mentalidad de aristocracia obrera ligada al socialismo. Por otro lado, el liberalismo económico estaba muy difundido en los ambientes políticos de más diverso cuño, incluso en la izquierda, especialmente por la tradición justista, que veía con malos ojos una excesiva interferencia en las fuerzas del mercado, únicas que desde esta perspectiva podían protagonizar un crecimiento económico sólido.

Cuando en junio de 1943 estalló un golpe, dirigido por la logia GOU (Grupo Obra de Unificación), compuesta principalmente por coroneles, entre ellos Juan D. Perón, la situación cambió súbitamente. Los sectores, cada vez más amplios, que no tenían adecuada expresión en el panorama partidario existente, encontraron un cauce para sus preocupaciones. Convergieron los industriales necesitados de protección, los militares en busca de consolidar la producción de armamentos, los intelectuales nacionalistas y católicos preocupados por la posible subversión generada por la miseria y la desocupación, y las nuevas masas que llegaban del interior del país, o las que se despertaban ante el impacto de la radio y otros medios de comunicación social.

Por otra parte, al movimiento que finalmente logró conformar Perón desde el poder, se incorporaron sectores desgajados de los partidos tradicio-

nales, desde el conservadorismo, que proveyó a más de un caudillo pueblerino, hasta el radicalismo, que generó una Junta Renovadora, o el socialismo y las centrales obreras, que transfirieron dirigentes y cuadros sindicales. Ni siquiera el anarquismo o el comunismo se vieron libres de esta estrategia de cooptación.[1]

De todos modos, la mayor parte de los partidos que habían estado intentando crear un frente siguieron como opositores al régimen militar, y finalmente, ante las elecciones convocadas para 1946, formaron la Unión Democrática, apoyada de hecho por el conservador Partido Demócrata Nacional, pese a no haber sido convidado. Es así como lo que podría haber sido una variante de un frente popular se convirtió en una convergencia ideológicamente muy amplia, pero con base principalmente en sectores medios y altos de la estratificación social, pues las masas fueron ganadas en su amplia mayoría por el "coronel del pueblo y general de la nación", Juan D. Perón.

La coalición de fuerzas que respondía al dinámico secretario de Trabajo y Previsión del gobierno militar era —de todos modos— muy heterogénea, e incluso fue cambiando con el tiempo. En el primer o segundo año del régimen (1943-1944) fue evidente el interés de los nuevos y antiguos empresarios industriales en dar su apoyo a la política de estímulo manufacturero y de neutralismo en que estaban embarcadas las nuevas autoridades. Pero ya hacia 1945 comenzó a preocupar a los empresarios la decisión de Perón de movilizar a las masas y conceder notables conquistas sociales, algunas de las cuales habían sido demandadas infructuosamente durante décadas por las fuerzas de izquierda y el sindicalismo. Perón tenía en mente un esquema

de partido nacional integrador, siguiendo modelos que pueden haber variado desde el fascismo italiano, visto como "autoritarismo desarrollista", hasta el PRI mexicano, que sin duda conocía, y que desde fines de los años treinta había adquirido gran proyección internacional debido sobre todo a la acción de Lázaro Cárdenas.

El hecho, un poco paradójico, es que Perón, cuyo origen intelectual abrevaba en el nacionalismo autoritario, pero pragmático, terminó generando un movimiento político muy distinto del que proyectaba. Su objetivo residía en unificar a los sectores modernizadores y nacionalistas de la sociedad argentina, de arriba abajo, incluyendo sobre todo a la burguesía industrial, a los técnicos, a la clase media y a los obreros más calificados. Con este partido unificador pretendía combatir la amenaza de la lucha de clases, y al mismo tiempo dar la pelea contra las excesivas influencias extranjeras en el país e intentar quizás un proyecto de hegemonía continental.

El destino no lo quiso así. Aunque contó con el apoyo de ciertas minorías de empresarios industriales, y de un considerable sector de intelectuales de derecha y católicos, la mayoría de las clases altas y medias se le opuso. Por otra parte, la Iglesia y las Fuerzas Armadas, aunque favorables en un comienzo, se fueron apartando progresivamente a medida que las características movilizacionistas de su régimen se hicieron sentir. Al final, lo que comenzó como un intento de superar la lucha de clases, terminó protagonizando los principales enfrentamientos sociales de la historia argentina.[2]

En su búsqueda de apoyos populares Perón se acercó a los líderes del sindicalismo existente, entre los que al principio encontró una fuerte resistencia,

pero luego cada vez más voluntades dispuestas a secundarlo. La renovación a que estaba siendo sometida la clase obrera de los centros más poblados del país como consecuencia de la migración interna facilitó esta trasmutación de lealtades, y los viejos dirigentes que se mantuvieron en un irreductible antiperonismo fueron superados por las bases y por nuevos líderes, o por algunos más pragmáticos de entre ellos.[3]

El precio de estas conquistas fue el antagonismo de muchos de sus primeros apoyos, incluso entre sus compañeros de armas. Cuando a comienzos de octubre de 1945 un golpe de palacio lo desplazó del ministerio y lo confinó a un hospital militar, la reacción popular no se hizo esperar, y generó la pueblada del famoso "17 de octubre", que contó, cierto es, con la anuencia de un mayoritario sector de la policía y de elementos de la jerarquía militar.

Durante sus años en el gobierno (1946-1955) Perón consolidó el desarrollo industrial del país, evitando que se revirtiera la diversificación productiva lograda durante la guerra. Estableció un riguroso proteccionismo, incluyendo la prohibición de importar gran cantidad de productos de fabricación nacional. Los principales servicios públicos fueron estatizados, lo que satisfizo al sector nacionalista de la opinión pública, remedo por otra parte de modelos puestos en práctica en ese entonces por regímenes socialdemócratas de Europa, notablemente el laborismo británico. Sin embargo, la administración de esas fuentes de trabajo dejó mucho que desear, y se convirtió en espacio para cultivar una amplia clientela política. La disciplina de trabajo en las empresas también se vio debilitada por un sindicalismo que siempre imponía sus demandas, amparado por el calor oficial.

El nivel de vida popular, y las conquistas sociales, de todos modos, crearon un clima de prosperidad, que sólo parcialmente se vio disminuido en los últimos años, ante el cambio en la coyuntura internacional, que quitó valor relativo a las exportaciones argentinas.

En el campo cultural, la Universidad fue avasallada y con el tiempo se peronizó la educación estatal hasta convertirla en base de propaganda personalista, y se cerraron la mayoría de los periódicos y radios con inclinaciones opositoras.

BRASIL: TODOS CONTRA VARGAS

En Brasil, bajo la dictadura desarrollista del Estado Novo, se había producido un importante crecimiento industrial. En los centros urbanos la situación era parecida a la argentina, y los muy numerosos recién llegados del campo constituían una base muy apta para generar un movimiento populista. La tentación de lanzarse al movilizacionismo de masas fue irresistible, y en buena parte estimulada por el exitoso ejemplo peronista, lo que generó la oposición de las clases acomodadas, ya no sólo por los pruritos democráticos de algunos de sus componentes, sino por el temor muy difundido ante cualquier intento serio de agitación popular.[4]

A fines de 1945 Vargas se vio obligado a conceder elecciones libres y competitivas, desechando la nunca aplicada Constitución del Estado Novo y bajo la promesa de no ser candidato. Formó entonces dos partidos políticos para que conti-

nuaran su obra. Uno, moderado y rural, el Partido Social Democrático (PSD), agrupaba a los notables provincianos que seguían su política. Otro, el Partido Trabalhista (PTB), destinado a encauzar las fuerzas más populares y obreras, ya estructuradas en sindicatos oficiales controlados por el Estado, pero con un elevado elemento movilizador. Las concentraciones organizadas por sus partidarios más exaltados demandaban la permanencia de Vargas en el poder, o bien su reelección, dando origen a que se los denominara "queremistas", debido a su grito de "queremos a Vargas". La oposición formó una Unión Democrática Nacional (UDN), sintomáticamente bajo el mismo rótulo que la coalición antiperonista del país del Plata, aunque con carácter de partido, pese a que en un comienzo fue una confluencia de diversos sectores antivarguistas, con hegemonía del componente conservador liberal pero con integrantes de centro y aun de izquierda o del movimiento estudiantil. Con el tiempo, la UDN se convertiría en el principal partido conservador del país, mientras que su homónima argentina se disolvería para dejar en libertad a sus componentes.[5]

En el agitado mes de octubre de 1945 que asistió al *putsch* militar contra Perón y luego su retorno triunfal, se generó en Brasil un ambiente golpista para evitar la previsible estratagema de Vargas de hacerse reelegir o impedir las elecciones, como había hecho en 1937. El golpe, que encontró, sorprendentemente, escasa resistencia, se planteó como meramente preventivo, para asegurar la realización de las elecciones según estaban programadas para fines de ese mismo año. Vargas, por supuesto, no pudo ser candidato presidencial, pero sí a otros puestos.

A pesar de la obvia simpatía de los militares por el candidato de la UDN, éste perdió la elección, ante el general Eurico Gaspar Dutra, que pese a haber sido ministro de Guerra y baluarte del Estado Novo durante muchos años había estado algo apartado de Vargas en los últimos tiempos, por temor a que el dictador lo privara de su candidatura por el PSD. A pesar de esas fricciones, la orden de Vargas fue votar por Dutra, a cambio, por cierto, de que en la siguiente elección éste le devolviera el favor y al menos le permitiera candidatearse.

Durante la agitación del queremismo, y la liberalización que acompañó a la preparación de las elecciones, el Partido Comunista fue legalizado y Prestes liberado. Los comunistas apoyaron la agitación queremista, tratando de evitar el destino de sus pares argentinos, que se habían visto privados del favor popular por no seguir los entusiasmos colectivos generados por una figura carismática. En las elecciones de 1945 lanzaron un candidato extrapartidario, que consiguió el apoyo del 10% del electorado, y ganaron un senador y 14 diputados nacionales. En 1947 obtuvieron de nuevo un fuerte apoyo en la designación de legisladores estaduales, sobre todo en San Pablo y otras áreas industriales. El gobierno de Dutra (1946-1951) se encargó de frenar lo que parecía ser una seria amenaza, y finalmente el partido fue ilegalizado y nunca recobró gran fuerza electoral, aunque mantuvo un significativo enraizamiento en sectores profesionales, estudiantiles y aun militares, esto último como efecto de los orígenes tenentistas de Prestes.[6]

En 1950 la candidatura de Vargas, promovida por el PTB, arrolló en las urnas, pese a no haber sido secundada por el otro sector de origen varguista, el

PSD. La UDN consiguió una votación decente, pero sin poder competir por el primer puesto. Ahora, en esta "segunda venida", Vargas se demostró un cuidadoso demócrata, aunque no pudo controlar algunos excesos de corrupción y la acción de fracciones violentas de entre sus seguidores, que amenazaban a los dirigentes opositores.

La ideología de Vargas había sufrido una radical reorientación, no sólo hacia la democracia sino hacia el socialismo, o al menos eso era lo que podía deducirse si se tomaban literalmente numerosas declaraciones suyas. En una de ellas, de 1946, sostenía que había dos formas de democracia, una de las cuales era la "liberal y capitalista [...] basada en la desigualdad", mientras que la otra era "la democracia socialista, o democracia de los trabajadores", por la que combatiría en beneficio de la colectividad. En las elecciones estaduales de 1947 había llegado incluso a hacerse fotografiar junto a Luis Carlos Prestes en una tribuna. Su victoria en las urnas en 1950, aunque no contó con el apoyo oficial del Partido Comunista, arrastró a muchos simpatizantes e incluso militantes de esa fuerza.[7]

La derecha y los militares debieron apelar a sus máximas dotes de tolerancia para aceptar la vuelta al poder del dictador al que habían derrocado, quien no mejoraba para nada las cosas con sus declaraciones "socialistas", que podían no ser muy creíbles pero que alarmaban a la opinión moderada del país. En el varguismo estaba produciéndose ya ese proceso de mutación que en tantos otros casos en el continente transforma a movimientos populares con ideología de tintes autoritarios y hasta fascistoides, en expresiones de tipo revolucionario tercermundista.

Vargas procuró intensificar la política social distribucionista, con el nombramiento de João Goulart, obviamente su delfín en el PTB, como ministro de Trabajo. La resistencia empresarial a esta medida llegó a crear un ambiente golpista, que se consolidó como reacción a los fenómenos de corrupción que se iban revelando, y a un par de atentados contra líderes opositores, especialmente el fallido contra Carlos Lacerda, líder de la UDN en Río de Janeiro y periodista combativo, cuyo pasado comunista, totalmente olvidado, no le quitaba ningún predicamento en la derecha.

Finalmente, un planteo de las Fuerzas Armadas le exigió a Vargas la renuncia, o que se tomara una licencia para permitir que el Poder Judicial dilucidase, libre de interferencias, los variados escándalos de que se acusaba a su gobierno. Viéndose presionado, Vargas decidió, no sin algunas vacilaciones, dar un paso histórico, y después de redactar un "Testamento Político" se suicidó, esperando sin duda que explotara la ira popular, sentando las bases para un nuevo régimen. La reacción, menos intensa que lo que el viejo ocupante del Palacio esperaba, consiguió de todos modos parar el golpe militar que se estaba tramando.

Su vicepresidente lo reemplazó, y al año, cuando correspondía, las elecciones dieron la victoria a la alianza de las fuerzas varguistas, o sea al PSD más el PTB, ahora aunados tras el moderado Juscelino Kubitschek. No faltó de todos modos un último episodio en este enredo. Estando ya avanzado el proceso electoral, comenzó a cundir la sospecha de que algunos sectores militares, que rodeaban al vicepresidente en ejercicio, buscaban una intervención para cortar de raíz la influencia varguista. Para prevenirlo, el general Henrique Teixeira Lott

dio a su vez un golpe preventivo, asegurando la realización normal del comicio. Claro está que esta acción le abriría un amplio crédito ante la facción victoriosa.[8]

CAÍDA DEL PERONISMO Y PRETORIANISMO DE MASAS EN ARGENTINA

En Argentina el sistema de partidos políticos organizado por Perón también fue plural en un comienzo: estaban los independientes, especialmente reclutados entre los conservadores y los intelectuales nacionalistas. Luego, sobre todo en el interior del país, la Unión Cívica Radical, Junta Renovadora, equivalente en alguna medida del brasileño PSD. Más visibilidad tuvo, sobre todo en las grandes áreas urbanas, el Partido Laborista, equivalente del PTB pero más ligado a estructuras sindicales fuertes. Lo iniciaron algunos dirigentes sindicales de trayectoria en el movimiento obrero, como el telefónico Luis Gay, dirigente de la Unión Sindical Argentina (USA), central minoritaria donde se refugiaban los sobrevivientes del antiguo "sindicalismo revolucionario". Fundamental en ese partido fue el papel del dirigente de la carne Cipriano Reyes, que había tenido una trayectoria muy marginal en el movimiento obrero como rival de la dirigencia principal del gremio, que era comunista. El laborismo argentino, aunque en teoría pautado según las normas de su homónimo inglés, de hecho no tuvo autonomía, y apenas Perón fue presidente electo disolvió las estructuras que lo habían llevado al poder, sustitu-

yéndolas por el mucho más jerarquizado Partido Único de la Revolución Nacional, que luego tomaría diversos nombres, desde Peronista hasta Justicialista o Nacional Justicialista.

La fuerte confrontación política y social existente en el país pronto llevó al gobierno peronista a restringir las libertades públicas, especialmente a partir de una *razzia* de diarios independientes realizada en 1950. La prosperidad generada por los grandes superávits acumulados en la balanza de pagos en los últimos años de la guerra, y el estímulo a la producción industrial prohijado por una protección a rajatabla, crearon condiciones de plena ocupación y de alto nivel salarial por varios años. La figura de Evita Perón ayudó a robustecer la imagen mítica de una pareja dadivosa en el poder, dispuesta a ocuparse de los problemas de todos, por encima de las complejidades de la política formal de la división de poderes y del equilibrio institucional.

Hacia la iniciación del segundo período presidencial (1952) la prosperidad disminuyó, y empezaron a hacerse sentir los efectos del incremento excesivo de empleos públicos y de una gestión poco cuidadosa del erario público. La Iglesia comenzó a retacear su apoyo para evitar verse envuelta en una posible crisis del régimen, al que había adherido abiertamente en un comienzo. Ahora, para preparar una eventual transferencia de lealtades, la Curia organizó escuelas de formación de dirigentes sindicales, lo que significaba tocar un punto muy neurálgico del régimen. En represalia, el gobierno decidió tomar medidas como la ley de divorcio, y, de un hecho al otro, se llegó a un fuerte enfrentamiento.

Paralelamente, las fuerzas económicas se mostraban preocupadas por la continuada orientación populista de la prédica política gubernamen-

tal, a pesar de que en el frente económico se intentaba tomar un rumbo más moderado. Los opositores liberales doctrinarios, y los partidos de centro y de izquierda, acentuaban sus críticas y la búsqueda de contactos en los cuarteles. Esta convergencia, generó un ambiente golpista que culminó con un intento en junio de 1955, incluyendo el bombardeo de la Plaza de Mayo por parte de unidades rebeldes, con numerosas muertes de civiles. Perón llamó a la venganza, y pronto las cuatro más tradicionales iglesias de la ciudad de Buenos Aires ardían, por obra de activistas peronistas, entre los que quizá se infiltraron otros de ideologías diversas.

Ya dos años antes (1953), en reacción a una bomba arrojada en una concentración peronista, que ocasionó varias muertes, los manifestantes en su desconcentración incendiaron las sedes de varios partidos de oposición y la del Jockey Club, quizá como sustituto de un inexistente partido conservador con presencia en las urnas. Finalmente, en septiembre de 1955 otro movimiento armado consiguió, en breves días, captar a la mayoría de las unidades de las tres fuerzas y derribar al gobierno.

Se iniciaba así el período llamado de la "Revolución Libertadora", que contó con el apoyo de prácticamente todos los partidos antiperonistas, a los que convocó (con excepción del Comunista) a formar una Junta asesora civil. A partir de este momento, durante 18 años el peronismo se encontraría casi permanentemente fuera de la legalidad, o sólo parcialmente admitido en ella. Los militantes respondieron formando grupos de acción violenta para preparar un retorno al poder mediante una convergencia de sectores civiles y militares, lo que no ocurrió de la manera prevista. Generó, sin

embargo, uno de los episodios de mayor violencia de la historia argentina, con la proliferación de grupos irregulares armados, especialmente los llamados Montoneros y su estructura de superficie, la Juventud Peronista. Sobre ese tema volveremos en el próximo capítulo.

En Argentina el régimen militar que derribó al peronismo estuvo por un breve período bajo la presidencia del general Eduardo Lonardi, de convicciones nacionalistas católicas, quien intentó una política conciliatoria hacia los vencidos no sólo por magnanimidad sino por coincidencia con algunas actitudes básicas hacia el Estado. Pero los sectores más definidamente liberales que formaban parte de la coalición vencedora pronto se impusieron, a través de la dupla formada por el general Pedro E. Aramburu y el almirante Isaac Rojas, apoyados por la mayoría del radicalismo y del socialismo, que buscaban desmantelar las estructuras juzgadas totalitarias del peronismo, sobre todo en el ambiente sindical. Fue así que se dispusieron intervenciones y tomas de sindicatos, en que muchos de los antiguos dirigentes, desplazados por el justicialismo, retornaron brevemente a ejercer la dirección, aunque en general con poco apoyo de bases.

En 1956 una rebelión cívico-militar cuyo objetivo era permitir el retorno de Perón fue ahogada en sangre, con el fusilamiento de una veintena de militantes, encabezados por el general Juan José Valle, que dirigió la intentona. Dentro del frente cívico antiperonista que sostenía al gobierno comenzaron a evidenciarse fisuras, hasta que se produjo una seria división en el seno de la Unión Cívica Radical, principal fuerza electoral no peronista del país.

Un sector, autodenominado Intransigente, dirigido por Arturo Frondizi, se planteó objetivos más "progresistas", nucleando a importantes grupos juveniles y tratando a la vez de integrar a sectores del peronismo en una nueva alianza popular, en que la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI) cumpliría el papel de representante de la burguesía nacional, entidad a la que se le conferia un papel central en el proceso de desarrollo económico del país. De ahí el nombre de "desarrollismo" que adoptó la ideología de este partido, al comienzo aún muy influida por el origen marxista de muchos de sus dirigentes, pero luego cada vez más derechizado. El otro sector de la UCR, el más tradicional, rígidamente antiperonista, autodenominado Del Pueblo (UCRP), fue dirigido por Ricardo Balbín, contando con simpatías en la derecha y el centro liberales (casi exentos de representación partidaria propia) y en los sectores más antiperonistas del viejo Partido Socialista.

En 1958 se convocó a elecciones generales con la invalidación del Partido Peronista o sus *alter ego*, declarados de origen totalitario y por lo tanto inhabilitados para presentarse. Ante la existencia de esta masa vacante, Frondizi redobló su prédica integracionista y sus críticas al régimen militar, y finalmente firmó un pacto con Perón, según el cual éste le aseguraba sus votos a cambio de reconocimiento en el futuro.

Con esos votos prestados por un antiguo enemigo Frondizi llegó a la Casa Rosada, burlando los cálculos del régimen de la Revolución Libertadora, que veía retornar de manera encubierta una presencia peronista en los centros de decisión nacional. Hubo dudas en aceptar el veredicto de las urnas, pero al final éste fue respetado, aunque manteniendo a las nuevas autoridades bajo estricta vigilancia.

En el nuevo gobierno, inaugurado en 1958, enseguida comenzaron las tensiones entre las demandas del movimiento peronista y las limitaciones a que obviamente estaba condenado el presidente si quería evitar su destitución. Se produjo así una violenta ruptura entre los aliados ocasionales, lo que dejó a Frondizi en una situación de extrema debilidad, aunque con mayoría en las cámaras. Su gobierno se vio jaqueado por un movimiento sindical que él había contribuido a devolver a manos peronistas y por la mala voluntad de la derecha económica, de los militares y del centro e izquierda liberales. De todos modos, y pese a los constantes "planteos" militares, Frondizi trató de seguir una política exterior independiente, en el marco de la cual llegó a tener conversaciones con el Che Guevara, aunque con desastrosos efectos, pues no consiguió reconciliarse con la opinión de izquierda y alarmó a la derecha que comenzaba a acercársele.

En 1962 la renovación de la Cámara de Diputados, más la elección de gobernadores, brindó la oportunidad para intentar una normalización del sistema político. Frondizi autorizó la actuación de partidos neoperonistas provinciales, e intentó concentrar alrededor de su UCRI el voto antiperonista y de derecha. La jugada casi resulta, pues a escala nacional la UCRI aventajó a la UCRP como polo antiperonista, aunque no lo suficientemente como para superar al peronismo, que de todos modos quedó colocado en alrededor del 40% en una provincia clave como Buenos Aires. Lo grave fue que los justicialistas ganaron esa estratégica gobernación, y por lo tanto controlaban a la policía (provincial) que era la que debía reprimir los excesos de los sindicalistas en el cordón industrial porteño.

El temor cundió en las esferas militares y de la derecha, a pesar de que vistas las cosas con más perspectiva el hecho de que el peronismo apareciera ahora con menos del 50% del electorado era una señal positiva. Cierto es que a lo mejor este hecho se debía a circunstancias ocasionales de divisionismo, ausencia del jefe y escaso acceso a los medios de difusión. El hecho es que se suscitó un golpe, que derribó al presidente y utilizó a José María Guido, presidente del Senado, como figura formal tras la cual establecer un régimen militar.[9]

URUGUAY, PARAGUAY Y BOLIVIA ANTE EL RETO POPULISTA

Uruguay

En Uruguay no se dio un equivalente de los fenómenos argentino y brasileño, lo que quizás esté ligado a la característica del país, casi una ciudad-estado, sin mucha industria ni grandes empresas mineras o agroindustriales. La prosperidad del Uruguay de aquel entonces, cercana a la de Argentina pero con menores concentraciones humanas, creaba una mentalidad predominantemente de clase media. En lugar de migraciones del campo a la ciudad, predominaba la emigración del país hacia el exterior, sobre todo a Argentina. La población envejecía, no había mucha renovación y los recuerdos y los prestigios persistían. Es así como se mantuvo el predominio electoral de colorados y blancos, con un pequeño sector controlado por la izquierda socialista y comunista, que sin embargo era influ-

yente en los sindicatos. No estaban dadas las condiciones para la formación de un movimiento populista, ni en los estratos bajos ni en los medios y altos, donde había un espacio amplio para el acomodamiento de elites y grupos disidentes dentro del sistema existente de partidos e instituciones. Más adelante las cosas cambiarían, aunque siempre en condiciones inhóspitas para el populismo.

En vez del populismo, en Uruguay se consolidó una variante progresista y redistribucionista en el Partido Colorado, con Luis Batlle Berres, sobrino del viejo caudillo, quien accedió a la presidencia entre 1947 y 1951. Al finalizar su mandato se aprobó otra reforma constitucional, de acuerdo con los cánones de su facción, para introducir el Colegiado integral. No existiría ya presidente de la nación, y los miembros del Colegiado se rotarían cada año en la presidencia del cuerpo. Esta vez, por cálculo político, el herrerismo dio su apoyo al cambio, a pesar de su resistencia ideológica. Es que se temía una preponderancia excesiva de la figura de Luis Batlle Berres, y para anularla se combinaron su propio ideologismo y la astucia de sus principales opositores, que consideraban más fácil penetrar en el Colegiado que lanzarse a la conquista del cargo máximo.

La suerte acompañó esta cábala, y en 1958 finalmente triunfó el Partido Nacional, orientado por su jefe Luis Alberto de Herrera, aunque éste sólo pudo ocupar la jefatura del cuerpo colegiado. Fue apoyado, además, por una facción de origen colorado, el así llamado Ruralismo (Liga Federal de Acción Ruralista), dirigido por Benito Nardone, alias "Chicotazo", que a través de un popular programa de radio movilizaba los sentimientos de productores medios del campo y de otros sectores pueblerinos. Por otra parte, el desarrollo industrial de la época

llevaba migrantes del campo a la ciudad, que tenían más sensibilidad a la prédica tradicionalista de los blancos que a la más modernizada de los colorados. El fenómeno se dio, sin embargo, a escala muy reducida, si se lo compara con los efectos mayúsculos que tuvo en Brasil o Argentina.[10]

Paraguay

Paraguay tampoco tiene muchas condiciones para la generación de un populismo clásico debido a las escasas concentraciones de mano de obra existentes, a diferencia de Bolivia, que las agrupa en torno de la minería. Además, Bolivia presenta una fuerte diferenciación entre la minoría de clase media europeizada y la masa india ligada a sus comunidades tradicionales. En Paraguay la mezcla étnica ha sido mayor desde los orígenes de la colonización, y el resultado es un país mucho más homogéneo en ese sentido que Bolivia. La emigración desde el campo, por otra parte, se dirige hacia afuera del país, en vez de engrosar las propias ciudades, razón por la cual éstas varían mucho menos su composición demográfica, y sus memorias colectivas, que sus equivalentes de Brasil. El resultado es la permanencia de un partido tradicional, el Colorado, muy distinto en sus características del homónimo uruguayo, y que tiene algunos aspectos de nacionalismo popular, de raíces históricas ligadas al culto de los López y al recuerdo de la Guerra de la Triple Alianza contra sus vecinos (1865-1871).

El régimen de Morínigo (1940-1948) debió enfrentar una seria guerra civil en 1947 contra las fuerzas coaligadas de liberales, febreristas y grupos de izquierda, que contaron con el apoyo del peque-

ño Partido Comunista. Al vencer en la guerra civil, Morinigo se vio obligado a movilizar como nunca antes al elemento colorado. Pero las luchas de facciones, sumadas al juego de presiones externas que provenían de los grandes vecinos, terminaron por desestabilizar al régimen, aunque para ser sustituido por otro igualmente autoritario y mucho más sólido, dirigido por Alfredo Stroessner. Ahora el coloradismo se transformaba decididamente en partido de gobierno, con una cierta simpatía desde Argentina, donde el peronismo compartía su nacionalismo populista y su admiración por la gesta del mariscal López. El componente populista era sin embargo mucho menor en Paraguay que en Argentina, y el grado de autoritarismo vigente en ese país nunca fue igualado en Argentina, ni la popularidad del general Perón fue realmente alcanzada por Stroessner. Éste evolucionó con el tiempo de manera cada vez más totalitaria y terrorista, aunque guardando algunas formas democráticas, más aparentes que reales, y un lugar tolerado al Partido Liberal, que mediante sucesivas escisiones había conservado un tronco principal denominado Liberal Radical Auténtico. La oposición más decidida era la de los febreristas, así como la de algunas facciones coloradas desplazadas del poder y, más extrema aún, la del comunismo.

Bolivia

Las convulsiones civiles tuvieron una amplitud mucho mayor en Bolivia que en Paraguay. La mentalidad nacionalista que se había expresado a través de Busch volvió a emerger a fines de 1943, en un golpe militar, con participación de la logia

militar Razón de Patria (RADEPA) y del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), que llevó al general Villarroel al Palacio Quemado (1943-1946).

El gabinete, que incluyó a miembros del MNR más algunos otros socialistas independientes, contó con el apoyo de nuevos sindicatos, sobre todo mineros, organizados por Juan Lechin, líder venido desde afuera de las filas obreras, como hijo que era de un comerciante árabe arruinado. La lechinista Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB) combatió al viejo sindicalismo de inspiración marxista o anarquista, centrado en la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia (FSTB) y sus federaciones locales. En el sector rural, en general poco trabajado por la izquierda, se organizó un Primer Congreso Campesino, con fuerte participación indígena, que planteó el objetivo de la reforma agraria y la extensión del voto, aunque no encontró eco oficial para esas medidas.

En el gobierno también hubo elementos de derecha militar, autodefinidos como "Independientes". A su vez, la oposición nucleó a la derecha "Concordancista", aliada con el PIR, en una Unión Democrática (1944) que buscaba su justificación en la naturaleza supuestamente fascista del gobierno. En noviembre de 1944 se intentó un golpe contra el régimen villarroelista, con el apoyo civil de los partidos tradicionales, más sectores de izquierda como el PIR y algunos sindicalistas. Para reprimir este complot el gobierno recurrió a medidas extremas, ordenando el fusilamiento de decenas de involucrados, incluidos algunos pertenecientes a las mejores familias, mezclados con dirigentes sindicales y militantes marxistas. Esta "masacre de Chuspipata" acrecía el número no pequeño de

episodios similares de la historia boliviana, pero esta vez con una combinación tan peculiar de víctimas que marcó a fuego al régimen, restándole el apoyo de sectores moderados y, por cierto, del de la derecha económica, aparte del de la extrema izquierda.

La agitación que sobrevino debilitó al gobierno, y finalmente una hola de huelgas de maestros, estudiantes, ferroviarios y obreros de la construcción terminó en una pueblada, dirigida por el prosoviético PIR, que penetró en la plaza principal, ante la indecisión de las Fuerzas Armadas, y apresó y asesinó al presidente, colgándolo de un farol, para escarmiento de tiranos, en julio de 1946.

Se retornó entonces a una democracia limitada, con una competencia entre el Partido Liberal y el Republicano-Socialista (PURS), mutación ésta del saavedrismo. Durante este período (1945-1952) las elites dirigentes descuidaron las presiones sociales que se iban acumulando, no sólo en la clase obrera sino en el campesinado y, más importante aún, en la emergente clase media de empleados y profesionales.

Cuando en 1951 el MNR, autorizado a competir en elecciones libres (aunque limitadas a los alfabetizados), obtuvo la mayoría, un golpe militar de derecha invalidó el proceso, pero se vio enfrentado a una masiva resistencia popular. Los mineros, con sus cargas de dinamita, y la simpatía de sectores significativos de la Policía y las Fuerzas Armadas, de raíces villarroelistas, vencieron a la oligarquía trifronte, con sus empresas mineras, sus latifundistas y sus partidos de derecha o centro liberal. La izquierda marxista, en su faz pirista, quedó enganchada con la alianza anti-MNR, y sólo con el tiempo superó en parte esa actitud de

rechazo visceral a lo que consideraba aspectos fascistas y en todo caso capitalistas nacionales, pero nunca genuinamente populares, del MNR. Los votos, sin embargo, favorecían a ese partido, y lo mismo el apoyo de las principales organizaciones de masas, obreras o campesinas.

Una vez en el poder, el MNR llevó a la primera magistratura a Víctor Paz Estenssoro (1952-1956), quien realizó una de las transformaciones sociales más profundas habidas en el continente hasta ese momento. Ella incluyó la expropiación de la mayor parte de los latifundios, de las empresas mineras del estaño, y del petróleo (que había sido reprivatizado), y se pusieron severos límites a la acción y a la formación profesional de las Fuerzas Armadas. La tensión social interna se mantuvo en un alto nivel, aunque las fuerzas antagónicas al triufante MNR tuvieron poca presencia en las urnas. Los partidos tradicionales de la derecha y el centro liberal, que prácticamente desaparecieron, fueron sustituidos por la Falange Socialista Boliviana (FSB), que se expandió desde sus modestos orígenes cochabambinos hasta convertirse en la principal expresión de las clases medias y altas no movimientistas, moderando, en el nuevo ambiente posterior a la Segunda Guerra Mundial, su original filonazismo.

Dentro del MNR se produjo una división entre el sector pazestenssorista y una fracción de izquierda dirigida por el líder sindical Juan Lechín, carismático dirigente de gran prestigio entre sus seguidores, a quienes había unido en una Central Obrera Boliviana (COB) oficialista. A la izquierda, ajenos al partido, persistían el trotskismo del POR y el stalinismo del PIR, ambos con significativas bases sindicales y estudiantiles. En 1956, ante la impo-

sibilidad de reelección, fue proclamado candidato el dirigente más moderado Hernán Siles Suazo, y luego, al finalizar su típico "mandato intermedio", Paz Estenssoro volvió a ocupar su silla (1960-1964). Aislado, Walter Guevara Arce, importante dirigente del MNR, formó un nuevo partido, primero denominado MNR Auténtico y luego Partido Revolucionario Auténtico (PRA). Por otra parte, para controlar mejor las presiones castrenses se formó una Célula Militar del MNR dirigida por los generales René Barrientos y Alfredo Ovando.

A esta altura del desarrollo de la Revolución Boliviana se había diluido bastante el inicial ímpetu reformista, generándose una importante burguesía nacional, ligada a la derecha del partido gobernante. Bajo condiciones algo distintas, podría haberse reproducido el proceso mexicano, con el MNR convertido en un PRI integrador, multiclasista y sólidamente asentado en el poder. No fue así, sin embargo, y las fuerzas de derecha y de izquierda mantuvieron en jaque al gobierno, que por otra parte no contaba con los recursos de un país como México.

Cuando en 1964 se buscaba evitar la crisis de sucesión con la reelección de Paz (facilitada por una reforma constitucional en 1961) fue imposible evitar la crisis interna del MNR, lo que provocó la escisión de Juan Lechín, quien formó su propio Partido Revolucionario de Izquierda Nacional (PRIN). Respondiendo a la presión militar y de la derecha, Paz Estenssoro eligió como compañero de fórmula al general René Barrientos, y ganó por amplio margen la votación. Pero, como ya era obvio, Barrientos representaba un caballo de Troya para el régimen, y a los pocos meses dirigió un golpe, junto al otro connotado militar, Alfredo Ovando (1964).

Al proclamarse el golpe, en un arranque de estrategia maquiavélica, Lechín procuró perfilarse como apoyo del nuevo gobernante, siendo llevado en andas por una multitud de sindicalistas al Palacio de gobierno, sólo para ser recibido con una fusilada. Al poco tiempo era expulsado del país y su COB puesta fuera de la ley. Barrientos, que al principio cogobernó con Ovando, formó una nueva fuerza política, presuntamente heredera del MNR, nucleando restos de diversos grupos, desde el PIR ya exangüe hasta algunos antiguos socialistas de los tiempos de Busch y el MNR disidente de Guevara Arce (PRA). Su política derechista se evidenció cuando tuvo que enfrentar huelgas mineras, que fueron severamente reprimidas en una matanza denominada "de San Juan", que incluyó ataques de aviación a los pueblos mineros y a barrios de La Paz. En 1966 Barrientos asumió la presidencia, después de una elección en que las principales fuerzas de la oposición se abstuvieron por falta de garantías.

Barrientos, que se proclamaba heredero del proceso de 1952, cultivaba un importante apoyo entre sectores campesinos acomodados, criaturas de esa misma revolución, a quienes garantizaba la posesión de sus parcelas más allá de los cambios institucionales.

✯ CHILE Y LA SEGUNDA VENIDA DE IBÁÑEZ

Aunque en Chile el Frente Popular había tenido problemas internos, básicamente se mantuvo una sucesión de presidentes radicales cuyos ministerios incluían miembros de la izquierda, especial-

mente del socialismo. En 1946 le tocó el turno de gobernar a una alianza con el Partido Comunista. Llegó así a la presidencia el radical Gabriel González Videla, que organizó un ministerio con miembros de ese partido, segundo caso en el continente luego del ejemplo que Batista había dado en Cuba en el ambiente de cooperación de la guerra. La luna de miel duró poco, sin embargo, y González Videla pasó de Kerensky chileno a principal enemigo del comunismo, a cuyos militantes hizo tachar del registro electoral ilegalizando al partido.

Su gobierno, que terminó con poca gloria en 1952, dejó a su partido huérfano de opinión. La derecha quedaba siempre como alternativa, con numerosos votos, y tradicionalmente la izquierda podía reunir un buen tercio del electorado. Pero ocurrió algo novedoso: el general Ibáñez, casi un cadáver político desde hacía muchos años, resucitó como una esperanza para quienes estaban transitoriamente desengañados de los partidos políticos. O sea que fue percibido como un candidato ubicado por encima, o en contra, de la "partidocracia". A pesar de eso, formó un partido propio, el Partido Agrario Laborista (PAL), un nombre con reminiscencias de los que habían sido caros a Perón y a Vargas. También logró el apoyo del Partido Democrático Nacional (PADENA), escisión del cariocinético y tradicional Partido Demócrata, ya convertido en poco menos que un membrete. Pero por encima de esas dos estructuras Ibáñez armó una campaña de tipo populista, emulando claramente a su colega trasandino, en el cenit de su popularidad en aquel entonces. Más extraño aún, consiguió el apoyo del grueso del Partido Socialista, que se dividió en esa ocasión.

Un sector, el Partido Socialista de Chile (PSCH), apoyado por el comunismo, llevaba a Salvador Allende como candidato. El otro, el Socialista Popular (PSP), que contaba con la mayoría de las estructuras partidarias, se alió con el ibañismo y recibió en pago algunos ministerios. La mayor parte del sindicalismo, influido por el PSP y atraído por esta versión local del peronismo, también apoyó al candidato, a pesar de sus muy discutibles antecedentes que incluían un período de gobierno dictatorial (1927-1931) con represión antiobrera, y una candidatura por el Partido Nazi (1938). Al llegar al gobierno, Ibáñez respetó las normas democráticas, aunque, hasta casi el final de su mandato, mantuvo el veto al Partido Comunista.[11]

Cuando, a los dos años de iniciado su gobierno, enfrentó problemas económicos, se produjo un conflicto con el socialismo, y éste abandonó la coalición, llevándose consigo su apoyo casi intacto y dejando a Ibáñez con escaso respaldo. A la postre, el ibañismo desapareció como movimiento. Sólo fue una estrella fugaz en el firmamento de los partidos políticos chilenos. Es interesante contrastar el proceso de formación de la coalición militar-sindical en Argentina, protagonizada por Perón y el Partido Laborista, y en Chile, entre Ibáñez y el Socialismo Popular. Éste fue un proceso de alianza explícitamente planteada, y desde posiciones de autonomía, en un esquema político que sólo tenía un moderado componente de movilizacionismo a partir de una figura carismática. En Argentina, en cambio, se generó una verdadera fusión política, y el electorado no pertenecía ya a los antiguos sindicalistas y miembros disidentes del socialismo que habían forma-

do el Partido Laborista, sino a Perón mismo, y a su futuro Partido Peronista, que barrió con los intentos de autonomía por parte de algunos jefes laboristas, como Luis Gay y Cipriano Reyes.

Al terminar el período de Ibáñez se recompuso el tradicional sistema chileno de los "tres tercios". En la derecha se ubicaba un poco más de un tercio del electorado, dividido entre los dos partidos de raíces decimonónicas, el Conservador y el Liberal. En la izquierda otro tercio seguía fielmente a los partidos Socialista (dividido a veces en Chileno y Popular) y Comunista, más algunas formaciones pequeñas, escisiones del "sello" Democrático. En el Centro, el radicalismo estaba siendo reemplazado por la Democracia Cristiana, que merece una consideración aparte.

Durante los años treinta surgió una juventud politizada y renovadora dentro del ambiente católico, en general de clase alta. La tradición de enfrentamiento religioso-laico en Chile hacía impensable para estos jóvenes progresistas relacionarse con el "arco laico", que comprendía desde el Partido Liberal hasta el Radical, y que tenía contrafuertes algo lejanos en el socialismo y el comunismo. Volcaron entonces sus ideas dentro del Partido Conservador, en el cual formaron una juventud muy autónoma, con dirigentes como Eduardo Frei, Bernardo Leighton y Radomiro Tomic. Entre las ideas nuevas que estos jóvenes adoptaban se incluían las de la Doctrina Social de la Iglesia y algunos elementos mussolinianos y del autoritarismo ibérico. En otras palabras, una reproducción más civil, y más intelectualizada, del *tenentismo* brasileño, pero en un contexto social, claro está, muy distinto.

Hacia mediados de la década del treinta se escindieron del viejo tronco conservador y formaron un partido propio, la Falange Nacional, nombre que refleja esa confusión de tendencias. A poco andar, sin embargo, borraron su pasado autoritario, y se convirtieron en uno más de los partidos que tejían y destejían la trama de las coaliciones necesarias para apoyar los gabinetes o gestar las candidaturas presidenciales. Durante los años cincuenta se produjo una división en el propio Partido Conservador, donde aún militaba un fuerte sector —nada juvenil— con ideas socialcristianas, aunque más moderadas que las de los falangistas. Ese grupo se separó, formando un Partido Conservador Social Cristiano, pero a los pocos años (1958) se fusionó con la Falange para formar el Partido Demócrata Cristiano.

Este partido es el que hacia la década de los sesenta comenzó a reemplazar al radicalismo como representante del tercio de sufragios que respondía al centro. Dado su origen, por supuesto, despertaban mayor confianza en la opinión pública de derecha que los propios radicales, y eran considerados por cierto un baluarte contra la izquierda, que en Chile a veces aparecía como una amenaza, sobre todo por sus extremismos verbales, pero también por su práctica agitacionista. De todos modos, al finalizar el mandato de Ibáñez, y desaparecido su movimiento, la que ganó fue la derecha, con Jorge Alessandri, hijo totalmente domado del León de Tarapacá. La izquierda, ahora unida bajo la dirección de Allende, que reivindicaba su consecuencia antiibañista, tuvo un porcentaje un par de puntos por debajo que Alessandri. En el centro, la Democracia Cristiana aventajaba claramente al radicalismo.[12]

PERÚ Y ECUADOR: VARIANTES DE ESTRATEGIA POPULISTA

Perú

En Perú el gobierno conservador de Manuel Prado (1939-1945) otorgó elecciones libres, aunque otra vez sin legalizar al Partido Aprista. Éste decidió votar por un candidato progresista de centro, José Luis Bustamante y Rivero, que de esa manera llegó a la presidencia. Los apristas ingresaron entonces a la Cámara bajo las siglas de sus aliados y consiguieron formar el mayor bloque de diputados, dirigidos desde la sombra por Haya de la Torre, que había evolucionado en sentido moderado, decidido a cooperar con los sectores progresistas de Estados Unidos, especialmente los sindicatos y el ala izquierda del Partido Demócrata.

Pero la cooperación con Bustamante no duró mucho. Las tradiciones rebeldes del APRA se impusieron, a pesar de las nuevas actitudes promovidas por Haya, y fueron responsables de olas de huelgas y de intentos subversivos, uno de los cuales, con marineros apostados en el Callao, cobró mayor calibre. La reacción gubernamental no se hizo esperar y el APRA fue ilegalizada. Al poco tiempo las Fuerzas Armadas intervinieron, dirigidas por el general Manuel Odría (1948-1956).

Inspirado en modelos falangistas, Odría obtuvo el apoyo de la derecha nacional e internacional, y se benefició de una época de prosperidad, que le permitió intentar políticas sociales. La ciudad de

Lima y otros centros urbanos crecieron, albergando a una numerosa población que se hacinaba en barrios marginales. La construcción de viviendas en esas zonas, aunque insuficiente, permitió a Odría gozar de una cierta popularidad. A comienzos de los años cincuenta se propuso emular el proceso argentino, en un contexto continental en que se estaba dando el retorno, con ropajes populistas y democráticos, de antiguos dictadores como Vargas e Ibáñez. Pero las condiciones del país eran distintas, entre otras cosas porque existía ya un populismo fuertemente arraigado, el APRA, que no estaba dispuesto a colaborar con él.

Odría no consiguió el suficiente apoyo popular, pero con sus amagues amedrentó a la derecha, que súbitamente redescubrió sus convicciones democráticas (siempre que no llevaran a una victoria aprista). Es así como hacia 1956 las presiones provenientes de diversos sectores de la sociedad, que coincidían con las de una buena parte de la opinión norteamericana que deseaba ver al continente libre de dictadores impresentables, forzaron a convocar una elección. Ésta debía ser competitiva y libre, aunque, claro está, sin los apristas.

La derecha podía presentarse de nuevo con Manuel Prado, de buenos antecedentes aunque sin muchos votos. En la izquierda existían algunos pequeños partidos sin fuerza propia. El gran vacío era el que generaba la ausencia del APRA. ¿Quién podría ocuparlo? Odría pensaba que él mismo, o su sucesor delegado (ya que él había aceptado no candidatearse) podría conseguir una buena porción de votos populares, especialmente en las afueras de Lima, lo que ocurrió sólo muy parcialmente. Una nueva estrella comenzaba a brillar en esos momentos: la del arquitecto Fernando Belaúnde Terry, que

formó un partido, Acción Popular (AP), con características que lo asemejaban a la Democracia Cristiana y un importante apoyo de sectores profesionales acomodados con responsabilidad social. Belaúnde Terry lanzó un programa para reemplazar al APRA, procurando canalizar ese electorado hacia el posibilismo que representaba su candidatura.

Ante esta situación, se esperaba que el APRA apoyara a Belaunde, lo que sin embargo no ocurrió. El argumento dado por Haya era que si Belaúnde, un hombre sin tradición partidaria propia, ganaba con votos apristas, se reeditaría la situación de 1945-1948, en que bajo el manto del débil Bustamante y Rivero se ocultaba la fuerza del APRA, generando los consiguientes miedos y el peligro de desestabilización. Para hacer respetar el veredicto de las urnas era mejor combinar votos con dineros, y por lo tanto dio la orden de votar por Prado, en cuyas listas se incluirían algunos diputados apristas. Con esto esperaba dividir el campo de sus enemigos, formados por las clases altas conservadoras y los militares. Para terminar con el predominio de las Fuerzas Armadas había que aliarse con la derecha económica, bajo su faz liberal; algo así como la lucha que tuvo lugar durante la Segunda Guerra Mundial entre derechas e izquierdas aliadas contra el fascismo.

La estrategia aprista fue muy criticada en ambientes de izquierda y en el propio partido, que como consecuencia sufrió escisiones, formándose un APRA Rebelde que luego se transformó en guerrilla. Pero Prado ganó la elección, los apristas consiguieron no sólo diputaciones sino muchas intendencias municipales, que en aquella época eran designadas por el gobierno central, y robustecieron su influencia en los sindicatos ante el calor oficial.

El precio de esta convivencia le significó al APRA desprenderse de su izquierda más extrema, y a la derecha, aceptar el fin del fantasma aprista y tolerar su llegada a la presidencia en la siguiente renovación, planteada para 1962.[13]

Ecuador

En contraste con Perú, en Ecuador Velasco Ibarra había creado una fuerza social que constituía casi una caricatura del aprismo, con menor cohesión, disciplina política y desarrollo ideológico que los que Haya había sabido infundir en sus seguidores. Guayaquil, con su heterogénea población y sus clases acomodadas de reciente ascenso social, otorgaba más facilidades para construir la fórmula populista que la Sierra conservadora. Velasco Ibarra consiguió superar las diferencias regionales y formar un movimiento a escala nacional. El futuro le depararía una seguidilla de breves períodos en el poder y violentas expulsiones, que lo convirtieron en un paradigma de político con apoyo de masas, pero demasiado endeblemente estructuradas como para permitirle consolidar un régimen propio. Aunque fue un constante factor de irritación para ciertos sectores de la derecha (otros lo apoyaban), nunca llegó a generar una fuerza social del grado de peligrosidad para el orden constituido que mostraron otros populismos del continente.

Vimos en el capítulo anterior que derrocado y exiliado en 1934, Velasco se presentó a las elecciones de 1940, y ante el fraude que benefició a sus adversarios, intentó sin éxito una insurrección popular y una apelación a los cuarteles. Realizó un

nuevo intento en 1944. Ya estaba el fraude listo, y ante la certidumbre de que no habría acceso legal al poder, estalló otra rebeldía popular, esta vez más extendida, con centro en Guayaquil, a la que se unió un sector importante de las Fuerzas Armadas. Después de intensos combates, una Junta se hizo cargo del gobierno, con el apoyo de la protestataria Alianza Democrática de Velasquistas, liberales disidentes, conservadores, comunistas, socialistas e independientes.

Fue éste el momento de mayor espectacularidad en la carrera de Velasco por la forma en que la "Gloriosa Revolución del 28 de Mayo" había conseguido vencer al fraudulento régimen liberal de derecha. Los uniformados toleraron y en parte apoyaron este proceso porque estaban explorando nuevos horizontes, frustrados por la pérdida de territorio amazónico ante Perú como resultado de un corto conflicto bélico. En otras palabras, una versión en tono menor del síndrome militar posterior a la Guerra del Chaco (1932-1935) entre Bolivia y Paraguay.

Velasco asumió inmediatamente, dando gran injerencia a sus colaboradores de izquierda, pronto rechazados y perseguidos, y sustituidos por el nuevo populismo "peronista" dirigido por Carlos Guevara Moreno, otro dirigente popular, con un pasado juvenil socialista, también de Guayaquil, donde había creado la Concentración de Fuerzas Populares (CFP). Dos años después, cansado de resistencias formalistas, y desembarazado de algunos de sus primeros colaboradores, Velasco proclamó la Dictadura (1946), tropezando otra vez con las Fuerzas Armadas, que lo depusieron, y completaron su período con el más tratable Carlos Julio Arosemena, designado por el Congreso.

Cuando en 1948 hubo que renovar las autoridades, el Movimiento Cívico Democrático, coalición de raíz liberal, venció por poca diferencia a los conservadores, e impuso a Galo Plaza en la presidencia (1948-1952). Para Estados Unidos, empeñado en pulir la imagen internacional que daban los países de su natural esfera de influencias, Galo Plaza, empresario dinámico respetuoso de las instituciones, era el modelo de gobernante. Dentro de estos principios, a los cuatro años la renovación presidencial no podía menos que abrir el camino a Velasco Ibarra, que contó con decidido apoyo de Perón, y del populismo independiente de Guevara Moreno y su CFP, además de la fascista Agrupación Nacionalista Revolucionaria Ecuatoriana (ARNE).

Esta vez —la tercera— logró terminar su período (1952-1956) y al finalizarlo decidió apoyar al conservador socialcristiano Camilo Ponce (1956-1960). El país parecía estar finalmente encauzándose por la senda de las elecciones periódicas, con alternancias genuinas en el poder.[14]

Sin embargo, la renovación de 1960 se produjo en un clima que incorporaba la nueva radicalización posterior a la Revolución Cubana, aunque con la usual presencia del viejo caudillo. Esta vez se presentaba con una mezcla de apoyos que iban desde la derecha católica hasta grupos de izquierda, independientemente de los enfrentamientos que con ellos hubiera tenido en el pasado. Aunque hubo una candidatura de izquierda, salida del Partido Comunista, sectores socialistas y el populismo de la CFP, muchos simpatizantes de esa posición volcaron sus votos a Velasco para evitar el "mal mayor" de un Galo Plaza retornado a las lides electorales.

La rutina se cumplió una vez más, y Velasco Ibarra ocupó la presidencia, con un programa de cambios sociales que al menos consiguió irritar profundamente a la fácilmente alarmable derecha y a los militares, que lo destituyeron un año después de iniciado su mandato, en 1961, dejando que el vicepresidente completara el período. Sin embargo, ante el peligro de ingobernabilidad asumieron directamente el poder en 1963, para retenerlo con diversas ficciones hasta 1968.

Durante ese período se barruntaban ya algunas tendencias hacia el reformismo militar, aunque aún prematuras. Una Asamblea Constituyente creó nuevas reglas de juego para la renovación presidencial, que, como era de temer, llevó de nuevo a Palacio a Velasco Ibarra, con el apoyo de la CFP, en la que el liderazgo de Guevara Moreno había sido sustituido por el del intendente de Guayaquil, Assad Bucaram, hombre considerado "peligroso" a pesar de, o quizá debido a, su fama de honestidad, sumada a su decisión de movilizar a los barrios.

VENEZUELA, CUBA Y COLOMBIA: LA LUCHA CONTRA EL MILITARISMO

Venezuela

En Venezuela, el régimen de los sucesores más liberales de Gómez finalizó en 1945 con un golpe militar, protagonizado por oficiales jóvenes apoyados por el principal grupo civil, Acción Democrática. Las elecciones dieron una abrumadora victoria a ese partido, con un programa de cambios radica-

les, especialmente una reforma agraria profunda y una transformación educativa que podría llevar a enfrentamientos muy serios con la Iglesia y otras instituciones del *Ancien Régime*. El Partido Comunista también emergió de la clandestinidad, pero sin mucha presencia en las urnas. En el sindicalismo Acción Democrática estableció fuertes raíces, flanqueada de lejos por el comunismo. En la oposición se formó un partido democristiano, denominado Comité de Organización Política Electoral Independiente, mejor conocido como COPEI, dirigido por Rafael Caldera, que había evolucionado desde posiciones autoritarias hacia actitudes más afines con los nuevos modelos europeos.

Luego de dos años de Junta Militar de transición, la presidencia fue ejercida por el escritor Rómulo Gallegos, hombre de poca garra política, mientras el verdadero poder en el gobierno seguía estando en manos de Rómulo Betancourt, jefe de Acción Democrática. El régimen, conocido como *trienio* (1945-1948), transcurrió en medio de una gran polarización política. Las fuerzas ligadas a la derecha local, a la Iglesia, a las corporaciones petroleras y a Estados Unidos terminaron por apoyar una intervención militar que frenara los excesos.

Es así como se inició una larga y represiva dictadura, bajo el mando del general Marcos Pérez Jiménez, quien, aprovechándose de una época de buenos precios, pudo realizar una obra de desarrollo económico. La urbanización generó alrededor de Caracas y otras ciudades enormes cinturones de pobreza, a pesar de los intentos del gobierno por paliar el problema con la construcción de casas baratas. Como Odría en Perú, Pérez Jiménez consiguió un cierto predicamento entre los habitantes de

esos barrios, aunque en menor escala que en Lima, y sin poder competir con Acción Democrática.

Sin embargo, la fuerza de Acción Democrática (como la del APRA en Perú) no residía en la capital ni menos aún en sus cinturones periféricos, sino en los núcleos obreros sindicalizados del petróleo y otras industrias, así como entre los campesinos y la baja clase media provinciana. La clase media capitalina se inclinaba por partidos con características menos movilizacionistas, como el demócrata cristiano COPEI, o un nuevo grupo escindido de AD, la Unión Republicana Democrática (URD) de Jóvito Villalba.

En enero de 1958, como seguidilla de la ola internacional de "limpieza de dictadores" que ya había derribado a Odría (1956) y a Rojas Pinilla (1957), Pérez Jiménez fue depuesto por un golpe militar con amplio respaldo ciudadano. El largo exilio había convencido a Betancourt de la necesidad de moderar radicalmente su programa, y de buscar la alianza con los sectores progresistas norteamericanos, lo cual implicaba aceptar la política exterior del gran vecino, respetar más sus inversiones, profundizar el anticomunismo y enfrentar a la izquierda de su propia Acción Democrática. Con este paquete, Betancourt fue a la mesa de negociaciones con los demás partidos —especialmente el COPEI y la URD— y con las federaciones empresarias, a excepción del PC por las razones arriba apuntadas. El resultante "pacto de Punto Fijo" estableció reglas de competencia electoral y de respaldo mutuo, para evitar situaciones de ingobernabilidad.

De ese modo llegó Betancourt a la presidencia (1959-1964), pero su partido sufrió la escisión del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) que

pronto se lanzó a la guerrilla. La principal oposición fue la del COPEI, la URD quedó en un modesto tercer lugar y pronto desapareció, mientras que el PC, débil en votos, mantuvo algunos bastiones sindicales minoritarios y su apoyo estudiantil.[15]

Cuba

En realidad, al finalizar los cincuenta el modelo que magnetizaba a la izquierda era el de Fidel Castro, no ya el de los partidos comunistas. En Cuba al primer gobierno de Batista (1940-1944) había sucedido una época de hegemonía del Partido Revolucionario Cubano Auténtico, que llevó a la presidencia a Ramón Grau San Martín (1944-1948) y a Carlos Prío Socarrás (1948-1952), quienes a diferencia de Batista adoptaron una política de enfrentamiento contra el Partido Comunista, al que consiguieron sustituir en buena medida en el ambiente sindical, altamente corrupto y violento. Nuevas fuerzas se generaban, invocando las tradiciones martianas más genuinas, y es así como el senador Eduardo Chibás formó su Partido del Pueblo, autodenominado Ortodoxo, uno de cuyos jóvenes militantes era Fidel Castro. El inestable Chibás, en un desesperado intento por impactar a la opinión pública, a la que accedía a través de un popular programa de radio, decidió pegarse un tiro en plena audición, convirtiéndose en mártir de la causa moralizadora y en inspirador de una joven generación.

El final del período de Prío Socarrás prometía una reelección de Grau, lo que fue impedido por un golpe de Estado de Batista, quien inició un período dictatorial (1952-1958) no exento de ribetes popu-

listas, basados en sus impecables antecedentes del período 1940-1944. En esta época el movimiento obrero cubano estaba internamente dividido entre los seguidores de Batista (que aspiraba a formar una versión cubana del peronismo), los revolucionarios auténticos de Grau y Prío (una versión mucho menos disciplinada e ideológica del aprismo), y los comunistas. Los ortodoxos, seguidores del autoinmolado Chibás, eran más fuertes entre el estudiantado que en las filas obreras.

Batista, cuyo régimen, a pesar de sus aspiraciones, caía cada vez más en extremos represivos y antipopulares, era uno de los dictadores a quienes correspondía poner las barbas en remojo ante la ola de limpieza que se llevó a Odría, a Rojas Pinilla y a Pérez Jiménez entre 1956 y 1958, y que también acabaría con Trujillo en 1961. Cuando hacia fines de la década del cincuenta la presión desde Washington se hizo insostenible, los días de Batista estaban contados. Una guerrilla inspirada por un grupo de activistas universitarios y de jacobinos de diversa extracción social creó una espina en el flanco del régimen, y recibió ayuda del exiliado Prío Socarrás y de otros sectores que pensaban utilizar a los jóvenes para voltear al dictador y quedarse luego con el poder. El mismo gobierno norteamericano decidió cortar los suministros de armas a Batista, impactado por sus excesos represivos, en momentos en que se proponía enfatizar el contraste con lo que ocurría en el mundo "socialista", donde se ahogaba en sangre a la rebelión húngara (1956).

Fue así que el 1° de enero de 1959 Fidel Castro ocupaba La Habana e inauguraba un régimen que prometía ser una versión local de los movimientos revolucionarios populares de tipo aprista, como el

MNR boliviano o la Acción Democrática venezolana. De hecho, Castro recibió apoyo de Betancourt y el espaldarazo inicial de Haya de la Torre. Pero la resistencia de las fuerzas conservadoras locales y la poca apertura del gobierno norteamericano, aún ejercido por el general Eisenhower, radicalizaron la situación y forzaron a una alianza con la Unión Soviética, con los consiguientes cambios internos. El Movimiento 26 de Julio, organización política de los revolucionarios, radió a sus competidores políticos y pronto evolucionó hacia el régimen de partido único, adoptando el nombre de Comunista después de haberse fusionado con esa organización (cuyo nombre local era Socialista Popular).[16]

Colombia

En Colombia, como ya hemos visto, la Violencia había terminado por generar una intervención militar, en 1953. Su jefe, el general Rojas Pinilla, consiguió pacificar, en buena medida, al país, con lo que las demandas de retorno a la constitución se intensificaron. Pero la tentación de seguir ejerciendo el mando con el fin de imponer las reformas, que eran obviamente necesarias para cortar las bases de la violencia, era muy fuerte. Fue así que Rojas se rodeó de consejeros de izquierda, como Antonio García, líder del minúsculo Partido Socialista, y aglutinó los restos del gaitanismo, tratando de emular el modelo argentino. Esto exigía lanzar un partido propio, lo que no resultaba tan fácil como parece.

El hecho es que no contentó ni a tirios ni a troyanos, y en 1957 fue derribado por una masiva

protesta cívica con apoyo militar, sin haber podido sentar las bases de un movimiento propio suficientemente fuerte como para mantenerlo en el poder. Los dos partidos tradicionales llegaron a un entendimiento, el "Pacto de Benidorm", firmado en España por los jefes de ambas agrupaciones, incluyendo al ahora redemocratizado Laureano Gómez y a la plana mayor del liberalismo.

El pacto establecía que durante dieciséis años la presidencia rotaría entre ambos partidos, con la prohibición de presentarse al que no le correspondía el turno; los ministerios y las gobernaciones de provincia estarían divididas por igual. Este pacto se incorporó como ley con fuerza constitucional, aprobada por un plebiscito. Luego fue extendido por otro período hasta 1978, primer año en que hubo una competencia libre.[17]

El primer presidente del así llamado Frente Nacional fue el liberal Alberto Lleras Camargo, encargado de llevar adelante los juicios contra el depuesto dictador por abuso de su función y peculado. Rojas, de todos modos, una vez salido más o menos dañado de estos procesos, formó un partido propio, la Alianza Nacional Popular (ANAPO), tratando de aprovechar la popularidad ganada al final de su gobierno, y el desprestigio que inevitablemente se acumulaba sobre las nuevas autoridades. Este deterioro se sumaba a la tradicional apatía del electorado colombiano, que hacía que la concurrencia a las urnas raramente excediera del 50% de los empadronados.

En la elección de 1970, cuando correspondía a los conservadores acceder a la presidencia, se produjo una situación límite. Aprovechándose de una cierta ambigüedad del texto legal acerca de quiénes podían denominarse conservadores,

Rojas Pinilla se afilió a ese partido y se presentó como candidato presidencial. Por otra parte, un conservador enemigo del Frente se presentó por su cuenta. El Frente puso como candidato oficial a Misael Pastrana, quien recibió los votos de prácticamente el conjunto de los disciplinados liberales y de los conservadores frentistas. El resultado fue que el candidato oficial ganó por pocos votos —mal contados, según los rojistas—, el general quedó en segundo lugar y el conservador disidente ocupó el tercer puesto. Éste fue el máximo reto al Frente, que según muchos observadores sobrevivió gracias a un fraude. Es preciso tener en cuenta, de todos modos, que las fuerzas que normalmente lo apoyaban se encontraban divididas por la escisión conservadora, que luego se reintegró al partido.

Después de este golpe la ANAPO se debilitó, pasando a ser dirigida por la hija del fundador, para finalmente disolverse. Muchos de sus dirigentes decidieron integrarse en forma más definitiva al conservadorismo. Habría que esperar unas cuantas décadas para presenciar otro reto de mayor envergadura al tradicional bipartidismo colombiano. Pero mientras tanto la violencia se reencendía, cada vez con más componentes agraristas y de izquierda, luego combinados con el narcotráfico. En enero de 1966 el cura Camilo Torres se lanzaba a la guerrilla, donde halló la muerte al poco tiempo, pero diversos grupos marxistas continuaron en esa línea. A ellos se sumó un sector radicalizado del rojismo, que formó el Movimiento M-19, cuyo nombre evocaba la fecha, 19 de abril de 1970, en que se había realizado la elección "robada".[18]

El PRI se consolida en México

En México, el régimen revolucionario, cada vez más integrador de diversas tendencias, seguía consolidado y dirigiendo un proceso de crecimiento económico cada vez más espectacular, aunque poco distributivo. Ávila Camacho fue sucedido por Miguel Alemán (1946-1952), mientras el sistema partidario llegaba a su más clásica expresión. El PRI ganaba las elecciones con bastante manipulación del voto, aunque es posible que resultara triunfante si se hubiese hecho un recuento honesto. Sin embargo, eso hubiera desatado las pasiones, y los responsables de administrar el sistema tenían siempre presente la admonición —más bien la imprecación— proferida por Porfirio Díaz al embarcarse hacia el exilio acerca de los tigres que tan desaprensivamente Madero había desatado. Así como Adenauer, después de los 40 millones de muertos de la Segunda Guerra Mundial, decía en Alemania *"keine experimenten!"*, a los mexicanos les bastaba sólo uno para avanzar con cuidado en la senda de la democratización.

El predominio del PRI se asentaba en su tradición revolucionaria, que le granjeaba abundantes adhesiones populares, y en su experiencia exitosa de desarrollo industrial, que le permitía integrar a las nuevas fuerzas económicas. Éstas hubieran preferido quizás una fraseología algo menos revolucionaria, y una política más consensual hacia la Iglesia, pero de todos modos aceptaban en buena

medida el régimen. Sin embargo, algunos de sus sectores más principistas favorecían al Partido de Acción Nacional (PAN), de raíces católicas y vasconcelianas, que sin negar una raigambre revolucionaria, datada en la experiencia moderada del maderismo, de hecho canalizaba muchos sentimientos conservadores y libreempresistas.

Pero gran parte del empresariado nacional estaba muy consciente de que las teorías de Von Mises o de Friedman no se aplicaban a un país en la etapa de desarrollo que transitaba México, donde la injerencia estatal y un decidido proteccionismo eran necesarios para asegurar el lanzamiento de la industrialización. Además, las tradiciones violentas del país hacían aconsejable la permanencia de un partido que pudiera mediatizar las demandas populares, concediéndoles algo, tanto en los hechos como sobre todo verbalmente. Ello dificultaba, no obstante, el desarrollo capitalista rural debido a la constante amenaza de intervención agrarista, pero en los sectores del comercio, la industria y las finanzas las perspectivas eran muy amplias. Mientras la tasa de crecimiento anual llegara o se aproximara a los dos dígitos, no había problema. A la izquierda, una proliferación de pequeños partidos sólo agitaba a decididas minorías de la *intelligentsia* y a algunos núcleos obreros.

NOTAS

[1] Robert Potash. *Perón y el GOU: los documentos de una logia secreta*. Buenos Aires, Sudamericana, 1984, y del mismo autor *El ejército y la política en la Argentina*, 2ª ed., 2 vols., Buenos Aires, Hyspamérica, 1986; Alain Rouquié, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, 2ª ed., 2

vols., Buenos Aires, Hyspamérica, 1986; Manuel Mora y Araujo y Peter Smith (comps.), *El voto peronista*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980; José Vazeilles, *Los socialistas*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1967.

[2] Adolfo Dorfman, *Cincuenta años de industrialización en la Argentina, 1930-1980*, Buenos Aires, Solar, 1983; Dardo Cúneo, *Comportamiento y crisis de la clase empresaria*, Buenos Aires, Pleamar, 1967; Cristina Lucchini, *Apoyo empresarial en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Cedal, 1990; Jorge Schvarzer, *Empresarios del pasado: la Unión Industrial Argentina*, Buenos Aires, Cisea-Imago Mundi, 1991.

[3] Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición: de la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Paidós, 1968, caps. 4 y 9, y "El surgimiento del peronismo, el rol de los obreros y los migrantes internos", en: *Desarrollo Económico*, año 13, núm. 51, octubre-diciembre de 1973, pp. 435-488; Miguel Murmis y J. C. Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires; Siglo XXI, 1971; Juan Carlos Torre, *Perón y la vieja guardia sindical*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

[4] Fernando Henrique Cardoso, *Ideologías de la burguesía industrial en sociedades dependientes: Argentina y Brasil*, México, Siglo XXI, 1971; Christian Buchrucker, *Nacionalismo y peronismo: la Argentina en la crisis ideológica mundial, 1927-1955*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

[5] Maria Vitória Benevides, *A UDN e o udenismo*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1981; Lucia Hippolito, *De raposas e reformistas: o PSD e a experiência democrática brasileira*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1985; Angela de Castro Gomes, *A invenção do trabalhismo*, San Pablo, Vértice/Iuperj, 1988; Edgard Carone, *Movimento operário no Brasil, 1877-1944*, San Pablo, Difel, 1979.

[6] Jean-Pierre Bernard *et al.*, *Tableau des partis politiques en Amérique du Sud*, París, Armand Colin, 1969, p. 136.

[7] Paulo Brandi, *Vargas: da vida para a história*, 2ª ed., Río de Janeiro, Zahar, 1985, pp. 204-205 y 211; Maria

Celina Soares D'Araújo, *O segundo governo Vargas, 1951-1954: democracia, partidos e crise política*, Rio de Janeiro, Zahar, 1982; John W.F. Dulles, *Getúlio Vargas: biografia política*, Rio de Janeiro, Renes, 1974.

[8] Gláucio Dillon Soares y Nelson do Vale Silva, "Urbanization, Race and Class in Brazilian Politics", en: *Latin American Research Review* 22:2 (1987), pp. 155-176.

[9] Robert Alexander, *Labor relations in Argentina, Brazil and Chile*, Nueva York, McGraw Hill, 1962; Eugenio Kvaternik, *Crisis sin salvataje: la crisis político-militar de 1962-63*, Buenos Aires, Ides, 1987.

[10] Esta interpretación acerca del origen de la mayor atracción hacia los blancos por parte de sectores nuevos del proletariado urbano, en Gustavo Varela, *De la República liberal al Estado militar: Uruguay 1968-1973*, Montevideo, Nuevo Mundo, 1968, p. 30.

[11] Paul Drake, *Socialism and Populism in Chile*, Urbana, University of Illinois Press, 1978.

[12] George Grayson, *El Partido Demócrata Cristiano Chileno*, Buenos Aires, Francisco de Aguirre, 1968; James Petras y Maurice Zeitlin, *El radicalismo político de la clase trabajadora chilena*, Buenos Aires, Cedal, 1969; Jorge Barría, *El movimiento obrero en Chile*, Santiago, Universidad Técnica del Estado, 1971.

[13] Francisco Miró Quesada, *La ideología de Acción Popular*, Lima, Tipografía Santa Rosa, 1964; Carlos Valenzuela, *Frustraciones y realidades políticas en América Latina: del APRA al MNR*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1961; Víctor Villanueva, *La tragedia de un pueblo y un partido*, Santiago, 1954.

[14] Miguel Murmis (comp.), *Clase y región en el agro ecuatoriano*, Quito, Editora Nacional, 1986; George Blanksten, *Ecuador: Constitutions and Caudillos*, Berkeley, University of California Press, 1951; John Martz, *Ecuador: Conflicting Political Culture and the Quest for Progress*, Boston, Allyn and Bacon, 1972; Agustín Cueva, *El proceso de dominación política en el Ecuador*, Quito, Solitierra, 1973 y sus artículos "Interpretación sociológica del velasquismo", en: *Revista Mexicana de Sociología* 32, 3 (mayo-junio de 1970), y "Ecuador: 1925-1975", en: Pablo

González Casanova (comp.), *América Latina: historia de medio siglo*, 2 vols., México, UNAM, 1977-1981; Rafael Quintero, *El mito del populismo en el Ecuador*, Quito, Flacso, 1980; Felipe Burbano de Lara y Carlos de la Torre Espinosa (comps.), *El populismo en el Ecuador*, Quito, Ildis, 1989.

[15] John Duncan Powell, *Political Mobilization of the Venezuelan Peasant*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1971; Philip B. Taylor (h), *The Venezuelan Golpe de Estado of 1958: The Fall of Marcos Pérez Jiménez*, Washington DC, Operations and Policy Research, 1968; John D. Martz, *Acción Democrática: Evolution of a Modern Political Party in Venezuela*, Princeton, Princeton University Press, 1966.

[16] Andrés Suárez, *Cuba: Castroism and Communism. 1959-1966*, Cambridge, Mass, MIT Press, 1967.

[17] Robert Dix, *Colombia: The Political Dimensions of Change*, New Haven, Yale University Press, 1967; Richard Sharpless, *Gaitán of Colombia: A Political Biography*, Pittsburgh, Pittsburgh University Press, 1978; Antonio García, *La rebelión de los pueblos débiles*, La Paz, Editorial Juventud, 1955; Elmo Valencia, *Libro rojo de Rojas*, Bogotá, Ediciones Culturales, 1970; Felipe Echavarría Olazaga, *Colombia, una democracia indefensa: la resurrección de Rojas Pinilla*, Roma, 1965; John A. Booth, "Rural Violence in Colombia, 1948-63", en: *Western Political Quarterly*, año 27, núm. 4 (diciembre de 1974), pp. 657-679.

[18] R. Albert Berry, Ronald G. Hellman y Mauricio Solaún (comps.), *Politics of Compromise: Coalition Government in Colombia*, New Brunswick, N.J., Transaction Books, 1980; Jorge Villegas *et al.*, *Libro negro de la represión: Frente Nacional, 1958-1974*, Bogotá, Comité de Solidaridad con los Presos Políticos, 1974; *Camilo Torres: biografía, plataforma y mensaje*, Medellín, Carpelo/Antorcha, 1966.

V. LOS AÑOS SESENTA Y SETENTA: DE LA REVOLUCIÓN AL INTERVENCIONISMO MILITAR

PERÚ: DE LA CONVIVENCIA A LA REVOLUCIÓN PERUANA

AL FINALIZAR en el Perú la segunda presidencia de Manuel Prado (1956-1962), se realizaron finalmente elecciones abiertas, con el resultado de una victoria aprista, aunque por escaso margen, contra Belaúnde Terry, y con Odría en tercer lugar. La animadversión contra el APRA era aún muy fuerte en la derecha y en las Fuerzas Armadas. Por otra parte, se había desarrollado una guerrilla persistente, alimentada con disidentes apristas y con grupos de orientación marxista. Ante el nuevo panorama político, que amenazaba con una mayor desestabilización, los militares decidieron intervenir, alegando abusos electorales por parte del gobierno saliente en favor de Haya de la Torre.

El nuevo régimen, dirigido por una Junta, fue breve, dentro de la estrategia que Alfred Stepan ha llamado *moderadora*, o sea que sólo se propone compensar algunas "malfunciones" del sistema electoral, para enseguida devolver el poder a los políticos, preferentemente a un grupo más sensible a las necesidades del sistema de acumulación

de capital que el depuesto. Esto es lo que ocurrió: al año de haber tomado el poder, ya se celebraban elecciones, esta vez sin las presiones oficiales pro apristas, o con otras ejercidas en sentido contrario, llevando al triunfo de la Acción Popular de Belaúnde sobre el APRA, y con Odría siempre en un tercer lugar no demasiado lejano. En el nuevo Congreso el APRA intentó todas las tácticas posibles para robustecer su situación y dificultar el gobierno de Belaúnde, inclusive la alianza con su antiguo enemigo Odría, cuya Unión Nacional Odriísta (UNO), de todos modos, no sobrevivió por mucho tiempo.[1]

Durante el breve período de intervención militar habían circulado rumores acerca de un presunto "nasserismo" en el seno de los uniformados. Esta corriente, originada en los sectores de inteligencia del Ejército, buscaba desarrollar una estrategia de amplias perspectivas contra la subversión. Se consideraba necesario introducir profundas reformas en la sociedad peruana para evitar que ella generara constantemente nuevas bandas de guerrilleros, que emergían de las entrañas de la tierra después de cada operación exitosa de represión armada. Vistas así las cosas, tan peligrosos como los guerrilleros para mantener el orden social existente, eran sus propios beneficiarios, enceguecidos por sus intereses inmediatos. Por otra parte, para poder realizar con tranquilidad las reformas necesarias había que suspender *sine die* el accionar de los partidos y la competencia electoral. En su lucha contra la guerrilla los militares de las más diversas graduaciones, que habían tenido que ponerse en contacto con el país real, descubrieron las inmensas lacras de que estaba plagado, e incluso llegaron a comprender algunas de las preocupaciones de los subversivos, si no a compartirlas. Así, al menos, se contaba en los

mentideros sociológicos de la época, y es probable que hubiera bastante de cierto en esos análisis.

En 1968, cuando sólo faltaba un año para la terminación del período de Belaúnde, se preveía una casi segura victoria aprista, debido al deterioro del gobierno de Acción Popular. Los militares, que no estaban dispuestos a aceptar esa eventualidad, aprovecharon como excusa para el golpe un escándalo ligado a una concesión petrolera. Era preciso intervenir un poco antes y no un poco después de la previsible victoria aprista para evitar el consiguiente papelón.

El nuevo régimen de la autodenominada Revolución Peruana fue dirigido por el general Manuel Velasco Alvarado, que sin duda era uno de los que más genuinamente creían en el nuevo enfoque. Se incorporaron muchas de las más radicales propuestas de la plataforma aprista, e incluso de los partidos de izquierda. Se obtuvo el apoyo de una buena parte de la *intelligentsia* y de algunos dirigentes apristas que veían la oportunidad de realizar sus propósitos, aun cuando bajo un régimen distinto, uno de cuyos objetivos, sin embargo, y no el menor de ellos, era destruir la fuerza del propio partido aprista.

El gobierno de la Revolución Peruana terminó con los latifundios de la sierra, en general arcaicos, poniéndolos en manos de comunidades agrarias. Expropió también las eficientes empresas azucareras del norte, convirtiéndolas en cooperativas con control estatal. En este caso, el objetivo residía sin duda en debilitar el tradicional bastión aprista del azúcar, demostrando a los trabajadores que ganarían más con el nuevo gobierno que con una inútil lealtad a sus viejas banderas. Importantes explotaciones mineras extranjeras pasaron también a pro-

piedad pública, y se inició una reforma industrial por la cual las empresas debían adjudicar un porcentaje de sus ganancias de hasta 49% del total a la creación de un fondo de acciones de propiedad del personal.

El Estado se apropió también de todos los diarios de circulación nacional, entregándoselos a cooperativas de periodistas, o a entidades populares como la central sindical o la campesina. Bajo la dirección de un conocido ex militante aprista se creó una entidad denominada Sistema Nacional de Movilización Social (SINAMOS), encargada de establecer conexiones con entidades populares de base, o de crearlas donde no existieran, para que en diálogo con ellas se sustituyera el juego del Congreso y demás instituciones representativas del régimen liberal, percibido como caduco e indefendible, actitud en la que los reformistas militares del gobierno coincidían con muchos análisis corrientes en la izquierda y en el populismo de aquellos días.

La fascinación por el modelo cubano no podía actuar de otra manera, y para muchos el apoyo a la experiencia peruana era una forma de aproximarse a los objetivos que se estaban cumpliendo en la isla del Caribe. A muy pocos se les ocurría reclamar elecciones, porque eso hubiera sido una ingenuidad que habría terminado por entregar el poder nuevamente a los politiqueros y por lo tanto a la oligarquía, que se escudaba detrás de ellos o los manipulaba.

Lo significativo fue que el gobierno no intentó formar un partido político propio, en parte por su ideología, pero también porque no consiguió que las iniciativas del SINAMOS cuajaran en un movimiento más orgánico. La preexistencia de un fenómeno populista muy arraigado en su ambiente cultural, como el APRA, explica en parte este fracaso, que debe

contrastarse con el éxito que en circunstancias semejantes tuvo el grupo militar del GOU en Argentina. Cierto es que las condiciones sociales de los dos países eran muy distintas, y en Perú no se estaba en presencia de años de vacas gordas como en Argentina.

Los primeros años del régimen fueron sin embargo prósperos, y suscitaron considerable apoyo. Se podía pensar en una reedición, menos violenta, de la Revolución Mexicana, con un sistema político de movilización popular garantizando la acumulación de capital por parte de una nueva burguesía industrial, a expensas de los sectores feudales y de algunas inversiones extranjeras. Sin embargo, el consenso nunca fue tan amplio como en el caso mexicano. Finalmente la economía y el régimen entraron en crisis ante la reticencia de los inversores, la dificultad de establecer la autoridad en las nuevas empresas con participación social y la hostilidad de los sectores liberales de la opinión pública nacional e internacional, a lo que se agregó un desastre ecológico, que alejó de la costa a los peces que proveían de materia prima a una de las principales industrias del país. El régimen entraba así en declinación.[2]

BOLIVIA REVOLUCIONARIA, PARAGUAY SIN NOVEDADES

En Bolivia, el golpe de Barrientos (1964) inauguró un período en que a lo largo de veinte años se intentaron las más diversas estrategias de participación militar en el campo de la política. Ya

Barrientos buscaba, como hemos visto, una mezcla de autoritarismo militar con apoyo campesino. Un accidente mortal de aviación (1969) le impidió consolidar su modelo. Su vicepresidente, un civil, a pesar de sus antiguas vinculaciones con el socialismo, fue considerado como representante de la Rosca por la población rural, que proclamó "líder campesino" al general Ovando, pronto ungido con el poder por las Fuerzas Armadas, a fines de ese mismo año 1969, para reeditar el pacto militar-campesino que había sido planteado por Barrientos.

Con la nueva orientación, la Confederación Obrera Boliviana (COB) dio apoyo al gobierno revolucionario de las Fuerzas Armadas, mientras se desarmaba la estructura represiva. Un amplio grupo civil, formado por miembros del MNR, socialcristianos de izquierda y el socialista Marcelo Quiroga Santa Cruz, colaboró en el gabinete. Una de las primeras medidas fue la renacionalización del petróleo, que Barrientos había dado en concesión a la Gulf.

La persistencia del foco de confrontación social representado por las minas de estaño, sumada a la movilización campesina que provenía de los tiempos de la Revolución de 1952, y el inconformismo de una *intelligentsia* mal ubicada en el proceso productivo, estimulaban la más desprejuiciada búsqueda de estrategias por parte de los guardianes del orden, justamente para poder mantenerlo. Al final, la acumulación de estas tensiones explotó en 1970, cuando tras encontradas presiones de derecha y de izquierda sobre el presidente Ovando, éste renunció. En el caos subsiguiente un golpe militar, secundado por una huelga general, llevó al poder al general Juan José Torres, inspirado en el modelo peruano. Los bolivianos quisieron aplicar

una versión aún más radical y popular de lo que ocurría en el vecino país, movilizando a importantes grupos de izquierda, aunque sin conseguir incorporar a sectores importantes del MNR, que se consideraban como el APRA en el Perú, los verdaderos propietarios de estos esquemas, pero resignados por su experiencia a la lentitud del reformismo.

El nuevo gobierno militar convocó a una Asamblea Popular, a fin de que lo asesorara. Ahí hubo una importante representación de la extrema izquierda, incluyendo al recientemente formado Partido Socialista, al Partido Revolucionario de la Izquierda Nacional (PRIN) de Lechín, al Partido Obrero Revolucionario (POR) trotskista, orientado por Guillermo Lora, y a ramas escindidas del MNR, o de la Democracia Cristiana, que habían formado el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).

Las discusiones que suscitó esta asamblea resuenan con los ecos de las que tuvieron lugar en el París de la Convención o en la Rusia de Lenin. Las tomas de empresas, fundos y aun entidades de investigación generaron una situación caótica, que fácilmente podría haber desembocado en una pérdida de control por parte de los militares. Finalmente, un sector de derecha perteneciente a esa corporación dio otro golpe, en agosto de 1971, llevando al poder al general Hugo Bánzer Suárez, apoyado por una alianza entre el MNR oficialista, dirigido por Paz Estenssoro, y la Falange (FSB), ahora liderada por Mario Gutiérrez, que durante los últimos años habían convergido fuera del poder.[3]

En 1974 se inició una segunda etapa del régimen de Bánzer, con la cancelación del acuerdo con los dos partidos, MNR y FSB, la prohibición de toda

actividad partidaria, la intervención de los gremios y el compromiso de redemocratizar al país recién en 1980, objetivo que se adelantó en dos años aunque no tuvo un desencadenamiento fácil. Volveremos sobre este tema en el próximo capítulo. Los años de Bánzer, de todos modos, fueron de estabilidad y desarrollo económico, con fuerte apoyo norteamericano e inversión nacional e internacional.

En Paraguay, mientras tanto, no ocurrían acontecimientos capaces de alterar el control cada vez más férreo, pero no exento de popularidad, del general Stroessner. Una de las bases de esa popularidad era la política de distribución de parcelas, usando tierras fiscales, que vista en cuadros estadísticos se asemeja a la que se practicaba en México. Es cierto que no existía un adecuado apoyo crediticio o técnico para permitir a estos nuevos productores, en general minifundistas, el éxito económico, pero el acceso a la propiedad les daba un sentimiento de ascenso social que fructificaba en gratitud hacia el régimen.[4]

BRASIL: RADICALIZACIÓN BAJO GOULART Y GOLPE MILITAR

En Brasil el período de fuerte desarrollo económico presidido por Juscelino Kubitschek (1956-1961), con apoyo internacional y grandes iniciativas, como la construcción de Brasilia, debió enfrentar un serio problema sucesorio, que ese año venía complicado por los coletazos de la crisis posterior al suicidio de Vargas. En ese período (1954-1956) la normalidad

constitucional se había mantenido debido a la asunción del mando por el vicepresidente, João Café Filho, cuyo distanciamiento de Vargas le había merecido la confianza de los militares golpistas. Al acercarse las elecciones parecía que las presiones que sobrevendrían para asegurar una victoria conservadora, o para invalidar el proceso en caso contrario, serían muy fuertes. Para evitarlas, un sector militar nacionalista, dirigido por el general Henrique Teixeira Lott, dio un golpe preventivo, sólo destinado a asegurar la realización normal de los comicios.

Ahora era el momento de retribuirle al general su gesto, nombrándolo candidato por la alianza varguista del Partido Social Democrático (PSD) y el Partido Trabalhista Brasileiro (PTB). Su candidatura, aunque no podía despertar el entusiasmo de nadie, especialmente en el PTB, era una obligación no sólo moral. Se la compensó con la designación como vicepresidente de João Goulart, que podría atraer a los activistas y a las nuevas masas que el proceso económico traía del campo a la ciudad, y que necesitaban figuras carismáticas en quienes creer.

La oportunidad fue rápidamente aprovechada por la Unión Democrática Nacional (UDN), que inesperadamente veía una luz al final del túnel en que desde años se debatía. Fue así que decidió integrar en su fórmula a un *condottiere* político independiente, de San Pablo, que había llegado a la intendencia de esa ciudad bajo la sigla poco significativa del Partido Demócrata Cristiano, pero con el símbolo nada críptico de una escoba. En tercer lugar se presentaba un candidato populista regional de San Pablo, Adhemar de Barros, antiguo varguista que hacía tiempo se había separado del

tronco común y regenteaba su propio Partido Social Progresista (PSP). La elección fue muy reñida. La presidencia correspondió a Janio Quadros, pero la vicepresidencia, por la que se vota separadamente, recayó en Goulart. O sea, la peor de las combinaciones en términos de estabilidad del sistema.[5]

Básicamente, y a pesar de algunos excesos verbales del candidato, se trataba de una victoria conservadora, ganada al precio de la cooptación de un personaje que previsiblemente sabría guardar su lugar. Lejos de eso, Janio Quadros pretendió aplicar una política interna y sobre todo exterior independiente, inspirada en el ejemplo de Charles de Gaulle, que fue capaz de retirar a su país de la NATO y mantener una entrevista con Mao Tse Tung sin aterrorizar a nadie. Es así como decidió invitar al Che Guevara y condecorarlo, una medida más que nada simbólica pero provocativa, a lo que sumó otras decisiones de política interna irritativas para el sector empresarial y para la derecha, que al fin y al cabo acababa de ganar una elección y pretendía recoger los frutos de su victoria.

Inútil convencerla de que sólo se trataba de consolidar el sistema tirando un poco de lastre por la borda. La resistencia tanto militar como civil fue dura, y terminó en un planteo, como los que cada dos meses se le hacían a Frondizi por aquellos mismos años, y con los que el gobernante argentino sistemáticamente transaba.

Quadros no quiso repetir ese ejemplo, y no retrocedió. Sin llegar al exceso de Vargas, optó por renunciar indeclinablemente a su cargo, quizás esperando que el Congreso y la opinión pública lo disuadieran, ante la hecatombe que significaría la ocupación del Palacio presidencial por João Goulart.

Los motivos de la renuncia han dado pábulo a todo tipo de hipótesis, y es muy probable que nunca se conozca la verdad al respecto. Quizá ni siquiera exista una sola verdad, ya que en estos casos las motivaciones son a menudo múltiples. El hecho es que Janio Quadros se vio enredado en su propia tela, ya que el Congreso le aceptó la dimisión, aunque por cierto hubo intentos de disuadirlo, pero sus negativas llegaron a un grado en que ya no podía volverse atrás.

Goulart se encontraba visitando China continental cuando estos hechos ocurrían, lo cual no contribuía a mejorar su imagen, pues él no era un De Gaulle. Las Fuerzas Armadas se pronunciaron, dictaminando que Goulart estaba incapacitado para asumir la primera magistratura. Pero un importante sector del Ejército, no por casualidad asentado en Río Grande do Sul, de donde Goulart era nativo y donde gozaba de gran predicamento, se resistió a la imposición, declarándose constitucionalista. Las condiciones para una guerra civil estaban dadas, pero a los pocos días de esta *impasse* las negociaciones de los dirigentes políticos encontraron una solución. El Congreso sancionaría una reforma constitucional, bajo forma de ley fundamental, por la cual se adoptaba el régimen parlamentario, de manera que Goulart quedaba reducido a la triste condición de presidente de cualquier país europeo (salvo Francia), con pompa pero sin ningún poder.

Las características del electorado en Brasil eran tales que aunque en el nivel del Ejecutivo podía darse una mayoría de izquierda, o populista, en el nivel local los diputados electos eran en general bastante moderados, incluso los que pertenecían a los partidos que habían llevado a la presidencia (o

vicepresidencia) a una figura amenazante para el sistema. Esto era así porque sólo la movilización de sentimientos, esperanzas y milenarismos suscitada por una elección nacional en que se juega todo a una figura podía vencer la apatía de gran parte de la población. La misma gente que era capaz de votar por Goulart en el nivel nacional, terminaba dando sus preferencias a algún notable local eminentemente negociador y por lo tanto moderado.[6]

Goulart se encontró entonces en el Palacio da Alvorada, aunque maniatado. Pero como Brasil no es Europa, moviendo los hilos de la presidencia consiguió que se convocara al pueblo a un referéndum sobre la nueva reglamentación constitucional. Como era previsible, una mayoría se pronunció, en enero de 1963, por un retorno al presidencialismo, con el argumento de que el sistema parlamentario, aunque ideal en teoría, en la práctica brasileña implicaba dejar el poder en manos de los notables locales.

El hecho es que Goulart volvió a estar en uso del temible poder presidencial, rodeado por un *entourage* heterogéneo, pero ya muy cargado de sectores de izquierda, desde el Partido Comunista hasta varias corrientes fidelistas, y con el apoyo del ala más militante del Partido Trabalhista. La derecha varguista o sea el PSD, se mostraba, en cambio, muy preocupada por lo que ocurría, ya que ella basaba su fuerza justamente en el apoyo de los notables locales, tanto o más que la UDN. Ésta era en cambio más moderna en sus estructuras, que incluían a gran parte de los estratos profesionales, de alta clase media y empresariales del área desarrollada del país. Debido a la característica ya señalada del electorado brasileño, y a las reticencias del PSD, el presidente no tenía mayoría en el

Congreso, que previsiblemente se opondría a los cambios radicales que meditaba.[7]

El programa de Goulart incluyó una reforma agraria con poca o nula compensación de todos los latifundios cercanos a las vías de comunicación, y para imponerla comenzó a formar "grupos de once", con militantes armados. En el Nordeste, especialmente en el azucarero estado de Pernambuco, desde hacía algunos años estaban activas las Ligas Agrarias ideadas por Francisco Julião, político enrolado en el pequeño Partido Socialista pero ligado a sectores goulartianos, al igual que al jefe local trabalhista, Miguel Arraes, de la izquierda de ese movimiento. Como las reformas propuestas no tenían muchas posibilidades de ser aprobadas por el Congreso, fueron objeto de una agitación en las calles que incluyó a sectores bajos de las Fuerzas Armadas, especialmente de suboficiales, y aun a soldados y marineros. Goulart y su entorno pensaban que de esta manera se impondrían en las próximas elecciones para el Congreso, luego de esclarecer masivamente a la opinión pública hasta de los lugares más apartados del país. Pero los más exaltados pensaban en un autogolpe, con apoyo de alguna minoría militar, acompañado de movilización de masas.[8]

Toda esta agitación ocurría en un contexto político en que los gobiernos de los tres principales estados estaban en manos de la oposición: San Pablo, con Adhemar de Barros, y Minas Gerais y Guanabara (Río de Janeiro) gobernados por la UDN. La Iglesia Católica, que también se sentía amenazada por reformas con fuerte participación comunista, movilizó a las amas de casa en interminables *passeatas* con ollas vacías y demás detalles del género.

Finalmente, en marzo de 1964 se dio el golpe, dirigido por el general Humberto Castelo Branco, con fuerte apoyo del sector de la mitad para arriba de la pirámide social, pero con muchos pruritos constitucionales. Sólo se derrocó al presidente, y se dieron por terminados los servicios de una cuarentena de miembros del Congreso. Más no era necesario, pues el Congreso tenía mayoría antigoulartiana. Después de esta "limpieza" se pasó por el ritual de que este cuerpo lo eligiera presidente a Castelo Branco. En un primer momento no se tocó a los partidos políticos, salvo los de orientación marxista. Aunque hubo persecución y violencia, fueron menores que en otros fenómenos parecidos, como los que luego ocurrieron en Argentina y Chile.

Una serie de "Actos Institucionales" quedó consagrada en la Constitución de 1967, redactada por el gobierno y presentada al Congreso, al que se le dio el plazo de un mes para decidir por sí o por no. La mayoría gubernamental rápidamente optó por la aceptación.

Para evitar los fenómenos populistas, desencadenados siempre por las elecciones presidenciales, se adoptó la designación del presidente por el Congreso, pero dejando luego en manos del primer magistrado una suma muy grande de atribuciones, de manera tal que no se trataba de un régimen precisamente parlamentario. Por otra parte, se forzó a todos los representantes del pueblo a agruparse en partidos políticos a escala federal, para lo cual era necesario tener 20 senadores y 120 diputados. De esta manera hubo lugar sólo para dos grandes nucleamientos, lo que era congruente con la teoría política del nuevo régimen, que consideraba al bipartidismo

garantia de futura democracia, a la europea o norteamericana.

Los oficialistas formaron la Aliança Renovadora Nacional (ARENA) donde se congregaron casi todos los miembros de la UDN, más una mayoria de los del PSD, o sea de la derecha varguista, y muchas estructuras regionales, empezando por el paulista PSP de Adhemar de Barros. Los opositores, principalmente el trabalhismo, formaron junto con algunos peessedistas el opositor, pero moderado, Movimento Democrático Brasileiro (MDB). Los trabalhistas más radicalizados quedaron fuera, porque no aceptaron esta componenda, convirtiéndose en el grupo extraparlamentario de Auténticos.

Los gobernadores también debian ser elegidos de manera indirecta, por las legislaturas estaduales. En 1965, antes de que se adoptara esta disposición, habia habido elecciones en varios estados, con la victoria de la oposición, que consiguió imponer sus candidatos. Con el nuevo sistema (aprobado por Acto Institucional antes de la Constitución), en 1966 el oficialismo ganó todas las renovaciones. A fines de ese mismo año, también la ARENA obtuvo una victoria contra el MDB en la selección de diputados para el nuevo Congreso, aunque hubo un significativo porcentaje de votos nulos (7%) y en blanco (14%).

A pesar de estas distorsiones, durante el transcurso del régimen militar, a excepción del año 1969, se mantuvo la vigencia del Congreso y la elección de sus miembros por voto secreto, sin intimidaciones explicitas en el momento de votar, en que el electorado tenia la alternativa de la ARENA o del MDB. Por lo general el gobierno obtenia una sólida mayoria, en parte debido a la astucia de la

"cédula única", que impedía el corte de boletas y obligaba a optar por una sola papeleta partidaria donde figuraban tanto los candidatos municipales como los estaduales o nacionales, o sea, diputados o senadores, pues el presidente y los gobernadores eran designados por los cuerpos legislativos.

Se pensaba — con razón— que de esta manera el elector, con el deseo de llevar al Palacio Municipal a un notable local con amigos en el gobierno, pondría toda la cédula en el sobre, garantizando así también la victoria a los candidatos nacionales del oficialismo. Esta estrategia, claro está, sólo podía tener éxito con un cierto tipo de electorado, aún no muy movilizado y que se dejaba influir por estas consideraciones, pues estrictamente hablando nadie le impedía elegir la cédula del MDB, donde también había notables locales, aunque obviamente peor colocados para conseguir favores del gobierno central. Para evitar todo tipo de riesgos, en las capitales estaduales —a menudo centros de oposición— y en algunas zonas fronterizas, se decidió que los alcaldes fueron designados por el Ejecutivo y no en elecciones directas.[9]

A Castelo Branco lo sucedió Costa e Silva en 1967, mediante una designación realizada por el Congreso pleno, hegemonizado por el oficialismo. La lucha entre una corriente nacionalista, autoritaria y algo reformista, y otra más orientada a la cooperación con Estados Unidos, se mantenía como factor de inestabilidad interna y posibles cambios políticos. La creciente dinámica opositora, durante el año 1968, acompañada por grandes manifestaciones estudiantiles y algunas huelgas, generó una reacción de derecha, que impuso una especie de golpe interno, canalizado por el mismo presidente. Este golpe tomó la forma del Acto

Institucional No. 5 (AI-5), que atribuyó al Ejecutivo el poder de disolver o postergar las reuniones del Congreso, de continuar la purga (*cassação*) de políticos electos o no, de implementar la censura de prensa y de enviar intervenciones a los estados, por encima de las disposiciones de la propia Constitución sancionada por el régimen en 1967.

La enfermedad de Costa e Silva, víctima de un ataque cardiaco a fines de 1969, obligó a anticipar la crisis de sucesión, que benefició al candidato de la línea dura, general Emilio Garrastazú Médici, propuesto luego de amplias consultas militares y aprobado por la disciplinada mayoría del Congreso.

El período de Médici (1969-1974) fue el más represivo del régimen brasileño, acompañado de torturas y censura, y de una activa guerrilla urbana, dirigida por un antiguo líder comunista, Carlos Marighela, y un capitán de ejército convertido a las nuevas ideas, Carlos Lamarca. Después de algunas ostensibles acciones, que incluyeron el rapto de varios embajadores, el movimiento fue destruido, con la muerte de sus dos principales jefes en 1969 y 1970. Las relaciones con la Iglesia comenzaron a deteriorarse seriamente, mientras se extendía en niveles medios y aun altos de la jerarquía el movimiento de la Teología de la Liberación y otras corrientes de crítica social radical.

En 1974 el Congreso, siempre después de consultas militares, eligió a Ernesto Geisel (1974-1979), del ala más aperturista de las Fuerzas Armadas, quien inició un proceso de apertura, expresado en el mismo año 1974 de su asunción con la realización de elecciones de diputados y senadores, en que hubo bastante libertad de prensa y asociación. El resultado fue una importante afirmación del MDB, sobre todo en las gran-

des ciudades, mientras que la ARENA seguía imponiéndose en el interior rural. El porcentaje de votos nulos y blancos descendió notablemente, reflejando una mayor confianza por parte de la población en el carácter genuino de las elecciones, a pesar de que las "casaciones" de diputados y otros políticos seguían cada tanto cayendo sobre los más rebeldes.

LOS INESTABLES REGÍMENES MILITARES ARGENTINOS

En Argentina el intento de sustituir al peronismo con un gobierno civil estable había naufragado con el golpe militar de 1962, que estableció un régimen provisorio (1962-1963) durante cuyo transcurso hubo dos enfrentamientos internos entre las facciones "azul" y "colorada". La primera, bajo la dirección del general Juan Carlos Onganía, buscaba reeditar, desde posiciones más sólidas de poder, la política frondizista de integración de los sectores más moderados del peronismo. La segunda era más antiperonista, y creía en la necesidad de seguir poniendo fuera de la ley al movimiento popular mayoritario del país, caracterizado como fascista.

Onganía fracasó en el intento de lanzar su candidatura apoyado por el peronismo moderado y por un conjunto de partidos innovadores en cuanto a sus estrategias políticas, que apoyaban desde los nacionalistas y católicos independientes hasta los demócratacristianos, los conservadores populares y la Unión Cívica Radical Intransigente

(UCRI), pues fue imposible combinar a todos estos elementos. Ante este hecho, se mantuvo la inhabilitación del peronismo, que ordenó el voto en blanco, obedecido por un cuarto del electorado. El primer lugar fue ocupado por la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP), con apenas otro cuarto de los votos, que de esta manera poco legítima aunque legal impuso en la presidencia a Arturo Illia.

Illia inició un gobierno respetuoso de las libertades públicas, y legalizó a diversas fuerzas neoperonistas, aunque siempre dejando fuera del panorama a Perón, cuyo intento de retorno al país fue prohibido. Los sindicalistas llevaron a efecto una serie interminable de movimientos de fuerza, que iban desde huelgas generales a ocupaciones de fábricas con toma de gerentes como rehenes.

El sector más duro del peronismo había iniciado hacía tiempo actividades de sabotaje y otras acciones violentas, en la llamada "Resistencia", que buscaba crear condiciones para una revolución popular que permitiera el retorno del líder, seguramente en alianza con un sector de las Fuerzas Armadas. La derecha peronista era un componente esencial para asegurar esta última conexión, pues en las Fuerzas Armadas siempre había sectores ideológicamente de derecha o nacionalistas, no necesariamente peronistas, dispuestos quizás a una coalición contra el común enemigo liberal. En los hechos esta convergencia no se dio, pero la esperanza de establecerla explica gran parte de las estrategias peronistas, obsesionadas en reeditar la unión de Ejército y pueblo que había estado en la génesis del movimiento.

En 1967 debía llamarse a elecciones para renovación del Congreso y de gobernadores, equivalentes a las que habían destruido a Frondizi. La

UCRP gobernante intentaba ahora, como antes la UCRI, convertirse en el polo del sentimiento antiperonista. Pero era más que previsible que los peronistas ganarían, y no existían genuinas posibilidades de incorporarlos en alianzas menos amenazantes, dirigidas por ejemplo por los generales Onganía o Aramburu. El golpismo militar —con fuerte apoyo civil de clase alta y media— se movilizó, y decidió esta vez no esperar al veredicto de las urnas, encontrando una excusa en la supuesta poca eficacia del presidente Illia para conducir el desarrollo económico del país, y su real debilidad para imponer el orden ante el caos de las huelgas y las tomas de fábricas.

Hubo aquí una extraña convergencia de tácticas y estrategias por parte de varios actores sociales. En esos años el peronismo estaba dividido entre un grupo de inspiración sindical, dirigido por el metalúrgico Augusto Vandor y el sastre José Alonso, y otro más directamente verticalizado bajo las órdenes de Perón. Los sindicalistas creían poder convertirse en un grupo de presión más o menos reconocido en el país, si Perón, con los antagonismos un poco arcaicos que suscitaba, diera un paso atrás.

Perón, claro está, no pensaba de la misma manera, e incluso utilizaba en la lucha contra sus enemigos civiles o militares a las radicalizadas formaciones juveniles. Algunos de esos jóvenes eran de extracción peronista, otros, cada vez más, provenían de sectores medios hasta hacía poco extraños a ese movimiento, especialmente de la universidad y la *intelligentsia* de izquierda. Ésta había hecho una profunda autocrítica de su anterior cerval antiperonismo, cuando aún estaba dominada por los valores liberales que ahora, ante la luz de la Revolución Cubana, demostraban su escasa validez

y su papel "objetivamente" reaccionario. De aquí a descubrir que debido al masivo apoyo obrero el peronismo a largo plazo devendría revolucionario, independientemente de las opiniones de sus líderes, había sólo un paso, que fue franqueado.

Los activistas más decididos terminaron formando la Juventud Peronista, como estructura de superficie, y los Montoneros, como formación guerrillera. Entre los enemigos a ser eliminados por ésta se encontraban, en primera línea, los dirigentes reformistas o "burócratas" del movimiento obrero, quienes, conscientes de esa selección, no podían menos que responder en consecuencia. De ahí que se diera una bipolarización interna en el peronismo, que en realidad se basaba en una proliferación de grupos y subgrupos dentro del movimiento, unidos por sus comunes enemigos.

Por un lado estaba el sindicalismo, con sus propias formaciones paramilitares. Por el otro, los Montoneros y una alianza de dirigentes provinciales, básicamente moderados pero desprejuiciados en su selección de estrategias. En el entorno de Perón había sectores de extrema derecha, de ideología fascista y aun nazi, que habían desplazado a los restos del izquierdismo capitaneado por John William Cooke. Jefe de la derecha cercana a Perón y a su esposa "Isabelita" era su secretario privado, José López Rega.

Cuando tuvo lugar el golpe de 1966, que llevó al general Juan C. Onganía al poder, el objetivo militar consistía sin lugar a dudas en evitar la victoria peronista en las elecciones de gobernador. Pero el principal enemigo era Perón y ciertos sectores de su rama política, que seguían apoyando a las formaciones juveniles de izquierda, no los sindicalistas. Éstos, en consecuencia, se sintieron

con ánimo como para comparecer en la ceremonia de asunción del mando. Muy pronto la realidad aventó estas ilusiones de alianzas tácticas, y la ortodoxa política económica oficial enfrentó a los sindicalistas, con lo que una vez más se concretaba la unidad peronista.

Durante los años del régimen militar autodenominado Revolución Argentina (1966-1973), el peronismo armó una coalición opositora de potencia insospechada. El principal partido político, con fuerte apoyo sindical, unido a activistas de la violencia tanto de izquierda como de derecha, jaqueó al gobierno hasta que lo obligó a convocar a elecciones. Fue como si durante los años sesenta o setenta se hubiera dado en Italia una alianza entre el Partido Comunista, los sindicatos a él asociados, el Partido Socialista y las Brigadas Rojas sumadas a las fascistas. Fue esa pesadilla la que quitó el sueño, y la vida, a muchos argentinos durante los trágicos años finales del régimen militar de 1966-1973 y luego del de 1976-1983.[10]

La "Revolución Argentina" se vio desestabilizada por sus luchas internas, en parte resultado de las contrastantes estrategias adoptadas para combatir el fantasma peronista y el de la subversión armada, tácticamente aliada a ese movimiento. En 1969 una huelga en Córdoba, promovida por sectores de izquierda del sindicalismo peronista, unidos a otros de diverso signo ideológico y a estudiantes universitarios, se transformó en un episodio de violencia conocido como "Cordobazo", la primera evidencia de que la lucha contra el régimen podía transformarse en un fenómeno de masas.[11]

En esferas oficiales se generó el usual enfrentamiento entre quienes proponían como paliativo una apertura social, y los que preferían una mayor

represión. El mismo Onganía era partidario de la apertura, aunque la línea divisoria entre represión (de extremistas) y cooptación (de sectores moderados sindicales) no era muy clara.

Como resultado de esta lucha un golpe interno llevó al general Roberto Levingston, del área de inteligencia, al poder, combinando a su manera la represión con una política de promoción de la industria nacional y de cooptación de sectores tecnocráticos, algunos con tradición de izquierda. En algunos momentos pudo parecer que se estaba asistiendo a una versión del fenómeno peruano, pero pronto se hizo evidente que ése no era el caso. Al año un nuevo golpe interno llevaba al sillón presidencial al general Alejandro Lanusse, del sector liberal del Ejército, quien pronto optó por convocar a elecciones, permitiendo la legalidad de todos los partidos, incluso el peronista, aunque no la candidatura del creador del movimiento.

En estas elecciones (1973) el gobierno no pudo presentar una fuerza oficialista con perspectivas de éxito. En contraste con Brasil, el delfín del régimen, un oscuro brigadier Ezequiel Martínez, apenas arañó el 2% de los votos. Los partidos de derecha y de centroderecha, incluyendo otro personaje que había tenido un rol importante bajo el régimen militar, Francisco Manrique, no llegaron juntos al 20%. Tampoco el radicalismo fue muy exitoso, con apenas algo más del 20%, por debajo de su performance de décadas. El peronismo, en cambio, con el apoyo total de las juventudes radicalizadas simpatizantes de Montoneros, y un par de aliados (Democracia Cristiana y Movimiento de Integración y Desarrollo, pequeño grupo fiel al ex presidente Arturo Frondizi), se alzó con la mitad del electorado. La izquierda, formada por una

alianza del Partido Intransigente (PI), fracción del tronco frondizista de la UCRI, con un sector democristiano y el pequeño Partido Comunista, juntó un 10% del electorado.

El acceso al poder del peronismo triunfante, que festejó su asunción con discursos desde la Casa Rosada a la que habían sido especialmente invitados Salvador Allende y el presidente cubano Osvaldo Dorticós, provocó gran alarma entre el empresariado y los militares. La derecha peronista también temía un autogolpe de los sectores radicalizados de su propio partido, que fácilmente podrían rodear al débil presidente, Héctor Cámpora, seleccionado por Perón para que no le hiciera sombra. La guerrilla suspendió sus acciones por un tiempo, pero pronto se volvió a armar la lucha entre ella y una alianza entre las Fuerzas Armadas y la derecha peronista, con sus formaciones especiales que incluían las de los sindicatos y que rivalizaban con las de los Montoneros y del marxista Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP).

La caótica situación generada indujo al jefe del movimiento a intervenir, forzando al presidente a renunciar y convocar a nuevas elecciones, en las que Perón fue ungido con el 62% de los votos, porque esta vez la izquierda decidió sumarse al bando ganador. Desde el gobierno, que asumió a fines de 1973, Perón dirigió la pacificación del país con una campaña frontal contra sus ex aliados Montoneros, que después de diversos intentos de mantenerse en buenos términos con el anciano caudillo, rompieron definitivamente con él.

A la muerte de Perón, a mediados de 1974, lo sucedió su esposa, que había sido incluida en la fórmula como vicepresidente ante la dificultad de decidir de otra manera la expectativa sucesoria. El

caos y la violencia se incrementaron, hasta que las Fuerzas Armadas intervinieron para ponerse al frente de la lucha antisubversiva y lo que consideraban la necesaria reorganización productiva del país. Se inició así el último régimen militar argentino (1976-1983), que a costa de innumerables abusos exterminó a la guerrilla, pero no pudo lanzar un proceso de crecimiento económico parecido al brasileño, o aun al que tuvo Chile en los últimos años de Pinochet.[12]

Democracia Cristiana y Unidad Popular en Chile

En Chile, al finalizar la presidencia conservadora de Jorge Alessandri (1958-1964) la perspectiva de una victoria socialista era muy firme. La derecha carecía de un candidato adecuado y sufría el deterioro natural de una gestión bajo condiciones económicas nada prósperas. La Democracia Cristiana formaba la tercera familia ideológica por cantidad de votos. Fue así que conservadores y liberales decidieron hacerse a un lado y dar sus votos al candidato democristiano, Eduardo Frei, quien de esa manera accedió a la presidencia con una gran mayoría, aunque no propia, pues combinó dos de los clásicos tres tercios en que se dividía el electorado. Su gobierno fue de transformaciones bastante profundas, sobre todo en el terreno de la reforma agraria y de la política habitacional, y se benefició del apoyo de Estados Unidos, que deseaba consolidar esta experiencia de "revolución en libertad".

La derecha, que había apoyado a Frei como baluarte contra el socialismo, quedó desilusionada con su gestión, y en 1970 se decidió a dar nuevamente la lucha. Ese año Alessandri volvió a ser su candidato, mientras la Democracia Cristiana llevaba a su sector más izquierdista, representado por Radomiro Tomic, como forma de competir con la Unidad Popular. Ésta, por otra parte, se había visto engrosada por el aporte de dos fracciones juveniles democristianas, que formaron la Izquierda Cristiana y el Movimiento de Acción Popular Unificada (MAPU). También se le sumó el Partido Radical, ya muy debilitado ante fuertes desprendimientos hacia la derecha (Radicalismo Democrático). Salvador Allende, de nuevo al frente de la Unidad Popular, se impuso por mínima diferencia contra el candidato conservador (37% contra 35%), quedando Tomic bastante atrás.

Al no haber obtenido ninguno de los candidatos la mayoría absoluta, le correspondía decidir al Congreso pleno, que aún no se había renovado pues las fechas de sus elecciones no coincidían con las presidenciales. En él Allende no tenía mayoría. Tampoco la habría tenido si se hubieran realizado elecciones de renovación en ese momento, pero el hecho de que se tratara del viejo Congreso, con sus mandatos no validados por una nueva consulta, quitaba legitimidad a su eventual arbitraje.

En la campaña la Democracia Cristiana había cultivado una imagen decidida de izquierda no marxista, para compensar ante cierto sector de la opinión pública el papel de sustituto de la derecha que en alguna medida había cumplido Frei, al menos por la forma en que sumó votos para acceder al poder. De manera que no era fácil para la dirigencia democristiana apoyar al candidato

conservador en el Congreso, que es lo que posiblemente hubiera reflejado mejor los sentimientos de su electorado.

La Democracia Cristiana, en todos sus niveles, sufría fuertes y contradictorias tensiones, pues si bien deseaba contribuir a los cambios sociales, desconfiaba de las tendencias autoritarias presentes en la Unidad Popular, con su modelo cubano y su fuerte Partido Comunista, así como del extremismo juvenil de muchos de sus cuadros. Finalmente se decidió a votar por Salvador Allende, después de un Pacto de Garantías que aseguraba el respeto a la autoridad del Congreso.

El comienzo del gobierno de la Unidad Popular transcurrió de manera relativamente tranquila, pero pronto la radicalización de sus propuestas y la movilización popular que las acompañaba generaron un ambiente de guerra civil. La reforma agraria fue acelerada, y acompañada de numerosas ocupaciones de campos. La misma táctica se empleó con empresas industriales, rápidamente traspasadas al dominio público, sin anuencia del Congreso, aprovechando una legislación casi olvidada que otorgaba en estos casos grandes poderes al Ejecutivo. En los extremos del espectro político, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), que había quedado fuera de la Unidad Popular, incrementaba sus acciones, con constantes ribetes de violencia, aunque en esa época no se llegó a la formación de una verdadera guerrilla.

El control de precios en condiciones de inflación permitió ahogar a toda empresa o escuela privada y luego tomarla bajo control o propiedad del Estado. Al mismo tiempo, una política de incrementos salariales y de mejoras en la seguridad social obtenía simpatías populares, y permitía en eleccio-

nes municipales aumentar el porcentaje de sufragios favorables al gobierno hasta casi un 44%, aunque poco después hubo un reflujo en estos guarismos, en ocasión de las elecciones parciales legislativas. Un sector nada despreciable de dirigentes y asesores gubernamentales, ilusionado por el espejismo cubano, se mostraba muy poco convencido de las virtudes de la "democracia burguesa".

Más de uno esperaba con ansiedad alcanzar el 51% de los votos para imponer entonces un gobierno expeditivo, poco preocupado por los derechos de las minorías, vistas como oligarquías. Otros tramaban un posible autogolpe con apoyo militar, para realizar una versión más izquierdista de lo que se estaba experimentando con tanto éxito en Perú. En este ambiente, las tradicionalmente disciplinadas Fuerzas Armadas chilenas se decidieron a dar un golpe de Estado, contando con el apoyo de un gran sector de la población, posiblemente la mayoría, que incluía al Partido Demócrata Cristiano. Éste imaginó una intervención "moderadora", que pronto devolvería el poder a la mayoría civil, que, se sabía, era antisocialista. De hecho, sin embargo, el golpe estuvo acompañado de una dura represión, y el régimen que creó duró casi dos décadas, bajo una dirección muy unipersonal.[13]

La estabilidad política de la dictadura chilena (1973-1990) debe contrastarse con la caótica sucesión de facciones en Argentina (1966-1973 y 1976-1983) y con el legalismo experimentado en Brasil (1964-1985). Durante el primero de esos períodos militares hubo en Argentina dos golpes internos (Levingston sustituyendo a Onganía, y Lanusse a Levingston) y otros dos durante el

segundo (Galtieri reemplazando por la fuerza a Viola, y Bignone a Galtieri después de la guerra de las Islas Malvinas). Ya antes, otros regímenes militares argentinos habían corrido suerte parecida. En el período 1943-1946 hubo tres golpes internos (Ramírez fue reemplazado por Rawson en los primeros días, Farrell por Ramírez al año, y luego el breve intento antiperonista de octubre de 1945); durante la Revolución Libertadora (1955-1958) hubo un recambio (Aramburu por Lonardi) y durante el interregno 1962-1963 otros dos enfrentamientos armados entre facciones "azules" y "coloradas".

En Chile no se produjo un solo cambio, pese a la existencia de algunas desinteligencias entre la Fuerza Aérea y el general Pinochet, que no pasaron a mayores. En Brasil la legalidad fue aún mayor que en Chile, pues como vimos ni siquiera se disolvió el Congreso —aunque fue purgado de numerosos diputados— y los presidentes se sucedieron con regularidad, elegidos por la Legislatura, donde había una sólida mayoría del partido oficialista, ARENA. De hecho, este partido estaba controlado por los militares, pero consensuado y de alguna manera legitimado por elecciones populares, aun cuando acompañadas de serias restricciones a la libertad de prensa y de asociación (pequeñas, de todos modos, comparadas a las vigentes en otras latitudes).

En Brasil la tradición de conservadorismo constitucionalista siempre fue muy fuerte, aunque aplicable a una minoría urbana del país, nadando en un mar de población rural y analfabeta, vista como potencialmente amenazante desde la época de la esclavitud. En Brasil podía imponerse un programa de desarrollo capitalista "salvaje", con

niveles de vida muy bajos reservados para la masa de la mano de obra, con relativamente poca resistencia de la sociedad civil, que no contaba con una tradición de sindicalismo fuerte, ni con un partido popular masivo fuertemente organizado. De ahí que fuera posible aplicar el modelo sin encontrar resistencias invencibles, ni sindicales ni de tipo guerrillero, fenómeno este último que tuvo corta duración. Estas condiciones de control social facilitaron en Brasil el éxito de un proceso de industrialización que en alguna medida recuerda a los que se dieron en Asia Oriental, por el dominio conservador autoritario poco cuestionado en que se basaba.

En Argentina, en cambio, existía desde principios de siglo una experiencia de prosperidad y escasez de mano de obra, que facilitaba su agremiación. La sociedad civil, más fuerte y organizada, tanto en niveles altos como medios y populares, tiene en Argentina también su reflejo en sólidos partidos de clase media como el Radical, o en formaciones populares como las de cuño socialista de anterior a la Segunda Guerra Mundial, o el peronismo después.

La prosperidad del modelo agroexportador, con la consecuente fuerza de los sectores terratenientes pampeanos (sin equivalente, proporcionalmente hablando, en Brasil) añadía otra fuerza con la que había que contar, capaz de imponer sus condiciones ante cualquier política de industrialización que no consultara sus intereses. El hecho, entonces, es que durante muchas décadas el empate social fue en Argentina mucho más intenso que en Brasil, donde realmente tal fenómeno no existía.

Ese equilibrio de grupos de presión, incluyendo los populares, que se las arreglaban para sobrevi-

vir bajo los regímenes más represivos y antiobreros, no podía menos que reflejarse en las esferas del poder. Se puede plantear la hipótesis de que la inestabilidad de los regímenes militares argentinos no era el resultado de una especial belicosidad o facciosidad de los uniformados, sino que derivaba de la existencia en la sociedad civil de aguerridas facciones con poderes equivalentes, y entre las cuales era muy difícil llegar a un pacto de coexistencia. Al menos fue así durante un largo período en el cual se generó una situación de guerra civil permanente, en potencia o de hecho, que desembocó en la decadencia del país.[14]

En Chile, como en Brasil, existe una fuerte tradición de conservadorismo constitucionalista, pero basada en una sociedad civil que es más igualitaria, y más funcionalmente diversificada y organizada que la brasileña, con altos niveles de educación y cultura urbana. La diversidad de grupos de presión, por lo tanto, es equivalente a la argentina, pero canalizados los grupos populares de manera asociacionista y no populista.

La disciplina social siempre ha sido mucho mayor en Chile que en Argentina, lo que no es incompatible con un mayor desarrollo de la izquierda en ese país. Ese fenómeno recuerda al de Gran Bretaña, cuya sociedad más deferencial, jerárquica y disciplinada, lo que debería hacerla más conservadora, facilita efectivamente la existencia de un Partido Conservador, pero crea por el otro lado un Laborismo de ideas socialistas aunque moderadas. En contraste, Estados Unidos, signado por la experiencia inmigratoria y por la tradición de igualitarismo y de alguna manera populista de la frontera, es un país mucho menos disciplinado, con partidos políticos más caóticos,

y ausencia de un movimiento obrero de orientación socialista. *Mutatis mutandis*, Chile tiene las pautas británicas, mientras que Argentina —también país inmigratorio— se asemeja más a las norteamericanas.

Es significativo que en Chile, a pesar de la persistencia en el mando de Pinochet, el personalismo del poder nunca fue excesivo, lo que permitió al régimen plantearse una constitucionalización, refrendada por un plebiscito. Luego, en 1988, otro plebiscito, convocado con la esperanza de eternizar al general en el poder, no dio los resultados esperados, y el gobierno no pudo menos que aceptar el veredicto de las urnas. Es así que se llegó a elecciones genuinamente competitivas a fines de 1989, en que el oficialismo resultó perdedor.[15]

El final de la Suiza uruguaya

En Uruguay, el sistema del Colegiado terminó en 1966, ante un plebiscito en que la mayoría, impulsada por amplios sectores colorados y blancos, decidió retornar al Ejecutivo clásico. En las elecciones presidenciales se impuso el general Oscar Gestido, colorado independiente, que llevaba como compañero de fórmula al tradicionalista Jorge Pacheco Areco. La muerte de Gestido llevó a Pacheco a la primera magistratura, creando una situación de deslegitimización por la forma en que llegó a ese cargo. De todos modos, Pacheco cultivaba una personalidad de "hombre fuerte" que no dejaba de tener apoyo en amplios sectores populares.

Sin embargo, la crisis económica estaba ya para ese entonces atenaceando al país, y el modelo cubano operaba sobre las elites intelectuales y estudiantiles. En Uruguay, como en Argentina, la frustración fue particulamente fuerte en esos sectores, porque éstos eran los dos países de mayor nivel de vida de la región, con un avanzado desarrollo cultural e institucional. La posición de privilegio que ambos países tenían en el continente venía erosionándose desde hacia décadas, constituyendo el fenómeno que los sociólogos han dado en denominar atimia, o sea descenso de estatus, a escala nacional y también individual.

Hubo así un excelente campo de reclutamiento para guerrilleros de origen de clase media urbana, provenientes de familias profesionales y universitarias. Tal fue el origen de los Tupamaros, muy fuertes en algunos momentos (1968-1972), y con simpatías en significativas capas de la población, pero nunca ligados a un fuerte movimiento popular, como fue el caso de los Montoneros en Argentina gracias a su vinculación con el peronismo. El fundador de la organización tupamara, Raúl Sendic, se había iniciado durante varios años (1962-1965) como organizador de huelgas y protestas agrarias en el departamento cañero del norte, Artigas, de donde luego pasó a actuar a escala nacional.

El Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros, MLN(T), tenía como organización legal o "de superficie" al Movimiento 26 de Marzo, M-26. Su acción se sumó a las huelgas obreras y a la inquietud estudiantil, estimulada por los sucesos de París del año 1968. Los secuestros y violencias de la guerrilla fueron respondidos con una represión generalizada, sancionada por las llamadas "medidas prontas de seguridad". En 1970 la di-

rección del grupo guerrillero fue apresada, pero al año el grupo se evadió de prisión y retomó la lucha.[16]

En 1971 fue electo el sucesor de Pacheco, miembro de su misma línea, Juan María Bordaberry, un colorado de origen ruralista del grupo de Nardone. En ese comicio el Partido Colorado ganó por pequeña diferencia contra el Nacional o Blanco, hegemonizado por una nueva corriente, muy renovadora y con elementos de izquierda, dirigida por Wilson Ferreira Aldunate.[17] En la izquierda se formó la coalición Frente Amplio, con una multitud de partidos, que incluía al Comunista, al Socialista, muy transformado desde 1961 en que había sido desplazado Emilio Frugoni de su dirección, y a la igualmente transformada Democracia Cristiana. A esos grupos se sumaban fracciones de izquierda coloradas (Zelmar Michelini) y blancas (Enrique Erro). En total consiguieron 18% de los votos, lo que significó una notable superación de sus anteriores niveles, pero muy lejos aún de la mayoría. En Montevideo, sin embargo, ya alcanzaban el 30% del total, superando al Partido Nacional.

La violencia generada por los Tupamaros iba acompañada de una aguda agitación que también afectaba a otros sectores, simpatizantes en diversos grados de la guerrilla aunque no militantes en ella. Esta coyuntura facilitó, y justificó ante sectores de la opinión pública, el golpe militar que se dio de manera gradual, iniciándose con planteos al presidente, que lo transformaron en 1973 en agente del poder de los cuarteles, seguidos por la disolución del Congreso. Este modelo se transformó en arquetipo de una de las formas de intervención militar, y para referirse a

él se creó el neologismo "bordaberrización". La represión en Uruguay, menor que en el resto del Cono Sur, terminó rápidamente con la guerrilla, que ya estaba muy limitada en su accionar cuando se produjo el golpe definitivo de 1973.

Antes de terminar su período, Bordaberry tuvo un conflicto con los militares y renunció. Aparentemente, él deseaba introducir cambios más profundos y autoritarios en el sistema político, mientras que la opinión dominante en las Fuerzas Armadas prefería un retorno controlado al gobierno civil. Los militares habían creado un Consejo de Estado, con personalidades designadas por ellos, a las que se agregaron luego los altos mandos de las Fuerzas Armadas en lo que se llamó el Consejo de la Nación. Este Consejo designó un nuevo presidente civil, de extracción colorada, Aparicio Méndez (1976-1981), sustituido luego por el teniente general Gregorio Álvarez (1981-1985). Se habló en esa época de posibles tendencias "peruanistas" en los cuarteles, pero nada hubo de serio.[18]

La experiencia democrática en Colombia y Venezuela

En Colombia la alternancia fijada por el pacto que había desembocado en el Frente Nacional concluyó en 1978. En las primeras elecciones genuinamente competitivas obtuvo el triunfo el Partido Liberal, pero a los cuatro años un conservadorismo renovado llevó a la presidencia a Belisario Betancur, de orientación socialcristiana.

La violencia nunca pudo ser totalmente erradicada, y desde hacía un tiempo que a los tradicionales problemas agrarios se había sumado el narcotráfico, que anudaba las más insólitas alianzas con tal de mantener su capacidad de resistencia a la autoridad.

Los grupos más extremistas del movimiento populista lanzado por el general Rojas Pinilla formaron una organización guerrillera, M-19, que consiguió una significativa adhesión en sectores de la población que lo veían como reivindicador de los pobres. Otros sectores marxistas también habían organizado sus propias formaciones guerrilleras, lo que generaba una situación de inseguridad ampliamente extendida en todos los estratos sociales.

A pesar de la violencia permanente, el desarrollo económico del país mantuvo su dinamismo y, a diferencia de otros países del área, con muy poca deuda externa. El sistema partidario básicamente se mantuvo hasta años recientes. Como siempre, tanto liberales como conservadores presentaban numerosas corrientes internas. Así, dentro del liberalismo existían grupos de orientación socialdemócrata, mientras que en el conservadorismo había dos polos ideológicos de atracción: la línea socialcristiana progresista, encabezada por Betancur, y la más dura y nacionalista de Álvaro Gómez, hijo de don Laureano, que había acaudillado al partido en las duras décadas de los cincuenta y los sesenta.

En Venezuela, en cambio, la violencia amainó luego de haber sido militarmente destruida. Los grupos guerrilleros, que aceptaron el ofrecimiento de indulto por parte del presidente democristiano Rafael Caldera (1968-1973), se transformaron en

dos partidos legales. El más importante en términos de opinión pública y respuesta electoral fue el Movimiento Al Socialismo (MAS), que pudo alcanzar un 10% de los votos. En él militaban muchos antiguos comunistas y otros marxistas que habían tomado el camino de la selva. Dirigidos ahora por Teodoro Petkoff, y luego de haber incorporado un importante grupo de intelectuales, evolucionaron hacia posiciones moderadas. Su objetivo era transformarse en la opción socialdemócrata nacional, papel que a su juicio Acción Democrática no cumplía adecuadamente. En cambio el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), de orígenes adecos, tuvo menos éxito electoral. En cuanto al sindicalismo, se mantuvo fiel en lo fundamental a las banderas de Acción Democrática.

En diversos momentos hubo intentos de lanzar candidaturas externas al sistema bipartidario o, más precisamente, de "dos partidos y medio" —si se incluye, como relevante, al MAS—. Una de ellas fue la del prestigiado escritor Arturo Uslar Pietri, en 1963, quien logró aunar a una parte importante de la opinión pública nacional, aunque sin muchas posibilidades de victoria. En 1968, la división de Acción Democrática, por la defección de un sector de izquierda (que luego reingresó al partido), permitió la victoria de Rafael Caldera con sólo el 27% del voto.

La bonanza petrolera coincidió con la presidencia de Carlos Andrés Pérez, que se encaminó por el sendero de las grandes obras públicas, la promoción de nuevas industrias, como la siderurgia, y la nacionalización del petróleo, todo lo cual demandó mucho dinero y, según sus críticos, hubo mucho despilfarro. Por otra parte era difícil combatir la corrupción en todos los niveles nacionales.[19]

El sistema democrático se consolidó, con la ya plenamente legitimada alternancia entre una Acción Democrática ideológicamente socialdemócrata (afiliada, como el MAS, a la Internacional Socialista) y un COPEI democristiano. Las clases altas y el empresariado simpatizaban más con el COPEI, pero eran lo suficientemente pragmáticas como para distribuir sus apuestas y sus apoyos en el momento de la financiación de las candidaturas.

En México se acumulan las tensiones

En México, el desarrollo industrial de los años sesenta y setenta seguía transformando al país, congestionando sus ciudades y creando una masa cada vez más difícil de integrar al sistema casi monopartidario existente. La educación, pese a los siempre graves déficits en el nivel de alfabetización y en el primario, producía en sus ciclos secundario y universitario estratos sociales que no conseguían con facilidad la ocupación acorde con sus aspiraciones. El contraste entre ambos factores no podía menos que generar resentimientos en amplios núcleos de clase media, notables sobre todo en el nivel de los estudiantes universitarios. El fenómeno, generalizado en América Latina y en el Tercer Mundo, en México tomaba formas peculiares (también presentes en Brasil) por la coexistencia, lado a lado, de zonas de amplia expansión económica y posibilidades de empleo, con otras mucho más estancadas. Las comparaciones y las consiguientes frustraciones eran mucho más extendidas en esos dos países que en otros, como Chile o Argentina,

donde el nivel de crecimiento tanto de la economía como de la educación era mucho menor, aunque partían de niveles más altos.

La explosión ocurrió en 1968, bajo el influjo de la rebeldía juvenil del mayo parisino. Una protesta estudiantil pasó de los temas universitarios a los generales, buscando sentar las bases de cambios más trascendentes en el país, al que se percibía como una más de las varias dictaduras latinoamericanas. Un conflicto con la policía terminó en una masacre, que quedó grabada a fuego en la memoria colectiva del país. La reacción de amplios sectores de la opinión pública y del propio gobierno propició una reconsideración de los métodos usados por el oficialismo, al que largos decenios de ejercicio del poder habían enrigidecido.

El propio ministro del Interior Luis Echeverría, responsable en última instancia del mantenimiento del orden, y por lo tanto considerado culpable, evolucionó hacia posiciones más aperturistas, y por ello fue elegido para representar a su partido en las siguientes elecciones, realizadas en 1970. Su sexenio (1970-1976), que generó grandes esperanzas de cambio, llevó al poder a un grupo renovador, que —según las pautas ya canónicas en ese país— aunque cooptado por el sistema contribuyó a realizar cambios de importancia en él.

Las siguientes presidencias, la de José López Portillo (1976-1984) en particular, se beneficiaron con los efectos del boom petrolero, no sólo por el descubrimiento de nuevos yacimientos, sino por los altos precios internacionales. Durante el sexenio de Miguel de la Madrid (1984-1990) fue necesario ajustarse al descenso de los precios del oro negro, que alteró todas las relaciones económicas. Co-

menzó a hacerse evidente que el sistema de intenso intervencionismo estatal y protección a rajatabla de la industria nacional, que en un comienzo había sido un estímulo al desarrollo, ahora se había convertido en un impedimento. Algo parecido ocurría con el sistema de explotación agraria en manos de pequeñísimas unidades familiares, y la constante amenaza de expropriación que pendía sobre cualquier empresa rural exitosa. No era fácil introducir cambios en estos delicados temas, muy ligados a la ideología revolucionaria y a las emociones colectivas, pero se dieron los primeros pasos en esa dirección.[20]

NOTAS

[1] François Bourricaud, *Poder y sociedad en el Perú contemporáneo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1967; Francisco Miró Quesada, *La ideología de Acción Popular*, Lima, Tipografía Santa Rosa, 1964; A. Dietz, "Political Participation in the Barriadas: An Extension and Reexamination", en: *Comparative Political Studies* 18, 3, octubre de 1985, pp. 323-355; José Matos Mar, *Yanaconaje y reforma agraria en el Perú*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1976.

[2] Teobaldo Pinzas García, *La economía peruana, 1950-1978: un ensayo bibliográfico*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1981; Cynthia McClintock y Abraham Lowenthal (comps.), *El gobierno militar: una experiencia peruana, 1968-1980*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1983; José Matos Mar *et al.*, *Perú, hoy*, México, Siglo XXI, 1971; Vivián Trías, *Perú: Fuerzas Armadas y revolución*, Montevideo, Banda Oriental, 1971; Víctor Villanueva, *Nueva mentalidad militar en Perú*, Buenos Aires, Replanteo, 1969; Alfred Stepan,

The State and Society: Peru in Comparative Perspective, Princeton, Princeton University Press, 1978; Aníbal Quijano, *Nacionalismo, neoimperialismo y militarismo en el Perú*, Buenos Aires, Periferia, 1971; Oscar Delgado, *El proceso revolucionario peruano: testimonio de lucha*, México, Siglo XXI, 1972.

[3] James M. Malloy y Richard Thorn (comps.), *Beyond the Revolution: Bolivia since 1952*, Pittsburgh, Pittsburgh U.P., 1971; Herbert Klein, *Bolivia: The Evolution of a Multiethnic Society*, Nueva York, Oxford University Press, 1982; Mario Rolón Anaya, *Política y partidos en Bolivia*, La Paz, Librería Editorial Juventud, 1966; Guillermo Lora, *De la Asamblea Popular al golpe fascista*, Buenos Aires, El Yunque, 1972.

[4] Domingo Rivarola, *Estado, campesinos y modernización agrícola en Paraguay*, Asunción, Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, 1982; Werner Baer y Melissa Birch, "La expansión de la frontera económica: el crecimiento paraguayo en los años setenta", en: *Revista Paraguaya de Sociología*, año 20, núm. 58, septiembre-diciembre de 1983; Fran Gillespie, "Comprehending the Slow Pace of Urbanization in Paraguay between 1950 and 1972", en: *Economic Development and Cultural Change*, año 31, núm. 2, enero de 1983, pp. 355-375.

[5] Maria Vitória de Mesquita Benevides, *O governo Kubitschek: desenvolvimento económico e estabilidade política*, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1976, y *O governo Jânio Quadros*, 2ª ed., San Pablo, Brasiliense, 1982; Mário Beni, *Adhemar*, San Pablo, Grafikor, s/f.

[6] En el interior de Brasil se llamaba "coroneles" a los grandes terratenientes locales, o a otros notables, desde el siglo pasado, cuando esos individuos eran en general los seleccionados para ser coroneles de las milicias locales. Véase Francisco Weffort, *O populismo na política brasileira*, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1978; Muniz Bandeira, *O governo João Goulart: as lutas sociais no Brasil*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 1977.

[7] Thomas Skidmore, *Politics in Brazil, 1930-1964: An Experiment in Democracy*, Nueva York, Oxford University Press, 1967.

[8] Leoncio Martins Rodrigues, *Conflito industrial e sindicalismo em Brasil*, San Pablo, Difel, 1966; Hélio Jaguaribe, *Brasil: crisis y alternativas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976; Vamireh Chacon, *História das idéias socialistas no Brasil*, 2ª ed., Fortaleza/Río de Janeiro, UFC y Civilização Brasileira, 1981; Irving L. Horowitz, Josué de Castro y John Gerassi (comps.), *Latin American Radicalism*, Nueva York, Random House, 1969; Michael L. Conniff, *Latin American Populism in Comparative Perspective*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1982.

[9] Denis de Moraes, *A esquerda e o golpe de 64*, 2ª ed., Río de Janeiro, Espaço e Tempo, 1989; Carlos Castello Branco, *Os militares no poder*, 3 vols., Río de Janeiro, Nova Fronteira, 1977-1979; Alfred Stepan, *The Military in Politics: Changing Patterns in Brazil*, Princeton, Princeton University Press, 1971 y su compilación *Authoritarian Brazil*, New Haven, Yale University Press, 1973; Ronald Schneider, *The Political System of Brazil: Emergence of an Authoritarian "Modernizing" Regime, 1964-70*, Nueva York, Columbia University Press, 1971; Peter Flynn, *Brazil: A Political Analysis*, Boulder, Co., Westview Press, 1978.

[10] Eugenio Kvaternik, *El péndulo cívico-militar: la caída de Illia*, Buenos Aires, Tesis-Instituto Di Tella, 1990; Guillermo O'Donnell, *Modernización y autoritarismo*, Buenos Aires, Paidós, 1972, y *El Estado burocrático-autoritario, 1966-1973*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982; Roberto Baschetti (comp.), *Documentos de la resistencia peronista, 1955-1970*, Buenos Aires, Puntosur, 1988.

[11] Juan Carlos Agulla, *Diagnóstico social de una crisis: Córdoba, mayo de 1969*, Córdoba, Editel, 1969; Francisco Delich, *Crisis y protesta social: Córdoba 1969-1973*, México, Siglo XXI, 1974; Beba C. y Beatriz S. Balvé, *El 69: huelga política de masas*, Buenos Aires, Cicso-Contrapunto, 1989.

[12] Juan José Hernández Arregui, *Peronismo y socialismo*, Buenos Aires, Ediciones Hachea, 1972; Oscar Terán, *Nuestros años sesentas: la formación de la nueva*

Izquierda Intelectual en la Argentina, 1956-1966, Buenos Aires, Puntosur, 1991; Guido Di Tella, *Perón-Perón*, Buenos Aires, Sudamericana, 1983; Juan Carlos Torre, *Los sindicalistas en el poder: 1973-1976*, Buenos Aires, Cedal, 1983.

[13] Alain Joxe, *Las Fuerzas Armadas en el sistema político de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1968; Norbert Lechner, *La democracia en Chile*, Buenos Aires, Signos, 1970; Ted Córdova-Claure, *¿Chile sí?*, Buenos Aires, De la Flor, 1973; Manuel Castells, *La lucha de clases en Chile*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1974; Arturo Valenzuela, *Chile*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1976.

[14] Carlos Waisman, *Reversal of Development in Argentina: Postwar Counterrevolutionary Policies and Their Structural Consequences*, Princeton, Princeton University Press, 1987; Paul H. Lewis, *The Crisis of Argentine Capitalism*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1990; Donald Hodges, *Argentina, 1943-1987: The National Revolution and Resistance*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1987; Daniel James, *Resistance and Integration: Peronism and the Argentine Working Class, 1946-1976*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988.

[15] Douglas Chalmers, Atilio Borón y Maria do Carmo Campelo de Souza, (comps.), *The Right and Democracy in Latin America*, Nueva York, Praeger, 1991.

[16] Carlos Bañales y Enrique Jara, *La rebelión estudiantil*, Montevideo, Arca, 1968; Roberto Copelmayer y Diego Diaz, *Montevideo, 1968: la lucha estudiantil*, Montevideo, Diaco, 1969; Eleuterio Fernández Huidobro, *Historia de los tupamaros*, 3 vols., Montevideo, Tae, 1986-1987; *Actas Tupamaras*, 3ª ed., México, Diógenes, 1981.

[17] Paralelamente se realizó un plebiscito para decidir acerca de la posible reelección de Pacheco Areco. Esta propuesta consiguió prácticamente la misma cantidad de votos que la lista de Ferreira Aldunate (aproximadamente 25%). El victorioso Bordaberry obtuvo unos pocos puntos porcentuales menos que Ferreira, pero llegó a la presidencia gracias a la Ley de Lemas.

[18] Gustavo Varela, *De la República liberal al Estado militar*, Montevideo, Nuevo Mundo, 1988.

[19] Howard R. Penniman, *Venezuela at the Polls: The National Elections of 1978*, Washington, American Enterprise Institute, 1980; *Politeia/1980*, Caracas, Instituto de Estudios Políticos, Universidad Central de Venezuela, 1980; Steve Ellner, *Los partidos políticos y su disputa por el control del movimiento sindical en Venezuela, 1936-1948*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1980.

[20] Roger Hansen, *La política del desarrollo mexicano*, 8ª ed., México, Siglo XXI, 1978; José Luis Reyna y Richard Weinert (comps.), *El autoritarismo en México*, México, 1981.

VI. EL CALDERO DE AMÉRICA CENTRAL Y EL CARIBE

GUATEMALA

LA SITUACIÓN en Guatemala, esa especie de Bolivia de la América Central, era, como en el país andino, muy grave en cuanto a acumulación de tensiones sociales durante la Segunda Guerra Mundial. Un sector de jóvenes oficiales, en muchos sentidos semejantes a los salvadoreños, pero algo más influidos por el ambiente de democratización que se perfilaba para la posguerra, tomó el poder, derrocando a Ubico en 1944. Inmediatamente llamaron al prestigiado maestro Juan José Arévalo, de ideas socialistas, exiliado en Argentina. Al año siguiente llegó a la presidencia mediante elecciones libres (1945-1950), para inaugurar un período de intensas reformas sociales, protagonizadas por el Partido Revolucionario Guatemalteco. El poder fue compartido por los militares y los sectores civiles más izquierdistas.

La sucesión presidencial llevó a la primera magistratura al coronel Jacobo Arbenz, ya perfilado como hombre fuerte del régimen, y cada vez más volcado hacia la izquierda, mientras el comunista Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT) jugaba un importante papel en la movilización popular. Se implementó una reforma agraria profunda, que afectó sobre todo a las grandes compañías bana-

neras (ya diversificadas hacia el azúcar y el algodón) y a latifundistas nacionales.
La reacción llegó desde el exterior, con fuerte apoyo norteamericano. Una tropa poco numerosa, equipada desde Honduras, invadió el país al mando del coronel Carlos Castillo Armas. Las Fuerzas Armadas nacionales, que en su mayoría asistían con aprehensión a los cambios que se estaban introduciendo, así como a su orquestación por parte del PGT, no resistieron; antes bien, se plegaron al cambio. De esta manera, también con apoyo del sindicalismo norteamericano, se instauró el régimen de Castillo Armas, fuertemente sostenido por la derecha local, que armó una estructura partidaria, el Movimiento de Liberación Nacional (MLN). En 1957 una bala terminó con la vida del coronel invasor, que fue sucedido por el general Miguel Ydigoras Fuentes (1958-1963), derribado luego por otro movimiento de las Fuerzas Armadas, decididas ahora a ejercer el poder directamente, dentro de un modelo de tipo brasileño o argentino.

En gran parte de América Central los años sesenta y setenta asistieron al crecimiento aparentemente inexorable de un terrorismo de Estado, acompañado de una muy fuerte guerrilla, con características más dramáticas aún que en la mayor parte del resto del continente.

En Guatemala, después del "Gobierno de las Fuerzas Armadas" (1963-1966), que combatió con cierto éxito a una guerrilla iniciada por dos miembros del mismo ejército (los tenientes Luis Turcios y Marco Antonio Yon Sosa), se realizaron elecciones honestas en las que el Partido Revolucionario, de raíces arevalistas, llevó al gobierno, si no al poder, a Julio César Méndez Montenegro, una pálida reproducción de su mentor. Éste fue, de hecho,

presa de las Fuerzas Armadas, que prácticamente cogobernaron, prohibiendo cualquier revisión de los excesos cometidos durante sus actividades antisubversivas. El terrorismo de Estado no disminuyó, y terminó provocando el total desprestigio del Partido Revolucionario, que quedó convertido en un sello de goma, y cuyos elementos más consecuentes se apartaron y formaron el Partido Social Demócrata.

En la renovación de 1970 la derecha se presentó con una alianza entre el MLN y un nuevo Partido Institucional Democrático (PID), accediendo al poder con el coronel Carlos Arana Osorio, de distinguidos antecedentes en la lucha contra la guerrilla. La oposición estaba dividida entre el poco efectivo Partido Revolucionario, el emergente Partido Social Demócrata, y el Partido Demócrata Cristiano, donde ahora se concentraban las fuerzas reformistas. Ante una continuada seguidilla de desapariciones y abusos por ambos lados en una interminable guerra de guerrilla, el fraude llevó al poder a un colaborador de Arana, el general Kiel Laugerud García (1974-1978).

Cuando llegó el momento del siguiente ritual democrático, en 1978, la opinión daba por seguro ganador al general Efraín Ríos Montt, un militar convertido al protestantismo fundamentalista, apoyado por la Democracia Cristiana. El fraude fue tan evidente que no pudo evitar la generación de fuerzas de protesta en la misma institución armada, mientras se intensificaba la resistencia popular. La silla presidencial fue ocupada, de todos modos, por otro discípulo de Arana Osorio, el general Romeo Lucas García (1978-1982). Bajo su gobierno se produjo el asesinato del antiguo ministro de Méndez Montenegro, Alberto Fuentes Mohr,

así como de numerosos curas rurales, lo que significaba traspasar el límite. Fue así que la represión fue incapaz de controlar las protestas de los más diversos sectores sociales, lo que recuerda en algún sentido la situación boliviana de fin del autoritarismo en esos mismos años.

El acosado régimen militar ganó la renovación de 1982, si bien —y es significativo— se vio obligado a enfrentar no sólo al Partido Demócrata Cristiano sino a otros dos grupos de derecha: el más ortodoxo MLN, y una llamada Central Auténtica Nacional (CAN), que nucleaba a los que se consideraban verdaderos continuadores de las tesis de seguridad nacional del coronel Arana. La falta de legitimidad provocó otra vuelta de tuerca en el "caos militar": un golpe de Estado sin derramamiento de sangre ofreció el poder al general Ríos Montt, al que ocho años antes se le había robado la designación cuando la Democracia Cristiana lo había propuesto al electorado.

Aunque ahora los militares adoptaban el papel de reivindicadores y justicieros, era un poco tarde para que se les creyera. La designación de Ríos Montt, de todos modos, parecía implicar un serio paso en dirección a una renormalización de la sociedad y la política guatemaltecas. No fue así, sin embargo. El presidente trató de gobernar de manera más efectiva ofreciendo una alianza al MLN, principal formación de la derecha. Disolvió el Congreso y nombró ejecutivamente a todos los alcaldes, mientras tenía lugar un genocidio que se extendía a las zonas puramente indias, donde la población participaba cada vez más en la guerrilla por falta de otras alternativas de protesta.

Buscando otra salida, las Fuerzas Armadas tomaron nuevamente las riendas del poder, un año después de estos experimentos, poniendo el Ejecu-

tivo en manos del grupo de discípulos ortodoxos de Arana, mezclados con elementos de nacionalismo. Esta mezcla enfrentó a importantes sectores de la opinión pública norteamericana, además de los que ya consideraban inadmisibles las continuadas violaciones de los derechos humanos. Después de tres años en el poder, usados para liquidar de manera casi total los focos guerrilleros que aún sobrevivían, el régimen convocó a elecciones libres, en las que el democristiano Vinicio Cerezo se impuso a varios rivales de derecha. Pero al terminar su mandato el electorado se pronunció a favor de uno de los aspirantes conservadores: Jorge Serrano. Como resultado de todos estos afanes, el sistema partidario guatemalteco parece polarizarse entre una derecha mayoritaria, dividida en tres ramas, y una izquierda moderada, bajo orientación democristiana con aliados socialdemócratas.[1]

El Salvador

En El Salvador, como vimos, en 1944 tomó el poder por unos pocos meses un movimiento militar reformista, que fue derrocado para reconstituir el autoritarismo clásico, aunque con poca estabilidad. A los cuatro años una nueva expresión de descontento entre la oficialidad joven proclamó la "Revolución de 1948", esta vez determinada a retomar una línea progresista aunque con tintes autoritarios sin permitir una reversión del proceso como en la ocasión anterior. Uno de los objetivos fue controlar a las organizaciones paramilitares y a las policías nacional y rural (Guardia Nacional).

Los ministerios fueron confiados a jóvenes tecnócratas civiles, y se formó como órgano oficial, con algún apoyo popular, un Partido Revolucionario de Unidad Democrática (luego convertido en Partido de Conciliación Nacional, PCN), débil calco del PRI mexicano.

La primera presidencia bajo este régimen (Oscar Osorio, 1950-1956), sin oposición, fue sucedida por otra bajo el coronel José María Lemus, teóricamente con el 93% del electorado a su favor. Ya por entonces la preocupación por la subversión comunista tomó prioridad, especialmente desde el acceso de Fidel Castro al poder. La represión excedió los niveles considerados admisibles para la época, y un movimiento combinado de inspiración cívica y militar derrocó al régimen en 1960, sólo para provocar a los pocos meses otro contragolpe que restituyó el funcionamiento de los herederos de la "Revolución de 1948" y de su rebautizado Partido de Conciliación Nacional, a través del cual siempre se expresaba de alguna manera un sector reformista de las Fuerzas Armadas, oscilante entre promover reformas y controlar a los que sintieran demasiado entusiasmo por ellas.

Hacia fines de los años sesenta la oposición comenzó a tener más fuerza, y en 1972 los Democristianos (PDC), los socialdemócratas del Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) y los procomunistas de la Unión Democrática Nacional (UDN) se coaligaron en la Unión Nacional Opositora (UNO), que llevaba a José Napoleón Duarte como candidato, con el udenista Guillermo Ungo como compañero de fórmula. La derecha estaba dividida entre el oficialista Partido de Conciliación Nacional (PCN), intentando salidas parcialmente reformistas, y el más duro Frente Unido Democrático Indepen-

diente (FUDI), que consideraba que el gobierno estaba siguiendo los pasos de Kerensky hacia el abismo. La larga campaña presidencial caldeó los ánimos, y estuvo acompañada por una ola de terrorismo y asesinatos, incluso de miembros de las clases altas, muchos de ellos ligados a la Democracia Cristiana. Aunque las elecciones habían sido fraudulentas y los opositores afirmaban haber obtenido más votos que el oficialismo, éste se apresuró a considerar victorioso a su candidato. La oposición amenazó con una huelga general, que no se concretó. Pero lo que sí ocurrió, según la pauta ya clásica en el comportamiento de las Fuerzas Armadas dentro de esta "anarquía militar", fue un intento de golpe, que el gobierno consiguió dominar, con el decidido apoyo de la policía y la Guardia Nacional (rural), que bombardearon las posiciones rebeldes, causando un centenar de muertos (marzo de 1972).

Duarte, que se había apresurado a dar su apoyo al movimiento rebelde, debió asilarse inmediatamente en una embajada. Luego de vencido el levantamiento se aplicó la ley marcial y comenzó otra ola de terror, semejante a la que, con alternancias, seguiría afectando al país durante las próximas dos décadas, con escuadrones de la muerte que liquidaban opositores o meros sospechosos, sin ningún tipo de juicio previo. Paralelamente, se formaron las Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí (FPL) y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Ahora nadie estaba exento de los ataques de alguno de los dos bandos en lucha, y el pertenecer a la clase alta, al clero o al reformismo moderado no significaba ya, como hasta entonces, una garantía de inmunidad ante los ataques oficialistas.

Por otra parte, la represión indiscriminada afectó cada vez más al campesinado. La situación rural

se había complicado debido al gran desarrollo del litoral sur, antes de difícil acceso y ahora transformado en gran emporio algodonero, con la consecuente expulsión de campesinos que habían gozado de tenencias u ocupaciones consuetudinarias. El síndrome de 1932 parecía retornar.

Las autoridades eclesiásticas, en general muy moderadas, se plegaron cada vez más a una resistencia civil que, a pesar de la violencia, seguía teniendo áreas donde poder expresarse y reunirse, aunque a riesgo de sus vidas. La asunción de la presidencia en Estados Unidos por Jimmy Carter (1977-1981) y la caída de Somoza en Nicaragua (1979) fueron la inscripción en la pared que sólo los ciegos se negaron a ver. Un amplio sector militar la percibió, y mediante un golpe de Estado derrocó en 1979 la tiranía y estableció una Junta, con participación en el gabinete de democristianos, socialdemócratas e incluso simpatizantes comunistas. Pronto una serie de movimientos desplazó a los izquierdistas y a sus amigos militares a comienzos del nuevo año de 1980.

Los servicios de seguridad de Estados Unidos se mostraban muy preocupados, pues consideraban a El Salvador como la siguiente pieza del dominó que caería luego de Nicaragua y poco antes que la igualmente tambaleante Guatemala. Ejercido por juntas cuya composición, así como la de sus gabinetes, cambiaba constantemente, el gobierno militar era el resultado efímero de la relación de fuerzas entre facciones que favorecían la represión y otras que buscaban cooptar a los rebeldes con reformas sociales. José Napoleón Duarte, jefe del ala más moderada de la Democracia Cristiana, mantuvo su participación en el régimen, aun en períodos en que los desaparecidos excedían los varios centenares

por mes. La rebelión seguía en toda su fuerza, con un sector decididamente guerrillero, y otro más orientado hacia la acción de masas, con organizaciones sindicales, de pobladores barriales y de campesinos, todos los cuales convergieron en una alianza táctica, el Frente Democrático Revolucionario.

Las presiones de Estados Unidos, bajo la presidencia de Carter, forzaron al régimen a sancionar leyes de reforma agraria muy radicales que nunca se aplicaron a fondo. Sin embargo, miles de campesinos consiguieron de esta manera acceso a la tierra, lo que disminuyó la simpatía popular por la guerrilla. En 1982, la Junta llevó a Duarte a ejercer una presidencia provisional y convocó a elecciones para una Asamblea Constituyente. Estas elecciones dieron la victoria a una alianza entre el viejo Partido de Conciliación Nacional (PCN) y una nueva organización dirigida por el mayor Roberto D'Aubuisson, calificado por el embajador norteamericano como "un criminal compulsivo",[2] pese a lo cual, tenía —y siguió teniendo— bastante popularidad, en parte por la reacción de muchos campesinos y de sectores populares urbanos ante la violencia de que también hacían gala los guerrilleros. La anarquía militar, de todos modos, continuaba.

Después de sancionada la nueva Carta por la Asamblea Constituyente, se convocó a elecciones, con el triunfo de José Napoleón Duarte, que así veía coronados años de esfuerzo tratando de penetrar en las esferas de poder a través de su cooperación con ese contradictorio régimen. Su gobierno (1984-1989) no fue mucho menos contradictorio, ya que se vio obligado a llevar adelante la más dura represión contra toda organización popular que mostrara simpatía por la guerrilla, mientras las

condiciones económicas no le daban mucho espacio para reformas sociales.

Cuando llegó el momento de renovar las autoridades, la Democracia Cristiana estaba obviamente muy desgastada por su inefectivo ejercicio del poder. El cansancio de muchos los llevaba a probar una salida constitucional de derecha. Ésa fue la solución victoriosa, nada menos que para el partido inspirado por D'Aubuisson, ARENA, que para renovar su imagen llevaba como candidato a un joven empresario, Alfredo Cristiani (1989).

Bajo el nuevo régimen conservador la guerra civil continuó. Aunque la guerrilla controlaba amplias zonas, veía sin embargo diluirse la posibilidad de una victoria decisiva, del estilo de la que había ocurrido en Nicaragua. Finalmente, ocurrió lo inesperado: negociaciones entre el gobierno y los guerrilleros llevaron a un acuerdo de pacificación, por el cual se otorgaban mutuas amnistías y olvido de lo actuado, y se abría el camino para una acción política legalizada de los sectores revolucionarios.

Aunque tal vez parezca un poco prematuro juzgar el éxito de esta estrategia, ella parece ser un caso de aplicación de lo que puede llamarse la "ley de Nixon en China", según la cual son los principales oponentes a una determinada política quienes, una vez que la adoptan, aparecen como los más capacitados para llevarla a cabo con éxito. Quienes genuinamente creían en ella se veían bloqueados, precisamente, por el grupo político que más duramente se les oponía. Al convertirse éste, nadie queda ya para resistir al cambio. Claro está que no siempre resulta clara la razón por la que un determinado dirigente o grupo social, en una coyuntura dada, súbitamente cambia de estrategia. Si lo hace, es para seguir intentando a la larga sus objetivos

básicos, o bien porque prefiere asegurarse una parte de lo que pretende, para no perder todo. La posibilidad de ser derrocado violentamente si no se toman a tiempo medidas de conciliación se torna a veces evidente, y los ejemplos de lo que les ocurre a quienes no saben leer los signos de los tiempos están últimamente a la orden del día.

HONDURAS

Por contraste con la "boliviana" Guatemala, Honduras tenía características más bien "a la paraguaya", es decir que las tensiones sociales en su seno eran mucho menores. La dictadura de Carías terminó en 1948, ante el nuevo ambiente internacional, dando lugar a un sucesor que se decidió a abrir un tanto el panorama político, de tal manera que finalmente, en 1957, accedió a la presidencia el liberal progresista Ramón Villeda Morales (1957-1963), que fue inclinándose cada vez más hacia posiciones de izquierda.

El sucesor casi seguro sería su correligionario, acusado de procomunista, Modesto Rodas. Pero los militares intervinieron poco antes de los comicios, combinando, como en Perú hacia esa misma época, su desconfianza hacia las consultas populares con sus deseos de introducir reformas sociales. Fue así como el coronel Oswaldo López Arellano inició su actuación con una orientación "nasserista" o "peruanista", para pronto evolucionar hacia la derecha, luego de lo cual logró ser legalizado fraudulentamente como presidente por el Partido Nacional (1965-1971).

Durante su gobierno tuvo lugar la "Guerra del Fútbol" contra El Salvador, estimulada por la irritación que causaba en Honduras la gran cantidad de inmigrantes (principalmente económicos, pero también políticos) salvadoreños. El fin de la guerra fue seguido por la expulsión masiva de los vecinos, lo que ascendió al rojo la temperatura política en el pequeño país del Pacífico, pero descomprimió muchas presiones en Honduras.

A fines de 1972 ocurrió otro golpe, que como el de 1963 comenzó con intenciones reformistas y proyectos de reforma agraria, luego reencauzados en cooperación con el derechista Partido Nacional. De todos modos, la nueva experiencia autoritaria contrastó con las de los países vecinos, pues aunque hubo abusos y torturas, éstos fueron mucho menos numerosos. Por otra parte, sólo de manera esporádica hubo actividades guerrilleras.

Este autoritarismo estable duró nueve años (1972-1981), y después de un minigolpe interno que desplazó al sector más "peruanista" se orientó hacia una salida electoral, primero para Asamblea Constituyente y luego para presidente, en la que venció por amplio margen el liberal Roberto Suazo Córdova, del ala derecha de su agrupación. Con ello se inauguró una sucesión de presidentes civiles con hegemonía liberal.

El sistema electoral hondureño, semejante al uruguayo con su "Ley de Lemas", facilita la proliferación de facciones, que permanecen unidas por la conveniencia de sumar sus votos en los comicios. Por esta o por otras razones, entre los dos partidos tradicionales suman más del 90% de los votos, dejando poco espacio para una Democracia Cristiana dividida o para la izquierda, que incluye un sector socialdemócrata escindido del liberalismo,

mientras que otro de la misma orientación permanece fiel al viejo partido. El sindicalismo busca oponerse a la política oficial, y al igual que la prensa tiene condiciones para actuar con cierta libertad, aunque no posee mucha fuerza ni es influyente en el campo partidario. Existen tres centrales sindicales: una de orientación marxista, otra socialcristiana y una tercera socialdemócrata, que se han traspasado el predominio de una a otra más o menos en ese orden. Resulta muy significativo que, como en otros países del área, la rotación de partidos en el gobierno comienza a ser un hecho.[3]

NICARAGUA

En Nicaragua la atmósfera de liberalización que acompañó el fin de la Segunda Guerra Mundial forzó a una apertura. Somoza, que había comenzado por cultivar el apoyo comunista en 1944, enfrentó una agitación incontenible en la opinión pública civil y aun en la Guardia Nacional por la renovación presidencial. Obligado a ceder, permitió la candidatura de un anciano y posiblemente controlable político conservador. Cuando éste llegó a ejercer el Ejecutivo se tomó en serio sus atribuciones, nombrando antiguos opositores en los ministerios, lo que le valió un golpe de Estado al mes de su inauguración (1945). El período de encontrar sustitutos terminó en 1948, cuando un tío del hombre fuerte fue designado por el Congreso, pero murió a los dos años.

Mientras tanto, Somoza, cada vez más convertido en dueño de un importante sector de la

economía nacional, actuaba como cuidadoso patrón, promotor del desarrollo y de ingentes negocios en su provecho, en lo que algunos han llamado una suerte de "acumulación primitiva", mientras trataba además de imitar algunas actitudes de promoción del bienestar social, que tenían éxito en regímenes autoritarios en búsqueda de legitimación. Como Somoza provenía formalmente del Partido Liberal, en cuyas filas había militado ya desde los años veinte, y muchas de cuyas estructuras había heredado, la principal oposición se nucleó durante mucho tiempo en el Partido Conservador. El partido de gobierno se denominaba Liberal Nacionalista, aunque siempre hubo sectores disidentes del viejo tronco que lo enfrentaban.

El régimen pudo sobrevivir a la muerte de su fundador, a través de las presidencias de Luis Somoza (1957-1963), hijo del creador de la dinastía, y del muy confiable René Schick (1963-1967), después de la cual le correspondió el turno a Anastasio (h) (1967-1971). Con éste, sin embargo, se inició un proceso cada vez más personalizado que culminó con la victoria revolucionaria de 1979.

Como en la República Dominicana y en otros países del istmo, la fuerza armada nicaragüense llevaba el nombre de Guardia Nacional, producto del papel jugado por Estados Unidos en su creación, según el cual no se necesitaba un verdadero Ejército, sino que había que concentrarse en las funciones de policía. Por motivos obvios, los Somoza siempre temieron el desarrollo de un cuerpo militar muy profesionalizado y prestigiado, pero con ello debilitaban su capacidad de resistencia para el día —realmente no previsto—

de que una fuerza guerrillera muy bien armada se les enfrentara. El excesivo predominio de la familia reinante terminó por enajenarles el favor de una buena parte de la burguesía nacional, ahogada ante los negocios de la elite que giraba en torno de la dictadura. El desarrollo capitalista, por otra parte, basado en el algodón y el azúcar, empujaba a considerables sectores campesinos a una proletarización que alimentaba la protesta social.

Una primer señal de que no todo estaba bajo control se dio en 1967, cuando los conservadores, los liberales independientes y los socialcristianos formaron la Unión Nacional de la Oposición (UNO) para oponerse al retorno de un Somoza al poder después de la etapa algo aperturista de René Schick (1963-1967). En esa oportunidad, durante la campaña electoral una gran manifestación fue baleada por las fuerzas de seguridad, provocando quinientos muertos.

De esta manera accedió a la presidencia Anastasio hijo, y al finalizar su primer período, en 1971, intentó cooptar al conservadorismo más dialoguista, o "zancudo", dando el gobierno a un triunvirato bajo dirección de un miembro de ese grupo, pero reteniendo él mismo la jefatura de la Guardia Nacional. Consiguió de este modo romper, por el momento, la unidad de la oposición. Pero en 1973, al volver al poder, se aceleró la cuenta regresiva, en el fondo ya iniciada con el terremoto de 1972, en cuya reconstrucción el peculado de los círculos palaciegos excedió todo límite, produciendo una profunda división en la clase dominante.

El Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) fue creado en el exilio, en Honduras, en 1961, bajo la dirección de Carlos Fonseca Amador, Silvio

Mayorga y Tomás Borge, este último el único que sobrevivió hasta la victoria en 1979. Los primeros años fueron de escasa actividad, probando tácticas de foco rural en el este deshabitado que no dieron mucho resultado, diversificando luego las acciones, hasta incluir un exitoso copamiento durante una recepción al cuerpo diplomático extranjero (1974) que obligó al gobierno a entregar un rescate y permitir la difusión pública de consignas rebeldes.

La discusión en el FSLN acerca de la estrategia a aplicar dio lugar a una división en tres facciones, que por algunos años actuaron separadamente:

a) La Tendencia Proletaria insistía en una concepción estrictamente marxista leninista y en organizarse sobre la base de la clase obrera. Jaime Wheelock, Luis Carrión y Carlos Núñez figuraban entre sus principales dirigentes.

b) La línea Guerra Popular Prolongada prefería una táctica de focos rurales que no podía menos que llevar un largo período de tiempo antes de fructificar, circunstancia para la cual había que prepararse. Tomás Borge era su principal representante.

c) La línea Insurreccional, también llamada Tercerista, favorecía un levantamiento masivo, basado en una convergencia interclasista lo más amplia posible, aun cuando los sectores proletarios y campesinos eran los únicos que, se pensaba, iban a ser consecuentes hasta el final. Daniel y Humberto Ortega capitaneaban este grupo, que fue el que predominó y dirigió efectivamente la revolución después de reunificarse con las otras fracciones.

En 1977, coincidiendo con un infarto de Somoza, se inició la fase más masiva de la insu-

rrección, y la convergencia con grupos opositores moderados o aun de derecha. Una huelga general consiguió gran apoyo, aunque el sindicalismo, en parte oficialista y en parte moderado o comunista, no estaba muy implicado en la campaña guerrillera.

En enero de 1978 fue asesinado el director del diario *La Prensa*, Pedro Joaquín Chamorro, lo que contribuyó a decidir a importantes sectores de la burguesía que ya no se podía confiar en la capacidad del gobierno para controlar a sus propios extremistas. Tampoco a los guerrilleros, que ese mismo año llegaron a ocupar el Palacio Nacional durante breves horas. Finalmente, un importante empresario, Alfonso Robelo, formó el Movimiento Democrático Nicaragüense (MDN), y convergió con sectores empresarios y políticos, y con la viuda de Chamorro, Violeta, en una acción que incluía paros patronales y una coalición con los sandinistas.

Los signos de nuevos tiempos se hacían más frecuentes. Desde ya, la numerosa grey de la Teología de la Liberación se sumaba a la guerrilla, los obispos declaraban el derecho del pueblo a la rebelión y, para completar el panorama, el gobierno de Carter decidió suspender el envío de armas. Nada faltaba ya, pese a lo cual Somoza aún pretendió jugar una última carta: solicitó a Washington que si se llegaba a un acuerdo en torno de su retiro, el poder fuera entregado a una Junta con participación de la Guardia Nacional y de su partido, el Liberal Nacionalista, lo que pareció muy razonable a las autoridades norteamericanas. No así a los rebeldes, y finalmente Estados Unidos dio su venia y todo terminó, con la ocupación de la capital en julio de 1979, en medio de una muy amplia protes-

ta armada, combinada con paros obreros y cívicos, independientes de la organización guerrillera pero convergentes con ella.[4]

Al principio el gobierno revolucionario de Nicaragua estableció una Junta en que compartían el poder la izquierda guerrillera y los aliados moderados o burgueses (1979). La convivencia fue difícil, y la polarización muy intensa. Entre los sandinistas, a pesar de las tendencias algo populistas de los hermanos Ortega, la ideología marxista leninista empujaba a reproducir el modelo cubano y a terminar con la pluralidad de partidos y las libertades concedidas a la facción de derecha. Por otro lado, entre los componentes moderados del régimen se esperaba que pronto, una vez introducidas algunas medidas de reforma agraria, se volviera a un modelo de desarrollo básicamente capitalista, a la mexicana. Con la intensificación de la movilización popular, los sectores ajenos al núcleo central sandinista fueron quedando relegados.

A la oposición dispuesta a luchar desde adentro se sumó un sector de exiliados, que incluía a antiguos somozistas y miembros de la Guardia Nacional, todo lo cual contribuyó a dar un considerable caudal al movimiento conocido como "Contras", establecido principalmente en Honduras pero con apoyo militar y económico de Estados Unidos. Internamente, el gobierno, con una política cada vez más radicalizada, intentó dar pasos agigantados hacia una economía socialista, pero no estaban dadas las condiciones para el éxito. El embargo económico impuesto por Estados Unidos contribuyó poderosamente a ello, aunque no debe descartarse el deterioro producido por un ataque frontal a los antiguos mecanismos de

acumulación y de disciplina del trabajo, que no fueron sustituidos por otros de parecida eficacia.

Las elecciones realizadas en 1984 dieron una gran victoria al sandinismo, en condiciones que los partidos opositores y gran parte de la opinión independiente juzgaron poco competitivas. La presión en favor de una evolución en sentido marxista-leninista hacia el sistema de partido único se hizo sentir con fuerza, y llevó entre otras cosas al cierre del prestigioso diario *La Prensa*. Sin embargo, la resistencia tanto interna como externa, así como el debilitamiento internacional del modelo cubano, hicieron difícil reproducirlo con éxito. Finalmente, se realizaron elecciones, de nuevo con gran presión oficialista, pero no la suficiente como para evitar la victoria del frente organizado por Violeta Chamorro, la Unión Nacional Opositora (UNO), que cobijaba gran cantidad de expresiones ideológicas, desde antiguos revolucionarios hasta conservadores.

Contra lo esperado, el gobierno entregó el poder, no sin serios enfrentamientos internos en torno a si correspondía ahogar de esta manera la revolución. El sandinismo consiguió pactar con la presidenta electa la continuidad del comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, Humberto Ortega, quien de esta manera se convertía en garantía de los logros revolucionarios en el previsiblemente libreempresista régimen que se avecinaba. La convivencia entre las nuevas autoridades, los militares revolucionarios y el movimiento popular sandinista, se ha mantenido hasta el presente a pesar de las ocasionales erupciones de mala voluntad entre las partes, y todo parece indicar la marcha hacia la consolidación de la democracia en ese país.[5]

COSTA RICA

En Costa Rica el florecimiento reformista de los años de la guerra tuvo una rara expresión, pues se dio a través del gobierno conservador de Rafael Calderón Guardia (1940-1944), jefe del Partido Republicano Nacional. Calderón se decidió a implementar reformas sociales del tipo de las preconizadas por la Iglesia, que en el medio centroamericano producían más hostilidad que en los círculos eclesiásticos europeos. Es así que enfrentó a un importante sector de las clases altas, y, en busca de aliados, se acercó a la Vanguardia Popular, nombre local del Partido Comunista. Al terminar su mandato apoyó a su delfín, Teodoro Picado, con la clásica esperanza de un retorno al poder llegado el momento.

En 1948 las elecciones otorgaron una ajustada victoria a la oposición, pero el gobierno alegó que había existido fraude, patrocinado por el tribunal supuestamente independiente que tenía a su cargo la fiscalización de los registros de votantes y de las mismas elecciones. Este argumento acerca de un fraude cometido por la oposición era muy poco creíble, por lo que generó gran resistencia en la opinión pública.

El candidato opositor, Otilio Ulate, había conseguido unificar un voto liberal-conservador junto a otros sectores reformistas pero opuestos a las alianzas comunistas del régimen. En los últimos años se había formado un núcleo de orientación socialdemócrata, bajo la dirección de José Figueres,

que no había logrado aún mucha más significación que la de un grupo de estudios y preparación de programas. Figueres se lanzó a la guerra civil (1948), con el apoyo de una juventud reformista y de sectores laborales de sindicatos católicos organizados por el cura Benjamín Núñez. En la búsqueda de aliados, el contradictorio Calderón apeló al apoyo de Anastasio Somoza, con cuyo régimen tenía alguna afinidad en lo relativo a implantar medidas de bienestar social, e incluso en acudir al apoyo comunista cuando lo necesitaba.

La guerra civil costarricense fue de corta duración, y al imponerse, Figueres organizó una Junta revolucionaria que se mantuvo en el poder durante casi dos años, aunque prometió que concluidos éstos entregaría el poder a Ulate, a quien consideraba legalmente electo. Durante esos años se tomaron medidas reformistas, como la disolución del pequeño Ejército, la nacionalización de los bancos y un impuesto a la riqueza, que provocó el enfrentamiento del sector de Otilio Ulate, básicamente conservador.

Las elecciones a la Asamblea Constituyente —a las que no se presentaron los miembros de la Junta Revolucionaria— dieron una victoria muy amplia a Ulate, pues los partidarios de Calderón declararon la abstención revolucionaria. En 1949, al finalizar el interregno revolucionario, nuevas elecciones crearon una Cámara con mayoría basada en una alianza entre Ulate y Figueres, con el traspaso del Poder Ejecutivo a aquél.

Figueres formó en 1951 el Movimiento de Liberación Nacional (MLN), que contó con la mayor parte de los miembros de sus grupos de estudio socialdemócratas, a los que se unieron otros políticos de más difuso perfil ideológico. Cuando hubo que

renovar las autoridades, en 1953, Figueres accedió por fin legalmente al poder mediante una gran victoria electoral, con el 65% de los sufragios, facilitados por una nueva abstención calderonista.

Al terminar el período de Figueres, en 1958, se produjo el milagro de un triunfo de la oposición, basada ahora en una convergencia entre el calderonismo y el Partido de Unión Nacional de Ulate, fuertemente apoyados por la derecha económica y la prensa, de esa misma orientación. En realidad, la causa de la derrota del MLN residía en que éste había sufrido una escisión. Pero la nueva compulsa presidencial, en 1962, dio la victoria a un liberacionismo reunificado bajo la conducción de Francisco Orlich. El sistema vigente en el país es, si no totalmente bipartidista, al menos bastante claramente bi-coalicionista.

Por un lado, el liberacionismo mantiene su condición de principal partido nacional, con una organización fuerte y una combinación de ideas apristas y socialdemócratas, afiliado a la Internacional Socialista. Por el otro, el calderonismo ha adoptado caracteres socialcristianos. Grupos escindidos de ambos troncos principales a veces complican el panorama, y una izquierda en parte ligada a la ortodoxia moscovita y en parte autónoma intentó con poco éxito durante años organizar una tercera alternativa. Sobre esta base, el poder ha oscilado repetidamente, a través del veredicto de las urnas, convirtiendo a este país en un caso especial en el continente.

El liberacionismo es fuerte entre el campesinado cafetalero y las clases medias urbanas, así como en algunos sectores obreros. La izquierda ha tenido fuerza en las concentraciones obreras portuarias o bananeras de la costa, muchas con una mano de

obra negra proveniente de paises de habla inglesa del Caribe. El calderonismo consigue una mezcla de apoyo conservador tradicional con elementos de caudillismo capaz de concitar algún apoyo popular.[6]

PANAMÁ

El régimen oligárquico liberal fue quebrado en Panamá en 1940 por la irrupción de Arnulfo Arias y su populismo, como producto de la radicalización del fenómeno reformista al que él y su hermano Harmodio habian contribuido a generar desde los años veinte. Como la de muchos fenómenos populistas, la ideologia de este movimiento combinaba elementos autoritarios con otros populares. En este caso incluia además una especial aversión a los numerosos asiáticos y negros residentes en el pais, estos últimos en su mayoria anglófonos, protestantes e identificados con los norteamericanos. Arias, que habia estado en Alemania, sentia ciertas simpatias por el régimen ahi existente, lo que sirvió como argumento fuerte para atraerle la antipatia no sólo de las clases altas locales, alarmadas por otros motivos, sino de Estados Unidos, por lo que en 1941 un golpe lo derrocó al poco tiempo de haber asumido el mando.

Se inició asi un largo periodo de hostigamiento, y cuando en 1948 Arias resultó vencedor en las elecciones, se vio impedido de asumir el poder por otra intervención militar-policial con apoyo de la derecha, dirigida por el coronel José Antonio Remón. El caos generado le permitió finalmente a Arias asumir su cargo, pero otra vez por poco tiempo, ya

que fue depuesto nuevamente en 1951. Sin embargo, su fuerza popular se mantuvo intacta, mientras que el juego político comenzaba a mostrar tres puntas: la derecha civil, con su principal organización, el Partido Liberal; el militarismo, con el coronel Remón como jefe, también él con tendencias populistas, en la senda de Batista o de Perón; y Arias, con un populismo al fin y al cabo más conocido, que había tenido tiempo de asentarse y dejar de lado tanto sus excesos reformistas como sus ribetes autoritarios.

Remón organizó una Coalición Patriótica Nacional y asumió el gobierno en 1952, hasta caer asesinado en 1955. Como en otras partes de la región, su régimen combinó reformismo social, algún apoyo sindical y un fuerte autoritarismo, especialmente anticomunista. La derecha, de todos modos, no estaba muy tranquila con este tipo de régimen debido a la alta inestabilidad que podía generar, a juzgar por los ejemplos que se iban sucediendo en el continente.

Fue así que en 1960, transcurridos diez años en el llano, Arias buscó un acuerdo con la derecha, ordenando a sus seguidores votar por el liberal Roberto Chiari (tal como Haya en su oportunidad había ordenado optar por Prado para librarse del general Odría), a cambio de tener el campo libre en 1964, cuando efectivamente ganó las elecciones por amplia mayoría. Sin embargo, no pudo asumir debido al fraude oficial. Sin desanimarse, compitió de nuevo en la justa de 1968, y esta vez se sentó en el palacio presidencial, pero sólo por un par de semanas.

Lógicamente, había sido derribado por la Guardia Civil. Pero resulta más sorprendente que el grupo que así accedía al poder, del que participaba

el coronel Omar Torrijos, planeaba dirigir un proceso de reformas sociales en alguna medida semejantes a las que siempre propugnara Arias. Dentro de ese régimen militar pronto emergió Torrijos como principal figura, con apoyo popular cultivado en las zonas bananeras, en parte mediatizado por el jefe militar de esa zona, Manuel Antonio Noriega.

Torrijos se proponía aplicar un programa de reforma social, pero controlado por las Fuerzas Armadas. Obviamente, quienquiera hubiera asistido a los numerosísimos intentos de Arnulfo Arias por sentarse en el sillón presidencial no podía menos que abrigar serias dudas acerca de la efectividad de las elecciones y del sistema de partidos para establecer una política reformista. Además, por esos años se iniciaba el régimen de la Revolución Peruana, experimento cuya duración (1968-1981) casi coincidió con la del régimen de Torrijos.

Torrijos, "un cholo" según su propia autodefinición y la de sus enemigos, provenía de la clase media rural y había estudiado en una Escuela Normal, donde el ambiente propendía a actitudes reformistas, antes de entrar en la Academia Militar. Luego pasó, como toda su generación, por numerosos cursos dirigidos por las Fuerzas Armadas norteamericanas, y otros en Perú y Brasil, para conocer la experiencia antisubversiva en que las escuelas de Inteligencia de esos países sobresalían. La ideología que elaboró a través de esas experiencias fue muy sintética, y no necesariamente congruente con la que sus mentores esperaban que absorbiera. Una vez en el poder actuó de manera autoritaria, y nunca pensó en consultar al pueblo en elecciones realmente competitivas, aunque no ejerció una represión intensa. También en eso se pareció a sus

colegas peruanos, y al igual que ellos no concedió prioridad a la organización de un partido, aunque a diferencia de lo que ocurrió en el país andino, hacia el final de su régimen lo intentara.

El hecho de soslayar las elecciones no le restó por cierto simpatías en sectores intelectuales de izquierda, que no creían en ese tipo de formalismos. Muchos de ellos, incluso miembros del comunista Partido del Pueblo, participaron en el equipo gobernante de Torrijos, particularmente en su primera etapa, más progresista, hasta 1974.

La Constitución de 1972, promulgada por el Ejecutivo, le concedió a Torrijos, como jefe de la Revolución, el poder de designar a los miembros del Poder Judicial y de la Legislatura, que tenía un carácter sólo consultivo. Otra cámara, la de Representantes, que incluía un miembro por cada corregimiento, electo popularmente, se reunía sólo un mes por año y tenía muy pocas funciones aparte de las de elegir al presidente, que de hecho nunca ejerció. Una Dirección General para el Desarrollo de la Comunidad supervigilaba las relaciones con la población y sus asociaciones, dentro de lineamientos semejantes a los del SINAMOS peruano, promoviendo juntas en el nivel local y regional, mientras que los partidos políticos no eran permitidos. En fin, una "democracia participativa", según algunos de sus admiradores, pero por cierto no una "democracia formal".

Desde 1974 el régimen se fue tornando más conservador, y hacia 1978 se instrumentaron cambios según los cuales el Legislativo se parecería más, a partir de 1980, a un Congreso clásico, con partidos incluidos. El gobierno organizó entonces el propio, denominado Revolucionario Democrático (PRD), inspirado en el PRI mexicano, con una

estructura interna corporativa. El único otro partido que pudo cumplir los difíciles requisitos exigidos fue el Liberal.

Torrijos murió en un accidente en 1981, de manera tal que no fue posible comprobar cómo hubiera orientado la etapa más representativa de su sistema institucional. De hecho, sus sucesores perdieron la visión reformista que lo caracterizara, y la corrupción se extendió a escala cada vez más incontenible, especialmente bajo el mando de Manuel Noriega, hasta la intervención norteamericana de 1989. Después de esa rápida operación quedó a cargo del país un triunvirato, del que emergió en elecciones Guillermo Endara como presidente.[7]

CUBA

Los dos primeros años de gobierno revolucionario fueron empleados en la desarticulación del régimen batistiano, lo que incluyó el fusilamiento de numerosos agentes de la represión. Al mismo tiempo, un número cada vez mayor de bienes pasaban a ser de propiedad estatal, hasta que en 1961 Fidel proclamó el carácter socialista del régimen, lo que implicaba la eliminación, excepto en el caso de posiciones periféricas, sobre todo en el campo, de la propiedad privada de los medios de producción.

A comienzos de 1961 el presidente norteamericano Eisenhower, en el último tramo de su mandato, proyectó una operación de ataque a Cuba, llevada a cabo por voluntarios exiliados con fuerte

apoyo logístico de la CIA. Cuando Kennedy asumió el cargo a fines de enero, decidió seguir adelante con el plan. El operativo, consistente en el desembarco en Playa Girón de la Bahía de Cochinos (abril de 1961), fue un fracaso, por la decidida resistencia que encontró, dejando más de un millar de presos en la isla.

Durante los primeros años, el sistema político provisorio incluía la existencia del Movimiento 26 de Julio organizado por los guerrilleros, junto al Directorio Estudiantil y al Partido Socialista Popular (PSP), nombre que habían adoptado desde hacía tiempo los comunistas. A pesar del predominio del Movimiento 26 de Julio, la mayor capacidad organizativa y el respaldo soviético fueron inclinando la balanza hacia el grupo que dirigía el PSP. Frente a ellos, la mayor fuerza estaba representada por las nuevas Fuerzas Armadas Revolucionarias, dirigidas por Raúl Castro, hermano de Fidel.

A Aníbal Escalante, antiguo jefe del PSP, se le encomendó estructurar una entidad única, denominada primero Organizaciones Revolucionarias Integradas, y luego Partido de Unidad Revolucionaria Socialista (PURS), que en 1965 adoptó el nombre de Comunista. Con esto Fidel aceptaba el modelo soviético, pero reteniendo en realidad el control de la organización, incluso en aspectos que podían provocar fricciones con la potencia amiga.

En 1963 comenzaron a buscarse esquemas alternativos al soviético, sobre todo por influencia de Ernesto "Che" Guevara, que procuraba establecer un sistema de estímulos morales y reducción radical de las diferencias de ingresos. Esta etapa coincidió con un fuerte enfriamiento en las relaciones con la URSS, y llevó a una defenestración de Escalante, que fue separado de su puesto y enviado al extranjero.

A pesar de la purga de antiguos elementos comunistas, quedaron en pie algunos muy significativos, como el economista Carlos Rafael Rodríguez, quien se mantuvo al frente de la Reforma Agraria. Pero en 1966 hubo otra razzia de elementos "sectarios", y finalmente Escalante fue condenado, en 1968, a dieciocho años de prisión por atentar contra el régimen.

Ese año de 1968 asistió al apogeo de los ensayos ideológicos guevaristas, fuertemente influidos por las ideas de Mao Tse Tung, fase que duró hasta 1970, cuando se dio marcha atrás, en parte ante el fracaso del intento de exportar la revolución a Bolivia, donde el Che halló la muerte en 1967.

La nueva línea "pragmática" implicó un nuevo acercamiento a la URSS, una ampliación de los diferenciales de ingresos y una mayor dosis de poder a los dirigentes empresarios, siempre dentro del sector público. La economía pasó por varios años de crecimiento rápido (las estadísticas indican un 12% de aumento anual entre 1971 y 1977), ayudada por el alto precio a que llegó el azúcar en el mercado internacional, que de 4 centavos de dólar por libra en 1970 pasó a 65 en 1974. Para 1977 el *boom* ya había pasado, con valores de 7 a 8 centavos, lo que era compensado por el acuerdo con la URSS, que compraba azúcar a 30 centavos y enviaba petróleo a precios subsidiados.[8]

La reorientación prosoviética de Castro coincidió con una mayor represión a la disidencia, lo que se evidenció en la prisión del poeta Heberto Padilla (1971), quien fue obligado a confesar una serie de crímenes poco creíbles, quizá magnificados por él mismo para que la opinión pública internacional recibiera el mensaje cifrado.

En cuanto a los sindicatos, durante los primeros años, incluyendo el período "sino-guevarista", se les dio muy poca importancia, ya que no se los consideraba necesarios en una sociedad sin clases, que tendía rápidamente hacia la igualdad total. En cambio, a partir de la vigencia de la nueva política, en 1970, se les encargó importantes tareas de representación de intereses sectoriales, aunque siempre bajo la supervisión del Partido Comunista. Este nuevo papel fue sin embargo compatible con nuevos controles sobre la "vagancia", destinados a poner fin al exceso de ausentismo, que llegaba al 20% en amplios sectores del sistema productivo.

Tampoco el sistema electoral mereció al comienzo gran atención, pues se consideraba que el liderazgo de Fidel Castro y de los demás jefes revolucionarios compensaba toda ausencia de formalidades. El Partido, que mientras tanto se consolidaba, se iba convirtiendo en vía de ascenso social, lo que no podía menos que distorsionar su composición humana. En 1965 los dos tercios de su Comité Central (de unos cien miembros) pertenecían a las Fuerzas Armadas. El número de afiliados, que aumentó considerablemente, constituía en 1975 el 7% de la fuerza de trabajo.[9]

Durante ese año se realizó el Primer Congreso del Partido, que elaboró un proyecto de Constitución nacional, aprobado al año siguiente mediante un referéndum. La nueva Carta Magna estableció Organizaciones de Poder Popular (OPPs) electas a nivel municipal, que designaban de manera indirecta a otras OPPs provinciales y a una en el nivel nacional, equivalente a un Congreso, la que a su vez generaría un Consejo de Estado con funciones más permanentes, pues la OPP nacional sólo sesionaba por poco tiempo cada año, como estable-

cia el modelo soviético. Aunque no existia libertad de organización de partidos, en general se procuraba que hubiera varios candidatos que compitieran entre sí, como forma de verificar el estado de la opinión pública, aunque ninguno podia tomar verdaderas actitudes de oposición.

Los años setenta también vieron la expansión del papel internacional de las Fuerzas Armadas cubanas, que fueron enviadas a Angola en 1975, mientras otros destacamentos recalaban en Etiopía con motivo de la revolución militar-socialista de este país. En total llegó a haber 20 000 hombres en el exterior en cumplimiento de estas misiones.

Durante el transcurso de la Revolución Cubana hubo una gran emigración al exterior, principalmente al comienzo, y luego en determinados periodos en que Fidel Castro suavizó las prohibiciones que operaban al respecto. La cantidad de presos políticos en la isla ha sido también bastante alta, pero en varias oportunidades las cárceles se abrieron para permitir la emigración a Estados Unidos y el consecuente aflojamiento de tensiones internas.[10]

República Dominicana

En la República Dominicana la dictadura de Rafael L. Trujillo, que se había iniciado en 1930 como consecuencia del papel que desempeñó en la Guardia Nacional una vez terminada una ocupación norteamericana, se prolongó a través de personeros o por ejercicio directo del poder hasta su asesinato en 1961. Su régimen fue paradigmático, pues representó una de las variantes posibles de gobier-

no autoritario, semejante al de Somoza y contrastante con la "anarquía militar" imperante en otros países del área. La represión fue atroz, pero concentrada en determinados individuos o en situaciones puntuales. Es así como se secuestró al opositor Jesús de Galíndez —un republicano vasco que había pasado unos años en la isla como refugiado—, para tirarlo luego a la caldera encendida de un barco. En otra oportunidad se realizó una matanza de haitianos, inmigrantes ilegales que llegaban al país en busca de trabajo temporario. Pero no se dio la situación predominante más tarde en Guatemala o El Salvador, donde llegaron a producirse una decena o más de desapariciones diarias.

Por otra parte —como en la Nicaragua de Somoza—, el dictador, su familia y séquito, dueños de buena parte del país, lo administraban como buenos propietarios desarrollistas y hasta algo progresistas. Trujillo estableció programas de seguridad social y el mero hecho de haber mantenido el orden y la continuidad en un país de tan agitada trayectoria le ganó cierta popularidad. Incluso, pese a su origen, en varias ocasiones se plantó ante las demandas de los intereses norteamericanos.

Cuando una bala tronchó su vida, se produjo una intervención militar que convocó a elecciones libres. En ellas triunfó el Partido Revolucionario Dominicano (PRD), de ideología que podemos llamar aprista de izquierda, dirigido por Juan Bosch (1962). Sin embargo, el antiguo funcionario del régimen trujillista, Joaquín Balaguer, fue apoyado por una buena proporción del electorado.

Acicateado por sus militantes más exaltados, Bosch enfrentó los intereses creados sin medir demasiado las consecuencias, provocando un gol-

pe militar en 1963, del que emergió una situación de "anarquía militar", y en 1965 una rebelión popular, apoyada por un sector militar, que amenazaba convertirse en una prolongada guerra civil. Para evitar la perspectiva de una nueva Cuba, Estados Unidos intervino, enviando una fuerza armada con apoyo de algunos otros países del continente. Un año después se realizaron elecciones en las que se impuso Joaquín Balaguer, con su Partido Reformista.

La radicalización de Bosch lo llevó a abandonar el partido que había creado y del que parecía ser jefe carismático e inamovible, y a organizar su propio Partido de Liberación Dominicana (PLD), que no consiguió significativos apoyos electorales. Frustrado por la dificultad de implantar reformas democráticas, se orientó ideológicamente hacia lo que llamaba "dictadura con apoyo popular", enfrentando a sus antiguos correligionarios del PRD. En esta extraña evolución llegó a considerar a los secuaces del dictador caído como menos peligrosos, dada su raíz popular, que los moderados que apoyaban salidas sólo "formalmente" democráticas.[11]

Reorientado hacia posiciones reformistas, el PRD compartió el poder, en transferencias ordenadas, con Balaguer, sempiterno candidato de su partido, aun cuando ya casi había perdido el uso de la vista. La fuerza de Balaguer se basa en combinar una apelación al conservadorismo de las clases dominantes con los recuerdos que un cierto sector popular conserva de los beneficios obtenidos en tiempos de Don Rafael. Las principales concentraciones sindicales, nucleadas en torno de la muy dominante industria azucarera, apoyan en cambio a la izquierda peerredista, boschista o marxista. El

fenómeno guerrillero estuvo aquí prácticamente ausente, en parte por las condiciones geográficas, pero sobre todo por la existencia de canales partidarios legitimizados para la expresión de los diversos intereses, que habían llegado a una convivencia relativamente pacífica.

HAITÍ

Menos feliz en su desarrollo fue Haití, aunque también en este caso hubo un equivalente del fenómeno trujillista, en la persona de François Duvalier. Durante los años treinta, este médico lugareño había participado de un movimiento nacionalista negro, denominado "les Griots", que en alguna medida puede considerarse predecesor de la concepción de la "NÉGRITUDE", y con fuertes componentes progresistas. Se planteaba sobre todo como oposición al régimen de predominio de la minoría mulata, que gobernaba con una alternancia de gobiernos civiles, intervenciones militares y ocupaciones norteamericanas, ya conocido en otras partes del Caribe y América Central.

Duvalier creó su dinastía, como Somoza, y pretendió gobernar el país autoritariamente, si bien con tintes desarrollistas, lo que consiguió sólo parcialmente (1957-1971). Los excesos brutales de su policía especial, los "tontons macoutes", dificultaron cualquier forma de legitimización nacional o internacional, aunque lo intentó a fines de los años sesenta. Finalmente, su menos hábil hijo y sucesor sucumbió ante un golpe

militar, con lo que se inició un periodo de "anarquía militar".[12]

Esta etapa parecía terminar en 1991, con la elección del cura tercermundista J. B. Aristide, convertido en figura carismática, y con fuerte apoyo de sectores de izquierda, dentro y fuera de la Iglesia. Una vez en el poder, su movimiento no fue todo lo cuidadoso que era preciso para mantener los requisitos de funcionamiento de una democracia, incluyendo el respeto a la oposición, que se sintió amenazada por las manifestaciones populares masivas en que no faltaban alusiones al tratamiento que podría dispensarse a quienes se opusieran demasiado al gobierno del pueblo. El resultado fue un incremento de las tensiones sociales y el desencadenamiento de un golpe militar a los pocos meses de su asunción.

Este retroceso en la ola continental de democratización produjo una intervención diplomática de la Organización de Estados Americanos y de gobiernos del área, pero hasta la fecha no se había conseguido revertir la situación. Como índice de la complejidad de las alianzas, debe mencionarse que el primer ministro seleccionado por los militares, y caracterizado como "moderado" si se lo compara con Aristide, es miembro del Partido Comunista local.

PUERTO RICO

Bajo la dirección de Luis Muñoz Marín, se formó en Puerto Rico, desde 1938, un Partido Popular Democrático de orientación reformista moderada, en la línea formada por Haya de la Torre, Betancourt

y Figueres. La alianza con sectores demócratas y obreros de Estados Unidos, y el uso de la capacidad económica de los empresarios norteamericanos, fue para Puerto Rico una necesidad casi sin alternativas. Es así que Muñoz Marín fue electo gobernador en una seguidilla de elecciones desde 1949 hasta 1963, e inauguró en 1952 el estatus peculiar de Estado Libre Asociado.

A su izquierda quedaba el poco efectivo Partido Independentista de Pedro Albizu Campos, y a la derecha quienes querían convertir a la isla en Estado de pleno derecho. Su peculiar forma de asociación le permitía mantener un sentimiento de identidad nacional, unida a los beneficios de la integración y las desgravaciones impositivas.

El progreso económico y educativo acompañó la gestión de Muñoz Marín, y la emigración masiva morigeró las tensiones sociales en la isla. Con el tiempo y el retiro de Muñoz Marín de la escena política la situación se diversificó, fortaleciéndose una derecha ligada a los republicanos norteamericanos. El independentismo sigue sin conseguir mayor apoyo electoral, y la isla se transforma cada vez más en una parte pobre, pero en desarrollo, de Estados Unidos.

Durante un largo período Puerto Rico sirvió como lugar de experimentación de políticas reformistas llevadas a cabo con un enfoque pragmático por una dirigencia nativa colaboradora de los intereses imperiales, y en tal sentido fue señalada como modelo por sus simpatizantes de la izquierda moderada latinoamericana. Desde el impacto de la Revolución Cubana este esquema ha perdido su atracción en ambientes intelectuales, que era muy fuerte en la inmediata posguerra.

JAMAICA Y TRINIDAD

En Jamaica, aún bajo la dominación británica, se formó un partido basado en los sindicatos locales —sobre todo los del azúcar y la bauxita— y por ello denominado Laborista, pero dirigido por un caudillo que apelaba además a otros intereses, marcado por un intenso anticomunismo, Alexander Bustamante. Como en otras islas del Caribe inglés o francés, la industria azucarera producía una gran concentración de mano de obra, fácilmente sindicalizable y convertible en base de un partido político obrerista. El campesinado, en cambio, era inexistente en la isla, a diferencia de lo que ocurría en América Central o aun en islas más grandes como Cuba, o las Guayanas, lo que alteraba el panorama político, pues tornaba difícil la formación de un conservadorismo tradicional.

La derecha clásica estaba obligada a apoyarse directamente en las autoridades coloniales, o a basar sus esperanzas en una restricción del derecho al voto en caso de que el país se independizara, lo que, dadas las condiciones de la época, no tenía muchos visos de realismo. Dado el contexto cultural y político británico, en vez de un partido liberal, en el sector anti *statu quo* se formaban fuerzas con base sindical, a menudo, aunque no siempre, ideológicamente laboristas. El tercero en discordia en este panorama era la clase media burocrática, en buena medida negra o mulata, de reciente formación. Como las posibilidades ocupacionales

eran escasas, el izquierdismo se difundía en ese ámbito, pero controlado por el poder colonial.

En 1944, el Partido Laborista (JLP) ganó las primeras elecciones con sufragio universal de la época colonial. Entre los sectores medios e intelectuales generados por la expansión educativa, más sensibles a las ideas izquierdistas modernas, se difundió en cambio el Partido Nacional del Pueblo (PNP), dirigido por el abogado Norman Manley, pariente de Bustamante. En 1955 las elecciones significaron un cambio de gobierno, pero en 1962 éste fue nuevamente recuperado por el laborismo, durante diez años, coincidiendo con el inicio de la vida independiente.

Una importante mutación se produjo en 1972, cuando el PNP, bajo la dirección de Michael Manley, hijo de Norman, obtuvo la mayoría con un programa radical de cambio social, que llevó a cabo en medio de crecientes tensiones sociales en los ocho años siguientes, inspirado en el ejemplo chileno.

Ambos partidos, el Laborista y el PNP, tienen un sector sindical, aunque el segundo es más fuerte en los estratos calificados, mientras que el JLP encuentra eco en ambientes más pobres, algunos de ellos influidos por la religión mesiánica del Rastafarianismo, que consideraba al emperador de Etiopía su máxima dignidad, como símbolo de identidad africana. La radicalización del PNP ha volcado hacia el JLP a la mayor parte del alto comercio y del empresariado, que apoyaron su retorno al poder en 1980, bajo su nuevo líder Edward Seaga, de origen sirio. De esta manera lo que podía haberse transformado en un proceso de confrontacionismo a la chilena, con un posible golpe militar, evolucionó dentro de los cánones de un sistema parlamentario y bipartidista. En 1988 se dio otro cambio, con el

retorno de Manley al gobierno, esta vez con un programa moderado, adaptado a las nuevas y difíciles circunstancias de la economía mundial.[13]

En Trinidad y Tobago las economías azucarera y petrolera generaron también un fuerte sindicalismo, dividido por motivos ideológicos y étnicos, a causa de que existe un considerable sector de origen hindú, mayoritario entre los trabajadores del surco, que rivaliza con los obreros de origen africano de los ingenios. Varios líderes de un renacimiento cultural que tuvo lugar en los años treinta, entre ellos el historiador Eric Williams, abandonando su anterior marxismo se decidieron a formar un partido de tipo nacionalista, de integración multiclasista (Movimiento Nacional del Pueblo, PNM), en ocasión de las elecciones de 1956, en que por primera vez iban a elegir un gobierno realmente autónomo, aunque todavía bajo tutela británica. Si bien en las elecciones obtuvieron una leve mayoría, las autoridades, que tenían derecho a nombrar una cierta cantidad de legisladores, procedieron de manera tal de permitirles controlar la mayoría.

Entre varios partidos opositores tuvo particular significación uno de arraigo entre los hindúes, apoyado desde Jamaica por el laborista Alexander Bustamante cuando se planteó la posibilidad de estructurar partidos federales para la proyectada Federación de las Indias Occidentales (que duró pocos años). Fue así que se formó el Partido Democrático Laborista de Trinidad (TDLP), exitoso en esas elecciones federales, que combinaba apoyo étnico hindú, elementos sindicalistas y votos de los sectores empresarios.

Paralelamente, tenía lugar la evolución hacia la izquierda del PNM, en parte por influencia del retorno

del connotado intelectual negro y teórico marxista C. L. R. James, y además por influencia del clima creado por la Revolución Cubana y el deseo de tener voz en la decisión acerca del uso de una base militar norteamericana en la isla. Sin embargo, el proceso duró sólo un par de años, y pronto el PNM recobró su tono moderado, preparándose para asumir todo el poder con la declaración de la independencia en 1962. Los ajustes constitucionales para esa ocasión incluyeron un Senado en que habría doce miembros designados por el primer ministro, dos por el líder de la oposición, y siete por el gobernador para hacer lugar a los intereses económicos, culturales o religiosos que de otro modo podían carecer de representación. Las elecciones fueron de las más violentas de la historia del país, con un alto componente étnico, que podría haber degenerado fácilmente en violencia racial abierta. El PNM finalmente se impuso, y las tensiones disminuyeron, con lo que la isla entró en un largo período de evolución constitucional y democrática.[14]

GUIANA Y SURINAM

En Guiana, ex Guayana Británica, en la época colonial se generó un sistema bipartidista basado en las divisiones étnicas. Por un lado, Cheddi Jagan, de origen indostánico, dirigía el muy izquierdista Partido Progresista del Pueblo (PPP), con influencia marxista y clara simpatía por el castrismo, enraizado en el campesinado. En oposición se formó el Congreso Nacional del Pueblo (PNC) de Forbes Burnham,

implantado en la comunidad negra, más urbana y profesional.

En 1957, todavía bajo dominio británico, las elecciones dieron el gobierno a Jagan. Su victoria se repitió en 1961, aunque esta vez por muy poca diferencia sobre el PNC de Burnham. Como tercero en discordia —y posible fiel de la balanza— se presentó el Frente Unido (UF) de Peter D'Aguiar, apoyado por la comunidad de negocios, en buena parte diferenciada desde el punto de vista étnico tanto de los hindúes como de los africanos.

Durante este período, de intensa violencia, se combinaron los enfrentamientos raciales con los clasistas, aunque a menudo superpuestos. Fue así que en 1964 los trabajadores hindúes de los ingenios azucareros se enfrentaron en una huelga al gobierno de su coterráneo Jagan, estimulados por la central sindical (TUC), de hegemonía negra. Casi doscientos muertos fue el resultado de este conflicto, que determinó la intervención de Gran Bretaña, aún el poder colonial en la región, que fue bienvenida por un amplio espectro de la opinión pública, que deseaba una autoridad externa para pacificar a las comunidades en conflicto.

En este contexto, los intereses económicos internacionales y la política exterior de Estados Unidos volcaron su influencia a favor de Forbes Burnham, percibido como moderado a pesar de sus posiciones sindicalistas y de tinte socialista, pero contrastables con el proclamado marxismo-leninismo de Jagan.

Las elecciones a que fue casi inmediatamente convocada la ciudadanía dieron la victoria relativa al PPP de Jagan (con 46% de los votos), pero la suma del PNC de Burnham (con 41%) y de los 12 puntos

porcentuales del centro derechista Frente Unido de D'Aguiar consiguió imponerse.

En 1966, bajo el predominio de Burnham, se obtuvo la independencia, y desde entonces el gobierno fue incrementando simultáneamente sus prácticas autoritarias y un proceso de izquierdización, que lo llevó a proclamar al país "República Cooperativista" y a un acercamiento con Fidel Castro. Por su parte la oposición acusaba al oficialismo de realizar fraudes cada vez más descarados y de tener muy poco respeto por sus derechos.

En 1971 se nacionalizaron las empresas de bauxita y se tomaron medidas restrictivas contra la inversión extranjera, lo que produjo un cierto acercamiento de Jagan, que veía a su rival convertido en alguna medida a sus propias ideas. La presión tanto de la Unión Soviética como de Cuba también marchaba en el mismo sentido.

Pero la convivencia de ambos líderes no sería fácil, y desde 1977 un nuevo alejamiento marcó sus relaciones. En 1980 una Constituyente declaró la conversión del país en República, con lo que Burnham pasó a ser su presidente hasta su muerte, acaecida en 1985.

Con el establecimiento del voto secreto en las elecciones sindicales en 1984, el PNC perdió el control que tradicionalmente había tenido sobre el movimiento sindical (TUC), lo que contribuyó a complicar la situación. Al morir el líder, sucedido en la presidencia por otro miembro de su partido, éste realizó un ofrecimiento de colaboración al partido de Jagan, pero las perspectivas de convivencia democrática no son nada brillantes en este país.[15]

En Surinam la independencia llegó en 1975, aunque desde diez años antes existía la autonomía

dentro del imperio holandés. Ahí el mosaico racial es aún más extremo que en Guiana, pues conviven en el campo los indostánicos (35%), los javaneses (15%) y los ex cimarrones, considerados como una comunidad étnica con identidad propia (11%), mientras que en las ciudades el elemento mulato o negro de origen no cimarrón (32%) provee mano de obra y a la vez profesionales de clase media, mezclado con algunos portugueses, chinos y árabes.

A comienzos de siglo el oro era la principal exportación, complementada luego por el azúcar, la madera y la goma, a las que se sumó desde los años cuarenta, como fuerte impulsor de desarrollo, la bauxita. El nivel de vida y de condiciones sanitarias no es malo si se lo compara con el de los demás países del área, y su tasa de analfabetismo era del 16% en 1984.

Ya bajo el dominio holandés se había formado un sistema de partidos políticos, con un moderado Partido Nacional Surinamés (NPS) compuesto por la elite mulata y los negros ("criollos") en ascenso social, que ejercía el poder primero sobre la base de un voto restringido y luego de una distribución distorsionada de las circunscripciones. En la oposición existía un partido de la población criolla más pobre, y otros dos de campesinos originarios de la India y de Indonesia.

Los últimos años del régimen colonial fueron prósperos, bajo un gobierno en que se coaligaba la elite criolla del NPS con alguno de los demás sectores étnicos, especialmente los hindúes, comunidad con más experiencia de participación que la javanesa. Paralelamente, se formaron grupos políticos nacionalistas, algunos de los cuales promovieron el desarrollo de un idioma propio y la valorización de las tradiciones culturales autóctonas,

con pocos votos pero con bastante influencia en sectores estratégicos.

Después de la independencia se generó una situación de violencia debido a la consolidación de partidos de base étnica y al fuerte activismo de sectores negros. Se formaron también tres partidos de izquierda, con programas a cada cual más radicalizado. Temerosa de lo que el futuro pudiera reservarle, la comunidad hindú comenzó a emigrar, en parte hacia Holanda, lo que debilitó aún más su predicamento. La tensión se incrementó en vísperas de la nueva consulta electoral de 1980. Pero antes de que esa encrucijada fuera enfrentada, Dersi Butersee, un suboficial de la comunidad negra formado en Holanda, dio un golpe de Estado, y un paso importante hacia la latinoamericanización de su país.

Al comienzo obtuvo el apoyo generalizado de la opinión pública, en parte debido a que las Fuerzas Armadas eran una de las instituciones o grupos sociales con mayor equilibrio étnico, factor importante para poder arbitrar entre las facciones. Pero comenzó entonces un juego de alianzas y estrategias innovadoras, que recuerda un poco a la Cuba de 1933, con Butersee jugando el papel de Batista, aliado y luego enfrentado a los izquierdistas de Grau San Martín.

El golpe de los suboficiales fue apoyado por el nuevo empresariado industrial y comercial, y además, lo que es sorprendente, por uno, el más fuerte y populista, de los tres movimientos de izquierda antes aludidos, el Partido del Pueblo (VP), y algunos nuevos sindicatos influidos por él. En el Concejo Militar Nacional, de nueve miembros, constituido para contar con un instrumento consultivo en el poder, la dirección estaba confiada a uno de los

militares más izquierdistas. Para evitar suspicacias étnicas, el puesto de primer ministro recayó en un miembro de la colectividad china. El plan consistía en volver a convocar a elecciones en un plazo prudencial, pero éste fue el momento en que se dieron las condiciones para el inicio de una "anarquía militar", que, combinada con el mosaico étnico y la lucha de facciones de extrema izquierda, resultó una mezcla explosiva.

El drama comenzó cuando Butersee decidió dar otro golpe de Estado complementario, en agosto de 1980, a seis meses de su primera intervención, ahora bajo la ideología de "surinamismo" y con amplio apoyo de los gobiernos de Holanda y Estados Unidos por su pragmatismo. Un año después tomó una senda inesperada: viéndose escaso de apoyos, se reconcilió con varios militares de izquierda a quienes había encarcelado, y se declaró a favor de una "sociedad socialista", ante la consternación de los observadores extranjeros que celebraban prematuramente la muerte de las ideologías. Inmediatamente vino la organización de Comités del Pueblo y milicias cívicas, con participación de la mayor parte de los partidos de izquierda, inspirados en las etapas más movilizacionistas del régimen chileno de la Unidad Popular, y se anudaron fuertes lazos con Cuba.

Como era de esperar, la derecha nativa intentó reaccionar, apoyando en 1982 un fracasado golpe militar, cuyo jefe fue apresado y fusilado. Hacia fines de ese mismo año la oposición intentó organizar la resistencia, basándose en los antiguos políticos y en las preexistentes estructuras sindicales, y consiguió juntar en la plaza más gente que la que asistió a escuchar al primer ministro de Granada, Norman Bishop, invitado por Butersee. La violen-

cia creciente ocasionó el asesinato, por parte de bandas oficialistas, de quince connotados opositores. El sindicalismo, también perseguido, convergió en una alianza con la derecha económica, por cierto espantada ante los acontecimientos. El gobierno respondió a esa "Asociación por la Democracia" con una ola de terrorismo, incendiando las oficinas opositoras y asesinando a otra docena de dirigentes, incluidos varios líderes sindicales y algunos militares.

Ahora, ante indignadas protestas internacionales y una intervención diplomática brasileña, Butersee intentó una alternativa moderada, deshaciéndose de algunos de sus consejeros de izquierda y expulsando al embajador cubano. Este inestable equilibrio entre facciones prosiguió durante un año, y a fines de 1983 una huelga en la mina de aluminio de Alcoa provocó la caída de la mayor parte de los intelectuales de izquierda incorporados al régimen.

Butersee intentó entonces una alianza con el sindicalismo, que demandaba una mezcla de democracia y corporativismo, y convocó así a una Asamblea Constituyente, sin el trámite de las elecciones, con catorce delegados del partido oficialista (llamado Movimiento 25 de Febrero), once de los sindicatos (hasta el día anterior opositores) y seis de las organizaciones patronales, lo que configuró una bofetada para éstas, que no aceptaron participar, demandando negociaciones más concretas. Aunque Butersee y sus nuevos aliados se resistieron al principio, en 1985, finalmente, el gobierno inició conversaciones con los grupos políticos (étnicos) tradicionales y con agrupaciones religiosas. Se lanzó entonces un programa de normalización de dos años de duración, que finalizaría en 1987 con elecciones libres y un retorno al régimen civil.[16]

NOTAS

[1] Ronald M. Schneider, *Communism in Guatemala, 1944-1954*, Nueva York, Praeger, 1955; Peter Calvert, *Guatemala: A Nation in Turmoil*, Boulder, Co., Westview, 1985; Sheldon B. Liss, *Radical Thought in Central America*, Boulder, Co, Westview, 1991; Héctor Pérez Brignoli, *Breve historia de Centroamérica*, Madrid, Alianza, 1985.

[2] Michael McClintock, *State Terror and Popular Resistance in El Salvador*, vol. 2 de *The American Connection*, 2 vols., Londres, Zed Book, 1985, pp. 283, 296; Jorge Cáceres B., Rafael Guidos Béjar y Rafael Menjivar Larín, *El Salvador: una historia sin lecciones*, San José, Costa Rica, Flacso, 1988.

[3] Arturo Fernández, *Partidos políticos y elecciones en Honduras en 1980*, Tegucigalpa, Guaymuras, 1981; Daniel Slutzky y Esther Alonso, *Empresas trasnacionales y agricultura: el caso del enclave bananero en Honduras*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, 1982; James A. Morris, *Honduras: Caudillo Politics and Military Rule*, Boulder, Co, Westview, 1984.

[4] Carlos Wheelock y Luis Carrión, *Apuntes sobre el desarrollo económico y social de Nicaragua*, Managua, sin editor ni fecha; Sergio Ramírez, *El alba de oro: la historia viva de Nicaragua*, México, Siglo XXI, 1983; Carlos Vilas, *Perfiles de la revolución sandinista*, Buenos Aires, Legasa, 1984.

[5] David Close, *Nicaragua: Politics, Economics and Society*, Londres, Pinter, 1988; Kent Norsworthy, *Nicaragua: A Country Guide*, Albuquerque, NM, The Inter-Hemispheric Resource Center, 1989; Thomas W. Walker (comp.), *Nicaragua: The First Five Years*, Nueva York, Praeger, 1985; Carlos Vilas, *La revolución sandinista*, Buenos Aires, Legasa, 1984, y "Especulaciones sobre una sorpresa, las elecciones en Nicaragua", en: *Desarrollo*

Económico, año 30, núm. 118, julio-septiembre de 1990, pp. 255-276.

[6] Charles D. Ameringer, *Don Pepe: A Political Biography of José Figueres of Costa Rica*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1978; John Patrick Dell, *Crisis in Costa Rica: The 1948 Revolution*, Austin, University of Texas Press, 1971; Jacobo Schifter, *La fase oculta de la guerra civil en Costa Rica*, 2ª ed., San José, Editorial Universitaria Centroamericana, 1981; John Booth y Mitchell Seligson, (comps.), *Elections and Democracy in Central America*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1989.

[7] Omar Torrijos, *La batalla de Panamá*, Buenos Aires, Eudeba, 1973; Sharon Collazos, *Labor and Politics in Panama*, Boulder, Co, Westview, 1991.

[8] Carmelo Mesa Lago, *Dialéctica de la Revolución Cubana*, Madrid, Editorial Playor, 1979, p. 219, y del mismo autor, *La economía en Cuba socialista*, Madrid, Editorial Playor, 1983; Robert M. Bernardo, *The Theory of Moral Incentives in Cuba*, Alabama, University of Alabama Press, 1971; Maurice Halperin, *The Rise and Decline of Fidel Castro*, Berkeley, University of California Press.

[9] Mesa Lago, *Dialéctica*, pp. 111-115.

[10] Edward González, *Cuba under Castro: The Limits of Charisma*, Boston, Houghton and Mifflin, 1974; Maurice Zeitlin, *Revolutionary Politics and the Cuban Working Class*, Nueva York, Harper and Rowe, 1970; Pedro Ramón López Oliver, *Cuba: crisis y transición*, Coral Gables, Fla, Research Institute for Cuban Studies/North South Center, University of Miami, 1992; Amnesty International, *Political Imprisonment in Cuba*, Washington, DC, The Cuban American National Foundation, 1987.

[11] Véase de Juan Bosch, *The Unfinished Experiment: Democracy in the Dominican Republic*, Londres, Pall Mall, 1966; *El próximo paso: dictadura con respaldo popular*, Santo Domingo, Publicaciones Max, 1971, y *Capitalismo, democracia y liberación nacional*, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1983.

[12] Lorimer Denis y François Duvalier, *Le problème dès classes sociales à travers l'histoire d'Haiti*, Port au Prince, Les Griots, 1948; Leslie Manigat, *Ethnicité, nationalisme*

et politique: le cas d'Haiti, Nueva York, Éditions Connaissance d'Haiti, 1974, y *De urt Duvalier a otro: itinerario de un fascismo de subdesarrollo*, Caracas, Monteávila, 1982.

[13] J. H. Parry, P. M. Sherlock y A. P. Maingot, *A Short History of the West Indies*, Londres, Macmillan Caribbean, 1956; Michael Craton y James Walvin, *A Jamaican Plantation: History of Worthy Park, 1670-1970*, Londres, W. Allen, 1970; Orlando Patterson, *The Sociology of Slavery: An Analysis of the Origins, Development and Structure of Negro Slave Society in Jamaica*, Londres, McGibbon & Kee, 1967; Adam Kuper, *Changing Jamaica*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1976; John D. Forbes, *Jamaica: Managing Political and Economic Change*, Washington, DC, American Enterprise Institute, 1985.

[14] Bridget Brereton, *A History of Modern Trinidad, 1783-1962*, Oxford, Heinemann International, 1981. El papel del gobernador permaneceria después de la Independencia, representando a la Corona y a la unidad del Commonwealth.

[15] Kemp Ronald Hope, *Guyana: Politics and Development in an Emergent Socialist State*, Oakville, Ontario, Mosaic Press, 1985; Andrés Serbin, *Guyana*, Caracas, Bruguera, 1979; Rita Giacalone de Romero (comp.), *Guyana hoy*, Mérida, Venezuela, Corpoandes, 1982.

[16] Henk E. Chin y Hans Buddingh, *Surinam: Politics, Economics and Society*, Londres, Frances Pinter, 1987; Betty Sedoc Dahlberg (comp.), *The Dutch Caribbean: Prospects for Democracy*, Nueva York, Gordon and Breach, 1990.

L

VII. LA DEMOCRATIZACIÓN DE LOS AÑOS OCHENTA Y NOVENTA

La transición brasileña

El régimen militar de Brasil, recubierto con una fuerte capa legalista, comenzó a sentir presiones de cambio hacia fines de los años setenta, cuando ya se había experimentado un notable progreso económico. El desarrollo industrial y el crecimiento de las ciudades creaban capas sociales que demandaban una mayor injerencia en las decisiones, tanto en niveles populares como empresariales. La eventualidad de que si no se instrumentaban algunos cambios podrían darse explosiones de violencia no debe haber estado ausente de los cálculos de las esferas dirigentes. Como señal de la búsqueda de nuevas orientaciones es significativa la actitud del general Afonso Albuquerque Lima, el miembro más destacado del sector nacionalista, que nunca dejó de estar presente en las Fuerzas Armadas brasileñas.

Al finalizar los años sesenta Albuquerque Lima diseñó el Plan Rondón, inspirado en el militar que había explorado las zonas salvajes del oeste amazónico estableciendo la presencia nacional en esos páramos. El plan consistía en ofrecer a los estudiantes universitarios y otros jóvenes con formación técnica la posibilidad de reemplazar su

servicio militar por un período igual de trabajo social en las zonas más inhóspitas del país, bajo dirección de los uniformados. El objetivo —una apuesta riesgosa— consistía en que dadas las condiciones se produciría un clima de camaradería, resultado de un común descubrimiento del "país real", lo que apartaría a los jóvenes de sus utopías revolucionarias y permitiría a los militares comprender la mentalidad de la juventud educada. El proyecto fue aplicado, aunque en escala por cierto menor que la soñada por su creador, y no llegó a generar actitudes novedosas en ninguno de los dos sectores involucrados, quizá por lo reducido de su envergadura, o por lo difícil que era producir cambios de la magnitud de los contemplados.

A niveles más altos del poder, el estratega geopólitico Golbery do Couto e Silva planeaba una evolución hacia formas más consensuales, tratando de no resignar el control del poder en ese proceso. De hecho, la apertura, que fue bastante más difícil de controlar que lo pensado, se vio dificultada por el descenso de la coyuntura económica internacional, debida al incremento del precio del petróleo en 1973. El presidente Ernesto Geisel (1974-1979) dio los primeros pasos hacia la liberalización, después de los duros años de Garrastazú Médici (1969-1974). El ablandamiento del sistema represivo, que contempló prácticamente la eliminación de la censura previa, reavivó el interés político de la población. Las mayorías que fácilmente conseguía la oficialista ARENA comenzaron a debilitarse, y se preveía una pronta reversión de los guarismos, en buena parte debida al retorno de la derecha varguista a una posición de alianza con los antiguos trabalhistas, ahora refugiados en el MDB.

En el Gran San Pablo los viejos líderes sindicales ("*pelegos*") encontraban dificultades para imponerse ante una fuerza de trabajo que, de manera pragmática, exigía representantes serios para dialogar con los patrones. Fue así que emergió un grupo joven de dirigentes de mentalidad pragmática cuyo ascenso, gracias a este elemento y al hecho de su juventud "sin antecedentes", no fue obstaculizado por la policía. Entre ellos se destacaba Luis Inácio *Lula* da Silva, para quien en las primeras etapas de su carrera el ideal de sindicalismo estaba representado por las *tradeunions* norteamericanas.

Pronto se nuclearon a su alrededor los más diversos sectores de la izquierda independiente (salvo el Partido Comunista, que competía con él) y de la nueva izquierda católica, inspirada en la Teología de la Liberación, muy fuerte en el país. En el MDB, que continuaba engrosándose con los restos dispersos del PSD, la heterogeneidad era creciente. Dentro de sus filas se albergaban también muchos militantes comunistas, inhabilitados para formar partido propio. El presidente Geisel dictaminó entonces que mil flores debían florecer, si era posible sobre todo en el cuerpo del MDB. Fue abolida la cláusula que sólo hacía posible la existencia de dos partidos, y el resultado colmó las expectativas.

Contando con el cemento que representaba disponer de la bolsa del Estado, el oficialismo mantuvo prácticamente incólume su unidad, transformándose en el Partido Democrático Social. Su sigla, PDS, aparte de no significar nada, buscaba adrede una confusión con la del fenecido PSD, o sea con la derecha varguista, para recanalizar hacia sí en la medida de lo posible a ese electorado. Sus

raíces principales, sin embargo, estaban en la vieja Unión Democrática Nacional (UDN). Durante todo el régimen militar, ARENA había tenido dos corrientes principales, conocidas en general como "ARENA Uno" y "ARENA Dos", compuestas por los militantes de los antiguos UDN y PSD. Ahora, aun perdiendo un poco del elemento PSD, se mantenía la unión bajo la sigla PDS.

La explosión, en cambio, fue la que sacudió al MDB. Aunque su tronco principal se mantuvo, cambió de nombre para adoptar el de Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB). Pero los sectores más "auténticos" del trabalhismo, inspirados por el cuñado y heredero político de Goulart, Leonel Brizola, ya activo en los años sesenta, formaron tienda propia. No les fue posible retomar la sigla PTB, pues la sobrina nieta de Vargas llegó antes al registro electoral y la hizo suya, para pronto transformarla en un mero sello alquilado al mejor postor. Brizola debió adoptar el nuevo nombre de Partido Democrático Trabalhista (PDT), que se convirtió en el principal vehículo de los sentimientos varguistas más radicalizados, incorporando además a sectores de origen izquierdista que consideraban conveniente utilizar canales populistas.

Más a la izquierda aún se ubicaba Lula y el complejo universo de los grupos marxistas extremos que lo rodeaban en una inestable alianza, y que formaron con él el Partido de los Trabajadores (PT). Aún ilegal, el Partido Comunista decidió en cambio permanecer en el vientre del PMDB. A la derecha, el antiguo MDB sufrió otra escisión, esta vez temporaria. Varios de sus líderes históricos más moderados, de raíces peessedistas, se unieron a algunos militantes dispersos del oficialismo para

formar el Partido Popular (PP), que como corresponde a su nombre era el menos popular de todos, y era afectuosamente apodado "el partido de los banqueros". De todos modos, este engendro no duró mucho, pues pronto sus integrantes retornaron a sus viejos troncos, que, así, formaron este mosaico (dejando de lado a los irrelevantes), de derecha a izquierda:[1]

1) PDS, trasmutación de ARENA, formada a su vez por la UDN y buena parte del PDS kubitschekiano, o sea la derecha varguista;

2) PMDB, ex MDB, a su vez alimentado por el viejo PTB (izquierda varguista) y algunos sectores del PSD;

3) PDT, escisión del MDB que sumaba a los grupos más militantes del antiguo PTB;

4) PT, con gente nueva, incluyendo algunas migajas del MDB.

El sistema continuó liberalizándose, si bien con una serie de tiras y aflojes entre gobierno y oposición, que inexorablemente fueron dando más peso a esta última, pese a las astucias y los intentos oficialistas por dividir a las fuerzas adversarias. Llegó un momento, en 1982, debido a la realización de elecciones directas para gobernadores, en que los principales estados estuvieron en manos del PMDB, que a pesar de sus rivales a la izquierda —PDT y PT, por el momento débiles— se perfilaba como el principal partido nacional. Hubo una demanda popular para que se estableciera la elección directa del presidente, sustituyendo al Colegio Electoral, que estaba formado por el Congreso pleno más seis representantes extras por cada estado (lo que fortalecía a los distritos fácilmente controlables por el ofi-

cialismo conservador). Esta campaña de "¡diretas já!" no logró su objetivo, pero movilizó masivamente a la opinión, realizando imponentes concentraciones que se beneficiaban de las renacientes libertades.

Entonces había que dar la pelea en el Colegio para la renovación de 1985, lo que fue rechazado por los sectores más radicalizados, o sea ciertas facciones dentro del PMDB, el PDT brizolista y el PT de Lula. Si quería ganar en ese difícil terreno, el PMDB tenía que presentar un candidato muy moderado, Tancredo Neves, para captar los votos de muchos representantes de dudosa lealtad partidaria, que oscilarían entre el oficialismo y la oposición independientemente de los sellos de goma bajo los cuales habían sido elegidos. La maniobra de la oposición se vio coronada por el éxito sólo porque el oficialismo se dividió.

Cuando el sector gubernamental más duro propuso la candidatura de Paulo Maluf, un grupo dirigido por el propio vicepresidente de la República, Aureliano Chaves, se separó del oficialismo para formar el Partido del Frente Liberal (PFL), que negoció con el PMDB una fórmula conjunta, y obtuvo el segundo término para uno de sus principales dirigentes, José Sarney. Con el triunfo, en el Colegio Electoral, de esta fórmula, concluyó en 1985 la larga transición brasileña.

En realidad era sólo el inicio de otro largo camino, pues la muerte de Neves llevó a la primera magistratura a quien, por haber sido un alto personaje del último gobierno militar, era muy poco respetado aunque su investidura fuera completamente legal. Sarney gobernó con el PMDB y el PFL, pero careció de arraigo en la opinión pública, de

manera que a los numerosos e inmanejables problemas económicos se sumó el de la legitimidad, lo que dificultó enormemente su gestión.

Para ese momento la libertad para la formación de partidos políticos era total, por lo que la cariocinesis operó sin ningún control. Principal víctima fue el PMDB, que estalló en mil pedazos y llegó a la renovación, en 1989 (ahora sí por elecciones directas) con un caudal electoral reducidísimo. Un grupo de prestigiados técnicos y profesionales emigró hacia el Partido Social Democrático Brasileño (PSDB), con ideas socialdemócratas aunque con escasas estructuras del tipo de las que sostienen a esa clase de partidos en otras partes del mundo. De todos modos, por el hecho de ser el heredero de unos cuantos políticos con experiencia, consiguió un 10% de los sufragios en la primera vuelta presidencial. Por motivos más personalistas, el PMDB perdió a varios dirigentes fuertes en determinados estados, los que formaron partidos con siglas de fantasía que sólo aportaban estructuras clientelistas. Los votos de la izquierda, representada por el PDT y el PT, ascendieron a un 15% aproximadamente para cada uno de esos partidos.

El fenómeno inesperado, lanzado en buena medida por la cadena de televisión O Globo, fue el de Fernando Collor de Mello, perteneciente a una familia de empresarios nordestinos muy fuerte, quien creó una sigla partidaria (Partido de Renovación Nacional, PRN) y alcanzó al 35% de los votos. En la segunda vuelta debió enfrentarse con Lula, a quien venció por escaso margen, absorbiendo los muchos fragmentos partidarios locales, aunque con el problema de que en el Congreso prácticamente carecía de apoyo.

La renovación legislativa, que se practica en Brasil unos meses después que la elección del Ejecutivo, le dio muy poco apoyo, pues el fenómeno de fascinación generado por una "cara nueva" que prometiera cambios profundos no se extendió a quienes él había endosado localmente. En alguna medida se reproducía el fenómeno ya apuntado acerca de la tendencia del electorado brasileño de dar una respuesta en el nivel nacional distinta de la que otorga a escala local.

Como el de su antecesor, el gobierno de Collor no logró frenar la inflación, en buena medida debido a la endeblez de su apoyo político. El sistema de partidos, excesivamente fragmentado, se resiste a conformar firmes mayorías que permitan gobernar. Por otra parte, los programas económicos de Collor, de corte neoliberal, enfrentaron la oposición de los partidos populares (PDT y PT), que jugaron un papel de oposición sistemática, semejante al que en Argentina ejerció el peronismo durante la presidencia de Alfonsín.

Finalmente, en septiembre de 1992, luego de una acumulación de denuncias por corrupción, el presidente fue acusado ante el Senado por la Cámara de Diputados, que lo separó del cargo. Itamar Franco, el vicepresidente, lo ha reemplazado y formado una mayoría en el Congreso, incorporando algunos elementos de los partidos opositores históricamente más duros. Puede esperarse que la tradicional habilidad política y acuerdista de los dirigentes brasileños se imponga y sepa encontrar una salida a lo que de otro modo podría ser una seria crisis de gobernabilidad. Hay sectores cada vez más fuertes en el PDT y en el PT que se preparan para desempeñar un papel moderado, en parte debido a las responsabilidades que tienen que

ejercer en sindicatos y municipios, y en algunos estados, y en parte como resultado de observar lo que ocurre del otro lado del Plata.[2]

DIVERSIDAD DE TRANSICIONES: PERÚ, ECUADOR, BOLIVIA Y PARAGUAY

Perú

En Perú el régimen militar entró en crisis a mediados de los setenta, sin lograr que su esquema de movilización popular cuajara y golpeado por la crisis económica en parte ocasionada por la desaparición aguas adentro del Pacífico de la anchoveta. En 1975 un golpe interno alejó a Velasco Alvarado, sustituido por el más conservador Francisco Morales Bermúdez, que decidió reconciliarse con los partidos políticos y preparar un gradual retorno a la normalidad.

Es así que en 1978 se llegó a elecciones para una Constituyente, en las que el aprismo obtuvo la mayoría, lo que hacía prever su pronto acceso al poder. Esa mayoría era en parte consecuencia de la abstención de Acción Popular, descontenta con la forma de convocatoria a la Asamblea. Finalmente, las elecciones presidenciales de 1980 se realizaron sin la presencia de Haya de la Torre, recientemente fallecido, lo que provocó una crisis de sucesión y la división de su partido. El que se impuso fue Fernando Belaúnde Terry, quien esta vez pudo completar su período constitucional (1980-1985), con un APRA debilitada, y la presencia inquietante de un nuevo fenómeno, la Izquier-

da Unida, que agrupaba a una plétora de partidos marxistas.

La Izquierda Unida se perfilaba como una seria contendiente del APRA por el apoyo popular, fuerte en sindicatos y sectores estudiantiles. Paralelamente, surgió la guerrilla, Sendero Luminoso, de ideología mucho más extrema que la de los años sesenta, esta vez bajo advocación maoísta pero incorporando elementos del milenarismo incaico.[3]

La etapa de gobierno de Belaúnde (1980-1985) facilitó la transición democrática. Una victoria de Izquierda Unida hubiera sido decididamente inaceptable para el *establishment* cívico-militar. Incluso un gobierno aprista hubiera tensado excesivamente las relaciones, debido a los ancestrales odios existentes, aunque éstos habían disminuido mucho en la última década, ante el surgimiento de nuevos contendientes más radicalizados. El test se dio al terminar el período de Belaúnde, que había perdido gran parte de su prestigio, como no puede menos que ocurrir en un país con ingentes problemas económicos de muy difícil solución.

En los comicios el APRA se presentó muy renovada, tras el liderazgo carismático de Alan García, que había unificado al partido con un enfoque más de izquierda. De esa manera obtuvo la máxima votación que el partido nunca había alcanzado, casi el 50% del total, flanqueado por una Izquierda Unida con poco más del 20%. Acción Popular quedó reducida al 8%, dentro de un conjunto de centro-derecha en el que el Partido Popular Cristiano se había reservado el principal papel. La función de transición de Acción Popular, y su posterior eclipse, se asemejan a lo ocurrido en España con la Unión de Centro Democrático (UCD) de Adolfo Suárez, donde hubo que dar tiempo para que las

actitudes de los múltiples actores políticos se adaptaran a la perspectiva de un gobierno ejercido por el partido popular, de antiguas tradiciones revolucionarias. La evolución desde esas actitudes hacia otras de cuño reformista requería un proceso de largo plazo que se daba simultáneamente en ambos países. Pero el hecho de su derrota a manos de un partido moderado (1975 en España, 1980 en Perú) forzó a sus cuadros dirigentes a adecuar su política, pues ahora se advertía que la ecuación entre "izquierdismo" y "pueblo" no era tan clara como había creído una generación anterior.[4]

A pesar de las condiciones políticas favorables con que se iniciaba su período, la gestión de Alan García no fue feliz. Pretendió mantenerse en la línea clásica populista y estatista, favorecida por la ideología de su partido, lo que en las nuevas condiciones internacionales se hacía cada vez menos eficaz. Por otra parte, no pudo controlar la corrupción, y así fue perdiendo cada vez más apoyos.

Cuando en 1990 se planteó la renovación presidencial, se había producido una importante mutación en el cuadro partidario nacional, más allá de lo que implicara la presencia de la fuerte guerrilla de Sendero Luminoso. La derecha, que en ese país siempre había sido débil por cantidad de votos, tuvo ahora un nuevo aporte, en la persona del conocido escritor Mario Vargas Llosa, convertido al neoliberalismo. El partido que fundó, con amplio apoyo empresarial, denominado Movimiento Libertad, se coaligó con el Popular Cristiano y la muy debilitada Acción Popular del ex presidente Belaúnde Terry, todo lo cual parecía augurarle un seguro triunfo, ante el desprestigio en que había caído el APRA. La Izquierda Unida, aunque fuerte en sectores sindicales y estudiantiles, y prestigiada

por el liderazgo del antiguo alcalde de Lima, el popular "Frijolito" Barrantes, no parecía ser candidata al primer lugar, aunque se convertía en protagonista permanente de la escena política. Ocurrió lo inesperado, con la súbita aparición de la candidatura de Alberto Fujimori, un ingeniero con pocos antecedentes políticos, pero con vocación tecnocrática. Lanzado por la televisión al primer plano —un poco como Collor en Brasil, o aun Perot en Estados Unidos— consiguió llegar en primer lugar, aventajando a Vargas Llosa, con el APRA en tercer lugar, y la Izquierda Unida, muy golpeada cerrando el pelotón. Lo que había ocurrido era que gran parte del electorado aprista, e incluso buena parte de su dirigencia, favoreció a Fujimori para contrarrestar la casi segura victoria de la derecha.

Fujimori, que no contaba con suficiente apoyo legislativo, se vio muy trabado en su gestión, mientras el deterioro económico y la guerrilla continuaban desbocados. Finalmente, no resistió la tentación de aplicar sus modelos tecnocráticos expeditivos a la política, y efectuó un autogolpe de Estado, disolviendo el Congreso. Prometió llevar a cabo de esta manera su programa sin cortapisas, pero enfrentó serias resistencias de la opinión pública internacional, y las gestiones de la Organización de Estados Americanos, preocupada por este nuevo mal ejemplo, que se sumaba al de Haití. Fujimori prometió volver a convocar elecciones a la brevedad. Esto se realizó con una votación por un Congreso Constituyente que le dio mayoría ante la abstención de importantes grupos de la oposición.

En cuanto a la reacción popular, e incluso de los medios intelectuales politizados, fue bastante favorable, pues los políticos y los partidos habían caído en un serio descrédito, fenómeno que pare-

ce ser bastante común en el continente dadas las grandes expectativas depositadas en los primeros momentos de la redemocratización y que ningún gobernante está luego en condiciones de satisfacer. En países con economías y sistemas políticos más sólidos esta desilusión no tiene por qué producir efectos institucionales permanentes, pero ello es más probable en los que son económicamente más débiles, como Perú o Haití, o en los que han pasado de una gran euforia de crecimiento a una situación de crisis, como Venezuela, aunque en este caso sin que se produjeran alteraciones institucionales.

Ecuador

En Ecuador el cuarto gobierno de Velasco Ibarra (1968-1972) transcurrió sin demasiadas novedades, salvo que hacia su finalización se hacía obvio que Assad Bucaram iba a salir vencedor, dada la imposibilidad de la reelección del presidente. Los militares, ya trabajados por el modelo peruano, y deseosos además de impedir la desestabilización que seguramente acompañaría a una presidencia en manos de "Don Buca", se resolvieron a asumir el poder, esta vez sin proponerse entregarlo enseguida a alguna facción civil. Los primeros momentos de su gobierno, bajo el general Guillermo Rodríguez Lara, fueron muy renovadores, pero luego perdió envión. A pesar de la prosperidad generada por el descubrimiento y explotación de grandes yacimientos de petróleo, la inestabilidad perduró, con luchas internas que finalmente forzaron a una apertura electoral en 1978 (con segunda vuelta en 1979).

El problema residía en Bucaram, que seguía siendo vetado. Su yerno, Jaime Roldós, lo reemplazó y obtuvo el poder con el 27% de las preferencias de un electorado muy fragmentado. La derecha, dividida entre liberales y conservadores socialcristianos, sumaba casi la mitad del electorado, mientras que la Izquierda Democrática, nueva formación de raíces socialistas moderadas, flanqueaba a Roldós con poco más del 10%. Otros candidatos menores y la izquierda más extrema completaban el panorama. En la segunda vuelta Roldós consiguió un imponente 68%, o sea que no sólo sumó los votos anti *statu quo* sino una buena parte de los de la derecha.[5]

La muerte prematura del presidente dio el poder a su vice, Osvaldo Hurtado, quien consiguió completar su período. En 1984, con un electorado siempre muy fragmentado, se impuso la derecha, con León Febres Cordero (1984-1988), al frente de un Partido Conservador muy influido por ideas socialcristianas. La prosperidad petrolera ya estaba quedando atrás, pero dejaba un país bastante cambiado.

Cansados ya de los partidos tradicionales y del personalismo del populismo, el sindicalismo y otros sectores progresistas de la opinión pública se fueron congregando en la Izquierda Democrática, que finalmente salió triunfante en 1988, imponiendo a Rodrigo Borja (1988-1992), tras dirimir en la segunda vuelta el cargo con el populismo guayaquileño dirigido por un sobrino de Assad Bucaram, Abdalá. El programa reformista esperado no pudo ser realizado más que en pequeña medida ante las presiones económicas comunes a toda el área, que obligaron a adoptar políticas económicas neoliberales.

Finalmente, para los comicios de 1992 la fragmentación política llegó al máximo, con dos candidatos de derecha luchando entre sí por el primer puesto. Uno de ellos, Sixto Durán Ballén, quiteño, se había escindido del conservadorismo socialcristiano, mientras que el guayaquileño Jaime Nebot era el candidato oficial de ese partido. Entre ellos absorbieron casi todo el voto tradicional (33 y 25%), dejando en tercer lugar por poca diferencia a Abdala Bucaram (22%), y opacando al liberalismo y a la izquierda democrática, que pagaba la falta de eficacia de su gobierno. En la segunda vuelta se impuso Durán, captando una buena parte del voto de populistas y socialdemócratas, aunque los respectivos partidos no lo respaldaron oficialmente.

Bolivia

En Bolivia el régimen de Bánzer, iniciado en 1971 como reacción ante los excesos de la Asamblea Popular y el movilizacionismo del general Torres (1970-1971), se sintió con suficiente fuerza como para convocar a elecciones competitivas —si bien no totalmente honestas— para 1978, dos años antes de lo anunciado. Nunca se conocieron, ni probablemente se conocerán, los verdaderos resultados de esta compulsa. El gobierno afirmó que su delfín, el general Juan Pereda, había ganado por amplio margen. La opinión pública estaba convencida de que la victoria era de una fracción del MNR, denominada MNR de Izquierda (MNRI), dirigida por el veterano Hernán Siles Suazo, aliada con los cristianos de izquierda del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y con el Partido Comunista.

La protesta cívica logró que el Tribunal Electoral invalidara el proceso y convocara a la ciudadanía a sufragar nuevamente. En ese momento, el ofendido general Pereda asumió el poder, desplazando a su mentor Bánzer, pero al poco tiempo un nuevo movimiento militar lo relegó y volvió a llamar a elecciones. Éstas se realizaron al año siguiente (1979), dando una ajustada victoria a la ya aludida alianza de izquierdas (del MNRI con el MIR y el PCB), conocida como Unión Democrática y Popular (UDP). En segundo lugar se ubicaba el MNR Histórico (MNRH) de Paz Estenssoro, y en tercero se perfilaba el nuevo movimiento organizado por Bánzer, la Acción Democrática Nacionalista (ADN).

La situación de equilibrio, reflejada en el Congreso, al que correspondía decidir a falta de una mayoría absoluta, inauguró una "anarquía civil" que sumió a las instituciones en un desprestigio casi tan grande como aquel en que la recién superada "anarquía militar" había sumido a los uniformados. Ante la imposibilidad de llegar a un acuerdo, se eligió un presidente provisorio, el ex movimientista moderado Walter Guevara Arce, para que pasado un año volviera a consultar a la voluntad popular.

De inmediato el general Alberto Natusch Busch dio un golpe de Estado, aunque debió enfrentar una seria resistencia cívica de los partidos y de la central sindical, la COB. Siguió un breve período de represión, sucedido por una resistencia civil que finalmente obligó al gobierno a negociar y a entregar provisoriamente el poder a la movimientista histórica Lydia Gueiler y convocar a una tercera elección. Los resultados se repitieron, y esta vez los partidos se apresuraron a proclamar presidente a Siles Suazo.

No fue así: el general Luis García Meza derrocó a las autoridades, prohibió la actividad de todos los partidos políticos e inició otra matanza masiva de opositores en la capital y en los centros mineros, que fueron persistentemente bombardeados. Fue asesinado el ex ministro Marcelo Quiroga Santa Cruz, fundador de un promisorio Partido Socialista que para distinguirse de los muchos homónimos se había dado el apelativo de "Socialista Uno" (PS-1). Con todo, sólo se consiguió recaer en la peor anarquía militar, con dos golpes internos, destinados a borrar la impresión, instalada en amplios círculos nacionales y extranjeros, de que el país estaba gobernado por el narcotráfico.

La solución fue admitir los resultados de la última elección, llevando a Siles Suazo y a Paz Zamora a ocupar el Palacio Quemado. Con este cambio terminó un período de anarquía tanto civil como militar, que al parecer ha sido incorporada por la memoria histórica de las elites políticas de este país. Pero, a diferencia de la situación política, la situación económica estaba lejos de haber sido recompuesta, y terminó en una de las mayores hiperinflaciones que jamás se hayan experimentado.

En 1985 la candidatura del general Bánzer se perfilaba como muy fuerte, mientras que la izquierda en el poder había perdido credibilidad y estaba escindida internamente. Los sufragios dieron la mayoría al antiguo líder movimientista Paz Estenssoro, que llegó al gobierno tras concertar una alianza de "gobernabilidad" con la ADN de Bánzer y la derecha democristiana (PDC).

Durante su etapa en el gobierno el MNR adoptó los más ortodoxos esquemas recetados por el FMI, convirtiéndose en el alumno modelo de la banca

internacional. En 1989 parecía que el delfín del MNR, Gonzalo Sánchez de Lozada, podría imponerse, sobre la base de su éxito como ministro de Economía en la tarea de terminar con la inflación. Sin embargo, ese resultado se consiguió a un precio social excesivo. La derecha más neta, por otra parte, prefería votar por Bánzer, dueño del producto genuino, más que por el *ersatz* de un MNR cuya conversión no era, para muchos, del todo convincente.

Los guarismos proyectaron prácticamente un empate entre el MNR Histórico y el general Bánzer, cada uno con 23% de los votos, y un muy cercano 20% para la izquierda, ahora representada por el MIR, ya que el MNRI de Siles prácticamente había desaparecido.

Los partidos de izquierda más extrema, desde el PRIN de Lechín al POR y al PCB, eran fuertes en los enclaves sindicales y mineros, pero no en términos de votos a escala nacional. El campesinado seguía dividido entre el populismo tradicional de Paz Estenssoro y un conservadorismo popular que confiaba en Bánzer como protector a la vez de sus energías productivas y de los poco ortodoxos títulos de propiedad dados por la Revolución Boliviana.

Como tampoco esta vez hubo una mayoría absoluta, se apeló al juego de las alianzas, agregando un golpe más a la atribulada grey de los creyentes políticos: Paz Zamora, último en llegar a la meta, aceptó los votos de la derecha Bánzerista (ADN) con tal de impedir el continuismo del MNR Histórico de Paz Estenssoro. La política económica básicamente se mantuvo, bajo los ojos vigilantes de la ADN.

El difícil proceso de convivencia entre las facciones civiles estaba acostumbrando a un importante sector de la clase política a la inevitabilidad del

pragmatismo. Otros, sin embargo, reaccionaban con desilusión y buscaban nuevas y milagrosas salidas. Es así que proliferaron movimientos presuntamente apolíticos, dirigidos por recién llegados a la política, que cobraron fuerza sobre todo en el nivel municipal.

Paraguay

El convulsivo final del autoritarismo boliviano constituye uno de los modelos posibles para tal tipo de procesos, y contrasta notablemente con el paraguayo. En Bolivia se dio una combinación de altísima violencia con escasa efectividad represora, de manera que la dictadura era como un ciego dando mandobles en la oscuridad, con gran derramamiento de sangre pero sin lograr imponerse. Esta situación se debía en parte a la coexistencia de fuertes y estructurales núcleos de resistencia popular, sobre todo en las minas, y a la diversidad de intereses sectoriales, estimulados por el deterioro económico, dentro de la burguesía y de las clases medias, a todo lo cual se sumaba el abismo étnico existente entre clases altas y populares.

En Paraguay, en cambio, el autoritarismo "stronista" fue mucho más sólido, y se vio acompañado por una expansión económica de la que era a la vez efecto y causa coadyuvante. Por contraste con el Altiplano, la mayor simplicidad de la estructura social paraguaya, unida a su homogeneidad étnica, hacían mucho más gobernable el país. La transformación en sentido democrático asumió entonces un cariz más "a la española" o según el modelo brasileño, aunque con particularidades propias.

Un golpe de palacio dirigido por el general Andrés Rodríguez, cuñado y hasta ese momento protegido del dictador, llevó a cabo una transformación que se planteó establecer libertades públicas sin perder el poder, en lo que el régimen se vio favorecido por su carácter en alguna medida populista, o sea, por el apoyo que el Partido Colorado era capaz de obtener en la población civil.

Paradójicamente, este apoyo se debía en buena medida a la represión y al terrorismo que por décadas se había volcado sobre la oposición, así como a los beneficios de todo tipo que se obtenían afiliándose al oficialismo. Pero en otras latitudes esos mismos métodos no producían idénticos efectos. En Paraguay, como ya se ha consignado, la naturaleza populista del régimen se había consolidado gracias a una dinámica distribución de tierras, echando mano de las extensiones fiscales.

Es así como el coloradismo pudo seguir aportando apoyo a la presidencia de Rodríguez, quien pudo transitar exitoso luego de elecciones pasablemente libres. El Partido Colorado, siempre dividido en facciones, ha radiado a los "stronistas", aunque su mayoría sigue siendo tradicionalista, con una pequeña minoría realmente decidida a renovar sus estructuras. El liberalismo radical ocupa una oposición moderada, mientras que en la izquierda se ha formado un nucleamiento, Paraguay para Todos, capaz de ganar las elecciones municipales en la capital, pero por el momento de escasa relevancia en el resto del país.[6] Otro nucleamiento, el Encuentro Nacional, se formó en torno del empresario Guillermo Caballero Vargas, con suficientes raíces en las familias históricas del país como para albergar alguna esperanza de convertirse al menos en la principal fuerza de oposición.

La imprevista transición argentina

En Argentina el régimen militar nunca consiguió el grado de estabilidad e institucionalización que adquirieron sus pares de Brasil y Chile. El intento de despersonalizar en alguna medida el ejercicio del poder no tuvo éxito. Cierto es que el general Jorge Videla fue *primus inter pares*, con un triunvirato de representantes de cada fuerza. Pero cuando este triunvirato debía elegirle un sucesor para 1981, sólo con gran dificultad, y al parecer por una mayoría de "dos tercios", se designó al general Roberto Viola, generando resentimiento en la Marina, que deseaba lanzar a su jefe, el almirante Emilio Massera, a roles más importantes.

En su búsqueda de aliados para confeccionar una nueva fórmula política, Massera se lanzó a buscar apoyos hasta entre los Montoneros más pragmáticos, aunque sin resultados. De todos modos, de principal violador de los derechos humanos se convirtió en crítico del régimen, posible ariete con el cual algunos opositores pensaron que podían jaquear al gobierno. Los componentes de una eventual "anarquía militar" se estaban acumulando.

Dentro de este contexto, agravado por la persistencia de la crisis económica y el imparable incremento de la deuda externa, el general Leopoldo Galtieri se decidió a implementar un golpe y asumir la presidencia a fines de 1981. La dictadura estaba ya visiblemente desprestigiada, e incluso su carácter necesario se volvía más problemático ante una

cierta franja de la opinión, debido al desarme de la guerrilla.

Puede inferirse que fue para remontar esta situación de aislamiento social, y ante la presión a que se vería sometido por un previsible incremento de las demandas de retorno a la constitución, que Galtieri ordenó ocupar las Islas Malvinas en abril de 1982. Este gesto desesperado tuvo un resultado conocido, con lo que el régimen entró en su definitivodeclive. Un movimiento interno depuso a Galtieri y lo reemplazó por el más institucionalista general Reynaldo Bignone, que se limitó a dirigir de la manera más ordenada y rápida posible una convocatoria a elecciones.

En ocasión de los comicios de 1983 todo el mundo pensaba que la victoria, como siempre cuando no había restricciones, sería para el peronismo. Sin embargo, no ocurrió así, en parte por el desorden interno que éste sufría desde la muerte del líder, y además por la trama que mientras tanto había tejido Raúl Alfonsín desde la UCR.

Lo primero que hizo Alfonsín, al llegar a controlar con un grupo renovador a ese antiguo partido, fue rodearse de gente proveniente de los más variados orígenes, en general de izquierda moderada, incluyendo a muchos que habían tenido vinculación con el peronismo o el extremismo, interno o externo a ese movimiento. El resentimiento y la desilusión llevaron a una amplia franja de la *intelligentsia* y de la juventud politizada a un rechazo frontal del peronismo, y a la aceptación de salidas reformistas y socialdemócratas. Ante la debilidad de la izquierda tradicional, buena parte de la cual seguía sintiendo nostalgia por las fórmulas marxistas-leninistas, este sector se fue aglutinando en torno de la figura de Alfonsín.

A medida que su candidatura fue cobrando importancia, se transformó en foco del antiperonismo, en su mayoría de derecha moderada o de centro. Fue así como sumando elementos tan desparejos del arco iris ideológico Alfonsín terminó imponiéndose, con algo más de la mitad del electorado, ante un peronismo que, abandonado por sus tradicionales aliados de centroizquierda y más aún por las huestes juveniles, se vio reducido al 40% de los sufragios. El resto se distribuyó en agrupaciones de derecha, regionalistas provinciales, y de izquierda, recalcitrantes ante la posibilidad de sumarse a las grandes mayorías.

La victoria radical facilitó la transición por dos motivos, de los cuales uno es obvio, el otro más discutible. El primero es que se trataba del partido con mayores convicciones democráticas del país. El menos obvio es que representaba una amenaza menor para el *establishment* cívico-militar.

Contra esta interpretación se arguye que había sectores militares que esperaban entenderse mejor con los peronistas que con los radicales. Muchos peronistas deseaban reanudar la antigua alianza entre Ejército y pueblo, que había dado origen al movimiento. La presencia en el peronismo de ciertas minorías de ideología de extrema derecha, si no directamente fascista, apuntaba en la misma dirección. Sin embargo, la mayor parte de los uniformados y de la derecha económica mantenían sólidos sentimientos antiperonistas, y en cambio consideraban que nada tenían que temer del radicalismo. Por eso lo votaron, aun cuando con algunas reticencias, fácilmente vencidas ante la perspectiva alucinante de un retorno del peronismo y de las convulsiones de los años setenta.[7]

Durante su presidencia, Alfonsín tomó hacia los dirigentes del Proceso militar una actitud más dura —que terminó encarcelando a las Juntas por largos períodos— que la que hubiera podido implementar el peronismo, lo que en buena medida se debe a la característica básicamente moderada de la UCR, que no era percibida como amenazante por ningún grupo social de significación. Cualquier acción parecida proveniente del justicialismo hubiera sido interpretada como venganza, y suscitado los ancestrales sentimientos antiperonistas de la derecha y de los militares, con la consiguiente desestabilización.

En cuanto a su política sindical, hubo un intento por parte del gobierno de reformar por vía legislativa algunas de las prácticas de control abusivo por parte de dirigencias sindicales, pero la gran resistencia del activismo gremial, y la de una mayoría en el Senado (formada por justicialistas y partidos provinciales a veces aliados a ellos) lo hizo fracasar.

La economía fue particularmente difícil de dominar, aunque el Plan Austral, sancionado en 1985, tuvo un éxito temporario en cuanto al control de la inflación, y dio réditos políticos en la inmediata elección de diputados. Dos años después, otra renovación legislativa, sumada a la de gobernadores de provincia, tentó al equipo alfonsinista a realizar concesiones que debilitaron el programa económico, y la alta inflación reapareció. Esta vez los guarismos electorales fueron desfavorables. Se impuso un peronismo muy renovado, con la dirección de Antonio Cafiero y Carlos Menem.

Ese mismo año —1987— retornó la agitación a los ambientes militares, con una rebelión de man-

dos medios, llamados "carapintadas" por el *camouflage* de práctica que usaban. El objetivo de los uniformados residía en disminuir la amenaza, que pendía sobre sus cabezas, de ser acusados legalmente por los excesos cometidos durante la "guerra sucia". La represión de este movimiento fue poco convincente, aunque finalmente los rebeldes depusieron su actitud, según parece mediante alguna promesa de suavizar para el futuro el rigor de las leyes.

Efectivamente, se pasó luego una ley de Obediencia Debida, que prácticamente eximía de toda responsabilidad a la gran mayoría de los posibles involucrados. Hubo aún otras dos rebeliones durante el año 1988, pero su fuerza fue cada vez menor, ante las medidas conciliatorias tomadas por el gobierno y apoyadas por el Congreso.

Ese mismo año de 1988 hubo en el peronismo elecciones internas, en las que inesperadamente se impuso la oposición interna, encabezada por Carlos Menem, uno de los primeros renovadores en el partido, aliado con los sectores tradicionales, en su competencia con Cafiero. La crisis económica hacía prever un mal resultado electoral para el radicalismo, y las encuestas lo confirmaban. La perspectiva de un triunfo de Menem reavivó los tradicionales temores del antiperonismo de sectores empresarios e intelectuales, que consideraban que con el gobernador riojano se retornaría a las prácticas más confrontacionistas del pasado, sumadas a la presencia de sectores conocidos por su escaso respeto a las prácticas constitucionales.

Este panorama, unido a los traspiés del plan económico —que cada seis meses debía ser reformulado— fue una de las causas más sólidas

de la hiperinflación que se desató al conocerse los resultados oficiales de la elección. La inflación llegó al 200% en un mes, lo que obligó a un traspaso acelerado del poder.

La situación económica y política permitía augurar una repetición de la confrontación social, con ribetes de violencia, semejante a la que se había dado en Chile en tiempos de Allende (1970-1973), o en la misma Argentina durante los gobiernos peronistas de 1973-1976. Para evitar esa eventualidad, Menem adoptó una decisión sorprendente: realizar un pacto con la derecha, representada, a falta de un partido organizado, por la mayor empresa industrial del país, Bunge y Born (de orígenes agroexportadores), a la que se le confió el Ministerio de Economía.

La reacción en círculos empresarios nacionales e internacionales fue, como es dable imaginarse, altamente positiva, aunque al comienzo podía suponerse que sólo se trataba de una estrategia temporaria. Al persistir el gobierno en esa línea, se logró una decidida pacificación de los enfrentamientos entre los principales sectores sociales del país.

La izquierda, el sector sindical y la militancia peronista juzgaron estas medidas como una traición a las tradiciones de lucha del movimiento popular, a pesar de lo cual la mayoría de los sindicatos no se plegó a la protesta, y siguió negociando con el gobierno. En las elecciones de renovación legislativa de 1991, el oficialismo obtuvo su convalidación, pues si bien descendió de su casi 50% a un 40%, superó por bastante margen al radicalismo, también debilitado.

El resto de los sufragios se repartieron entre diversas formaciones de derecha y de izquierda,

todas muy minoritarias. Aunque parezca sorprendente, un importante caudal de votos de protesta afluyó a los "carapintadas", que habían constituido un Movimiento de Dignidad Nacional (MODIN), que simultáneamente asumía papel de "ley y orden" y el de genuino representante de las abandonadas banderas del nacionalismo popular. En distritos muy pobres del Gran Buenos Aires llegó a obtener el 30% de las preferencias, y un 10% en el conjunto de la estratégica provincia de Buenos Aires.

Es significativo que la izquierda, en ninguna de sus numerosas alternativas, que ensayaron todas las apelaciones posibles, desde las moderadas hasta las más extremistas, pasando por las combinadas con elementos de peronismo disidente, no hubiera podido reunir una cantidad respetable de votos, lo que en parte se debe a que la protesta social sigue canalizándose, por lealtad partidaria, a través del peronismo oficial, pese a sus contradictorias políticas. Por otra parte, los sectores más carenciados, y de muy bajo nivel educacional, prefieren la imagen del "hombre fuerte", representada por un militar como Aldo Rico, jefe del MODIN, y no por cualquier político o dirigente sindical.

Las aperturas políticas en Uruguay y Chile

Uruguay

En las Fuerzas Armadas de Uruguay sobrevivió un sector moderado de mayor envergadura que en los demás países del área, en parte porque la amenaza a que había estado sometido el sistema

había sido mucho menor. Fue así que la redemocratización pudo abrirse paso con más facilidad, aunque ello fue en parte resultado de la influencia de lo que ocurría en los dos grandes vecinos.

En 1980 se realizó un plebiscito con el objeto de convalidar un proyecto constitucional altamente autoritario. A pesar de la escasa libertad de prensa y de acceso a los medios de comunicación, la mayoría se expresó en contra de la nueva Carta, lo que significó el comienzo del deterioro del régimen.

El presidente, general Gregorio Álvarez (1981-1985), designado por el Consejo de la Nación, se vio obligado a implementar un lento retorno a la legalidad, por lo que estableció contactos con los partidos políticos, y lanzó un proceso de reorganización de sus estructuras, mediante la afiliación masiva y un sistema controlado de elecciones internas, en alguna medida semejante a las "primarias" norteamericanas.

Las nuevas autoridades partidarias fueron consideradas interlocutores válidos para el gobierno, si bien se mostraron muy poco dispuestas a aceptar la continuidad del régimen. Estaban, sí, dispuestas a llegar a un entendimiento en el sentido de archivar las investigaciones legales acerca de "excesos" cometidos durante la represión. El acuerdo, conocido como "Pacto del Club Naval", contó con la participación del Partido Colorado y el Frente Amplio, pero el Partido Nacional o Blanco se rehusó a ponerle la firma.[8]

En las elecciones nacionales se impuso el Partido Colorado, con los votos de algo más del 40% del electorado. Aunque estaba internamente dividido

entre la mayoritaria corriente centroizquierdista de Julio Sanguinetti y la claramente derechista de Jorge Pacheco, por la operación de la Ley de Lemas estas dos candidaturas sumaron sus votos, superando de esta manera a su rival blanco, quien sin embargo había obtenido mayor cantidad de sufragios que Sanguinetti. El Frente Amplio llegó en tercer lugar, con 24% de los votos, muy concentrados en la capital.

Sanguinetti no contó con mayoría propia en el Congreso, lo que complicó mucho su gestión, obligándolo a entrar en inestables alianzas con partidos que estaban muy poco dispuestos a facilitarle las cosas. El sindicalismo, muy radicalizado en sus niveles medios, mantuvo una actitud de resistencia contra la política económica del gobierno, que no podía gratificar las aspiraciones de la población. Sin embargo, la fragmentación de los dos grandes troncos tradicionales, y la muy intensa que operaba dentro del Frente Amplio, permitieron tejer combinaciones algo fluctuantes, que para cada tema conseguían encontrar una mayoría adecuada.

En 1990, al finalizar el período de Sanguinetti, el régimen democrático se había consolidado, pero el apoyo al partido oficial estaba erosionado. Es así que el Partido Nacional se impuso, con un candidato de su sector conservador, aunque en el mismo lema había grupos orientados hacia el centroizquierda. Algo parecido ocurría en el Partido Colorado.

El Frente Amplio consiguió aumentar su caudal de votos y obtuvo la intendencia de Montevideo, aunque sin mayoría absoluta, lo que lo obliga —como al presidente a escala nacional— a enten-

derse con una oposición que en conjunto tiene más representantes, aunque siempre algunos de ellos son cooptables. Con todo, el sistema partidario ha demostrado actuar con una alta dosis de responsabilidad, y se ha evitado caer en el inmovilismo y la obstrucción sistemática.

En la actualidad existen en el Partido Colorado dos corrientes principales, ambas de raíz batllista: la de Julio Sanguinetti ("Foro Batllista"), con elementos de centroizquierda, y la de Jorge Batlle, descendiente del viejo caudillo, de posiciones desarrollistas ("Batllismo Radical"), más neoliberal que la primera. Una tercera corriente, que en determinadas coyunturas puede alcanzar un peso significativo, es la del ex presidente Jorge Pacheco, que combina actitudes de derecha, que llevaron a actitudes de familiaridad con las autoridades militares durante la dictadura, con elementos de apelación popular entre sectores marginales.

El Partido Blanco o Nacional tiene una corriente conservadora ahora mayoritaria —la herrerista— cuyo jefe, Luis Alberto Lacalle Herrera, es sobrino nieto de otro antiguo caudillo, Luis Alberto de Herrera. A la izquierda se ubica el sector que en su momento dirigió Wilson Ferreyra Aldunate y que llegó a tener mucha fuerza, aunque ahora ha decaído, por el éxodo de potenciales simpatizantes hacia el Frente Amplio. Wilson Ferreira Aldunate inició un profundo proceso de renovación que comenzó a cambiar la idiosincrasia de su partido, que parecía ubicarse ahora a la izquierda del Partido Colorado, en contraste con lo que habían sido sus características durante años. Dada su popularidad, en 1985 podría haber ganado las elecciones, si no hubiera sido impugnado por las autoridades militares.

La repetición de los mismos apellidos entre los dirigentes uruguayos es un reflejo de la estructura de edad y del alto grado de urbanización y las pequeñas dimensiones del país, lo que facilita la vigencia de una gran memoria histórica. Todo lo contrario de lo que ocurre en Brasil, donde constantemente se renuevan los componentes humanos de la población, con aportes masivos de gente que llega desde muy lejos, de ambientes culturales agrarios muy distantes a los de las ciudades medias y grandes, y que están más dispuestos a aceptar nuevos liderazgos.

Chile

En Chile la transición fue mucho más lenta y pactada, debido a la mayor solidez del régimen militar. El contraste con Argentina es obvio. También lo es, aunque menos evidente, con Brasil.

En Brasil, después del *boom* de los años sesenta y de los primeros de la década del setenta, sobrevino la crisis. En Chile, en cambio, se dio lo contrario: la primera mitad del período militar fue de estancamiento y aun retroceso económico, para sólo gradualmente alcanzar un fuerte crecimiento. Entonces el régimen pudo controlar la apertura desde posiciones de poder y confianza, que en alguna medida recuerdan a las del proceso español. Se redactó un texto constitucional —aprobado mediante un plebiscito— muy restrictivo del papel de la oposición, pero que a largo plazo implicaba controles genuinos sobre el Ejecutivo y una vuelta a la legalidad. Según ese texto, en 1988 debía realizarse otro plebiscito para decidir

si el general Pinochet seguiría en la Moneda por un nuevo período o si debía convocar a elecciones competitivas. Esta nueva consulta, realizada bajo condiciones de libertad de prensa y asociación más genuinas que en la ocasión anterior, y bajo la influencia de los procesos de transición que tenían lugar en los demás países del área, dio la victoria a la oposición.

Debe ser tenido en cuenta el hecho de que ahora Estados Unidos estaba decididamente volcado hacia la democratización, a diferencia de 1973, en que apoyó el golpe de Estado. También fue decisorio el giro que habían tomado las actitudes políticas de los partidos populares. La Democracia Cristiana mantenía una posición de centro, con inclinaciones hacia una izquierda moderada, lo que la llevaba a una alianza con el socialismo. Este partido, fragmentado en innúmeras fracciones, en lo principal había girado hacia posiciones socialdemócratas explícitas, que nunca habían tenido legitimidad teórica en su experiencia anterior, especialmente desde los años de su admiración por el modelo cubano, que ahora se veía seriamente cuestionado.

La izquierda socialista quedó fuera de esta coalición, mientras que el comunismo, muy afectado por las noticias que llegaban desde Moscú, veía reducidos sus efectivos. En un alarde de independencia respecto de sus mentores soviéticos, el partido chileno optó por apostar al menos algunos de sus recursos a la vía violenta, apoyando la formación del Frente Manuel Rodríguez, que realizó varias operaciones armadas y atentados, pero sin llegar a constituir una fuerza significativa.

La principal oposición fue la que presentó una alianza moderada de democristianos y socialistas, quedando la extrema izquierda confinada en las sombras de una semilegalidad. La elección dio el triunfo al democristiano Patricio Alwyin (1990), que formó un gobierno en alianza con los socialistas y permitió la gradual legalización de los sectores más radicalizados del espectro político, cuya verdadera fuerza sigue siendo una incógnita en el momento de escribir estas líneas.

Uno de los precios de la transición "a la española" fue el de aceptar los elementos antidemocráticos de la Constitución, principalmente la presencia en el Senado de un nutrido pelotón de miembros designados por el Ejecutivo saliente, y la autonomía conferida a los jefes de las Fuerzas Armadas, más allá de ciertos trucos en la ley electoral.

Al igual que en España, Perú o Argentina, también en Chile la victoria de un partido centrista —con más arraigo que sus pares de España y Perú— facilitó la transición, aun cuando estuviera aliado con uno de los sectores de la izquierda. Por otra parte, la coalición democristiana-socialista reproduce en alguna medida el fenómeno italiano, refrendando una vez más la característica "europea" del panorama político en el país andino. Por su parte, la derecha, tradicionalmente fuerte en Chile, mantuvo su fuerza electoral, aunque dividida en dos fracciones claramente pinochetistas, la Unión Demócrata Independiente (UDI) y el Partido de Renovación Nacional (PRN), además de una candidatura "de dispersión" pero derechista, la del empresario Jorge Errázuriz. En conjunto obtuvieron el 40% de los votos.[9]

El bipartidismo en jaque
Venezuela y Colombia

Venezuela

En Venezuela la alternancia de adecos y copeyanos se constituye, cada vez más, en característica del sistema. En 1989 retornó al poder Carlos Andrés Pérez, líder de Acción Democrática que durante su primer período (1973-1978) se había caracterizado por una gestión estatizante y una industrialización subsidiada, así como por la implementación de políticas de extensión de los beneficios sociales, todo lo cual fue posible debido a la prosperidad generada por los altos precios del petróleo.

Ahora la situación era totalmente distinta, y el recién electo mandatario optó por aplicar de lleno la política de ajuste promovida por las autoridades financieras internacionales. El resultado fue una bomba: ante los aumentos de precios de los transportes, los servicios públicos y otros bienes, no acompañados de una adecuación en los índices salariales, explotó la protesta popular. La población de las numerosas villas de emergencia asentadas en los cerros de los alrededores de la ciudad bajó al centro, dedicándose al saqueo de supermercados, y causando innúmeros destrozos. La represión, que dejó más de un centenar de muertos, empañó la inauguración del nuevo período.

A pesar de la reacción popular, las políticas neoliberales siguieron aplicándose, aunque con gran dificultad, por la cantidad y diversidad de intereses

creados que era preciso desactivar. En 1991 otro acontecimiento, más inesperado aún que el anterior, incrementó la perplejidad: un grupo de mandos medios de las Fuerzas Armadas se rebeló, exigiendo la corrección de la orientación adoptada y una lucha más enérgica contra la corrupción que todo lo devoraba. Durante el par de días que duró el movimiento, difundido en varios lugares del país, algunos sectores populares y estudiantiles se plegaron a él, amenazando con una convergencia de contradictorias características ideológicas, pero no novedosa en la historia del continente.

El régimen venezolano se encuentra bastante jaqueado como consecuencia de la prolongada crisis económica y de estos ataques de fuentes inesperadas. El rumor golpista es constante, aunque no parece muy probable su concreción. Más dudoso es el efecto que todo esto puede tener sobre el apoyo electoral al gobernante Acción Democrática, o incluso hacia el sistema bipartidista, dado el descrédito en que han caído los políticos por el mal manejo que se ha hecho de los ingresos provenientes del petróleo en la época de su alto precio.[10]

Colombia

En Colombia el liberal César Gaviria resultó electo en 1990, en un momento de fuerte fragmentación partidaria. El Partido Liberal, la formación tradicional que más capacidad de persistencia ha demostrado, tiene una fuerte división interna entre su ala progresista, teñida de socialdemocracia, y la más ortodoxa. El conservadorismo ha sufrido una fuerte explosión: su núcleo más oficial adoptó el calificativo de "social", tratando

de dar énfasis a concepciones socialcristianas, aunque en alguna medida éstas siempre estuvieron presentes en su seno; el sector que sigue a Álvaro Gómez Hurtado trata de abrir sendas ideológicas nuevas, apelando a una renovación total del sistema de partidos, por lo que adoptó el nombre de Partido de Salvación Nacional; finalmente, una Nueva Fuerza Democrática enarbola banderas de economía de mercado, restando votos, en realidad, tanto al clásico conservadorismo como al liberalismo.

Fuera de este arco tradicionalista se sitúa el Movimiento Democrático M-19, sorprendentemente integrado a la vida institucional luego de bajar de las montañas. En un primer momento, cuando se planteó su retorno a la vida legal, el M-19 obtuvo una fuerte votación, lo que le permitió forzar la convocatoria a una Asamblea para reformar la Constitución. En esa ocasión se produjo la extraña alianza entre esa extrema izquierda y la derecha de Álvaro Gómez, que desde posiciones nacionalistas también condenaba el régimen liberal capitalista existente. Otros grupos guerrilleros se mantienen en sus posiciones confrontacionistas, y por cierto el narcotráfico, sigue constituyendo una fuerza muy difícil de controlar, como la mafia en Italia, pero con mayor presencia armada. Para doblegarlo se implementaron todos los recursos imaginables, incluyendo la edificación de cárceles con las comodidades de un hotel de cinco estrellas para albergar a los jefes que prefieran entregarse y dedicarse a la vida contemplativa, asegurándoles, sobre todo, que no serán extraditados a Estados Unidos.

Al comenzar a transitar por los complejos senderos de la política electoral y partidaria, el M-19 perdió algo de su aura y bastantes votos. De todos

modos, se integró cada vez más al arco institucional de partidos, y quizá llegue a convertirse en el núcleo de una futura izquierda más moderna, ligada con otros componentes reformistas de esa familia ideológica. Para mediados de 1992 el gabinete incluía a todos los partidos citados a excepción del ala conservadora nacionalista de Álvaro Gómez, Salvación Nacional.[11]

MÉXICO INTENTA EL CAMBIO

En México el régimen priista es consciente desde hace años de que necesita reformarse para sobrevivir. Su punto más débil reside en la manipulación de los votos, habitual en todos los niveles, y que lanza a posiciones violentas a muchos sectores de la oposición. Mientras la prosperidad acompañaba al modelo, con cifras de incremento anual del producto del orden del 10%, los problemas podían ignorarse. Cuando la economía entró en una fase de estancamiento, debido al problema de la deuda y de la recesión internacional y sobre todo latinoamericana, el problema se agudizó.

Para la renovación presidencial de 1988 la oposición recibió un aporte caído del cielo: el hijo del general Cárdenas, héroe de la Revolución y fautor de los mayores logros obtenidos en la Reforma Agraria y la nacionalización del petróleo, se separaba del partido oficial y formaba uno propio, denominado Partido Revolucionario Democrático (PRD), aliado en un Frente (FDN) con gran cantidad de minúsculos grupos de izquierda. Como la peor cuña es la del mismo palo, la alarma cundió,

porque el calor popular acompañaba al nuevo candidato.

En el momento del voto, hubo al parecer un fraude muy generalizado, que le permitió al PRI imponer al licenciado Carlos Salinas de Gortari, miembro de la tecnocracia joven, orientado a una política neoliberal y privatista. De todos modos, Cuauhtémoc Cárdenas obtuvo gran cantidad de votos, y el centroderechista PAN, de raíces católicas, también incrementó su caudal.

El nuevo mandatario se propuso realizar una "limpieza" de las estructuras existentes, comenzando por las cabezas visibles de la corrupción empresaria y administrativa, y por algunos sindicalistas también señalados como poco cuidadosos de los fondos de sus afiliados, en primer lugar el mítico "La Quina", jefe del gremio petrolero en Tampico. Luego de esta demostración de fuerza, el nuevo presidente prometió que iba a proseguir con sus planes, y gran parte de la opinión pública se le plegó.

En el ámbito electoral, se intensificaron los controles sobre el recuento de votos y se reactivó el trabajo partidario de las bases en el PRI. El resultado fue que en ocasión de la renovación legislativa el oficialismo consolidó su posición, y hubo un retroceso de las cifras obtenidas por el PRD de Cárdenas, que esta vez no fueron cuestionadas por la opinión independiente.

Pasado el impulso inicial que parecía llevarlo al poder en un cortísimo plazo, el PRD se dedicó a consolidar su estructura, preparándose para una más larga lucha por ocupar el vacío de una oposición con posibilidades de vencer, lo que representa una novedad en el sistema político mexicano. Para cumplir este papel compite con el PAN, sólidamente

anclado en sectores empresarios y católicos, y que se perfila como la principal oposición en términos numéricos.

No sería extraño que de esta manera el esquema partidario se oriente hacia una tripartición, por el momento bastante distinta a la clásica chilena, porque en este caso sería el centro, y no los dos extremos, el sector más poderoso.

NOTAS

[1] Bolivar Lamounier y Fernando H. Cardoso (comps.), *Os partidos e as eleicões no Brasil*, 2ª ed., Río de Janeiro, Paz e Terra, 1978; Olavo Brasil de Lima (h) (comp.), *Sistema eleitoral brasileiro: teoria e prática*, Río de Janeiro, Rio Fundo/Iuperj, 1991; Ricardo Antunes, *A rebeldia do trabalho. O confronto operário no ABC paulista: as greves de 1978/80*, San Pablo y Campinas, Ensaio/Unicamp, 1988; Jacob Gorender, *Combate nas trevas. A esquerda brasileira: das ilusões perdidas á luta armada*, 3ª ed., San Pablo, Atica, 1987; Moacir Gadotti y Otaviano Pereira, *Pra qué PT: origem, projeto e consolidação do Partido dos Trabalhadores*, San Pablo, Cortez, 1989; Leoncio Martins Rodrigues, "A composição social das lideranças do PT", manuscrito, San Pablo, 1989, y *CUT: os militantes e a ideologia*, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1990.

[2] Alfred Stepan (comp.), *Democratizing Brazil: Problems of Transition and Consolidation*, Nueva York, Oxford University Press, 1989.

[3] Gustavo Gorriti Ellenbogen, *Sendero: historia de la guerra milenaria en el Perú*, Lima, Apoyo, 1990.

[4] Augusto Zimmermann Zavala, *Los últimos días del general Velasco: ¿quién recoge la bandera?*, Lima, Talleres Humboldt, 1978.

[5] Nick D. Mills, *Crisis, conflicto y consenso: Ecuador, 1979-1984*, Quito, Editora Nacional, 1984.

[6] Paul Lewis, *Paraguay Under Stroessner*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1980; Domingo Rivarola (comp.), *Estado, campesinos y modernización agrícola en el Paraguay*, Asunción, Centro de Estudios Sociológicos, 1982, y *Los movimientos sociales en el Paraguay*, Asunción, Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, 1986; Werner Baer y Melissa Birch, "La expansión de la frontera económica: el crecimiento paraguayo en los años setenta", en: *Revista Paraguaya de Sociología*, año 20, núm. 58, septiembre-diciembre de 1983, pp. 7-36; Fran Gillespie, "Comprehending the Slow Pace of Urbanization in Paraguay Between 1950 and 1972", en: *Economic Development and Cultural Change*, año 31, núm. 2, enero de 1983, pp. 355-375.

[7] Oscar Oszlak (comp.), *Proceso, crisis y transición democrática*, 2 vols., Buenos Aires, Cedal, 1984; Liliana de Riz, *Retorno y derrumbe*, México, Folios, 1981; Pablo Giussani, *Los días de Alfonsín*, Buenos Aires, Legasa, 1986; Alejandro Horowicz, *Los cuatro peronismos*, Buenos Aires, Legasa, 1985; Vicente Palermo, *Democracia interna en los partidos: las elecciones partidarias de 1983 en el radicalismo y justicialismo porteños*, Buenos Aires, Ides, 1986.

[8] Juan Rial, "Los partidos tradicionales: restauración o renovación", y con Carina Perelli, "El discreto encanto de la social-democracia en el Uruguay", en: *Documentos de Trabajo*, Montevideo, Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay, 1984 y 1985; Arturo Porzecanski, *Uruguay's Tupamaros: The Urban Guerrilla*, Nueva York, Praeger, 1973.

[9] Sergio Bitar, *Chile: Experiment in Democracy*, Filadelfia, Ishi, 1986; Manuel Antonio Garretón, *The Chilean Political Process*, Boston, Unwin Hyman, 1989.

[10] Carlos Rangel Guevara, *Del buen salvaje al buen revolucionario*, reed., Caracas, Monteávila, 1976; Ramón Escovar, *Evolución política de Venezuela*, Caracas, Monteávila, 1975; José Antonio Gil Yepes, *The Challenge of Democracy*, New Brunswick, NJ, Transaction Books, 1981; Daniel C. Hellinger, *Venezuela's Tarnished Democracy*, Boulder, Co, Westview Press, 1991; Luis J.

Oropeza, *Tutelary Pluralism*, Cambridge, Mass, Center for International Affairs, Harvard University, 1983.

[11] Para las diversas corrientes ideológicas en los partidos tradicionales, véase Belisario Betancur, *Despierta, Colombia*, Bogotá, Tercer Mundo, 1970; Virgilio Barco, *Lucha partidista y política internacional*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1981; Alfonso López Michelsen, *Parábola del retorno*, Bogotá, Tercer Mundo, 1988; Carlos Holmes Trujillo, *Colombia, drama y esperanza*, Bogotá, Plaza y Janés, 1987.

VIII. SISTEMAS PARTIDARIOS EN AMÉRICA LATINA: UNA CLASIFICACIÓN

PARA COMPLETAR este relato sobre la historia de los últimos cien años, esbozaremos una clasificación de los partidos que han sido descriptos en las páginas precedentes. Ya desde los tiempos de Linneo, la clasificación sirve para detectar empíricamente tendencias evolutivas, o posibilidades de cambio, sobre las cuales construir una teorización más exigente. En este volumen no se intenta una teorización de este tipo, que en lo fundamental está por hacerse, y que además exige un mayor acopio de investigaciones sobre los detalles de cada caso. Pero establecer algún orden en el mare mágnum de partidos y movimientos consignados es una etapa esencial en el avance científico en esta área.[1]

Para mayor facilidad en la exposición, en algunos casos se han tomado sistemas partidarios, más que partidos individuales. A grandes rasgos pueden plantearse los siguientes agrupamientos:

A. EL SISTEMA BIPOLAR CLÁSICO CONSERVADOR-LIBERAL

La cristalización más típica de este sistema se dio por mucho tiempo en Colombia, Ecuador, Chile y en la temprana historia de Cuba y de América Central, así como en el Brasil imperial. Un partido

conservador, ligado a la Iglesia y a los intereses terratenientes, se enfrentaba con uno liberal, laicista y vinculado a la emergente clase media y también a sectores agrarios, a veces regionales, o más volcados a la exportación. La ubicación de los sectores comerciales urbanos dependía del contexto. En la mayor parte de los casos optaban por el liberalismo, pero podían ser la base del conservadorismo, sobre todo cuando eran oriundos de la ex potencia colonial, como en Brasil.

A veces el conservadorismo tenía más capacidad que el liberalismo de movilizar a sectores populares bajos, a través de la Iglesia y de algunas figuras caudillescas, y de su mayor sensibilidad hacia las necesidades proteccionistas de los artesanos. Por las mismas razones podía concitar el apoyo de los industriales que competían con manufacturas extranjeras.

Dentro del conservadorismo era típica la existencia de una línea de "apertura social" por vía de la Doctrina Social de la Iglesia, mientras que en el liberalismo a menudo actuaban corrientes de simpatía socialista.

Una versión algo diferenciada de este esquema se daba en Uruguay, con su Partido Blanco, rural y católico, contra el Colorado, más urbano y anticlerical, prácticamente hasta tiempos recientes, en que apareció un tercero en discordia, el Frente Amplio izquierdista.

La bipolaridad conservadora-liberal es semejante—bajo condiciones sociales distintas— a la que tuvo vigencia en Gran Bretaña durante gran parte del siglo XIX. En general, implica que los enfrentamientos sociales más sobresalientes son los que separan a sectores dentro de las clases altas o medias. Los estratos populares actúan como

apoyo, clientelísticamente, respetando las jerarquías existentes, con poca movilización social y escasa organización autónoma. En la medida en que la adquieren tienden a manifestarse disconformes con las expresiones políticas tradicionales, y buscan canales propios, o que al menos impliquen una innovación significativa con respecto a los cánones conocidos.

B. El sistema conservador-liberal ampliado hacia el radicalismo y el socialismo

Con el desarrollo urbano, industrial y educacional, los países donde la bipolaridad conservadora-liberal se había asentado a menudo fueron desarrollando formaciones más orientadas a la izquierda, con base en las clases medias —que se autonomizan respecto de su temprana identidad liberal— y luego en la clase obrera. Es así como se suman un Partido Radical, primero, y más tarde uno Socialista o Comunista, estos dos últimos con base en sindicatos constituidos autónomamente por militantes que emergen de las clases populares. Esta evolución es la más semejante al modelo europeo occidental, paradigmáticamente el inglés a partir de comienzos del siglo XX, cuando se fundó el Partido Laborista.

En América Latina el caso típico de esta extensión del espinel político es Chile. La clase media, cuando se hace más numerosa y adquiere mayor confianza en su capacidad de acción, forma un partido propio, a veces aliada a grupos empresariales más altos, caracterizados por su condición

periférica en la arena nacional. En cuanto al socialismo, éste emerge estrechamente ligado a las organizaciones sindicales, cuyos líderes, de extracción mayoritariamente proletaria, mantienen una posición en el espacio social muy cercana a la de las bases, o sea, tienen una escasa burocratización.

En Chile, el Partido Radical, clásico representante de la posición centrista de las clases medias, fue reemplazado en las preferencias de su electorado, desde mediados de siglo, por la Democracia Cristiana, como consecuencia de la menor vigencia de los temas anticlericales.

C. La bipolaridad derecha-izquierda

Este esquema es una simplificación del anterior. En un determinado momento, ante el fortalecimiento de las fuerzas sindicales y socialistas, se produce una unificación de los partidos "burgueses", o la desaparición de uno de ellos. Es así como en Gran Bretaña, después de la tripolaridad conservadora-liberal-laborista, que corresponde al modelo *B*, se transita a una bipolaridad básica, con la desaparición o el debilitamiento notorio de uno de los dos partidos del esquema anterior, en este caso el Liberal. Quedan entonces un partido constituido por la mayor parte de los sectores capitalistas, pero con capacidad de cooptar a las clases medias y a un sector de las populares, sobre todo rurales, y otro anclado en los grupos obreros organizados, así como en una minoría "progresista" o intelectual de las clases medias.

En los países de alto grado de desarrollo este esquema es el más común, especialmente en Europa Occidental, Israel, Australasia y Japón. A veces en lugar de un partido existe un sistema de dos o más partidos, casi permanentemente aliados, que ocupan su hemisferio político. Así, por ejemplo, en Francia están los dos partidos de origen gaullista, y en Suecia el trío formado por los conservadores, los liberales y los agrarios o centristas, que han representado durante décadas la oposición a la socialdemocracia, con la que mantienen un notable equilibrio de votos.

En América Latina en general no se da este modelo. Sin embargo, podría pensarse que Uruguay y Chile están a un paso de que ello ocurra. En Uruguay el Frente Amplio debería continuar su crecimiento electoral, y ante esa amenaza, los dos partidos tradicionales, Colorado y Blanco, tendrían que unirse permanentemente, o bien uno de ellos desaparecer o disminuir radicalmente, quizá por división. En Chile la tendencia podría presentar algunas diferencias. Contra la alianza de la derecha, debería fortalecerse la coalición permanente democristiana-socialista, dejando reducida a la extrema izquierda a una minoría poco significativa.

Esta bipolaridad de derecha e izquierda es la que se da, en la actualidad y desde hace décadas, en casi todos los principales países industrializados, incluyendo Estados Unidos. En este país la izquierda no está representada por un partido de ideología socialista, sino de raíces populares y alta composición sindical, aunque más mezclado en sus apoyos sociales. Por otra parte, en algunos países, como España, la derecha está muy debilitada o fragmentada. En otros las lealtades étnicas y religiosas

crean divisiones que complican la básica bipolaridad a que hemos hecho referencia.

D. Los partidos de integración policlasista

El caso típico de un partido que integra a fuertes sectores organizados de los diversos estratos sociales es el PRI mexicano. No se trata sólo de tener adherentes en los distintos niveles económicos, lo que ocurre prácticamente con cualquier formación electoral. Lo que caracteriza a estos partidos es que importantes grupos organizados, tanto del empresariado como de las capas medias y de los sindicatos y el campesinado, se aglutinan en una misma estructura, aun cuando mantengan dentro de ella ciertas diferencias.

Cuando se han dado condiciones revolucionarias, producto de una guerra civil interna, o de la lucha por la independencia contra una potencia colonial, es más fácil que luego se genere un partido integrador multiclasista. El PRI es un excelente ejemplo de ello. Lo mismo ocurre con el Partido del Congreso de la India, que reúne desde fuertes capitalistas hasta campesinos, obreros y sectores de clase media. Igualmente sucede en la mayor parte de los países africanos y del Medio Oriente, donde prevalecen formas de "socialismo árabe" que incorporan desde los estratos más altos de la sociedad (burócratas y militares cuando no hay capitalistas privados) hasta los más bajos.

En Brasil la casi permanente alianza varguista clásica, entre el PSD y el PTB, es un caso muy semejante al de un partido de integración policlasista. Se diferencia del caso mexicano en que en Brasil no hubo una revolución, lo que confiere más fuerza a la derecha tradicional, externa a esta coalición multiclasista.

En Paraguay el Partido Colorado también presenta algunos de los rasgos de un partido de integración policlasista.

En un país en que domina un partido o coalición integradora policlasista, es común —si no hay régimen de partido único— que a derecha e izquierda se organicen pequeños partidos que agrupan a los sectores más duros, o intransigentes, de las clases altas, o de militantes obreros o intelectuales. Si el predominio del partido dominante se debilita, puede marcharse a un sistema de tres partidos, algo parecido al que se vio en el modelo *B*, aunque con un centro más poderoso.

Cuando los partidos de integración policlasista tienen orígenes revolucionarios, en general han pasado por etapas tempranas durante las cuales su composición ha sido menos integradora, y más semejante al esquema "aprista" o al social revolucionario (modelos *E* y *H*). Con la consolidación de la revolución, las nuevas clases dirigentes formadas en el proceso (burguesía industrial o alta burocracia) tienden a integrarse al movimiento, y llegan a dominarlo. En muchas experiencias de tipo soviético los partidos comunistas, una vez asentados en el poder, también se transforman en versiones integradoras policlasistas (de las clases posrevolucionarias, por supuesto), suponiendo que mantengan su popularidad, lo que no siempre ocurre.

E. Partidos populistas de clase media ("apristas")

En países de desarrollo intermedio es común encontrar un partido popular anclado en una convergencia de clases medias de modesta condición —a menudo provincianas— con la inclusión de intelectuales, clase obrera y campesinos. Podemos llamarlo "populista de clase media", no porque esté sólo basado en la clase media (caso en el cual no lo llamaríamos "populista"), sino porque la clase media es su columna dorsal, con más peso organizativo y capacidad de liderazgo que los sindicatos y los grupos campesinos, a pesar de que el apoyo de éstos también es esencial. Es difícil incorporar en esta categoría a un partido que no cuente con apoyo sindical organizado, salvo que compense esa falta con una gran adhesión de sectores humildes, que pueden no estar sindicalizados, sobre todo en países donde hay poca población urbana o industrial.

Podemos llamar a este modelo "aprista", por el partido que más típicamente ha encarnado, en su historia, esta forma organizativa, y que más la ha teorizado. Implica un apoyo policlasista, pero, a diferencia del caso anterior *D*, le falta un componente apreciable en las clases altas.

Si estos partidos pierden un significativo apoyo en estratos bajos o sindicales —por motivos no meramente coyunturales—, se convierten en partidos centristas de clase media, categoría distinta, referida en el punto *J*.

Además del propio Partido Aprista Peruano, se incluyen en esta categoría Acción Democrática de Venezuela, Liberación Nacional de Costa Rica, los partidos Revolucionario Guatemalteco (de Arévalo) y Dominicano (iniciado por Bosch), el Popular Democrático de Puerto Rico, y el MNR de Bolivia. Tienen tendencia a adoptar una ideología socialdemócrata, y muchos de ellos están asociados a la Internacional Socialista, aunque se diferencian de los partidos clásicos de la experiencia socialdemócrata europea, australiana o japonesa, que se describen bajo el modelo G, y que dependen mucho más de la experiencia organizativa de la clase obrera.

F. Partidos populistas obreros ("peronistas")

Una forma semejante a la anterior —y por eso, al igual que ella, denominada "populista"— es la del peronismo, y su versión brasileña, el trabalhismo. PTB antes del golpe de 1964, y PDT desde la redemocratización. En estos casos, la "columna vertebral" es el movimiento obrero, que aporta gran parte de sus cuadros y estructuras organizativas, aunque por supuesto el liderazgo proviene también, e incluso en la mayor parte de los casos, de niveles más altos de estratificación. Es típico que estos partidos, por su conformación, origen y apoyo social, expresen un enfrentamiento más clasista, aunque no siempre más violento, que el grupo anterior "aprista". Les falta, proporcionalmente, apoyo en los sectores medios, que

en cambio es central en la variante aprista. Pero se diferencian de los socialistas obreros, que veremos a continuación, en que poseen significativos —aunque minoritarios— anclajes en sectores de las clases altas, a menudo entre industriales y militares.

El peronismo es el caso que mejor encaja en esta descripción. El trabalhismo brasileño se acercó a él en los últimos días de Vargas y durante el predominio de Goulart. En años más recientes el PDT ha mantenido su capacidad movilizacionista popular, pero concentrado en algunos estados, bajo la dirección carismática de Leonel Brizola. Parecería que en Brasil la intensa industrialización ha generado una nueva clase obrera, que en su mayoría se aparta del modelo populista, para entrar, vía el Partido de los Trabajadores (PT) de Lula, en el modelo socialista obrero, en su versión más de izquierda G.

A los partidos de este grupo se los ha llamado "populistas obreros" para señalar dos de sus características estratégicas. No se trata, por supuesto, de que sólo tengan apoyo en ámbitos obreros. Lejos de ello, los partidos que siguen la pauta "peronista" tienen importantes apoyos, como acabamos de consignar, en sectores altos de la población. En ese sentido, su influencia se extiende ampliamente en la gama de estratificación social del país, asemejándose en algunos rasgos a los de integración policlasista, como el PRI mexicano. Hay una diferencia muy grande, sin embargo, y es que en el modelo PRI el apoyo de los empresarios y las clases medias es muy fuerte, y oscurece —estratégicamente, aunque no en número de votantes, por supuesto— el que obtienen

en los sectores humildes. En el caso del peronismo, aunque existen significativos sectores de los estratos altos que lo apoyan, son en general muy minoritarios en sus clases de origen, y poco legitimados en términos de los valores que en ellas son corrientes.

Estos partidos, como todos, pueden evolucionar en el tiempo, y a menudo se considera que el peronismo tiende ahora a convertirse en un partido englobador de los más diversos grupos sociales, como el PRI. Pero es difícil que ello ocurra, pues en un país con fuerte y antigua composición urbana como Argentina, con una sociedad civil bastante organizada, existe una tendencia a que los grupos sociales se dividan según la composición clasista predominante en cada uno de ellos. O sea, es muy difícil, por no decir imposible, que *en el mismo partido* se encuentren los principales grupos organizados de sindicalistas y patrones. La experiencia internacional —y no la lógica ni el sentido común— así lo sugieren. Otra cosa es que se establezcan alianzas y convergencias o pactos, como ocurre en Argentina desde el ascenso de Menem al poder. Tampoco hay que confundir al policlasismo ("modelo PRI") con la moderación, que lleva a que un partido de orígenes muy confrontacionistas contra el *establishment* se transforme en moderado, o incluso en simple gestor de los intereses de las clases dominantes. Ello ocurre con casi todos los partidos reformistas populares, especialmente con la socialdemocracia en Europa y otras partes del mundo, y también se está experimentando ahora en los varios populismos, o sea en los partidos "apristas" y en los "peronistas".

G. Partidos socialistas obreros ("socialdemócratas")

Este tipo de partido fue creado en Europa, como resultado de la Revolución Industrial y la ampliación del derecho a voto. Se produjo una convergencia entre la elaboración ideológica de intelectuales críticos y la lucha económica de los obreros organizados en sindicatos. En casi todos los casos, el Estado fue ajeno a esta creación, aunque desde temprano trató de encauzarla.

Estos partidos desarrollaron actitudes de fuerte confrontación contra los poderes gobernantes y contra las clases propietarias, apoyados en una concepción total de lo que podía ser una sociedad ideal. En coyunturas especiales esto los llevó a intentar salidas revolucionarias, que según la teoría que los inspiraba —fundamentalmente, versiones del marxismo y del anarquismo— debían producirse como resultado inevitable de la acumulación de tensiones debidas al mismo crecimiento capitalista.

Como es sabido, esos fenómenos revolucionarios sólo tuvieron éxito en países periféricos, donde el desarrollo industrial no estaba muy avanzado, o no se había difundido más que a ciertas áreas minoritarias o enclaves socioeconómicos. No es extraño, por lo tanto, que en esos casos las fuerzas que generaron el cambio fueran muy distintas de lo que la teoría preveía para los países de mayor avance industrial y cultural, como se verá en el punto siguiente.

Después de experiencias tan frustrantes como las de la Segunda Guerra Mundial, y la degeneración totalitaria de las experiencias de toma revolucionaria del poder, se fue consolidando cada vez más una estrategia alternativa, básicamente moderada, pero con capacidad de representar los sentimientos e intereses de una mayoría de los sectores populares. Bajo esta orientación, los partidos que por su origen e ideología podemos denominar "socialistas obreros" han adquirido en Europa, Australasia y Japón un perfil particular, que se ha dado en llamar socialdemócrata, y al que se han plegado lentamente la mayor parte de los partidos comunistas.

En América Latina ese tipo de partido ha sido difícil de arraigar, y son sus principales ejemplos con raíces históricas el Partido Socialista de Chile, y el de Argentina, hasta quedar reducido a una escasa representación debido a la emergencia del peronismo. En épocas más recientes, el conjunto denominado Frente Amplio en Uruguay, y el Partido de los Trabajadores (PT) de Brasil, se acercan a este modelo.

Este grupo de partidos no debe ser confundido con otros, como los "apristas" (punto *E*), que a menudo han adoptado una ideología socialdemócrata y se han afiliado a la Internacional Socialista, pero cuya organización básica es distinta, por su mayor componente de clase media y un tipo de liderazgo aún caudillista, mayores que los típicos del modelo ahora analizado.

Es muy probable que, como señalan los teóricos de la corriente "aprista", sea precisamente esa diferencia la que confiere vigencia y arraigo a los partidos que la componen, y que no sería deseable para ellos reproducir los esquemas cuya eficacia

sólo se ha demostrado en países de más alta industrialización. Por la misma razón, sin embargo, podría plantearse la hipótesis de que con el mayor crecimiento tecnológico, urbano e industrial de América Latina, el modelo "socialista obrero" tendrá una mayor perspectiva de imponerse.

Debe tenerse en cuenta que a veces los esquemas linealmente evolucionistas no se aplican, y que en el mismo lugar donde los partidos socialdemócratas han tenido su origen, las condiciones de la sociedad moderna imponen cambios en la estructura de los partidos políticos, que parecen quitar énfasis a su claro arraigo clasista.

H. Partidos socialrevolucionarios

En países que recorren etapas tempranas de desarrollo capitalista, aunque con una economía muy carenciada, es común que las fuerzas antagónicas al orden existente adopten una ideología socialista. En esos casos su estructura de apoyo reside, estratégicamente, en sectores medios e intelectuales, más que en una clase trabajadora autónomamente organizada, cuyo peso relativo es escaso.

Las tensiones sociales de todo tipo que en etapas como las señaladas operan sobre los niveles medios de estratificación generan para el fenómeno revolucionario una masa de potenciales reclutas, afectados por su inseguridad o su experiencia de descenso social, con la consiguiente tendencia al extremismo. El resultado es un partido capacitado para la lucha armada y con férrea organización verticalista.

Algo parecido se da en otros países en que las condiciones culturales, o su trayectoria histórica, favorecen una versión fanatizante de una religión tradicional, como el Islam, en lugar del marxismo. Pero por su mayor ligazón a estructuras religiosas tradicionales, esos partidos entran en otra categoría, más cercana a la de los de integración policlasista (modelo *D*). Debe observarse aquí que esos partidos no existen en América Latina, quizá por la ausencia de la experiencia islámica, para la cual el catolicismo, en su estadio actual de evolución, no provee un sustituto equivalente.

En este continente los partidos socialrevolucionarios se han iniciado con menor homogeneidad ideológica que en los casos paradigmáticos de Rusia y China. En Cuba, en sus comienzos, el Movimiento 26 de Julio se parecía más a una expresión algo radicalizada del aprismo que al modelo socialrevolucionario. Incluso se puede suponer que, de haber adoptado Estados Unidos una estrategia más contemporizadora respecto del régimen de Fidel Castro, éste se hubiera visto mucho menos precisado de evolucionar según los cánones importados de la Unión Soviética.

En otras palabras, el modelo socialrevolucionario no tiene por qué adoptar siempre la ideología marxista-leninista. Algunos intentos de formar movimientos de este tipo a partir de facciones populistas, como entre los Montoneros en Argentina, o el M-19 en sus inicios en Colombia, son un ejemplo de esta posibilidad.

Si un régimen de origen socialrevolucionario llega al poder, tiende a consolidarse con el predominio de la nueva clase burocrática, y por lo tanto se transforma en algo semejante al modelo poli-

clasista integrador, ejemplificado en el PRI mexicano, pero referido, por supuesto, a las clases posrevolucionarias. Si no llega al poder, y se legitimiza en el marco de la política electoral, es altamente probable que evolucione hacia formas más moderadas, de tipo "aprista" o socialdemócrata, como parece ser el caso del mismo M-19 y del MAS en Venezuela.

I. Variantes en los partidos de derecha

Existe una tradición de derecha en América Latina que se manifiesta en dictaduras militares o personalistas, sin prácticamente ningún recubrimiento partidario, como en el caso de Vicente Gómez en Venezuela, o los varios regímenes militares argentinos, uruguayos y chilenos. En otros casos, dictaduras de tipo parecido han tenido una mayor estructuración partidaria, como en Brasil en años recientes, o durante el siglo pasado los regímenes de Porfirio Díaz en México o de Guzmán Blanco en Venezuela. Algunos de éstos pudieron sobrevivir, bajo denominación de conservador, liberal o algún otro rótulo —PDS y PFL en Brasil, UDI y Renovación Nacional en Chile— en periodos posdictatoriales. En ese caso, con diversas ideologías, y a veces estableciendo alianzas permanentes, cumplen un papel semejante al de la derecha en los países de mayor tradición democrática de Europa, Estados Unidos, Japón y Australasia.

En otros casos —como en el del Partido Autonomista Nacional (PAN) roquista y sus transmutacio-

nes en Argentina, o los partidos republicanos estaduales en Brasil— organizaciones elitistas y algo fraudulentas conseguían, de todos modos, armar un sistema institucional liberal, con libertades públicas más o menos amplias a pesar de la sistemática distorsión de los resultados electorales. Representaban, de todos modos, un canal para la expresión de intereses conservadores, posibilitando una cierta circulación de elites entre la esfera gubernamental y la privada, dando a las clases altas una sensación de participación y control sobre el proceso político.

En Chile una versión de lo mismo, con algo más de rotación en el poder, se daba a través de los partidos conservador y liberal, dividido este último en numerosas facciones. Después del interregno pinochetista, ambos partidos reemergieron con una diversa combinación de características, pero formando nuevamente dos organizaciones, como se indicó más arriba.

En muchos países del continente, durante largos períodos, hubo una notable debilidad electoral de partidos que, bajo cualquier nombre, pueden ser denominados conservadores o de derecha. Es conveniente reservar ese nombre para los partidos que: a) son apoyados por una mayoría o fuerte sector de las clases altas, y b) tienen una ideología de identificación con los intereses de esas clases y con las necesidades de la acumulación de capital.

Ante la ausencia de fuertes partidos de derecha, su lugar fue a veces ocupado por partidos de centro, como Acción Popular en Perú. En otros casos, como es el del mismo Perú, se forma súbitamente un movimiento en torno a una personalidad, como el Movimiento Libertad de Vargas

Llosa. Algo semejante ocurrió en Brasil con el fenómeno suscitado por Collor de Mello, aunque por diversos motivos éste no parece haber cuajado como expresión permanente de las preferencias electorales.

En países como México las posiciones de derecha pueden ser asumidas sea por un partido de ese origen, como el PAN, o bien por el mismo PRI, a pesar de sus raíces revolucionarias. Como ya se dijo al describir el modelo integrador policlasista (modelo *D*), una vez consolidada la situación posrevolucionaria el partido que la ha generado tiende a derechizarse, y hasta podría llegar a convertirse en la principal expresión de una nueva derecha, con alta capacidad de integración de sectores medios y populares. Este papel de nueva derecha es perfectamente compatible con la existencia de otro partido ubicado más a la derecha, o ideológico —como el PAN—, tendencia que parecía imponerse en las últimas décadas de la vida política mexicana. Sin embargo, debido a una cierta renovación institucional, y al peso de las tradiciones y de las imágenes revolucionarias, el proceso puede desembocar en una tripartición del electorado, con el PRI ubicado en el centro, más que en la derecha, la que en cambio se canalizaría preferentemente hacia el PAN. Por el momento aún es temprano para juzgar estas tendencias.

Otro fenómeno que hay que diferenciar del modelo conservador es el de partidos populistas con elementos derechistas en su ideología, como es el caso del peronismo. En el punto *F* ya se han hecho consideraciones acerca de esta necesaria distinción.

J. VARIANTES EN LOS PARTIDOS CENTRISTAS DE CLASE MEDIA

En países latinoamericanos con desarrollo económico, urbano y educacional mediano hacia alto es común encontrar partidos con base en la clase media, con una mentalidad democrática centrista, a veces con algunos ribetes populistas y corrientes de izquierda, pero básicamente moderados. Los casos paradigmáticos son los partidos radicales en sus expresiones argentina y chilena, así como los colorados y los blancos uruguayos. Los democratacristianos han asumido este papel en varios países del área, sobre todo en Chile, donde su ubicación centrista está definida por la existencia de un importante sector de derecha externo a sus filas. En Venezuela, en cambio, al no haber una fuerza considerable a la derecha del espectro, el democristiano COPEI canaliza intereses conservadores y empresariales en mayor medida que en el caso chileno.

En Brasil el pequeño Partido Democrático Paulista de la República Velha cumplía el papel de partido centrista de clase media, que en la actualidad es desempeñado, en una primera aproximación, por el centrista PMDB, pese a sus orígenes varguistas, que le otorgan una cierta tradición populista, o incluso conservadora popular.

Si en determinadas coyunturas los partidos populistas de clase media ("apristas") pierden su apoyo sindical y de masas proletarias o campesi-

nas, pueden convertirse en típicos partidos centristas de clase media.

En países de alto desarrollo, como los del Primer Mundo, este tipo de partidos no abunda, aunque tuvieron mayor vigencia en épocas anteriores a la Segunda Guerra Mundial, cuando el Partido Radical era el más poderoso en Francia, el liberalismo bajo Lloyd George cumplía un papel semejante en Gran Bretaña, el Centrum tenía gran vigencia en Alemania —flanqueado a su derecha por significativas fuerzas conservadoras y nacionalistas— y los Popolari expresaban sentimientos de amplios sectores de modesto nivel socioeconómico en Italia.

Pero el continuado desarrollo de los partidos laboristas y de izquierda ha debilitado el apoyo de esta posición autónoma de las clases medias, que en general se aliaron o fueron absorbidas por la derecha. Es así que en Alemania, por ejemplo, el antiguo Centrum ha sido reemplazado por el Partido Demócrata Cristiano, que aglutina a las principales fuerzas conservadoras del país. En Francia el electorado que había favorecido a los radicales pasó, enseguida después de la guerra, por una breve etapa democristiana (Mouvement Républicain Populaire) y luego se integró en el gaullismo. El liberalismo británico, pese a sus ocasionales resurgimientos, también se ha eclipsado como alternativa de poder.

Debe señalarse que en esos países, la mentalidad centrista —que es muy predominante— afecta a los principales partidos de cada hemisferio político, o sea al de la derecha (moderada) y al de la izquierda (igualmente moderada), lo que no significa que hayan desaparecido las diferencias entre ambos partidos, ni que sus apoyos sociales sean ahora equivalentes. Es cierto que casi todos los

partidos son en alguna medida policlasistas, pero las diversas clases sociales tienen muy diversos pesos relativos en su seno. En el partido (o coalición) de la derecha se encuentra la gran mayoría de los grupos organizados empresariales, mientras que el partido de la izquierda (o su correspondiente coalición) recibe el apoyo de los activistas del movimiento sindical y de una parte dominante de la *intelligentsia*. Por cierto que hay excepciones a esta regla general, y que existen sectores que caen un poco por fuera del panorama bipolar, hacia actitudes algo románticas (como los verdes) o de violencia extremista (desde el Frente Nacional y los neonazis hasta los sectores que mantienen convicciones marxistas-leninistas).

Se puede argumentar, como se ha dicho ya en estas páginas, que con un mayor desarrollo y modernización los países de América Latina podrán acercarse a ese modelo de bipolaridad con consenso. En alguna medida, ello significaría el "*bel mortre*" de los partidos centristas, que desaparecerían como fuerza propia pero legando al cuerpo entero del electorado gran parte de sus valores.

NOTAS

[1] Para otras clasificaciones de partidos, e ideas acerca de tipologías, véase Rolando Franco, *Tipología de América Latina*, Santiago de Chile, Ilpes, serie II, Anticipos de Investigación núm. 17, 1973; Ruth Berins Collier y David Collier, *Shaping the Political Arena: Critical Junctures, the Labor Movement, and Regime Dynamics in Latin America*, Princeton, Princeton University Press, 1991; Michael L. Conniff (comp.), *Latin American Populism in Comparative*

Perspective, Albuquerque, University of New Mexico, 1982; J. Samuel Valenzuela, "Movimientos obreros y sistemas políticos: un análisis conceptual y tipológico", en: *Desarrollo Económico*, año 23, núm. 91, octubre-diciembre de 1983, pp. 339-368; Octavio Ianni, *La formación del Estado populista en América Latina*, México, Era, 1975; Paul Drake y Eduardo Silva (comps.), *Elections and Democratization in Latin America, 1980-1985*, San Diego, University of California, 1986; Liliana de Riz, "Política y partidos. Un ejercicio de análisis comparado, Argentina, Chile, Brasil y Uruguay", en: *Desarrollo Económico*, año 25, núm. 100, enero-marzo de 1986, pp. 659-682; Richard Gott (comp.), *Guide to the Political Parties of Latin America*, Middlesex, Penguin Books, 1973; Jean Pierre Bernard *et al.*, *Tableau des partis politiques en Amérique du Sud*, París, Armand Colin, 1969; Ian Roxborough, "The Analysis of Labour Movements in Latin America: Typologies and Theories", en: *Bulletin of Latin American Research*, año 1, núm. 1, octubre de 1981, pp. 81-95.

CRONOLOGÍA GENERAL

1897	Uruguay: ante la rebelión de Aparicio Saravia, caudillo del Partido Nacional (blanco), contra fraude electoral del Partido Colorado, se le dan garantías de designar a miembros de su partido en seis gobiernos departamentales.
1898	Guerra de Estados Unidos contra España: conquista de Puerto Rico y Filipinas, y ocupación de Cuba. Guatemala: se inicia la dictadura liberal desarrollista de Estrada Cabrera (hasta 1920). Retorno de civilistas al poder en Perú, sobre la base del acuerdo de alternancia con el Partido Democrático de Piérola. Carrera armamentista entre Argentina y Chile. Roca presidente por segunda vez.
1899	Inicio de la Guerra de los Mil Días en Colombia, que termina con victoria conservadora en 1902. Se inicia dictadura de Cipriano Castro en Venezuela. Revolución federal, liberal, en Bolivia: guerra con Brasil por el territorio de Acre. José M. Ramos Mejía publica *Las multitudes argentinas*.

1900	Inicio de las Mancomunales obreras en el norte de Chile. Acción de Recabarren.
1901	Creación de la Federación Obrera Argentina, central sindical anarquista (luego llamada FORA).
1902	Enmienda Platt: protectorado de Estados Unidos sobre Cuba; Estrada Palma presidente moderado. Panamá: intervención de Estados Unidos. Ataque de potencias europeas a Venezuela para cobrar deuda.
1903	Panamá: independencia, con cesión del Canal y derecho de intervención por Estados Unidos. José Batlle y Ordóñez, colorado reformista, presidente en Uruguay: se inicia segundo levantamiento de Saravia.
1904	Movimiento armado inicia hegemonía del Partido Liberal en Paraguay. Derrota de Saravia en Uruguay. Bulnes publica *El verdadero Juárez.*
1905	Estados Unidos interviene aduanas de República Dominicana. Revolución radical fracasada en Argentina. Huelgas y agitación anarquista.
1906	Se funda el Partido Liberal Mexicano, de predominio anarquista (Flores Magón). Huelga en mina de cobre de Cananea.

Rebelión del Partido Liberal con fuerte movilización popular en Cuba; intervención y nueva ocupación por Estados Unidos.

1907 Huelgas en centros textiles mexicanos (Orizaba).

Se funda el Partido Independiente de Color en Cuba.

Huelga salitrera y masacre de Iquique en Chile.

Williman presidente colorado en Uruguay.

Ingenieros publica *La evolución sociológica argentina.*

1908 Se funda el Partido Democrático, opositor, en México (Bernardo Reyes); siguen huelgas en centros textiles.

1909 Fin de la ocupación de Estados Unidos en Cuba; José Miguel Gómez, liberal populista, presidente.

Juan Vicente Gómez sustituye a Castro en Venezuela: inicio de dictadura (hasta 1935).

Ricardo Rojas publica *La restauración nacionalista*; Molina Enríquez, *Los grandes problemas nacionales*; Alcides Arguedas, *Pueblo enfermo.*

1910 Madero inicia la Revolución Mexicana en el norte.

Agitación social en Argentina; grupos civiles armados apoyan a la Policía en la persecución al movimiento sindical y de izquierda.

Gálvez publica *El diario de Gabriel Quiroga*; Franz Tamayo, *La creación de la pedagogía nacional*; Bulnes, *La guerra de Independencia: Hidalgo, Iturbide.*

1911 Triunfo de Madero: exilio de Díaz.

Segunda presidencia de Batlle, política reformista.

Quesada publica *La evolución social de la República Argentina*; Manuel Ugarte, *El porvenir de América Latina.*

1912 Rebelión del Partido Independiente de Color en Cuba, reprimida con apoyo de Estados Unidos.

Billinghurst, del sector populista del Partido Democrático, presidente de Perú.

Recabarren funda el Partido Socialista Obrero de Chile.

1913 Rebelión militar contra Madero, que es asesinado.

Se extiende la resistencia contra el golpe. Movimiento campesino de Zapata.

Menocal presidente conservador en Cuba.

1914 Inicio de la Primera Guerra Mundial.

Guerra civil en México. Venustiano Carranza primer jefe del sector constitucionalista.

Perú: golpe militar contra Billinghurst.

Alberto Torres publica *La organización nacional* y *El problema nacional brasileño*; Juan Álvarez, *Estudios sobre las guerras civiles argentinas.*

1915	Estados Unidos ocupa Haití. El civilismo retorna al poder en Perú (José Pardo). Yrigoyen presidente radical en Argentina. Freno a las reformas en Uruguay: "alto de Viera" (sucesor de Batlle).
1916	Estados Unidos ocupa la República Dominicana. Fracasa intento de imponer Colegiado por reforma constitucional en Uruguay. Por transacción, se propone que parte de la tarea ejecutiva sea ejercida por un Consejo Nacional de Administración.
1917	Nueva Constitución revolucionaria en México. Reelección del conservador Menocal en Cuba, después de vencer una rebelión liberal con ayuda de Estados Unidos.
1918	Ola de grandes huelgas en Perú, hasta año siguiente. Uruguay: la nueva Constitución adopta mezcla de sistema presidencial y colegiado, y voto secreto.
1919	Dictadura de Leguía en Perú (Oncenio). Huelga y violencia de Semana Trágica en Buenos Aires. Zum Felde publica *Proceso histórico del Uruguay*; Alcides Arguedas, *Raza de bronce*; Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático*.

1920	Obregón presidente en México ("Dinastía de Sonora"). Guatemala: golpe militar contra dictador Estrada Cabrera: se inicia rotación liberal-conservadora. Intervención militar en Bolivia, y elección al año siguiente de Saavedra, del Partido Republicano. Arturo Alessandri presidente en Chile, con apoyo de un sector liberal y de radicales. Oliveira Vianna publica *Populaciones meridionales del Brasil.*
1921	Partido Liberal se divide en Cuba: el conservador Menocal apoya a Zayas, del Partido Popular Cubano, escisión liberal. Juan E. O'Leary publica *El Mariscal Solano López.*
1922	Levantamiento de *tenentes* en Río de Janeiro. Huelgas, intervención militar y masacres en Patagonia: Alvear, radical moderado, asume presidencia. Manuel Gamio publica *La población del Valle de Teotihuacán*; Antonio Caso, *Discursos a la nación mexicana.*
1923	Huelga minera y matanza en Oruro, Bolivia; se forma en exilio el Partido Obrero Revolucionario, trotskista.
1924	Calles presidente en México. Haya de la Torre funda el APRA, como internacional antiimperialista, en ese país.

Huelga en Guayaquil sangrientamente reprimida.

Segunda rebelión tenentista, en San Pablo: la "Columna Prestes" recorre el país, hasta 1927.

Intervención militar en Chile, inicia período de hegemonía de Carlos Ibáñez, al principio aliado con Grove.

División de UCR: se forma UCR Antipersonalista.

Discurso de Lugones en el centenario de Ayacucho: *La hora de la espada*; Gaitán escribe su tesis *Las ideas socialistas en Colombia*.

1925 Machado, liberal reformista, presidente en Cuba.

"Revolución Juliana" de militares reformistas en Ecuador.

1926 Se inicia rebelión "cristera" en México (hasta 1929).

Sandino se pliega a liberales en guerra civil contra gobierno conservador fraudulento.

Siles Reyes, del Partido Republicano, presidente en Bolivia; se orienta a izquierda formando Partido Nacionalista.

Plinio Salgado publica *El extranjero*.

1927 Inicio de etapa dictatorial de Machado en Cuba.

El Salvador: Pío Romero Bosque inicia apertura social.

Inicio de período dictatorial de Ibánez en Chile.

Uruguay: Campisteguy, presidente colorado anticolegialista.

Nicaragua: ante pacificación entre liberales y conservadores, Sandino prosigue sólo la lucha contra los marines de Estados Unidos.

1928 Obregón reelecto, y enseguida asesinado en México. Se inicia maximato bajo hegemonía de Calles.

Agitación estudiantil en Venezuela: generación de 1928.

Mariátegui funda el Partido Socialista en Perú.

Yrigoyen presidente, por "plebiscito".

Mariátegui publica *Siete ensayos*: Edwards, *La fronda aristocrática*; Haya de la Torre, *El anti imperialismo y el* APRA.

1929 Se funda partido oficial en México, luego rebautizado Partido Revolucionario Institucional, PRI.

1930 Trujillo accede al poder en República Dominicana.

Liberales llegan al gobierno en Colombia, por división de conservadores: Olaya Herrera.

Golpe de Estado militar contra Leguía, plan de volver a democracia: Sánchez Cerro.

En Bolivia golpe militar traspasa el poder a Salamanca.

Revolución cívico militar en Brasil: Vargas presidente.

Golpe de Estado de Uriburu en Argentina.

Terra presidente colorado anticolegialista en Uruguay.

Lugones publica *La patria fuerte* y *La Grande Argentina.*

1931 Guatemala: se inicia dictadura de Ubico.

El Salvador: elección de un presidente reformista, seguida de golpe del general Hernández Martínez.

Cae el régimen militar reformista de Ecuador.

Elecciones en Perú, tachadas de fraudulentas.

Caída de Ibáñez en Chile. Corta experiencia de República Socialista.

1932 El Salvador: frustrada rebelión comunista: Farabundo Martí.

Honduras: se inicia dictadura de Carías.

Panamá: Harmodio Arias presidente.

Rebelión aprista en Perú ("Masacre de Trujillo").

Guerra civil en Brasil: San Pablo se opone al gobierno provisorio de Vargas, exige Constitución. Plinio Salgado funda la Asociación Integralista Brasileña.

Inicio de la Guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay.

Gobierno constitucional en Chile: Alessandri.

Agustín P. Justo presidente en Argentina.

1933 Revolución en Cuba: Grau San Martín y Batista.

Nicaragua: Sandino depone las armas, ante retirada de marines; Somoza jefe de Guardia Civil.

Velasco Ibarra presidente en Ecuador.

Sánchez Cerro asesinado por un aprista.

Autogolpe del presidente colorado de derecha Terra.

Virginio Santa Rosa publica *El sentido del tenentismo*; Gilberto Freyre, *Casa grande y senzala*; Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa*.

1934 Lázaro Cárdenas, presidente de México, reactiva la reforma agraria.

Golpe de Batista contra Grau, inicio de su predominio.

Nicaragua: asesinato de Sandino.

López Pumarejo presidente liberal en Colombia.

Caída de Velasco Ibarra, anarquía militar.

Golpe de Busch depone a Salamanca en Bolivia.

Vargas presidente constitucional de Brasil.

Uruguay: nueva Constitución presidencialista, y reelección de Terra.

1935 Muerte de Gómez en Venezuela: inicio de una liberalización controlada: López Contreras.

Fin de la Guerra del Chaco.

Fracasa rebelión comunista dirigida por Prestes.

Creación de FORJA, en Argentina: Jauretche.

1936	Nicaragua: Somoza presidente, cultiva apoyos de sindicatos y del Partido Comunista. Bolivia: militarismo reformista de Busch y Toro. Formación de Falange Nacional, con juventud conservadora de orientación democristiana, en Chile. Golpe militar en Paraguay: reformismo febrerista de Rafael Franco. Vasconcelos inicia la publicación de sus *Memorias.*
1937	Autogolpe en Brasil: Estado Novo. Golpe militar contra el Febrerismo en Paraguay. Roberto Simonsen publica *La industria ante la economía nacional.*
1938	Nacionalización del petróleo en México (Cárdenas). Muñoz Marín forma Partido Popular Democrático en Puerto Rico. Santos presidente liberal moderado en Colombia. Intento de golpe integralista en Brasil. Gobierno de Frente Popular en Chile. Ortiz asume presidencia en Argentina, con apoyo de Concordancia y proyecto de apertura política. Baldomir (colorado) electo presidente en Uruguay. Azevedo do Amaral publica *El Estado autoritario y la realidad nacional.*

1939 Golpe de Estado de Busch en Bolivia: autoritarismo con apoyo de izquierda. Suicidio de Busch, y retorno a derecha liberal con Peñaranda.

Manuel Prado presidente conservador civilista en Perú.

Golpe de Estado liberal conservador en Paraguay: Estigarribia.

1940 Ávila Camacho presidente en México: pausa en reformas.

Batista electo presidente en Cuba, con cooperación del Partido Comunista en ministerio.

Costa Rica: Calderón Guardia inicia política social, con apoyo comunista.

Panamá: Arnulfo Arias presidente.

Frustrada rebelión popular en Ecuador, ante evidencia de fraude que impide acceso de Velasco Ibarra.

Morinigo presidente de Paraguay, con apoyo Partido Colorado.

Alejandro Bunge publica *Una nueva Argentina*; Natalicio González, *Proceso y formación de la cultura paraguaya.*

1941 Panamá: golpe depone a Arnulfo Arias, inicia sucesión de gobiernos efímeros.

Mendina Angarita profundiza apertura en Venezuela.

Creación del MNR en Bolivia.

Haya de la Torre publica *La defensa continental.*

1942 Conferencia de solidaridad americana de Río de Janeiro.

Segunda presidencia de López en Colombia.

Autogolpe de Baldomir en Uruguay, cambia Constitución, legalizada por plebiscito.

1943 Golpe militar nacionalista en Bolivia: Gualberto Villarroel, basado en logia RADEPA y MNR.

Golpe militar nacionalista en Argentina. Perón secretario de Trabajo y Previsión.

En Argentina José Luis Torres publica *Los perduellis.*

1944 Grau San Martín (Partido Revolucionario Auténtico) sucede a Batista por elecciones.

Jamaica: Bustamante gana elecciones con su Partido Laborista, en régimen colonial.

Guatemala: caída de la dictadura de Ubico, se inicia período reformista dirigido por Arévalo.

El Salvador: cae Hernández Martínez, lo sustituye un régimen militar nacionalista de corta duración; inicio de anarquía militar.

Costa Rica: Teodoro Picado sucesor de Calderón.

Revolución cívico-militar en Ecuador: Velasco Ibarra presidente ("Gloriosa Revolución del 28 de Mayo"). Apoyo de izquierda y del populismo de la Concentración de Fuerzas Populares (CFP) de Guevara Moreno.

Rebelión cívico militar en Bolivia es

reprimida violentamente (masacre de Chuspipata).

1945 Guatemala: elecciones, Arévalo presidente.

Golpe militar reformista en Venezuela: Betancourt y Acción Democrática en el poder ("Trienio").

Democratización en Perú, con aprismo fuerte en el Congreso, y Bustamante y Rivero presidente centrista.

Agitación "queremista" y deposición de Vargas por golpe militar; crea Partido Social Democrático y Partido Trabalhista. Elección de Dutra, de derecha del PSD, con respaldo varguista.

Movilización del 17 de Octubre. Perón crea Partido Laborista y UCR Junta Renovadora.

Prestes publica *Los comunistas en la lucha por la democracia.*

1946 Alemán presidente en México: orientación desarrollista.

División del liberalismo colombiano: Gaitán, jefe del ala izquierda populista; victoria electoral conservadora.

Deposición y muerte de G. Villarroel en Bolivia: lo suceden gobiernos civiles de derecha y centro.

González Videla presidente radical de Chile, con apoyo comunista.

Perón presidente constitucional.

José L. Romero publica *Las ideas políticas en Argentina.*

1947 Fuerte presencia electoral del Partido Comunista en San Pablo, y su puesta fuera de la ley.

Guerra civil en Paraguay, febreristas y liberales con apoyo del Partido Comunista fracasan en derribar a Morínigo.

Se crea el Movimiento de Intransigencia y Liberación en UCR (Lebensohn, Arturo Frondizi, Del Mazo).

Batlle Berres presidente colorado de Uruguay.

1948 Prío Socarrás, del Partido Revolucionario Cubano Auténtico de Grau San Martín, lo sucede en presidencia.

Honduras: alternancia de liberales y nacionales.

El Salvador: revolución militar reformista, crea partido inspirado en PRI, rebautizado luego Conciliación Nacional.

Costa Rica: guerra civil, dirigida por Figueres.

Panamá: Arnulfo Arias gana elección, pronto es derrocado, Remón hombre fuerte.

Golpe militar en Venezuela: dictadura de Pérez Jiménez.

Asesinato de Gaitán: Bogotazo.

Galo Plaza, presidente liberal de Ecuador.

Golpe en Perú, ante agitación aprista: Odría.

González Videla rompe con Partido Comunista en Chile.

Lorimer Denis y François Duvalier publican *El problema de las clases sociales*

en la historia de Haití; Manuel Gamio, *Consideraciones sobre el problema indígena*; Victor Nunes Leal, *Coronelismo, azada y voto.*

1949 — Muñoz Marín asume gobernación en Puerto Rico (hasta 1961).
Extensión de violencia en Colombia, entre Conservadores y liberales.

1950 — Guatemala: radicalización con Arbenz, sucesor de Arévalo, con apoyo comunista.
El Salvador: el régimen de la "Revolución de 1948" se legitimiza por elecciones.
Aimé Césaire publica *Discurso sobre el colonialismo*; Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México.*

1951 — Victoria electoral del MNR, y golpe militar.
Vargas presidente en Brasil, con apoyo de izquierda.
Frei publica *Sentido y forma de una política.*

1952 — Golpe de Estado de Batista en Cuba.
Velasco Ibarra presidente, no es derrocado.
Revolución civil del MNR: Paz Estenssoro, Siles Suazo.
Ibáñez presidente en Chile, con apoyo de izquierda.
Segunda presidencia de Perón.
Adopción del Ejecutivo Colegiado en Uruguay.
Arciniegas publica *Entre la libertad y el miedo.*

1953	Intervención militar en Colombia: Rojas Pinilla.
1954	Guatemala: invasión por Castillo Armas. Presión militar y suicidio de Vargas. Stroessner presidente de Paraguay, con Partido Colorado. Ruptura de Ibáñez con Partido Socialista Popular. Ruptura entre Perón y la Iglesia. Frondizi publica *Petróleo y política*; Oscar Waiss, *Nacionalismo y socialismo en América Latina.*
1955	Panamá: Remón asesinado. Golpe contra Perón (Revolución Libertadora). Antonio García publica *Gaitán y el problema de la revolución colombiana.*
1956	Trinidad: Eric Williams, con PNM, vence a Partido Laborista (de derecha), aún bajo dominio colonial. Camilo Ponce, conservador social cristiano, electo presidente en Ecuador. Caída de Odría: el aprismo apoya a Prado (Convivencia). Siles Suazo presidente en Bolivia; el MNR desarrolla ala izquierda disidente, dirigida por Lechín. Kubitschek presidente por alianza varguista. Fracasa rebelión peronista, líderes fusilados.

Betancourt publica *Venezuela: política y petróleo*; Céspedes, *El dictador suicida*; Haya de la Torre, *Treinta años de aprismo*; Sábato, *El otro rostro del peronismo*.

1957 Duvalier presidente de Haití.

Guatemala: asesinato de Castillo Armas, lo sucede Ydigoras Fuentes.

Caída de Rojas Pinilla: Frente Nacional en Colombia.

División de UCR en Intransigente (Frondizi) y del Pueblo (Balbín).

Gabriel del Mazo inicia publicación de *El radicalismo: ensayo sobre su historia y doctrina*; Raymundo Faoro, *Los dueños del poder: formación del patronato político brasileño*.

1958 Caída de Pérez Jiménez: pacto de Punto Fijo.

Victoria conservadora en Chile, por escaso margen contra izquierda; Falange y conservadores socialcristianos forman Partido Demócrata Cristiano.

Frondizi accede a presidencia, con apoyo peronista.

Uruguay: blancos, aliados con ruralismo populista (Nardone, "Chicotazo") en gobierno, con colegiado.

Jaguaribe publica *El nacionalismo en la actualidad brasileña*.

1959 Castro en el poder en Cuba.

Betancourt presidente de Venezuela.

Jauretche publica *Política nacional y revisionismo*.

1960	Panamá: acuerdo entre Arias y derecha liberal. Velasco Ibarra electo en Ecuador. Segunda presidencia de Paz Estenssoro Aparece *Guerra de guerrillas* del Che Guevara; Hernández Arregui publica *La formación de la conciencia nacional.*
1961	Fracasa invasión a Cuba (Playa Girón). Asesinato de Trujillo, se inicia democratización en República Dominicana. Nicaragua: se crea en exilio el FSLN. Golpe contra Velasco Ibarra, sustituido por vicepresidente. Asunción y pronta renuncia de Quadros, ante presión militar. Asunción de Goulart, con régimen parlamentario. Meinvielle publica *Concepción católica de la política.*
1962	Crisis de los misiles en Cuba: peligro de guerra. Elección de Juan Bosch en República Dominicana, con programa de izquierda. Independencia de Trinidad. Golpe militar en Perú para evitar victoria aprista. Golpe militar en Argentina, ante victoria peronista. Germani publica *Política y sociedad en una época de transición*; Furtado, *La prerevolución brasileña*; Jaguaribe, *Desarrollo económico y desarrollo político.*
1963	Golpe contra Bosch en República Domi-

nicana.

Guatemala: gobierno directo de Fuerzas Armadas.

Honduras: golpe militar para evitar el acceso del sucesor liberal, visto como izquierdista.

Militares asumen directamente el poder en Ecuador (hasta 1968).

Elecciones en Perú: Belaúnde presidente.

Plebiscito reimpone régimen presidencial en Brasil; radicalización del programa de Goulart.

Enfrentamiento entre facciones en régimen militar argentino. Peronismo vetado, Illia presidente (UCR).

Florestán Fernandes publica *La sociología en una época de revolución*; Guerreiro Ramos, *Mito y realidad en la revolución brasileña*; Francisco Julião, *Qué son las Ligas Campesinas*.

1964 Panamá: fraude impide victoria electoral de Arias.

Golpe militar de Barrientos en Bolivia.

Golpe militar en Brasil derroca a Goulart.

Democracia Cristiana gana elecciones en Chile, con apoyo conservador: Frei. Liévano Aguirre publica *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*.

1965 Revolución militar de izquierda en República Dominicana; intervención de Estados Unidos.

Honduras: régimen militar transfiere poder a Partido Nacional en elecciones.

González Casanova publica *La democracia en México.*

1966 Balaguer, ex colaborador de Trujillo, electo.

Guatemala: gobierno reformista débil de Méndez Montenegro, con oposición de Fuerzas Armadas.

Colombia: guerrilla y muerte del cura Camilo Torres.

Chile: derecha se unifica en el Partido Nacional.

En Brasil se fuerza a la agrupación de todos los políticos en dos partidos: ARENA oficialista y MDB opositor.

Golpe de Estado de Onganía en Argentina.

Uruguay: plebiscito contra el Colegiado; el general Gestido, colorado, electo presidente.

Caio Prado (h) publica *La revolución brasileña.*

1967 Nicaragua: Anastasio Somoza (h) asume presidencia; se forma Unión Nacional Opositora con conservadores, liberales independientes y socialcristianos.

Debray publica *Revolución en la revolución*; Rodolfo Puiggrós, *Las izquierdas y el problema nacional*; A. Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*; Fals Borda, *La subversión en Colombia.*

1968 México: agitación estudiantil y represión ("Masacre de Tlatelolco").

Panamá: Arias electo, depuesto al par de semanas por Torrijos, militar reformista autoritario.

Velasco Ibarra electo en Ecuador, con apoyo de Assad Bucaram, caudillo populista de Guayaquil.

Golpe militar reformista en Perú (Velasco Alvarado), ante casi segura victoria aprista al año siguiente.

Guerrilla tupamara en Uruguay.

1969 Bolivia: muere Barrientos, lo sustituye Ovando, con programa nacionalista y apoyo campesino.

Se forma el Grupo Andino, integración económica de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Chile.

Protesta social en Argentina: Cordobazo, con peronismo de bases y sectores de izquierda.

González Casanova publica *Sociología de la explotación*; Cardoso y Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*; Víctor Villanueva, *Nueva mentalidad militar en Perú*.

1970 México: Echeverría presidente, giro a la izquierda.

Guatemala: victoria electoral de la derecha: Arana Osorio.

Elección en Colombia, la ANAPO de Rojas Pinilla la pierde por poca diferencia y alegando fraude.

Agitación militar populista en Bolivia: Torres, asamblea popular.

Violencia guerrillera en Brasil.

La Unidad Popular en el gobierno en Chile: Allende.

Golpe en el régimen militar argentino: Levingston.

Juan Bosch publica *El próximo paso: dictadura con respaldo popular*. Gerardo Molina inicia *Las ideas liberales en Colombia*.

1971 Golpe de derecha en Bolivia: Banzer presidente, apoyado por sector del MNR de Paz Estenssoro, y Falange Socialista (derecha de raíces profascistas) de Mario Gutiérrez.

Segundo golpe interno en Argentina: Lanusse presidente.

Bordaberry, colorado de derecha, electo presidente; izquierdización del Partido Nacional bajo Wilson Ferreyra Aldunate; se fortalece la izquierda, en Frente Amplio.

Darcy Ribeiro publica *El dilema de América Latina*; Gustavo Gutiérrez, *Teología de la liberación*; Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*; Vivián Trias, *Perú: Fuerzas Armadas y revolución*.

1972 En Jamaica llega al poder Michael Manley (PNP).

Honduras: golpe "peruanista" que luego se derechiza. El Salvador: José Napoleón Duarte, del PDC, aliado a socialdemócratas e izquierda vencido por fraude; generalización de la violencia.

Golpe militar en Ecuador para impedir victoria casi segura de la CFP de Bucaram:

proyecto "peruanista".

Marroquín publica *Balance del indigenismo*; O'Donnell, *Modernización y autoritarismo*; Boff, *Jesucristo liberador*; Oscar Delgado, *El proceso revolucionario peruano*; Guillermo Lora, *De la Asamblea Popular al golpe fascista*.

1973	C. A. Pérez (AD) nacionaliza petróleo en Venezuela. Golpes en Chile y en Uruguay. Victoria electoral peronista: Cámpora presidente, luego reemplazado por Perón. Violencia generalizada.
1974	Muerte de Perón, su esposa asume presidencia.
1975	Independencia de Surinam. Golpe interno en régimen militar peruano: reorientación de derecha, preparación de elecciones.
1976	López Portillo presidente en México. Golpe de Estado en Argentina: Videla. Formalización del golpe militar en Uruguay, designación por Fuerzas Armadas de un presidente civil títere. Petkoff publica *Proceso a la izquierda*; Enrique Dussel, *Filosofía de la liberación*; Carlos Rangel, *Del buen salvaje al buen revolucionario*.
1977	Nicaragua: inicio de insurrección masiva contra Somoza.

1978 Guatemala: elecciones fraudulentas impiden triunfo del general Ríos Montt con apoyo democristiano; sigue violencia extrema.

Nicaragua: asesinato de Chamorro (*La Prensa*).

Caída de Banzer e inicio de anarquía militar en Bolivia.

1979 El Salvador: golpe establece Junta Militar reformista, en la que participa Duarte.

Nicaragua: caída de Somoza ante revolución sandinista con apoyo de sectores moderados.

Transición civil en Ecuador: Bucaram vetado, pero gana CFP, con Roldós, que muere y es reemplazado por Hurtado.

Elecciones en Bolivia no dan mayoría clara, anarquía cívico-militar por tres años.

Asamblea constituyente en Perú, con aprismo fuerte.

1980 Jamaica: Seaga, del Partido Laborista (de derecha) gana las elecciones contra Manley (PNP).

Surinam: golpe de Butersee, con apoyo inicial de Estados Unidos y Holanda.

Belaúnde, centrista, presidente en Perú.

Viola sucede reglamentariamente a Videla en el régimen militar argentino.

1981 Surinam: reorientación de Butersee a la izquierda revolucionaria, con apoyo cubano.

Honduras: el régimen militar transfiere el poder a civiles, con predominio del

Partido Liberal.

Panamá: muere Torrijos, sustituido por Noriega.

En Argentina Viola intenta liberalizar el régimen. Golpe interno: Galtieri.

Uruguay: el general Álvarez presidente por las Fuerzas Armadas.

Bonfil Batalla publica *México profundo: una civilización negada*; Portantiero, *Los usos de Gramsci*.

1982 De la Madrid presidente en México: inicio de reformas.

Guatemala: golpe ofrece gobierno a Rios Montt, quien intenta alianza con Democracia Cristiana pero termina apoyándose en la derecha.

El Salvador: Duarte, presidente de Junta Militar, convoca a Asamblea Constituyente, donde la derecha obtiene mayoría.

Siles Suazo presidente en Bolivia, predominio de izquierda nacionalista (MNRI + MIR + PC).

Guerra de Malvinas. Segundo golpe interno: Bignone.

1983 Guatemala: nuevo golpe militar depone a Rios Montt.

El Salvador: victoria electoral democristiana (J. N. Duarte), continúa la violencia.

Alfonsin electo presidente en Argentina (UCR).

1984 Victoria conservadora en Ecuador: Febres Cordero.

Pacto en Uruguay, entre militares y partidos.

1985 Surinam: acuerdo con oposición para transferencia gradual del poder.

Perú: Alan García presidente aprista.

Fin de gobiernos militares en Brasil: Neves-Sarney electos por alianza PMDB más PFL (escindido del gobernante PDS); muerte de Neves.

Sanguinetti presidente colorado de Uruguay.

1986 Guatemala: victoria electoral democristiana: Vinicio Cerezo.

Bolivia: retorno de Paz Estenssoro, política económica neoliberal y control de inflación.

Protocolos de integración económica Brasil-Argentina.

Ley de amnistía a militares en Uruguay.

1987 Surinam: Frente por Democracia y Desarrollo (FDD) opositor gana elecciones contra Partido Democrático Nacional (NDP) de Butersee.

Rebelión "carapintada" en Argentina; ley de Obediencia Debida respecto de abusos en guerra sucia.

Hernando de Soto publica *El otro sendero: la revolución informal*; Bonfil Batalla, *Utopía y revolución: el pensamiento político contemporáneo de los indios en América Latina.*

1988 Salinas de Gortari presidente en Méxi-

co, en elecciones cuestionadas. Profundización de reformas neoliberales.

Victoria de Izquierda Democrática en Ecuador: Rodrigo Borja.

Plebiscito en Chile: derrota de Pinochet.

1989 El Salvador: victoria electoral de derecha (Cristiani).

Retorno de Pérez en Venezuela: programa económico neoliberal, explosión de protesta, represión violenta.

Caída de Stroessner en Paraguay por golpe interno.

Elección de Menem en Argentina. Hiperinflación. Plan económico basado en entendimiento con la derecha. Acuerdo de mercado común con Brasil (Mercosur).

1990 Nicaragua: Violeta Chamorro gana elecciones.

Fujimori, extrapartidario, electo en Perú.

Bolivia: votación equilibrada entre Banzer, Paz Estenssoro y Paz Zamora. Electo éste con apoyo de Banzer.

Collor, externo a partidos tradicionales, presidente de Brasil, apoyado por derecha contra Lula (PT).

En Chile asume presidencia Aylwin, democristiano, con apoyo socialista moderado.

Rebelión "carapintada" fuertemente reprimida en Argentina; indulto a Juntas y a jefe montonero.

Gana oposición en Uruguay: Lacalle (Partido Nacional).

1991	Haití: J. B. Aristide, cura tercermundista, asume presidencia y meses más tarde es derrocado. Nueva Constitución en Colombia, sancionada por alianza entre escisión conservadora de Álvaro Gómez y M-19.
1992	El Salvador: pacificación entre gobierno y guerrilla. Venezuela: intentos de golpes militares. Autogolpe de Fujimori en Perú. Collor acusado de corrupción y desplazado en Brasil.

ÍNDICE ANALÍTICO

ABC (Cuba): 136, 137.
Acción Comunal (Panamá): 142.
Acción Democrática (Venezuela): 66, 133, 187-189, 192, 237, 238, 328, 329, 345.
Acción Democrática Nacionalista (Bolivia): 310-312.
Acción Popular (Perú): 183, 202, 203, 303-305, 353.
Acto Institucional Número 5 (Brasil): 217.
Agrupación Nacional Democrático-Social (Uruguay): 115
Agrupación Nacionalista Revolucionaria Ecuatoriana: 186.
Aguirre Cerda, Pedro: 109.
Albizu Campos, Pedro: 280.
Albuquerque Lima, Afonso: 295.
Alem, Leandro: 40.
Alemán, Miguel: 195.
Alemania: 143, 267, 356.
Alessandri, Arturo: 71-74, 109, 110, 180.
Alessandri, Jorge: 180, 225, 226.
Alfaro, Eloy: 24.
Alfonsín, Raúl: 302, 316-318.
Alianza Democrática de Velasquistas (Ecuador): 185.
Alianza Nacional Libertadora (Brasil): 103.
Alianza Nacional Popular (Colombia): 193, 194.
Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA): véase Aprismo.
Alianza Renovadora Nacional: 215, 218, 229, 296, 298, 299.
Almeida, José Américo de: 104.
Alonso, José: 220.
Alsina, Adolfo: 33.
Alto de Viera: 85, 86, 115.
Álvarez, Gregorio: 235, 322.
Álvarez, Waldo: 118, 119.
Alvear, Marcelo T. de: 94, 111, 152.
Alwyn, Patricio: 327.
Allende, Salvador: 178, 180, 224, 226, 227, 320.
Amaru, Túpac: 24.
América Central: 15, 16, 64, 65, 139, 245, 246, 278, 281, 337.
América Latina: 9, 51, 143, 144, 149, 238, 337, 339, 341, 349, 350-351, 352, 357.

American Federation of Labor: 136.
Amoroso Lima, Alceu: 104.
Anarquía civil: 23, 310.
Anarquía militar: 141, 251, 253, 276-278, 289, 310, 311, 315.
Anarquismo: 348; en Argentina: 78, 96, 154; ...comparado con Brasil y México: 30, 81; en Chile: 31, 72; en México: 43-45; en Perú: 56-57, 127.
ANCAP (Uruguay): 115.
APRA Rebelde (Perú): 183.
Aprismo: 343-345, 351; ausencia en Brasil: 68; ...en Chile 71; estrategias: 181-184, 201-205; influencia en Bolivia: 60; ...en Colombia: 132; ...en Cuba: 62, 191; ...en Panamá: 143; ...en Paraguay: 124.
Aramayo, Carlos Víctor: 119.
Aramburu, Pedro E.: 165, 229.
Arana Osorio, Carlos: 247-249.
Araujo, Arturo: 140.
Arbenz, Jacobo: 245.
Arce, Armando: 120.
ARENA (El Salvador); 254.
Arévalo, Juan José: 245.
Argentina: 27, 30, 32-35, 44, 59, 75-77, 79, 81, 93, 96, 99, 100, 106, 107, 108, 110, 124, 151, 162, 165, 168, 170, 171, 178, 205, 214, 218, 228, 230, 232, 233, 238, 245, 302, 315, 320, 325, 327, 347, 351, 352.
Arguedas, Alcides: 26, 119, 121.
Arias, Arnulfo: 142, 267-269.
Arias, Harmodio: 142, 267.
Aristide, J. B.: 279.
Arosemena, Carlos J.: 185.
Arosemena, Juan Demóstenes: 142.
Arze, José Antonio: 59, 122.
Arraes, Miguel: 213.
Asociación de Ex Combatientes (Bolivia): 124.
Asociación Integralista Brasileña: 104, 105.
Asociación Nacional Republicana (Paraguay): 60.
Asociación por la Democracia (Surinam): 290.
Australasia: 341, 349, 352.
Australia: 72, 75.
Autogolpe 1937 (Brasil): 105.
Autogolpe 1992 (Perú): 306.
Autoritarismo: 57, 70, 73, 206, 248, 249, 256, 267-269, 276, 286, 313, 322, 352; corporativista: 132; desarrollista: 65, 69, 155; europeo: 70, 73; fascista: 99, 179.
Ávila Camacho, Manuel: 135, 195.
Ayala, Eusebio: 60, 123.
Azevedo Amaral, Antonio José: 105.

Azules y Colorados (Argentina): 218, 229.
Balaguer, Joaquín: 276, 277.
Balbín, Ricardo: 166.
Baldivieso, Enrique: 59, 118-122.
Baldomir, Alfredo: 116.
Balmaceda, José Manuel: 31, 73.
Bánzer Suárez, Hugo: 207, 208, 309-312.
Barceló, Alberto: 112.
Barrantes, "Frijolito": 306.
Barrientos, René: 175, 176, 205, 206.
Barrios, Justo R.: 17, 65.
Barros, Adhemar de: 209, 213, 215.
Barros, João A. L. de: 101, 102.
Batista, Fulgencio: 137, 138, 177, 190, 191, 288.
Batista, Pedro E.: 101.
Batlle, Jorge: 324.
Batlle Berres, Luis: 169.
Batlle y Ordóñez, José: 36, 82-85, 113.
Batllismo: 82, 84, 114.
Belaúnde Terry, Fernando: 182, 183, 201-203, 303-305.
Belzú, Manuel: 26.
Betancourt, Rómulo: 66, 133, 188, 189, 192, 235, 236, 279.
Bignone, Reynaldo: 229, 316.
Billinghurst, Guillermo: 25, 56, 57.
Bishop, Norman: 289.
Bogotazo: 132.
Bolivia: 26, 27, 58, 60, 117, 124, 170, 171, 185, 205, 228, 245, 273, 309, 313.
Bombardeo de la Plaza de Mayo (Argentina): 164.
Bordaberrización: 234.
Bordaberry, Juan María: 234, 235, 243.
Borge, Tomás: 260.
Borja, Rodrigo: 308.
Bosch, Juan: 276, 277.
Brasil: 27-30, 44, 68, 98-100, 105-108, 157, 158, 170, 208, 211, 212, 223, 229, 230, 231, 238, 241, 269, 295, 302, 315, 325, 337, 338, 343, 346, 349, 352-355.
Brizola, Leonel: 298, 346.
Bucaram, Abdala: 308, 309.
Bucaram, Assad: 187, 307, 308.
Bulnes, Francisco: 11.
Burnham, Forbes: 284-286.
Bustamante, Alexander: 281-283.
Bustamante y Rivero, José Luis: 181, 183.
Busch, Germán: 118-124, 171, 176.
Buteresse, Dersi: 288-290.
Caballero, Bernardino: 124.
Caballero Vargas, Guillermo: 314.
Café Filho, João: 209.
Cafiero, Antonio: 318, 319.
Caldera, Rafael: 188, 236, 237.

Calderón Guardia, Rafael: 264, 265.
Calderonismo: 266, 267.
Calles, Plutarco Elías: 46-49, 134.
Cámera, Helder; 104.
Campisteguy, Juan: 86.
Cámpora, Héctor: 224.
Campos, Francisco: 101.
Canal de Panamá: 19.
"Carapintadas" (Argentina): 319, 321.
Cárdenas, Cuauhtémoc: 331, 332.
Cárdenas, Lázaro: 134, 135, 155, 331.
Cardenismo: 134.
Carías Andino, Tiburcio: 65, 255.
Caribe: 15, 18, 142, 204, 267, 278, 281, 286.
Carter, Jimmy: 252, 253, 261.
Carranza, Venustiano: 45.
Carranzismo: 46.
Carrión, Luis: 260.
Casa del Obrero Mundial (México): 45.
Castelo Branco, Humberto: 214, 216.
Castillo, Ramón: 112, 113.
Castillo Armas, Carlos: 246.
Castro, Cipriano: 23, 66.
Castro, Fidel: 190, 191, 250, 271-275, 286, 351.
Castro, Raúl: 272.
Caudillismo: 56, 135.
Célula Socialista Revolucionaria (Bolivia): 119.
Central Auténtica Nacional (Guatemala): 248.
Central Obrera Boliviana: 174, 176, 310.
Cerezo, Vinicio: 249.
Céspedes, Augusto: 59, 120-122.
Céspedes, Carlos: 137.
Civilismo: 56, 57, 125.
Club Tres de Octubre (Brasil): 101.
Coalición Patriótica Nacional (Panamá): 268.
Colby, Bainbridge: 63.
Colombia: 19, 20, 22, 24, 66, 67, 129, 130, 192, 235, 329, 337, 351.
Coloradismo: 82, 114, 115, 171, 314.
Columna Prestes: 69.
Collor, Lindolfo: 102.
Collor de Mello, Fernando: 301, 302, 306, 354.
Comité de Organizacion Politica Electoral Independiente (Venezuela): 188-190, 238, 355.
Comité Nacional de Vigilancia Económica (Uruguay): 115; Pro Abaratamiento de las Subsistencias (Perú): 57; Pro Paro General (Perú): 56.
Comités del pueblo (Surinam): 289.
Comtiano: 29.
Comunismo: 101, 154, 339, 343, 349; brasileño: 213; costarricense: 264; chile-

no: 178, 179, 326; nicaragüense: 257; paraguayo: 171; peruano: 128.
Congreso Nacional del Pueblo (Guiana): 284-286.
Concentración de Fuerzas Populares (Ecuador): 185-187.
Confederación Obrera Boliviana: 206; Nacional Obrera de Cuba: 62; Sindical de Trabajadores de Bolivia: 172; Socialista de Bolivia: 118-120.
Cono Sur: 30, 32, 117, 235.
"Contras" nicaragüenses: 262.
Conservadorismo: 230, 231, 281, 337-340, 352, 353; argentino: 81, 94, 98, 112, 154; brasileño: 210, 229; católico: 24, 30, 34; colombiano: 67, 132, 194, 235, 236, 329, 330; costarricense: 264, 265, 267; cubano: 63; dominicano: 277; inmovilista rural: 70; mexicano: 48; nicaragüense: 259.
Convención Nacional Liberal (México): 11.
Cooke, John William: 221.
Cooperativismo cubano: 136, 137.
Cordobazo (Argentina): 222.
Corporación de Fomento (Chile): 110.
Corporativismo: 70, 111, 113, 290.
Costa e Silva: 216, 217.
Costa Rica: 16, 19, 142, 264.
Couto e Silva, Golbery do: 296.
Crisis del 30: 66, 74, 115, 125, 129, 131, 133, 134, 136.
Cristiani, Alfredo: 254.
Cuadros Quiroga, José: 123.
Cuba: 12, 14, 15, 21, 22, 28, 29, 61, 63, 135, 177, 190, 271, 277, 281, 288, 289, 337, 351.
Cuestas, Lindolfo: 83.
Chamorro, Pedro Joaquín: 261.
Chamorro, Violeta: 261, 263.
Chaves, Aureliano: 300.
Chiari, Roberto: 268.
Chibrás, Eduardo: 190, 191.
Chile: 24, 30, 32-34, 71, 72, 75, 78, 96-98, 108, 176, 179, 180, 214, 225, 229, 231, 232, 238, 315, 320, 325, 327, 337, 339, 340, 341, 352, 353.
China: 211, 351.
Dantas, San Thiago: 104.
D'Aguiar, Peter: 285, 286.
D'Aubuisson, Roberto: 253, 254.
Década infame (Argentina): 93, 97.
Democracia Cristiana argentina: 223; boliviana: 207; uruguaya: 234.
Derecha boliviana: 121; económica argentina: 111; económica costarricense:

266; económica peruana: 183.
Desarrollismo argentino: 166.
Díaz, Porfirio: 10, 11, 22, 23, 43, 44, 46, 195, 352.
Dictadura unipersonal (Brasil): 105.
Diecisiete de Octubre (Argentina): 156.
Dinastía andina: 66, 133; de Sonora: 46.
Directorio Estudiantil Universitario (Cuba): 136, 137.
Dirigismo estatal: 73.
Doctrina Drago: 23; Social de la Iglesia: 106, 132, 179, 338.
Dorticós, Osvaldo: 224.
Dualismo: 145, 149.
Duarte, José Napoleón: 250-253.
Durán Ballén, Sixto: 309.
Dutra, Eurico Gaspar: 159.
Duvalier, François: 278.
Ecuador: 23, 129, 184, 307, 337.
Echeverría, Luis: 239.
Ejército Revolucionario del Pueblo (Argentina):224; (El Salvador): 251.
El Salvador: 16-18, 65, 139, 142-144, 249, 252, 256, 276.
Encuentro Nacional (Paraguay): 314.
Endara, Guillermo: 271.
Enmienda Platt: 14, 137.
Errázuriz, Jorge: 327.
Erro, Enrique: 234.
Escalante, Aníbal: 272, 273.
España: 13, 14, 109, 193, 304, 327, 341.
Estado de los Cuatro Poderes: 54.
Estado Libre Asociado (Panamá): 280.
Estado Novo (Brasil): 71, 105, 106, 157, 159.
Estados Unidos: 14, 15, 19, 61, 63, 75, 76, 141, 181, 186, 188, 216, 225, 231, 246, 252, 253, 258, 261, 262, 267, 275, 277, 279, 280, 285, 289, 326, 330, 341, 351, 352.
Estévez Gomez Freire: 124.
Estigarribia, José Félix: 123, 124.
Estrada Cabrera, Manuel: 17, 65.
Estrada Palma, Tomás: 14, 61.
Estrella de Hierro (Bolivia): 119.
Estructura Social Argentina: 107.
Europa: 13, 51, 52, 72, 78, 109, 124, 156, 212, 341, 347-349, 352.
Falange Nacional (Chile): 179; Socialista Boliviana: 121, 174, 207.
Falangismo: 99.
Farrell, Edelmiro: 229.
Fascismo italiano: 105, 106, 155.
Febrerismo: 124, 171.

Febres Cordero, León: 308.
Federación de las Indias Occidentales: 283; Obrera (Chile): 72; Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia: 172.
Federaciones Obreras del Trabajo: 118.
Federalismo argentino: 86; brasileño: 102.
Ferreira Aldunate, Wilson: 234, 243, 324.
Fidelismo: 212.
Figueres, José: 264-266, 279.
Filonazismo: 174, 221, 267, 317.
Flores, Venancio: 35.
Flores Magón, Ricardo: 43.
Fonseca Amador, Carlos: 259.
Francia: 109, 117, 211, 341, 356.
Franco, Itamar: 302.
Franco, Rafael: 123.
Frei, Eduardo: 179, 225.
Frente Amplio (Uruguay): 234, 322-324, 338, 341, 349. Democrático Revolucionario (El Salvador): 253; Manuel Rodríguez (Chile): 326; Nacional (Colombia): 193, 194, 235; Popular (Chile): 108, 110, 138, 152, 176; Sandinista de Liberación Nacional (Nicaragua): 259-263; Único Socialista (Bolivia): 120; Unido (Guiana): 285, 286; Unido Democrático Independiente (El Salvador): 250, 251.
Fresco, Manuel: 112.
Frondizi, Arturo: 153, 166, 167, 210, 219, 223.
Frugoni, Emilio: 234.
Fondo Monetario Internacional: 311.
Fuentes Mohr, Alberto: 247.
Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí (El Salvador): 251.
Fujimori, Alberto: 306.
Fusilamientos de 1932 (Bolivia): 126; de 1956 (Argentina): 165.
Gainsborg, Aguirre: 121.
Gaitán, Jorge Eliécer: 67, 131, 132.
Gaitanismo: 192.
Galíndez, Jesús de: 276.
Galtieri, Leopoldo: 229, 315, 316.
Gallegos, Rómulo: 188.
García, Alan: 304, 305.
García, Antonio: 192.
García Meza, Luis: 311.
García Moreno, Gabriel: 23.
Garrastazú Médici, Emilio: 217.
Gaulle, Charles de: 117, 210, 211.
Gaviria, César: 329.
Gay, Luis: 162, 179.
Geisel, Ernesto: 217, 296, 297.
Generación de 1928 (Venezuela): 66.
Gestido, Oscar: 232.

Golpe de Estado de 1930 (Argentina): 95, 111; de 1930 (Bolivia): 118; de 1930 (Perú): 125; de 1933 (Uruguay): 116; de 1934 (Cuba): 138; de 1936 (Paraguay): 123; de 1939 (Bolivia): 121, 124; de 1941 (Panamá): 267; de 1943 (Argentina): 111, 113, 153; de 1943 (Bolivia): 171; de 1945 (Nicaragua): 257; de 1946 (Bolivia): 175; de 1951 (Panamá): 268; de 1952 (Cuba): 190; de 1962 (Argentina): 168, 218; de 1963 (Rep. Dominicana): 277; de 1964 (Bolivia): 205; de 1964 (Brasil): 214; de 1966 (Argentina): 221; de 1971 (Bolivia): 207; de 1973 (Chile): 228, 326; de 1973 (Uruguay): 234; de 1976 (Argentina): 225; de 1978 (Bolivia): 310; de 1979 (El Salvador): 252; de 1980 (Bolivia): 311; de 1980 (Surinam): 288; de 1989 (Paraguay): 314.
Gómez, José Miguel: 61, 62.
Gómez, Juan Vicente: 66, 133, 187, 352.
Gómez, Laureano: 132, 193, 236.
Gómez Hurtado, Álvaro: 236, 330, 331.
González Videla, Gabriel: 177.
Goulart, João: 161, 209-213, 298, 346.
Gran Bretaña: 52, 97, 231, 338, 340, 356.
Grau San Martín, Ramón: 137, 138, 190, 288.
Gravert, Julio C.: 115.
Grenada: 289.
Grove, Marmaduke: 73, 74.
Grupos de Once (Brasil): 213.
Grupo Obra de Unificación (Argentina): 153, 205.
Guardia, Calderón: 142.
Guardia, Tomás: 16.
Guatemala: 16-18, 65, 245, 246, 252, 255, 276.
Guayanas: 281.
Gueiler, Lydia: 310.
Guerra Civil nicaragüense: 64, 65; civil de 1947 (Paraguay): 170; de colores: 62; del Fútbol: 256; de Independencia (Cuba, Guerra de Diez Años): 13, 64; de las Islas Malvinas: 229, 316; de la Triple Alianza: 27, 170; del Chaco: 60, 117, 118, 185; de los Mil Días: 20, 22, 67, 130; del Pacífico: 24-26; Federal: 22.
Guerras de Reforma (México): 10.
Guerrilla argentina: 221, 224, 225, 316; brasileña: 217, 230; colombiana: 194, 236, 330; de América Central: 246; guatemalteca: 247, 248; hondureña: 256;

nicaragüense: 259-262; peruana: 201, 202, 304-306; salvadoreña: 252-254; uruguaya: 233-235; venezolana: 236, 237.
Guevara, Ernesto (Che): 167, 210, 272, 273.
Guevara Arce, Walter: 175, 176, 310.
Guevara Moreno, Carlos: 185-187.
Guiana: 284, 287.
Guido, José María: 169.
Gutiérrez, Mario: 207.
Guzmán Blanco, Antonio: 22, 352.
Haití: 13, 15, 278, 306, 307.
Haya de la Torre, Víctor Raúl: 51-56, 64, 126, 127, 181, 183, 184, 192, 201, 268, 279, 303.
Hernández Martínez, Maximiliano: 140, 141.
Herrera, Alfredo: 137.
Herrera, Luis Alberto de: 113-115, 324.
Herrerismo: 169.
Heureaux, Ulises: 15.
Hochschild, Mauricio: 119, 122.
Holanda: 288, 289.
Honduras: 16, 18, 20, 65, 245, 255, 256, 259, 262.
Huelga en Guayaquil, 1924: 129.
Hurtado, Osvaldo: 308.
Hyppolite, Florvil: 15.
Ibáñez, Carlos: 71, 73, 74, 110, 177-180, 182.
Ibañismo: 178.
Iglesia católica: 12, 13, 47, 134, 155, 163, 188, 195, 213, 217, 252, 264, 279, 337.
Illia, Arturo: 219.
Incanato: 55.
Ingenieros, José: 60.
Inglaterra: 28, 83.
Integralismo brasileño: 105, 106, 109.
Internacional Socialista: 124, 266, 345, 349.
Irigoyen, Bernardo de: 81.
"Isabelita" (María Estela Martínez de Perón): 221, 224.
Israel: 341.
Italia: 93, 105, 356.
Izquierda Democrática (Ecuador): 308; Unida (Perú): 303-306.
Jagan, Cheddi: 284-286.
Jamaica: 281, 283.
James, C. L. R.: 284.
Japón: 341, 349, 352.
Juárez Távora: 101.
Julião, Francisco: 213.
Junta Renovadora (Argentina): 154.
Justismo: 153.
Justo, Agustín P.: 95, 111.
Justo, Juan B.: 95.
Juventud Peronista: 165, 220, 221, 223.
Kerensky, Alexandr: 251.
Kubitschek, Juscelino: 161, 208.
Laborismo británico: 156, 231.

Lacalle Herrera, Luis Alberto: 324.
Lacerda, Carlos: 161.
Lamarca, Carlos: 217.
Lanusse, Alejandro: 223, 228.
Latorre, Lorenzo: 83.
Laugerud García, Kiel: 247.
Lebensohn, Moisés: 153.
Lechín, Juan: 172, 174-176, 207, 312.
Legión de Ex Combatientes (Bolivia): 118, 121.
Leguía, Augusto: 57, 125.
Leighton, Bernardo: 179.
Lemus, José María: 250.
Lenin, Vladimir: 52-54, 207.
Leninismo: 52.
Letelier, Valentín: 31.
Levingston, Norberto: 223, 228.
Liberacionismo costarricense: 266.
Liberal desarrollismo: 13.
Liberalismo: 63, 67, 129, 130, 132, 256, 337-340, 352, 356; anticlerical: 34; argentino: 82; autoritario: 10; colombiano: 193, 236, 330; constitucional: 70; costarricense: 264; económico: 153; plutocrático: 130; populista: 86; progresista: 68; radical: 10, 314.
Libertadores, los (Brasil): 68.
Liga Federal de Acción Ruralista - Ruralismo (Uruguay): 169.
Ligas Agrarias (Brasil): 213.
Limantour, Yves: 11
Lonardi, Eduardo: 165, 229.
López Arellano, Oswaldo: 255.
López Contreras, Eleazar: 133.
López Portillo, José: 239.
López Pumarejo, Alfonso: 131.
López Rega, José: 221.
Lopizmo: 27.
Lora, Guillermo: 207.
Lucas García, Romeo: 247.
LLeras Camargo, Alberto: 193.
MacIver, Enrique: 31.
Machado, Gerardo: 64, 135-137.
Machado, Gustavo: 66.
Madero, Francisco: 45, 81, 195.
Maderismo: 43, 196.
Madrid, Miguel de la: 239.
Maluf, Paulo: 300.
Manley, Michael: 282, 283.
Manley, Norman: 282.
Manrique, Francisco: 223.
Mao Tse Tung: 210, 273.
Maoísmo: 304.
Marées, Jorge Gonzáles von: 121.
Mariátegui, José Carlos: 51, 54, 55, 60, 128.
Marighela, Carlos: 217.
Maroff, Tristán: 121.
Martí, Farabundo: 140.
Martí, José: 13, 138.
Martínez, Ezequiel: 223.
Marx, Karl: 53, 56, 143.

Marxismo: 52, 59, 64, 214, 237, 260, 262, 263, 266, 283-285, 298, 304, 316, 348, 351, 357.
Masacre de Chuspipata (Bolivia): 172; estudiantil de 1968 (México): 239.
Massera, Emilio: 315.
Matanza de San Juan (Bolivia): 176.
Matanza, La (El Salvador): 140.
Maximato: 134.
Mayorga, Silvio: 259, 260.
Médici, Garrastazú: 296.
Medina Angarita, Isaías: 133.
Méndez, Aparicio: 235.
Méndez Montenegro, Julio César: 246, 247.
Mendieta, Carlos: 136.
Menem, Carlos S.: 318-320, 347.
Menocal, Mario: 62, 63.
México: 10, 12, 21-24, 29, 30, 32, 43, 44, 51, 53, 64, 81, 86, 134, 175, 195, 196, 208, 238, 331, 352, 354.
Michelini, Zelmar: 234.
Militarismo: 83, 187, 268.
Miskitos: 19.
Mitre, Bartolomé: 34, 40.
Mitrismo: 82.
Montenegro, Carlos: 59, 119-121.
Montoneros (Argentina): 165, 221, 223, 224, 233, 315, 351.
Morales Bermúdez, Francisco: 303.
Morínigo, Higinio: 125, 170, 171.
Moreno, Rodolfo: 112.
Morrones, Luis: 46, 134.
Movimiento al Socialismo (Venezuela): 237, 352; Cívico Democrático (Ecuador): 186; de Acción Popular Unificada (Chile): 226; de Dignidad Nacional (Argentina): 321; de Integración y Desarrollo (Argentina): 223; de Izquierda Revolucionaria (Bolivia): 207, 309, 310, 312; de Izquierda Revolucionaria (Chile): 227; de Izquierda Revolucionaria (Venezuela): 189, 237; de Liberación Nacional (Costa Rica): 265, 266; de Liberación Nacional (Costa Rica): 246-248; de Liberación Nacional Tupamaros (Uruguay): 233; Democrático Brasileiro: 215-217, 296-299; Democrático M-19 (Colombia): 330; Democrático Nicaragüense: 261; de Veteranos y Patriotas (Cuba): 136; Libertad (Perú): 305, 353; M-19 (Colombia): 194, 236, 351, 352; Nacional del Pueblo (Trinidad): 283, 284; Nacional Revolucionario (El Salvador): 250; Nacionalista Revolucionario (Bolivia): 59, 122, 172-176,

192, 206, 207, 309-312, 345; Nacionalista Revolucionario de Izquierda (Bolivia): 309, 310, 312; Regeneración (Colombia): 21; 25 de Febrero (Surinam): 290; 26 de Marzo (Uruguay): 233; 26 de Julio (Cuba): 192, 272, 351.
Muñoz, Marín: 279, 280.
Nacionalismo argentino: 99, 111, 155, 165, 218, 219, 321; autoritario: 155, 216; boliviano: 59; brasileño: 69, 295; colombiano: 330; guatemalteco: 249; mexicano: 43; popular: 170, 171; surinamés: 287.
Nacionalismo Independiente (Uruguay): 115.
Nacionalizaciones: 76, 120, 134, 156, 174, 203, 204, 206, 227, 237, 265, 271, 286, 331.
Nacionalsocialismo: 121.
Narcotráfico: 311, 330.
Nardone, Benito: 169, 234.
Nasserismo: 69, 202, 255.
Natusch Busch, Alberto: 310.
Nebot, Jaime: 309.
Neves, Tancredo: 300.
Nicaragua: 16, 18, 64, 139, 141, 142, 252, 254, 257, 262, 276.
Noriega, Manuel A.: 269, 271.
Nueva Fuerza Democrática (Colombia): 330.
Núñez, Benjamín: 265.
Núñez, Carlos: 260.
Núñez, Rafael: 21.
Obregón, Álvaro: 46-48, 51, 134.
Obregonismo: 46.
Occidente: 9.
Odría, Manuel: 181, 182, 188, 189, 191, 201, 202, 268.
Olaya Herrera, Enrique: 130.
Oliveira Vianna, Francisco José: 70, 71, 105.
Oncenio: 57, 125, 128.
Ongania, Juan Carlos: 218, 221, 223, 228.
Organizaciones Revolucionarias Integradas (Cuba): 272.
Orlich, Francisco: 266.
Ortega, Daniel: 260, 262.
Ortega, Humberto: 260, 262, 263.
Ortiz, Roberto: 111, 112.
Osorio, Oscar: 250.
Ospina Pérez, Mariano: 132.
Ovando, Alfredo: 175, 176, 206.
Pacto de Benidorm: 193; germano-soviético: 111; del Club Naval (Uruguay): 322; del chinchulín (Uruguay): 115; de Punto Fijo: 189; Roca-Runcinam: 97.
Pacheco Areco, Jorge: 232, 243, 323, 324.
Padilla, Heberto: 273.
Panamá: 19, 20, 142, 267.
Panameñismo: 143.

Paraguay: 26-28, 58, 60, 117, 123, 170, 185, 208, 313, 314, 343.
Paraguay para Todos: 314.
Pardo, José: 56.
Parlamentarismo: 73.
Partidos políticos:
Agrario Laboralista (Chile): 177; Aprista (Perú): 181, 189, 202-204, 207, 303-306, 345; Autonomista Cubano: 14; Autonomista Nacional (Argentina): 33-35, 352.
Blanco (Uruguay): véase Partido Nacional.
Civilista (Perú): 25; Colorado (Paraguay): 27, 125, 170, 314, 343; Colorado (Uruguay): 35, 36, 82, 83, 85, 169, 234, 322-324, 338, 341, 355; Comunista (Argentina): 224; Comunista (Brasil): 103, 159, 160, 212, 297, 298; Comunista (Bolivia): 309, 310, 312; Comunista (Cuba): 62, 137, 190, 192, 272, 274; Comunista (Chile): 74, 108, 177-179, 227; Comunista (Ecuador): 186; Comunista (Haití): 279; Comunista (Paraguay): 171; Comunista (Perú): 55, 128; Comunista (El Salvador): 66, 139, 140; Comunista (Uruguay): 234; Comunista (Venezuela): 66, 188-190; Conservador (Argentina): 81; Conservador (Brasil): 28; Conservador (Colombia): 20; Conservador (Cuba): 62; Conservador (Chile): 179, 180; Conservador (Ecuador): 129, 308; Conservador (Nicaragua): 258; Conservador (Panamá): 20; Conservador Social Cristiano (Chile): 180; Cooperativista (México): 46, 47.
de Acción Nacional (México): 48, 196, 332, 354; de Conciliación Nacional (El Salvador): 250, 253; de Izquierda Revolucionaria (Bolivia): 59, 122, 172-174, 176; de la Revolución Mexicana: 49; de la Unión Republicana Socialista (Bolivia): 119, 173; de Liberación Dominicana: 277; de Liberación Nacional (Costa Rica): 345; del Frente Liberal (Brasil): 300, 352; del Movimiento Democrático Brasileño: 298-301, 355; de los Trabajadores (Brasil): 298-302, 346, 349; del Pueblo (Cuba): 190; del Pueblo (P.C. de Panamá): 270; del Pueblo (Perú): 52; del Pueblo (Surinam): 288; Demócrata (Chile): 31, 72, 177, 179; Demócrata (Estados Unidos): 181; Demócrata Cristiano (Brasil): 209; Demó-

crata Cristiano (Chile): 179, 180, 225, 226, 228, 326, 340, 355; Demócrata Cristiano (Guatemala): 247, 248; Demócrata Cristiano (Honduras): 256; Demócrata Cristiano (El Salvador): 250, 252, 254; Demócrata Nacional (Argentina): 96, 112, 152, 154; Democrata Progresista (Argentina): 81, 95, 96; Democrático (Brasil): 68, 100, 102; Democrático (México): 43; Democrático (Perú): 25, 127; Democrático Laborista de Trinidad: 283; Democrático Nacional (Chile): 177; Democrático Nacional (Venezuela): véase Acción Democrática; Democrático Paulista de la República Velha (Brasil): 355; Democrático Socialista (Bolivia): 121; Democrático Social (Brasil): 297-299, 352; Democrático Trabalhista (Brasil): 298-302, 345, 346; de Renovación Nacional (Brasil): 301; de Salvación Nacional (Colombia): 330, 331; de Unidad Revolucionaria Socialista (Cuba): 272; de Unión Nacional (Costa Rica): 266.

Guatemelteco del Trabajo: 245, 246.

Independentista (Puerto Rico): 280; Independiente de Color (Cuba): 61; Institucional Democrático (Guatemala): 247; Intransigente (Argentina): 224.

Laborista (Argentina): 162, 178; Laborista (Jamaica): 281, 282; Laborista (México): 46, 47; Laborista (El Salvador): 140; Liberal (Bolivia): 26, 173; Liberal (Brasil): 28; Liberal (Colombia): 20, 235, 329; Liberal (Cuba): 61, 136; Liberal (Chile): 73, 179; Liberal (Ecuador): 129; Liberal (Honduras): 18; Liberal (Nicaragua): 258; Liberal (Panamá): 20, 268, 271; Liberal (Paraguay): 27, 60, 171; Liberal (Venezuela): 67; Liberal Constitucionalista (México): 46, 47; Liberal Doctrinario (Panamá): 142; Liberal Mexicano: 43; Liberal Nacionalista (Nicaragua): 258, 261; Liberal Radical Auténtico (Paraguay): 171; Libertador (Brasil): 40, 100.

Moderado (Cuba): 61.

Nacional (Honduras): 18, 65, 255, 256; Nacional o Blanco (Uruguay): 35, 84, 85, 113, 114, 169, 234, 322-324, 338, 341, 355; Nacional Agrarista (México): 47; Nacional del Pue-

blo (Jamaica): 281, 282; Nacionalista (Bolivia): 59, 118; Nacionalista Democrático (México): 43; Nacional Revolucionario (México): 49; Nacional Revolucionario (Panamá): 142, 143; Nacional Surinamés: 287; Nazi (Chile): 109, 110, 121, 178.
Obrero, Laborista, Socialista (Bolivia): 59, 119, 207; Obrero Revolucionario (Bolivia): 59, 121, 174, 207, 312.
Peronista, Justicialista, Nacional Justicialista (Argentina): 163, 166, 179, 223; Popular (Brasil): 299; Popular Crsitiano (Perú): 304, 305; Popular Cubano: 63, 136; Popular Democrático (Puerto Rico): 279, 345; Progresista del Pueblo (Guiana): 284, 285.
Radical (Chile): 31, 108, 226, 340; Radical Democrático (Chile): 226, 355; Reformista (República Dominicana): 277; Republicano (Bolivia): 27, 58, 117; Republicano (Brasil): 29, 100; Republicano Paulista (Brasil): 68, 100; Republicano Riograndense (Brasil): 68, 100; Republicano Socialista (Bolivia): 119; Republicano Nacional (Costa Rica): 264; Revolucionario Auténtico (Bolivia): 175, 176; Revolucionario Cubano: 13; Revolucionario Cubano Auténtico: 138, 190; Revolucionario de Izquierda Nacional (Bolivia): 175, 207, 312; Revolucionario Democrático (México): 331, 332; Revolucionario Democrático (Panamá): 270; Revolucionario de Unidad Democrática (El Salvador): 250; Revolucionario Dominicano: 276, 277, 345; Revolucionario Guatemalteco: 245, 247, 345; Revolucionario Institucional (México): 49, 50, 134, 155, 175, 195, 270, 311, 332, 342, 346, 347, 352, 354.
Social Demócrata (Guatemala): 247; Social Democrático (Brasil): 158-162, 209, 212, 215, 297-299, 343; Social Democrático Brasileño: 301; Social Progresista (Brasil): 210, 215; Socialista (Argentina): 78, 95, 99, 110, 166, 349; Socialista (Brasil): 213; Socialista (Colombia): 192; Socialista (Chile): 72, 108, 177-179, 349; Socialista (Perú): 55, 128; Socialista (Uruguay): 234; Socialista (Nicaragua): 142: Socialista Obrero Boliviano: 121; Socialista Popular (Cuba): 192, 272; Socialista Popu-

lar (Chile): 178, 179; Socialista Uno (Bolivia): 311.
Trabajador de Nicaragua: 141, 142; Trabalhista Brasileiro: 158, 159, 161, 162, 209, 212, 215, 298, 299, 343, 345.
Único de la Revolución Nacional (Argentina): 163.
Pastrana, Misael: 194.
Patiño, Simón I.: 120.
Patria Nueva (Perú): 57.
Patrón Costas, Robustiano: 112, 113, 152.
Paz Estenssoro, Víctor: 59, 120, 121, 174, 175, 207, 310-312.
Paz Zamora, Jaime: 311, 312.
Peñaranda, Enrique: 122.
Peralta, Marcelo Jóver: 124.
Pereda, Juan: 309, 310.
Pérez, Carlos Andrés: 237, 328.
Pérez Jiménez, Marcos: 188, 189, 191.
Perón, Evita (María Eva Duarte de): 163.
Perón, Juan Domingo: 153-156, 158, 162, 166, 177-179, 186, 219-221, 224, 268.
Peronismo: 99, 143, 162, 165-168, 171, 178, 185, 191, 218, 219, 221, 223, 224, 230, 233, 302, 316-319, 321, 345-347, 349, 354.
Perú: 24, 29, 32, 51, 55, 56, 125, 181, 184, 185, 188, 189, 201, 205, 207, 228, 255, 269, 303, 307, 327, 353.
Peruanismo: 255.
Petkoff, Teodoro: 237.
Picado, Teodoro: 264.
Piérola, Nicolás de: 25, 56, 57, 127.
Pinedo, Francisco: 97.
Pinochet, Augusto: 225, 229, 231, 326.
Pipiolos chilenos: 86.
Plan Rolón: 295.
Playa Girón, operativo de: 272.
Plaza Lasso, Galo: 186.
Ponce, Camilo: 186.
Porfiriato: 25, 80.
Portugal: 28.
Política del café con leche: 29, 99.
Prado, Manuel: 126, 128, 181-183, 201, 268.
Pretorianismo de masas: 162.
Primera Guerra Mundial: 27, 139.
Primo de Rivera, José Antonio: 121.
Prío Socarrás, Carlos: 190, 191.
Protestantismo fundamentalista: 247.
Puerto Rico: 279, 280.
Quadros, Janio: 210, 211.
Queremistas (Brasil): 158, 159.
Quijano, Carlos: 115.
Quiroga Santa Cruz, Marcelo: 206, 311.

Radicalismo: 34, 68, 71, 74, 75, 81, 111; argentino: 78, 82, 93-96, 154, 165; antipersonalista argentino: 94; blanco (Uruguay): 114; chileno: 82, 84, 176, 179, 180.
Ramírez, Pedro: 229.
Rawson, Arturo: 229.
Razón de Patria (Bolivia): 119, 172.
Recabarreu, Luis E.: 31, 72.
Regionalismo: 68, 79.
Remón, José A.: 267, 268.
Repetto, Nicolás: 95.
Represión en Guatemala, 1972: 251.
República Española: 120; Dominicana: 15, 258, 275; Francesa (Tercera y Cuarta): 73.
Republicanismo Genuino (Bolivia): 118.
Resistencia Peronista (Argentina): 219.
Revolución Argentina: 222; Boliviana: 175, 206, 312; burguesa: 52, 53; Cubana: 186, 220, 275, 280, 284; de 1932 (El Salvador): 144; de 1948 (El Salvador): 249, 250; del 90 (Argentina): 34; del Parque (Argentina): 111; del 33 (Cuba): 135; del 28 de Mayo (Ecuador): 185; en Marcha (Colombia): 131; Federal (Bolivia): 58; juliana: 129; Libertadora (Argentina): 164, 166, 229; Mexicana: 43, 48-51, 64, 134, 205, 331; Nicaragüense: 258, 262; Peruana: 203, 269; pierolista: 56; Rusa: 43, 56.
Reyes, Bernardo: 43, 45.
Reyes, Cipriano: 162, 179.
Reyismo: 43.
Rhodakanaty, Plotino: 44.
Rico, Aldo: 321.
Ríos Montt, Efraín: 247, 248.
Robelo, Alfonso: 261.
Roca, Julio A.: 33, 81, 95.
Rodas, Modesto: 255.
Rodríguez, Andrés: 314.
Rodríguez, Carlos R.: 273.
Rodríguez Lara, Guillermo: 307.
Rojas, Isaac: 165.
Rojas Pinilla, Gustavo: 133, 189, 191-193, 236.
Roldós, Jaime: 308.
Romero Bosque, Pío: 139.
Roosvelt, Franklin: 136, 148.
Rosas, Juan Manuel de: 33.
Ross, Agustín: 109.
Rusia: 52, 54, 143, 207.
Saavedra, Bautista: 58, 59, 117.
Saavedrismo (Bolivia): 119, 173.
Sabattini, Amadeo: 152.
Sacasa, Juan Bautista: 141.
Sáenz Peña, Roque: 78, 79, 112.
Salamanca, Daniel: 58, 118, 121.
Salgado, Plinio: 104, 105.

Salinas de Gortari, Carlos: 332.
Sam, Simón: 15.
Sánchez Cerro, Luis: 125, 126.
Sánchez de Lozada, Gonzalo: 312.
Sandino, Augusto C: 64, 65, 139, 141.
Sanguinetti, Julio: 323, 324.
Santos, Eduardo: 131.
Santos, Máximo: 83.
Saravia, Aparicio; 36, 84.
Sarney, José: 300.
Schick, René: 258, 259.
Seaga, Edgard: 282.
Segunda Guerra Mundial: 93, 106, 126, 131, 151, 174, 183, 195, 230, 257, 349, 356.
Semana Trágica (Argentina): 56.
Sendic, Raúl: 233.
Sendero Luminoso (Perú): 304, 305.
Sierra, Justo: 11.
Siles Reyes, Hernán: 59, 117, 118.
Siles Suazo, Hernán: 175, 309, 310, 311.
Silismo: 119.
Silva, Luis Inácio da (Lula): 297, 298, 301, 346.
Sinarquismo: 48.
Sindicalismo: 339, 340; argentino: 219-222, 224, 318, 320; boliviano: 60, 172, 310, 312; brasileño: 297; colombiano: 131; costarricense: 265; cubano: 62, 138, 274; chileno: 178; dominicano: 277; ecuatoriano: 308; guayanés: 285, 286; hondureño: 257; jamaiquino: 281, 282; mexicano: 134, 332; nicaragüense: 261; norteamericano: 246, 297; peruano: 127, 304; revolucionario: 72, 96, 162; surinamés: 288, 290; trinitario: 283; uruguayo: 323; venezolano: 237.
Sistema Nacional de Movilización Social (Perú): 204, 270.
Socialismo: 289, 339, 340, 341, 349, 350; argentino: 94, 98, 153-155, 165, 230, 316; boliviano: 119, 206; brasileño: 71, 160; cubano: 271-274; chileno: 72-74, 177-179, 326, 327; de Estado (Bolivia): 119, 124; ecuatoriano: 308; guatemalteco: 245; guayanés: 285; internacionalista: 123; mexicano: 43, 44; peruano; 53, 304.
Sociedades centroamericanas, características: 145.
Solano López, Francisco: 27.
Somoza, Anastasio: 65, 141, 142, 148, 252, 257, 258, 265, 276, 278.
Somoza, Anastasio (h): 258-261.
Somoza, Luis: 258.

Sorel, Georges: 55.
Spencer, Herbert: 9.
Stefanich, Juan: 124.
Stroessner, Alfredo: 171, 208.
Stronismo: 313, 314.
Suárez, Adolfo: 304.
Suazo Córdova, Roberto: 256.
Suecia: 341.
Suiza: 85.
Surinam: 286.
Surinamismo: 289.
Taft, William: 61.
Tamayo, Franz: 119.
Teixeira Lott, Henrique: 161, 209.
Tejada, Lerdo de: 44.
Tenentismo: 68, 69, 100, 101, 179.
Teología de la Liberación: 217, 261, 297.
Tercera Internacional: 128, 141.
Terra, Gabriel: 114-116.
Terrorismo de Estado: 246, 247, 251, 252, 314.
Tomic, Radomiro: 179, 226.
Toro, David: 119, 120.
Torre, Lisandro de la: 81, 95.
Torres, Alberto: 70, 71, 105.
Torres, Camilo: 194.
Torres, Juan José: 206, 309.
Torrijos, Omar: 143, 269-271.
Tratado de Methuen: 28.
Trinidad y Tobago: 283.
Trotsky, León: 143.
Trujillo, Rafael: 191, 275-277.
Tupamaros (Uruguay): 233, 234.
Turbay, Gabriel: 131.
Turcios, Luis: 246.
Ubico, Jorge: 65, 245.
Ugarte, Manuel: 99.
Ugarte, Marcelino: 81.
Ulate, Otilio: 264, 265.
Ungo, Guillermo: 250.
Unicato argentino; 80.
Unidad Popular (Chile): 226, 227, 289.
Unión Cívica (Argentina): 40; Nacional (Argentina): 40; Radical (Argentina): 34, 40, 81, 111, 152, 162, 165, 166, 223, 230, 316, 320, 355; Radical Antipersonalista (Argentina): 96; Radical del Pueblo (Argentina): 166, 167, 219, 220; Radical Intransigente (Argentina): 166, 167, 218, 220, 224.
Unión Democrática (Argentina): 154; (Brasil): 172; Indpendiente (Chile): 327, 352; Nacional (Brasil): 158-161, 209, 212, 213, 215, 298, 299; Nacional (El Salvador): 250; y Popular (Perú): 310.
Unión Nacional de la Oposición (Nicaragua): 259; Odriista (Perú): 202; Opositora (Nicaragua): 263; Opositora (El Salvador): 250.

Unión Nacionalista (Cuba): 136, 137.
Unión Republicana Democrática (Venezuela): 189, 190.
Unión Revolucionaria (Perú): 125.
Unión Sindical Argentina: 162.
Unión Social Republicanà de Asalariados de Chile: 74.
Union Soviética; 53, 60, 192, 272, 273, 286, 351.
United Fruit Company: 37, 65.
Urituro, José F.: 94, 95.
Uruguay: 27, 35, 40, 82, 83, 113, 168, 169, 232-234, 321, 338, 341, 349.
Uslar Pietri, Arturo: 237.
Valle, Juan José: 165.
Vandor, Augusto: 220.
Vanguardia Popular (P.C. de Costa Rica): 264.
Vargas, Getulio: 71, 100, 103-106, 157-161, 177, 182, 208-210, 346.
Vargas Llosa, Mario: 305, 306, 353, 354.
Varguismo: 74, 99, 160, 296-298, 355.
Vasconcelos, José: 50, 51.
Vega, Oscar Unzaga de la: 121.
Velasco Alvarado, Manuel: 203, 303.
Velasco Ibarra, José María: 129, 130, 184-187, 307.
Velázquez, Fidel: 134.
Venezuela: 22, 23, 66, 129, 133, 187, 236, 307, 328, 345, 352, 355.
Videla, Jorge R.: 315.
Viera, Feliciano: 85.
Villalba, Jóvito: 189.
Villarroel, Gualberto: 172.
Villeda Morales, Ramón: 255.
Viola, Roberto: 229, 315.
"Violencia" (Colombia): 132, 133, 192.
Welles, Sumner: 136, 137.
Wheelock, Jaime: 260.
Williams, Eric: 283.
Williman, Claudio: 84.
Ydígoras Fuentes, Miguel: 246.
Yon Sosa, Marco Antonio: 246.
Yrigoyen, Hipólito: 40, 81, 94, 152.
Yrigoyensimo: 82.
Zapata, Emiliano: 45.
Zayas, Alfredo: 63, 136.
Zelaya, José Santos: 19.

ÍNDICE

Prefacio 7

I. La situación inicial 9

II. Anarquismo, socialismo, nacionalismo revolucionario: el impacto de las revoluciones mexicana y rusa 43

III. La embestida militar y corporativista desde los años treinta hasta la Segunda Guerra Mundial 151

IV. La aurora de la posguerra: el populismo y sus transformaciones 151

V. Los años sesenta y setenta: de la revolución al intervencionismo militar ... 201

VI. El caldero de América Central y el Caribe 245

VII. La redemocratización de los años ochenta y noventa 295

VIII. Sistemas partidarios en América Latina: una clasificación 337

Cronología general 359

Índice analítico 389

Este libro se terminó de imprimir y
encuadernar en el mes de enero de 1998
en los talleres Impresos Universitaria,
San Francisco 454, Santiago de Chile.
Se tiraron 2 000 ejemplares.

POLÍTICA Y DERECHO

Jean Bunel
Pactos y agresiones.
El sindicalismo argentino
ante el desafío neoliberal

Philippe Braud
El jardín de las delicias democráticas

Norberto Bobbio
El futuro de la democracia

John Rawls
Teoría de la justicia

Luc Ferry
Filosofía política
(tres tomos)

François Furet
Marx y la revolución francesa

Guy Hermet
Totalitarismos

Guy Hermet
En las fronteras de la democracia

Helio Jaguaribe
La sociedad, el Estado y los partidos políticos
(dos tomos)

HISTORIA

Louisa Hoberman y Susan Socolow
Ciudades y sociedad en Latinoamérica colonial

Enrique Tandeter y Lyman L. Johnson
Economías coloniales. Precios y salarios en América Latina, siglo XVIII

José Carlos Chiaramonte
Mercaderes del litoral. Economía y sociedad en la provincia de Corrientes, primera mitad del siglo XIX

SOCIOLOGÍA

Norbert Elias
El futuro de la civilización

FILOSOFÍA

Osvaldo Guariglia
Ideología, verdad y legitimación